

Sylvia

Howard Fast

Lectulandia

Un detective en momentos bajos recibe, por parte de un millonario, el encargo de indagar en el pasado de una joven y bella mujer con la que pretende casarse. Pero lo que al principio se presenta como un mero rutinario y bien pagado trabajo, se convierte, a medida que el detective profundiza en el pasado de la mujer, en una deriva fascinante, insólita, absorbente.

Lectulandia

Howard Fast

Sylvia

ePub r1.0

Ablewhite 01.11.15

Título original: *Sylvia*
Howard Fast, 1962
Traducción: Carlos Ezquerra

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Los Angeles

1

La mayoría de personas suele persistir en lo que habitualmente hace. Lo de ayer lo seguirán haciendo hoy y es muy probable que lo sigan haciendo mañana. Es exactamente lo que a mí me ocurre. Llevo una vida trillada y sin sentido, con un trabajo sórdido, miserable y rutinario. Cuando llego a reunir algún dinero me aparto de los encargos realmente sucios y acepto solo los medianamente sucios, lo que me permite experimentar al menos cierto sentimiento ético, aunque resulte tan vacío como todo lo restante en mi vida. Y, entretanto, sigo soñando, como tantos de mi clase, en alcanzar algún día algo que sé es improbable.

¡Qué absurda y desmotivada vida laboral la mía si al final no llega a ningún puerto! En este sentido soy afortunado de, una vez al menos, haber obtenido algo, y una vez ya es mucho. Fue cuando Sylvia West entró en mi vida y yo entré en la de ella.

Mi nombre es Alan Macklin. Mido un metro ochenta, tengo el cabello y los ojos oscuros y mi aspecto no es mejor ni peor que el de la mayoría de humanos. Nací en Chicago en 1923^[1], me comporté como la mayoría de niños y fui lo suficiente patriota como para enrolarme en el ejército tres días después de Pearl Harbour. Cinco años y cuatro días después me licenciaron honorablemente. Regresé a Chicago, me inscribí en la Universidad y logré un trabajo a tiempo parcial en una fábrica del ejército. Me especialicé en historia antigua y aspiraba a ser profesor en un pequeño colegio cuando me graduara, pero finalmente no fue así.

Cuando me gradué había ahorrado suficiente dinero para poder pagar el entierro de mi padre y mi madre. La casa en que vivíamos en el North Side se incendió y ambos murieron en la cama.

Si estuve yo de suerte o no lo estuvieron ellos, depende de cómo se mire. Pienso que hay modos peores de morir y el médico de la policía me dijo que ambos habían tragado tanto humo que no habrían llegado a sentir las llamas. Dado que sus cuerpos fueron hallados en la cama, hice el esfuerzo de creerle.

Ya no tenía, pues, familia. Ni hermanos ni hermanas ni tíos ni tías: solo me tenía a mí mismo. En esa tesitura me hallaba cuando supe de Sylvia. Ella estaba sola, como yo.

Permanecí en Chicago otro mes y luego compré un billete de tren para Los Angeles. Ocho años después todavía me hallaba en Los Angeles, más viejo y no demasiado más sabio pero con la experiencia de saber convivir con la soledad y el hastío. Tenía una pequeña oficina en Rodeo, junto a Whilshire, un Ford convertible de 1956 y un pequeño estudio en West Hollywood. También disponía de tres trajes, dos pares de pantalones, un abrigo y una dirección en Beverly Hills. Atrás quedaba un matrimonio que había durado tres meses y me había dejado un mínimo de amargura, tenía a media docena de personas a quienes llamar amigos. Supongo que se

puede estar aún peor. El 12 de Agosto de 1958 me hallaba sentado en mi oficina — calurosa, sin aire acondicionado— calculando cómo pagar, con los recursos de mi cuenta corriente, dos meses de alquiler, uno que debía y otro atrasado, cuando sonó el teléfono. Era Frederick Summers. Me pidió si podía venir a verle a su despacho a las tres de la tarde. Le contesté afirmativamente.

Llegué cinco minutos antes de las tres. El despacho se hallaba en el centro de la ciudad, en uno de los más antiguos y notables inmuebles. El título en la puerta rezaba: Frederick Summers. Solo eso, pero la oficina era amplia, tenía aire acondicionado, excelentes muebles con tapizado de moderno de paño danés color pastel y un suelo de vinilo. Una guapa rubia atendía en la recepción. Su piel clara hacía juego con la blanca mesa en la que descansaban dos teléfonos gris pálido, cada uno con su correspondiente panel de botones y luces. A ambos lados habían dos pequeños recintos en donde se hallaban, en uno, un hombre inclinado sobre sus libros de cuentas y, en el otro, una chica que escribía a máquina. La iluminación penetraba por un techo de vidrio blanco y las paredes aparecían tapizadas con paño color gris perla.

—Hemos acabado de decorarlo hace muy poco —dijo la rubia al verme que observar el recinto—. ¿Le gusta cómo ha quedado, señor Macklin? Porque es usted el señor Macklin, ¿verdad?

—Sí, soy Macklin —señalé los cuadros en la pared—. Son Mirós, ¿no? ¿Auténticos?

—Por supuesto. El señor Summers no hubiera permitido reproducciones. Puede entrar ya, si quiere. Me han ordenado que le hiciera pasar en cuanto llegase.

La chica pareció admirar el hecho de que pudiese reconocer un Miró, aunque no tanto que hubiera dudado. Alguien que conociese al señor Summers como ella no debía haber dudado. Cogió uno de los teléfonos, pulsó un botón y anunció al señor Summers que el señor Macklin había llegado. Había una sola puerta frente a la entrada y Summers la abrió antes de que yo la alcanzase.

Nos dimos la mano y entramos, sentándome yo donde Summers me indicó. La decoración de su despacho era austera, todo a base de pintura blanca y cuero negro. Un amplio ventanal tras su escritorio daba a Freeway, con las montañas al fondo. Summers era una o dos pulgadas más alto que yo y tenía anchos hombros y unos diez o veinte años más. Ojos azules, rostro de osamenta marcada y una ancha boca. Llevaba el cabello gris muy corto, porque le gustaría así o porque le haría parecer más joven. La camisa le habría costado más de veinte dólares, el traje estaba hecho a medida y sus zapatos eran negros, de piel de cocodrilo. En general era un apuesto, pulcro y bien vestido individuo, con aplomo y cuidado lenguaje. Sentado a su mesa, con la luz dándome de cara, empleamos un minuto entero en observarnos mutuamente.

—Se trata de un asunto delicado, Macklin, entiéndalo —dijo al fin.

La situación y relación entre ambos las había planteado él. Yo era Macklin; él era el señor Summers. Le aseguré que era un experto en asuntos delicados, pero imaginé que habría indagado y que las referencias que le habrían dado, cualesquiera que fueran, le habrían bastado.

—Sí, así es —admitió—. ¿Qué sabe usted sobre mí, Macklin?

—Nada.

—¿No ha consultado el *Quién es Quién*?

—Sí, lo hice.

—No soy tan importante para aparecer ahí. Soy rico, pero no poseo suficiente fama o infamia. ¿Me buscó en *Dun & Bradstreet*?

—Sí.

Alzó una ceja.

—¿Está usted suscrito?

—Un amigo mío lo está.

Sonrió y me animó a decirle lo que sabía.

—Sé que goza de excelente posición económica.

—¿Lo dice por lo de afuera? —señaló con su mano.

—Posee una lujosa oficina y dos Mirós auténticos. La deducción es fácil, señor Summers.

—Tiene razón, supongo —sonrió de nuevo. Era una sonrisa controlada aunque también simpática—. Déjeme decirle algo sobre mí y luego hablaremos de usted. Mi padre fue Charles Summers, y su nombre sí estaba en el *Quién es Quién*. Fue presidente de California General Petroleum y cuando falleció su considerable herencia fue dividida entre mi hermano y yo. Eso ocurrió hace diecisiete años. La muerte de mi padre me hizo rico pero aún soy más rico ahora. En cierto sentido no llevo un negocio concreto pero mis actividades son lo suficientemente amplias como para exigirme una continua e inteligente atención. Le digo esto porque, como verá, es esencial para nuestro asunto.

Hizo una pausa para coger, de una caja de cristal de su escritorio, un cigarrillo que me ofreció y encendió cuando acepté. Como su sonrisa, sus maneras eran calculadas y seductoras.

—¿Cuáles son mis actividades? —continuó—. Bien. Tengo alguna propiedad, un rancho, un terreno cedido para prospecciones petrolíferas, algún local en el centro de la ciudad y un apartamento en Brentwood. También una buena extensión de terreno virgen en San Diego, por valor de tal vez dos millones. Tengo valores realizables, no podría especificar cuántos, pero que equivaldrán a más de 10 millones. Y algo similar en bonos, aparte de inversiones aquí y allá que no voy a especificar. Tengo mi hogar en Beverly Hills. Poseo una casa en la playa de Santa Mónica, un bungalow en Arrowhead Lake y un pequeño yate con una tripulación de cuatro personas. Poseo también un establo con caballos, aunque no tengo tiempo de ocuparme de él. Le he enumerado todo esto no para impresionarle con mi patrimonio, hay mucha gente bastante más rica que yo, sino para darle a entender que soy alguien muy rico y debo administrar esta floreciente fortuna.

Afirmé con la cabeza y le dije que estaba impresionado.

—Por supuesto que lo está —sonrió; te podía dejar igualmente desarmado que

seducido—. Yo mismo me impresiono cada vez que se lo cuento a alguien. Déjeme añadir a la lista una hija de 17 años. Su nombre es Clara. Es guapa, tiene largas piernas, pero es un caso perdido: posee las desagradables cualidades de toda hija de rico. La culpa la tengo yo. Entiéndame: la quiero mucho, pero la veo tal cual es. Espero que mejore con la edad, algunas lo hacen. Digo que la culpa la tengo yo porque mi mujer murió de cáncer hace doce años. No me he vuelto a casar y no tenía intención de volverlo a hacer hasta ahora. Durante estos años he procurado escapar al abatimiento viviendo una vida interesante y a menudo divertida. Lo de la vida hueca, vacía, de los ricos es un cliché. Si uno tiene suficiente dinero, cierto grado de inteligencia y buena salud, la vida no resulta en absoluto vacía.

Le escuché atentamente. Me interesaba más el trabajo que me daba y el anticipo que la historia de su vida. Pero escuché con atención y asentí con la cabeza en los momentos pertinentes.

—Esto en cuanto a mí —dijo—. Hábleme ahora de usted.

—¿Qué quiere que le diga, señor Summers? Soy un investigador privado y trato de vivir de ello.

—Un «husmeador», vaya.

—No me gusta nada esa denominación, señor Summers. Suena a confidente policial. Los niños, jugando a esto, nunca se llaman así.

—Lo tendré en cuenta —afirmó Summers con seriedad, moviendo la cabeza.

—Es como llamarle a usted plutócrata o rey de las finanzas.

—Ya. ¿Y cómo se metió a investigador?

—Soy graduado en historia antigua.

—¿Historia antigua? Eso no pega ni por asomo. ¿A qué universidad fue?

—A la de Chicago, señor Summers. Cuando me licencié fui a la Universidad de Los Angeles, donde me aseguraron un puesto de profesor si reunía las condiciones requeridas. Pero sucede que me gusta comer. Escribí a seis anuncios en busca de empleo. El sexto era la Agencia de Jeffrey Peters y allí me contrataron. Así que me hice investigador.

—¿No siguió interesado por el puesto de profesor?

—No, lo dejé estar.

—¿Le despidieron de la agencia Peters?

—En absoluto. Tendrá usted que saber que en este duro y sucio negocio si te despiden de Jeffrey Peters ya no tienes nada que hacer.

—Muy bien, Macklin. ¿Por qué, pues, abandonó Peters? Le pagaba 150 a la semana. No creo que los gane ahora.

—Me gusta usar mis propios trajes.

—¿Qué quiere decir?

—¿No lo entiende, señor Summers? Pues que dejé Peters porque quiero ser mi propio jefe.

—Sí, esto es lo que Peters dijo.

Le contemplé unos segundos antes de decirle que no me gustaba que me tomaran el pelo.

—Me gusta sudar lo que gano. No me vacile señor Summers: ¿me va a encargar algún trabajo o me pongo el sombrero y me marcho?

—Parece que le he disgustado, que he dejado de caerle bien de pronto, señor Macklin.

—Le seré honesto —le dije—. No es usted, señor Summers. Es que no me gusta esta forma de ganarme la vida ni las personas que me pagan.

—¿Por qué no se dedica, pues, a otra cosa?

—Vivo en la pobreza y podredumbre del mismo modo que usted en la riqueza y el lujo, señor Summers. Me he habituado a ello, diciéndome siempre a mí mismo que el semestre próximo me pondré a hacer méritos para el puesto de la Universidad. Pero ya es tarde. Llevo ocho años en Los Angeles. Ahora, dígame: si conoce a Peters, ¿por qué no le encarga el trabajo? Tiene una gran plantilla, veinte personas y unos contactos que yo nunca tendré.

—Quise encargárselo a él, pero le exigí que el caso lo llevara una única persona que me diera cuenta a mí en exclusiva y me dijo que él no trabajaba así, que no podía poner a alguien en un asunto y no saber lo que hacía.

—Cierto.

—Así que le pedí me recomendase a alguien y me recomendó a usted.

—¿Le dijo el motivo?

—Me dijo que tiene cerebro y sabe mantener la boca cerrada.

Era lo mejor que nunca había dicho Peters de nadie, pues habitualmente lo que hacía era calumniar, y por primera vez en todo el día me sentí bien conmigo mismo.

—Si habla de nuevo con él dele las gracias. No soy el tipo más encantador que pueda encontrar, pero sé hacer mi trabajo. ¿Qué desea que haga?

No me dijo nada; solo tomó una foto de su escritorio y me la entregó. La tenía delante suyo, por eso yo no había reparado en ella, aunque sí me había fijado en la bonita filigrana de su marco dorado, un marco muy especial que nunca había visto antes. La foto era de una mujer de veinticinco o algunos años más, un delicado y atractivo retrato que mostraba la cara y los hombros. Fue la primera foto de Silvia que vi. Aún guardo la copia. Summers no me interrumpió. Me dejó mirar a mis anchas la foto y aguardó silencioso a que dejase de hacerlo. La foto mostraba a una mujer muy hermosa, su cabeza se alzaba de manera regia y sus hombros eran blancos, amplios y finos. Pero ¿qué más se podía decir aparte de esto? Ninguna descripción en este mundo hay más manida que la del rostro de una mujer bella, y respecto a Silvia lo que importaba era la cualidad general de la cara más que sus facciones una a una. No se parecía a otras bellezas: era única. Se podría decir que sus gruesos labios presentaban un cariz de malhumorado descontento; pero esto no significaba nada pues los labios, la nariz, la ancha frente y el negro cabello solo eran expresivos tomados en conjunto. Era un rostro móvil, vivo, que parecía, en la foto,

ansioso, irritado, exigente, y, con todo, y aunque contradiga lo dicho, también satisfecho. Miré el retrato con el mismo placer que los hombres debían experimentar al mirar a esa mujer. En mi mente le otorgué colorido, emoción y calidez. Imaginé las oscuras cejas frunciéndose con perplejidad o indignación. Imaginé las ventanas ligeramente abiertas de la firme y recta nariz contrayéndose de emoción, placer o rabia. Me sentí atraído hacia ella como si se hallara presente en el despacho y debí efectuar cierto esfuerzo de voluntad para reprimir el impulso.

Miré a Summers, que me contemplaba con curiosidad.

—¿Y bien?

—Admirable soporte —dije deslizando los dedos por el afilegranado marco dorado—. ¿Es sumeria? Me refiero a la orfebrería.

—Eso me dijeron. Me hicieron el marco en Bagdad. Me aseguraron que la filigrana tenía cuatro mil años.

—Probablemente los tenga.

—Ya que es usted un experto en cosas bellas, Macklin, ¿conoce a esa mujer?

Sacudí la cabeza.

—No. Nunca antes la había visto.

—¿Cuál es su impresión, Macklin?

—Solo es una foto. Tendría que verla en persona para hacerme una idea.

—Me temo que no podrá ser.

—Bueno, es una belleza. Pero decir eso es algo obvio.

—Es verdad —dijo Summers sonriendo.

—Una mujer inusual, imagino. ¿No es así? ¿Quiere hacerme jugar a las adivinanzas?

—Es usted muy quisquilloso. Solo quería que viera la foto, eso es todo. Aquí tiene una copia. El resto son instantáneas.

Me entregó la copia y seis instantáneas de la misma mujer.

—Guarde las fotos —me dijo inclinando la cabeza—. El nombre de la dama es Sylvia West. Ha accedido a ser la futura esposa de Frederick Summers. Nos casaremos el veintiséis de octubre.

—Felicidades —le dije.

—Gracias —contestó.

Hizo luego una pausa como si estuviese pensando algo que quisiera decirme. Yo aguardé hasta que el silencio devino incómodo. Me extrañó que no me largara el historial familiar de la mujer ni me hiciera mirar las instantáneas.

—Eso es todo, Macklin.

—¿Entonces, qué he de hacer?

Tras estudiarme un instante con embarazo, se alzó y se dirigió a la ventana. De espaldas a la misma me dijo.

—Quiero que averigüe quién es Sylvia West.

No era el tipo de declaración a la que pudiera replicar o añadir un comentario, así

que no dije nada y aguardé mientras miraba las instantáneas. Una era de Sylvia en traje de baño, de rodillas en el borde de una piscina, su propiedad en Beverly Hills, supuse. Tenía una bonita figura pero no para ganar un certamen. Poseía largas piernas; no eran delgadas pero tenían calidad de cuchillas, si decir eso tiene sentido. Y poseía un henchido pecho. En suma: una figura sana y fuerte. Una de las instantáneas la mostraba con su negra cabellera agitada al viento y con destellos de espuma marina en el rostro. En otra aparecía de cuerpo entero, de perfil, contemplando algo; en otra jugaba a golf; en otra se le veía la cara y los hombros mientras estaba en el yate; y en la última se la veía durmiendo sobre la hierba, con postura de niño fatigado, las piernas sueltas e inocentes, un mechón de cabello sobre el rostro.

Summers se apartó de la ventana y me espetó:

—Maldita sea, Macklin: ¿sabe lo que estoy diciendo?

Fue el único arrebato de ira o enojo que se permitió, y lo reprimió nada más producirse.

—Lo siento, me temo que no —contesté.

—Muy bien. Tal vez lo he expuesto mal —se sentó a su mesa de nuevo y se inclinó hacia mí.

—Conozco a Sylvia West desde hace un año. O menos: desde octubre. Me la presentaron en una fiesta que dio Bennett Hall. ¿Le conoce?

—Era una gran estrella cuando yo era niño. Su nombre me evocaba un dormitorio de colegio tipo Bennington. Me lo evoca aún.

—Le caería bien si le conociera. Es agradable, educado y culto, y sus fiestas son fiestas, no juergas. Me gusta el negocio del cine, Macklin, y me gusta estar con gente del cine. Una vez invertí dinero y obtuve beneficios, aunque trato de separar mis negocios de mis diversiones. En cualquier caso, conocí a Sylvia West en su casa y a partir de aquí nos vimos con frecuencia. La encontré deliciosa, una rara combinación de belleza e inteligencia, no una mujer fácil de conocer o comprender, ni bajo ningún concepto una mujer corriente. Es lista, mucho más de lo que parece, mucho más, de carácter vivo, en ocasiones melancólica y en ocasiones alegre...

Escuché la monótona y etérea descripción, la imagen robot que alguien como Summers podía hacer de una mujer, las pedestres palabras que ni evocaban ni describían, tan solo clasificaban en un archivo sin apenas espacio, en un armario lleno de trajes, palabras y prejuicios. Escuché mirando a Summers, adivinando, casi, lo que me iba a decir.

—¿... Ha leído mucho, le gusta la literatura? No leo mucho últimamente pero lo hice cuando iba a la escuela. Sylvia ha publicado un libro de poemas. ¿Le gusta la poesía?

—Algo.

—*Luna sin luz* se titula el libro. ¿No toma nunca notas, Macklin?

—Tengo buena memoria. Tampoco llevo pistola. Ni poseo ninguna. Así me siento

protegido. Me estaba hablando de Sylvia West.

—Sí, disculpe. Total, que acabé por enamorarme. Le pedí que nos casáramos y aceptó. Pero daba por supuesto que alguien como ella tendría raíces, entorno, vínculos, un pasado estructurado, familia, aunque fuera un primo segundo en alguna parte, un lugar de nacimiento, una población, una ciudad, algún amigo de infancia, una partida de nacimiento al menos.

—Parecería razonable —afirmé.

—Pues no hay nada de eso.

—¿Cómo?

—Sí, sí, así de claro. Le he hablado lo suficiente de mí como para que entienda el trance en que me encuentro. No soy alguien corriente. Nadie verdaderamente rico lo es. ¿Cómo puedo casarme con una mujer bajo tales circunstancias?

—¿Y por qué no?

—¿Quién es ella? ¿Está casada? ¿Qué era antes? ¿Qué ha hecho?

—Pues pregúnteselo —sugerí.

—Se lo he preguntado.

—¿Y le ha contestado?

—Sí.

—¿Y no la cree?

—No, Macklin. No la creo.

—No es asunto mío pero ¿importa tanto eso en un matrimonio?

—Me gustaría que me cayera usted bien, Macklin —dijo pausadamente—. Y así tendría que ser si de verdad es tan bueno como Peters afirma. No estamos aquí para discutir sobre principios morales o teorías sobre el matrimonio. Solo pretendo que esa mujer sea mi esposa, a menos que resulte imposible.

—No he debido decirle eso —admití—. Lo siento. Me gustaría saber qué le contó ella.

Sin emoción, sin resentimiento ni muestra alguna de disgusto, Summers detalló los hechos del pasado de Sylvia West según ella se los había expuesto. Le había dicho que había nacido en China en 1931. Su padre y madre eran misioneros metodistas. Su padre se llamaba, según ella, John Wesley West, y su madre, Abigail West. Padre y madre habían llegado a China muy jóvenes. Abigail West falleció en 1937. Cuando la situación devino difícil en China para la actividad de John West, él y su hija partieron para Francia, en donde se ocupó del púlpito de la pequeña congregación metodista de París. Un año más tarde estalló la guerra y John West y su hija se fueron a Londres, supuestamente la ciudad natal de West. Allí vivieron con el hermano de John, hombre de considerables medios, que había hecho su fortuna con el tabaco aromático de Egipto. Su nombre era Elbert West. Durante el verano de 1944, cuando Elbert West se hallaba en un viaje de negocios y Sylvia dormía en casa de una amiga de colegio, la casa de Elbert fue alcanzada por una bomba y destruida. John West y Martha West, su cuñada, se hallaban en la casa y murieron. El tío de Sylvia adquirió una finca en

Surrey y allí vivieron hasta el fallecimiento de Elbert West en 1952. Sylvia West era su única heredera y obtuvo por ello unas cien mil libras. Vivió en un hotel londinense durante unos meses para luego trasladarse a un pequeño apartamento. Se enamoró de alguien, un asunto sin demasiada importancia, y casi incurrió en lo que pudo haber sido un desafortunado matrimonio. Tras ese percance se dedicó a viajar: Grecia, Italia y un verano en el sur de Francia. En cierto instante decidió venir a América, la patria de su madre. Y así apareció por California en 1956.

Tal era su historia, su pasado, conocido a retazos por Summers en conversaciones mientras salían juntos. Según Sylvia no era un pasado muy feliz, del que le encantara hablar, de ahí que fuera reticente a recordarlo.

—Podríamos hacer comprobaciones —dije cuando Summers acabó de hablar.

—No es tan fácil como cree, Macklin.

—Aun así se puede intentar.

—Ya lo hice yo. Y he llegado a la conclusión que ese pasado está inventado de principio a fin.

—Una creativa invención.

—Sylvia es una mujer muy creativa, Macklin. Mis abogados poseen una sucursal en Londres. No ha habido nunca un Elbert West en el negocio del tabaco. Ni ninguna casa bombardeada que tuviese relación con el tal Elbert West. Ni ningún testamento suyo aparece registrado. El departamento de inmigración tampoco tiene constancia de ninguna Sylvia West. Existe una congregación metodista en París, pero por su iglesia no pasó ningún John West, y, por si fuera poco, no consta en los registros del Centro Metodista. Estas pesquisas rutinarias efectuadas por mis abogados me han convencido de que el pasado de que me habla Sylvia es inventado.

—¿Se lo ha comentado a ella? —le pregunté.

—No.

—¿Por qué?

—Porque la conozco y sé que eso sería el fin de nuestra relación.

—Pero si llega usted a averiguar su verdadero pasado tal vez eso suponga, igualmente, el fin de la relación, ¿no?

—No me espanta la verdad.

—¿Y por qué no lo deja correr?

—Trato de explicárselo, señor Macklin. Sylvia me ha mentido. Tendrá sus razones y las respeto. Pero yo soy así, necesito saber la verdad.

—Y yo he de averiguar quién es Sylvia West. «¿Quién y qué es Sylvia para que nuestros cisnes tanto la adoren?»^[2]

Me observó con frialdad y dijo que no me imaginaba capaz de incurrir en una gracieta tópica como esa.

—Pero es que venía tan a cuento...

—¿Puede averiguar quién es ella realmente, Macklin? —me interrumpió—. Esa es la cuestión.

—No lo sé.

—Ha de averiguarlo. ¿No es ese su trabajo?

—Sí.

—¿Y bien?

—Deposité las fotos sobre el escritorio, encendí uno de mis cigarrillos y le dije la verdad.

—Le he dicho que no sé. Es cuanto puedo decirle, señor Summers. Las astucias, trucos y cabriolas de los husmeadores que tiene en mente son un producto de la literatura, la televisión y las películas. Si existen, nunca los he visto. La mayoría de investigadores privados son zotes de inteligencia tarda, la mayoría policías retirados por una u otra razón. De ahí que alguien de inteligencia normal y talento corriente, yo por ejemplo, destaque. Puedo seguir a alguien y a la vez estar alerta a las señales callejeras. Es por esto que Peters me tiene por singular. En cuanto a Sylvia West, no sé. Puedo intentarlo.

—Si un bufete de abogados pudo efectuar esas comprobaciones con tanta facilidad, más aún alguien entrenado para eso.

—¡Oh, no! —le interrumpí—. Rastrear un pasado en registros oficiales es un simple proceso mecánico. Pero, en fin: ¿por dónde puedo empezar? ¿Me permite entrevistarla?

—¡No! —me dijo con brusquedad—. De ningún modo. Y quiero que me dé su palabra de que no intentará verla ni hablarle.

—Esto sí que es ponerme las cosas fáciles.

—No. Es solo ser lógico. ¿Sabe usted lo que ella me odiaría si llegase tan solo a sospechar que hemos tenido esta conversación?

—No lo sé. Hablemos claro, señor Summers. Usted me ha informado de su riqueza y posición social. ¿Cree que por un mero herir su susceptibilidad ella se dejaría perder los veinticinco millones, más o menos, que usted representa?

—Ella no se casa conmigo por mi dinero, Macklin. Eso es una premisa inapelable. Sylvia West también tiene bastante dinero.

—¡Oh! ¿Y cuánto representa ese bastante?

—No es rica pero vive holgadamente. Tiene una bonita casa en Coldwater Canyon, junto a Beverly Hills. Tiene excelentes inversiones, prudente e inteligentemente gestionadas, con una renta de más de treinta mil al año.

—Si su historia es falsa, ¿de dónde ha salido ese dinero?

—No lo sé.

—¿Quién lleva sus inversiones? Tendrá un abogado.

—Le representa un excelente gabinete local. No quiero que los visite. No creo que sacase nada en claro, pero aún así, no los visite.

—Al menos deme algo para empezar. Por supuesto pensará que Sylvia West no es su verdadero nombre.

—Lo he pensado.

—En pocas palabras: me da usted unas fotos de una mujer. No sé su nombre. No la he visto nunca. No puedo verla ni preguntarle nada a ella ni a nadie que pueda informarle de que alguien llamado Macklin anda preguntando sobre Sylvia West. Hay diez mil ciudades y pueblos en este país, pero no sé de cuál procede ella ni siquiera si es de este país. Un trabajo fácil, vaya. Un trabajo sin complicaciones.

—No le he dicho que fuera fácil, Macklin.

—Por cierto. ¿Cómo se expresa? ¿Tiene algún acento?

—No —Summers me miró con curiosidad; no era estúpido, hay hombres que saben ver a través de quien les habla y él tenía ese don. Conjeturé que conocía mejor a los hombres que a las mujeres, pero tal vez fuera producto de mi mal humor—. Ningún acento que permita deducir nada, Macklin, pero mi opinión, si sirve de algo, es que es americana. Tiene algún pequeño toque británico, determinado deje al hablar, cierto tic: suelta una palabra inglesa, como sin pensar, y luego la repite, sacudiendo la cabeza y murmurando disculpas.

—Buena actriz.

—Muy buena actriz, Macklin, pero no insincera, créame. Le ofrecieron un buen papel en una película y lo rechazó. No sé por qué.

—Tal vez porque mucha gente la podría ver —dije.

—Sí, tal vez fuera por eso.

—¿Habla francés?

—Algo, aunque no muy bien.

—¿Y chino?

—Me habría decepcionado si no me hubiese preguntado eso, Macklin. De hecho, sí. Aunque su vocabulario y tonalidad son las de un niño.

—¿Cómo lo sabe?

—En mi casa conoció a Simonson, profesor de lenguas orientales de la Universidad. Me dijo que su chino era delicioso en su simplicidad e infantilismo.

—¿Provocó usted el encuentro?

—Sí.

—Es usted muy suspicaz, señor Summers.

—Sumamente curioso, debiera decir, que es muy diferente, Macklin.

—Es posible —afirmé con la cabeza, pensando en Sylvia por primera vez como mujer a quien conocía, ligada a mí, y en lo fácil que para ella sería ver a través suyo, descubrir sus estólicas argucias y preguntándome de nuevo cuál sería el concepto que realmente tendría Summers de Sylvia.

—¿En qué emplea el tiempo? —le pregunté—. No tiene aspecto de alguien que se pasa el rato gozando de nuestro sol californiano.

—Escribe. Principalmente poesía. Hace un mes me habló de que tenía en mente una obra de teatro. Aunque no suele hablar de lo que escribe. Es muy discreta al respecto.

—¿Sabe de literatura?

—Bastante más que yo, Macklin. Una noche, en una fiesta, nos enrollamos con uno de esos sabiondos literatos de café de Ventura, con barba y todo, que despotricaba de Joseph Conrad. Sylvia fue amable y curiosa: la seducción del «por favor, dígame». En una hora le dejó sin argumentos, fue patético. Había leído un libro de Conrad, *Thyphoon*, creo. No suelo leer a Conrad, pero Sylvia conocía todos sus libros y, además, a fondo. Como hubiera también podido hablar de Mencio de haber salido a relucir el tema.

—¿El filósofo chino?

—Sí.

—No sabía que había sido traducido.

—Apenas sé del asunto. —Summers sonrió.

—¿Usa máquina de escribir?

—No. Escribe a mano primero y lo pasa a máquina después.

—¿Es zurda?

—No.

—¿La ha visto escribir?

—Realmente no. Pero he visto sus manuscritos.

—¿Tiene algo que haya escrito ella?

—Lo siento pero no —Summers empezó a decir, y enseguida cortó—. Espere, creo que sí. Me dejó una nota ayer, en su casa. Fui a buscarla para que asistiéramos a un cocktail antes de cenar.

Sacó una tarjeta de su cartera. Una tarjeta algo más larga de lo corriente, con el nombre Sylvia West impreso —no grabado— a un lado, y, en el otro, un texto cuidadosa y firmemente escrito que rezaba: «He ido a por unas rosas. Volveré a las cinco. Sé bueno y espérame sin impaciencia».

—¿Dice las cosas de un modo algo diferente a lo habitual? —pregunté a Summers.

—Más sí que no.

—¿Se esfuerza o es algo natural en ella?

—Creo que se esfuerza.

—¿Por qué lo de las rosas?

—Tiene un bonito jardín y le apasionan las rosas blancas. Le hablaron de un criadero en el valle y ayer fue allí a comprar tres arbustos.

—¿Trepadoras o rosas de té?

—¿Qué diferencia hay?

—Discúlpeme. Yo también soy curioso —sonreí por primera vez desde que entrara en el despacho.

—Creo que trepadoras.

Afirmé con la cabeza y le pedí si podía conservar la tarjeta. Dijo que sí, cogí las fotos y las guardé en el bolsillo.

—¿Qué hará —le pregunté— si no averiguo nada? ¿Se casará con ella en

octubre?

—Lo decidiré en su momento, Macklin. Acepta el trabajo, supongo.

—Sí —dije—. No porque espere conseguir mucho sino porque estoy sin blanca. Necesito el dinero.

—¿Cuáles son sus honorarios?

—Lo corriente en estos casos, aunque nunca he hecho algo parecido. Hoy es 12 de agosto. Pongamos que emplearé 60 días. Para entonces, o tendré alguna cosa o al menos le podré decir si la puedo tener. Usted podría darme mil dólares ahora, cuatro mil más si le traigo lo que quiere y solo mil si vengo con las manos vacías. ¿Le parece bien?

—Me parece bien —aceptó.

—Más los gastos extras.

—¿Cuánto será eso?

—Lo que deberé pagar durante mis averiguaciones, señor Summers. A veces no es agradable ni barato. Tendré que pagar a policías y a ascensoristas, a chivatos y a algún juez o a algún alcalde, a determinado número de ciudadanos y a alguna que otra dama. También deberé desplazarme a unos cuantos sitios, y aunque me muevo con agilidad en autobuses y trenes, puede que vaya más aprisa por avión.

—Muy bien. ¿Cuánto, pues?

—Tres mil en efectivo para empezar y carta blanca, siempre dentro de lo razonable, si sale algo que deba ser comprado y le llamo para que pague.

—¿A cuánto ascendería lo «razonable» de que me habla?

—¿A cuánto estaría dispuesto?

—Cuando llegue el momento se lo diré —dijo.

—Bien. No soy un modelo de virtud, pero tampoco soy un ladrón, señor Summers. Si necesito dinero lo cobro en mis honorarios. No saco nada de los gastos extras. No llevo contabilidad ni guardo notas en los bolsillos.

—Lo entiendo. Me parece bien.

—¿Cuándo empiezo?

—Ahora mismo si quiere. Tengo mil en efectivo en mi despacho. El resto se lo puedo dar mañana por la mañana. Si me quiere ver, hágalo aquí. Le agradeceré que llame antes anunciándolo. ¿Cuándo y cómo sabré de usted?

—Cuando obtenga algo que merezca la pena, le llamaré.

—Perfecto.

—¿Quiere algún contrato o documento?

—No si usted no quiere.

—Pues lo dejamos correr —dije.

En cosas así Summers era fantástico. Te daba dinero como si no fuera dinero, sin desdén pero tampoco con reverencia. Me dejó unos minutos y regresó con los mil dólares en efectivo y un cheque por otros mil dólares. Pero cuando me levanté para marchar no me dio la mano. Iba a llevar a cabo una dudosa investigación, yo, un tipo

dudoso que hacía trabajos dudosos. Me había contratado pero él quería estar al margen.

3

A la mañana siguiente obtuve el resto del dinero, entregué el cheque de mil dólares al banco y conduje por Sunset Boulevard hasta Coldwater Canyon. Era un día fresco, soleado, agradable, el aire matutino era suave y limpio y mis bolsillos estaban bien provistos. Se habla mucho de dinero, pero cuando no lo has tenido la mayor parte de tu vida encuentras que poseerlo es algo sin parangón. Resulta agradable saber que podrás comer cuando tengas hambre o no la tengas, y beber cuando tengas ganas de un trago y convidar a una chica a cenar —siempre que tengas una chica— y no estar angustiado por la cuenta del restaurante o por tu aspecto de mendigo o ángel sediento. Si es posible vivir y ser feliz sin dinero no sé cómo se hace: con dinero, al menos vivo y estoy relajado y puedo pensar en otras cosas.

Mientras conducía por el Coldwater Canyon pensaba en Sylvia. Contemplaba las lujosas casas y me admiré de que una pudiera ser de ella. Fuese la que fuese, alabé su gusto porque si yo debiera vivir en Los Angeles y tuviera el suficiente dinero, no habría mejor lugar que la ladera interna del Coldwater Canyon.

Mi admiración resultaba vana y mi especulación gratuita. Había al menos diez modos de localizar la casa y diez más de poder entrar y hablar con Sylvia. No era la integridad lo que me retenía. Nadie que lleve entre manos un sórdido asunto y consiga dinero espionando o escuchando subrepticamente tiene ningún derecho a hablar de integridad. Si un hombre posee un poco de dignidad, esta se muestra en el modo que tiene de ganarse el pan de cada día; y si yo no tuviera integridad alguna, al menos sería lo suficiente objetivo como para reconocerlo. También tengo una regla respecto a lo que compro o vendo, y si vendiera fotos puercas sabría cuánto cobrar. Cuando alguien deviene cliente mío, trabajo para él y no contra él. Si quiere algo, trato de conseguirlo, y si no quiere algo no lo hago. Así es como llevo mis asuntos y es por eso que alguien como Peters me cede algún trabajo de tanto en tanto.

No sabía cuál era la mansión de Sylvia West ni traté de saberlo. Subí hasta lo alto de la colina y giré por Mulholland Drive, continuando hasta donde el asfalto acababa y, más allá, hasta donde se encuentra el retén del ejército. En cierto lugar, donde la mirada solo divisaba montes ondulados y cañones, sitio salvaje y solitario como debía serlo mil años atrás a pesar de hallarse dentro de los límites de la ciudad, aparqué en un lado, apagué el motor, encendí un cigarrillo y me relajé.

Decidí celebrarlo; celebrar el hecho de poder pagar mi alquiler, de poseer dinero y poder justificar mi pequeña e ingrata ubicación en el universo durante los próximos sesenta días. He bebido, y alguna vez más de la cuenta para mi buena salud. Y también he tratado de celebrar algo con alguna a benévola mujer que ni me entusiasmaba ni dejaba de entusiasmarme, pero lo suficiente amigable como para compartir cama y liberarme de ocasionales tensiones. Pero pienso que ninguno de ambos consuelos podían superar, en esa fría mañana, al final de Mulholland Drive, el sabor de un cigarrillo y el dulce zumbido de los insectos a la luz del sol.

La librería Dryden, en Santa Mónica, justo en la esquina con la avenida Roxbury, es propiedad de la señora Ann Goldfarb, quien asimismo la dirige. El hecho de que sea una librería tan buena como cualquiera de las que hay en Los Angeles se debe a la personal atención de Ann, que sabe de libros más que nadie en este mundo. Y que continúe siendo un negocio se debe a que esa parte de Beverly Hills es una ubicación tan idónea para una librería como podría serlo en cualquier lugar del país. Me tomo la libertad de llamar Ann a la señora Goldfarb —su marido había muerto durante la guerra, en el Boise— porque he sido un buen cliente durante mucho tiempo y porque de vez en cuando vamos a comer y al cine juntos. Ella, en correspondencia, me convida a tertulias literarias en su casa. Es una pequeña y robusta mujer de alrededor de los cuarenta, con vivos ojos azules, inteligente, rostro atractivo y un cabello cuya grisura no trata de disimular.

Es una de las pocas buenas amistades que he hecho en los Angeles y en cuanto me vio llegar me saludó con la cabeza e hizo una mueca como indicándome que el local era mío si tenía suficiente dinero para comprarlo. Yo curioseé hasta que se marchó el cliente con el que estaba; entonces se me acercó, me saludó cordialmente y me informó que había recibido el nuevo Penguin sobre los hititas.

—Me lo quedo —dije—. Por fin tengo trabajo. Puedo comprar libros y marihuana.

—Me alegro de que tengas trabajo, Mack. Empezaba a estar preocupada.

—Es algo que nada tiene que ver, por cierto, con los hititas. Me repelen los hititas. Como los aztecas, tuvieron poder pero no personalidad. Mantengo la teoría de que el único rasgo apreciable de las civilizaciones y de la gente en general es la respetabilidad.

—Si impartieses clases, buscaría tiempo para asistir, Mack. Es la verdad.

—¡Pero si no tienes tiempo ni para cenar conmigo una vez a la semana! ¿La poesía está donde siempre, Ann?

—¿Qué buscas? —preguntó—. No sabía que hubiese un resquicio en tu acusado lado pragmático como para gastar dinero en cursilerías como la poesía. La poesía está donde siempre. Perdona, tengo un cliente.

Fui hacia la estantería y busqué desde Auden a Untermeyer hasta que encontré *Luna sin luz* de Sylvia West. Era un delgado volumen de sesenta y una páginas y del cual habían cuatro ejemplares, extraño lujo para la oscura obra de una poetisa desconocida. Ann Goldfarb vino a mí mientras pasaba las páginas del libro.

—*Luna sin luz* —dijo Ann—. ¿Conoces a Sylvia West o tiene que ver con tu nuevo trabajo?

—Lo que mejor funciona entre nosotros es que yo nunca hurgo en los negocios de Goldfarb ni ella lo hace en los de Macklin. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dime ahora por qué te interesa ese libro.

—¿Por qué no habría de hacerlo? Esto es una librería ¿no?

—Sí, aún lo es. Pero nunca has comprado poesía ni te has interesado por ella; además, tienes unas demoledoras ideas sobre poesía moderna.

—Puede que en este caso sea diferente. Veo que tienes cuatro ejemplares. Casi un *best seller*, ¿no?

—No —negó con la cabeza y sonrió—. No. De hecho ningún libro de poesía ha llegado nunca a ser un *best seller*. Incluso te diré que ningún libro de poesía llega a recuperar su coste excepto muy raramente. Si ello ocurre es una excepción a la regla. Se venden muy pocos libros de poesía, de nueva poesía al menos. Pocas librerías los aceptan.

—Entonces —quise saber—. ¿Por qué hay editores que los publican?

—Alguna editorial exquisita puede que publique algo, Mack. Eso es lo que la hace exquisita. Son libros pequeños y lo que se pierde se gana en prestigio. Hay pocas editoriales que apuesten por la poesía, pocas a las que les guste o la admiren. Hay que asumir las pérdidas si no se quiere que ese antiguo arte acabe pereciendo en Estados Unidos. Lo cual podría suceder, ¿sabes?

—Imagino que podría suceder.

Entró en ese momento otro cliente y mientras ella le atendía leí algunos de los poemas del libro. Cuando Ann se acercó de nuevo le pregunté si creía que era una edición pagada por la autora.

—Te estas refiriendo a lo que se suele llamar en el gremio «editores de vanidad», Mack. Es un negocio turbio. Los autores que no pueden publicar sus trabajos en las editoriales corrientes, recurren a un «editor de vanidad» y pagan los costes de la impresión y encuadernación y también al editor, todo por la vanidad de tener algo publicado. Una de las lacras de lo que, por otra parte, es un muy decente negocio. Ningún editor digno recurre a esas cosas, sin embargo.

—Respecto a Sylvia West, ¿crees que se habrá pagado la edición?

—No creo que a ese editor se le pueda comprar, Mack. No lo creo. ¿Por qué eres tan desconfiado? ¿Tan malos son esos poemas?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes. He leído algunos. Me gustan. ¿Conoces a Sylvia West?

—No. ¿Y tú?

—Un poco —replicó Ann.

—Es guapa, ¿no?

—E inteligente. Una morena alta y notable. Vive en Coldwater Canyon y viene a comprar aquí de vez en cuando. Pedí el libro porque ella es cliente mía y porque hubo varias peticiones, amigos suyos tal vez. Tuve que solicitar más ejemplares. Es por eso que tengo cuatro en la estantería. ¿Quieres uno?

—Sí. Me llevaré uno.

Hay policías de muchas clases, algunos de ellos sobornables y otros no. Nunca he sido un fan de la policía, pero sé de otras profesiones en donde hay también mucho soborno. Nunca he tenido un amigo policía, pero ¿cuántos amigos se pueden tener? Por otro lado, nunca he tenido trato con la policía. Nunca he tropezado con un cadáver en una habitación o tomado un revólver como evidencia o efectuado algún acto de venganza por mi cuenta. Un investigador privado excesivamente preocupado por la justicia no suele durar mucho.

En otras palabras, un poli es un poli y yo vivo y dejo vivir. El sargento Haggerty de la policía de Los Angeles era un policía que aceptaba sobornos. Nunca le pagué nada. Una vez que Peters precisó de un policía sobornable me envió a Haggerty y cuando necesitaba un favor recurría a Haggerty. Fui ahora a Haggerty y le dije que indagara sobre Sylvia West. Si tenía algo en los archivos y, si no, que me buscara a todas las Sylvias por debajo de los cuarenta. Tenía mis dudas sobre la veracidad del nombre West, pero por alguna razón difícil de explicar estaba convencido de que Sylvia sí que era su verdadero nombre.

Tal vez quería que así fuera. Nunca había conocido a una Sylvia. Me gustaba el nombre y me gustaba que ella lo tuviera. Por otro lado hay personas que no pueden prescindir del nombre real aunque represente un riesgo grande mantenerlo. El nombre es un símbolo íntimo para ellas, tan necesario como el corazón o los pulmones, un elemento capital para el alma, algo que asegura la individualidad de su propio ser y continuidad. Si Sylvia era así, se tenía que llamar por fuerza Sylvia.

—Puedo investigar —me dijo Haggerty—. Pero buscar todas las Sylvias va a costar.

—Ya lo suponía. ¿Cuánto?

—Mil —dijo Haggerty.

—¿Te has vuelto loco? Peters solo te pagaría mil por algo así como volar el Ayuntamiento. ¿De dónde iba a sacar tanto dinero?

—Encuétralo.

—Al demonio —dije—. Tú juegas tu juego y yo jugaré al mío.

Cuando me marchaba, Haggerty se acercó y negociamos hasta que la cosa quedó en veinte dólares. No había ninguna Sylvia West en el archivo ni aquí ni en San Francisco. Pero sí que había ochenta Sylvias por debajo de los cuarenta, y me pasé la tarde entera en el archivo, consultando las fichas con las fotos e historiales. Y nada encontré que tuviera la más remota semejanza con lo que buscaba.

6

A las cuatro de la madrugada me desperté y ya no pude conciliar el sueño. Me duché, afeité, lavé los dientes, abrí una lata de naranjada fresca y fumé un cigarrillo ante la ventana, mirando las pálidas luces de la ciudad en la niebla matutina. Cuando me despierto entre las cinco y las seis, siento piedad y pena por mí mismo. Me veo como desde el extremo opuesto de un largo telescopio y diviso un leve, blando y trémolo pedazo de materia sin la menor importancia ni sentido. El mundo es vasto y el universo aún más extenso, y si Alan Macklin abriera el gas y pusiera la cabeza en el horno, solo ocuparía seis líneas en el *Times* y unas pocas palabras de ocasional pesar por parte de media docena de personas. En un momento así me siento tan solo como cualquier otro individuo del planeta. Pero esa mañana era diferente. Esa mañana deseaba celebrar la llegada del sol. El zumo de naranja sabía bien y también el cigarrillo. Tuve una reflexiva conversación conmigo mismo.

«No se trata de ética, integridad u otro solemne concepto. Te debes al cliente. Has de darle lo que desea. Bien. Ve a la casa de ella y dile que eres un vendedor de aspiradoras. O consigue unas credenciales de la compañía de gas Barney Adler y dile que vienes a comprobar el calentador. O hazte pasar por un representante de Tri-City Real Estate^[3] y le dices que tienes comprador para su casa. Sí. Hay que hacer una u otra cosa. ¿Entonces? He de hablar con ella ¿Para conseguir qué? Para saber algo. O para meter la pata. Y entonces adiós trabajo. ¿Qué eres: un adolescente pazguato que se enamora por primera vez? ¿Has estado forjando una fantasía sobre una tía buena morena que escribe poesía? ¿No te habías librado ya de esas tonterías? Una guerra, trabajar en un matadero, el incendio de la casa y ocho años en esa sucia y falsa ciudad, ¿no te han enseñado algo? Incluso te casaste: una gran experiencia. ¿Qué tiene que ver eso? Piensa a fondo. Lo estoy haciendo. No debo ser un estúpido. Ni he visto nunca a Sylvia West ni posiblemente logre hacerlo nunca. Soy un hombre práctico y estoy quemado por más cosas que un incendio. Tengo la oportunidad de ganar cinco mil dólares por sesenta días de trabajo. Con gastos pagados. Lo cual es algo más de lo obtenido los pasados veinte meses. Y si envuelvo mi corazón con ese dinero no hay espacio para sentimientos. Así que lárgate y déjame en paz solo».

Así acabó la conversación pero no el modo en que me sentía. Me fumé otro cigarrillo y contemplé cómo asomaba la luz del día a través de la calígene y la niebla que cubrían Los Angeles.

Henry Ingleman era un policía no sobornable. De origen danés, había trabajado duro y salido adelante contra todo pronóstico. No viene a cuento decirlo pero, muy cerca del retiro por edad, es el mejor calígrafo de esta parte del país. No se dejaba sobornar pero cuando le presioné aceptó que le invitara a comer. Y ahora lo tenía delante de mí, en la Steak House, comiendo la comida a que le había invitado y diciéndome que era demasiado cara.

—Mi aparato digestivo no está preparado para una comida de seis dólares y medio, Mack, y cuando un escocés sin blanca me paga una, no puedo disfrutarla a conciencia.

—No te la pago yo. Es a cuenta de unos gastos generales.

—¿Qué es lo que quieres?

—Información.

—¿Por qué no ingresas en la policía si tanto te gusta este trabajo?

—Odio este sucio trabajo. La única cosa satisfactoria es que de tanto en tanto conoces a alguien como tú.

—Gilipolladas, como se suele decir.

—Eso lo dices tú.

—Sí. Pero antes de sonsacarme, Mack, dime: ¿las gentes de la Antigüedad se preocuparon por la caligrafía?

—Si te refieres a subordinar ángulos a curvas y simplificar curvas, pues sí.

—¿Quiénes fueron?

—En Egipto, quienes escribían en demótico. Los judíos desarrollaron una escritura curva, en parte tomada de los árabes. Y los griegos y romanos también hicieron algo en este sentido.

Este tipo de saberes suele impresionar a los autodidactas, que adolecen de la secreta y dolorosa envidia de quienes han estudiado en la escuela pero no han seguido estudios secundarios. Con gratitud y atención me escuchó exhibir mi pequeña porción de ignorancia y, cuando llegó el postre y el café, me preguntó con avidez y humildad qué quería que le dijera. Le di la tarjeta que Sylvia había dejado a Summers y él la estudió con suma atención e interés. Tras examinarla durante cinco minutos dijo casi apologeticamente:

—Déjame que ahora alardee yo un poco, Mack. Te puedo decir la tira de cosas de esta tarjeta.

Asentí con la cabeza y me incliné adelante, ávido, porque tenía el privilegio de escuchar lo que pocos podían: no una pobre exposición de tribunal de justicia o laboratorio de policía, sino un desinhibido análisis del mayor experto en caligrafía que conocía. Ingleman alzó la cabeza, dejó que las anticuadas gafitas de metal resbalaran por su nariz y adornó sus palabras con afectadas sonrisitas cada vez que me miraba a los ojos.

—La edad de la dama, Mack —empezó— es entre veinticinco y treinta años. ¿Quieres que te hable de la ecuación de la curva de edad o aún recuerdas lo que te dije la última vez?

—Lo recuerdo. Siga adelante, teniente.

—Es una mujer atractiva. Lo deduzco de la energía y espesor de la escritura. Se enfrenta al mundo al igual que el trazo. Pero hay algo en esa mujer más allá de lo que aparenta. Se ha hecho a sí misma y de una manera controlada y cuidadosa. West es el nombre del marido no el de ella, o tal vez sea un nombre que se ha inventado. Pero Sylvia sí que representa lo que ha sido desde mucho atrás, en que era una mujer menos atrayente de lo que es hoy, según su propio concepto. Pero eso es lo que ella piensa, Mack. Muchas mujeres están lejos de saber lo que son en el fondo. Si te gusta la ficción, Mack, podría hablarte de lo que esa mujer ha podido pasar. Pero sé que no te gusta la ficción. ¿Verdad?

—Tienes razón.

—Puede ser una mujer peligrosa, o decidida, tal vez muy dura, o solo fuerte, o tal vez no tan fuerte como intenta ser. Una de esas, sí, Mack.

—No la conozco. Nunca la he visto.

—¿No?

—¿Puede ser una delincuente?

—La tendencia criminal no se detecta en la caligrafía, a menos que se sea un psicópata. En este sentido, ella no lo es. En absoluto.

—¿Qué puede haber sido diez, quince años atrás?

—¿Me lo preguntas en serio, Mack? ¿Con solo esas dos frases escritas?

—Has disparado un tiro al azar —encogí los hombros, no quería infatuarlo—. Atrévete a dar otro y dime dónde puede haber nacido.

—En América, sí.

—¿En China no?

Me miró con sorna.

—Si nació en China no creo que haya aprendido a escribir allí.

—¿Por qué?

—Pequeños trucos de mi oficio —sonrió—. Estoy seguro de ello, a menos que haya aprendido en una escuela americana de China. De la antigua China.

—O en una escuela británica en China.

—No a menos que haya tenido un profesor muy proamericano.

Le miré ahora a él y me sonrió. Se sentía orgulloso como un pavo. Estaba haciendo algo que nadie en el país, tal vez en el mundo, podía hacer y si algo había en él de charlatanería, lo disimulaba maravillosamente.

—¿En qué ciudad de América pudo aprender? —le pregunté con calma y cuidado.

—Mack, ¿sabes cuántas ciudades hay en este país?

—Lo sé, las he contado.

Se inclinó sobre la mesa y golpeó con sus dedos el dorso de mi mano.

—Mack, Mack, escucha —dijo con una mueca—. Te he brindado una exhibición de lo que sé, pero no se lo digas a nadie o me echarán y perderé mi pensión por ser un viejo farsante.

—Por mi parte he olvidado cuanto me has dicho y tú olvida el nombre de Sylvia West. ¿Trato hecho?

—Trato hecho, Mack. Ahora te diré algunas de las ciudades en donde no ha podido aprender a escribir —se inclinó hacia atrás y cerró los ojos; acto seguido dijo lentamente—: Nueva York, todo el estado; Boston, o mejor todo Massachusetts; Richmond, Virginia, Charleston, California Sur, Chicago, Minneapolis, Omaha. Y creo que también Kansas.

Abrió los ojos y me miró con deleite.

—Eso deja pocas ciudades. Pero no te creo —dije.

—Mack, ¿soy un farsante? Te he comentado que alguna vez he dicho la buenaventura. Te revelaré algún truco. Como todos los trucos, es muy sencillo cuando lo conoces. Muchos años atrás, a los niños de América, en muchas ciudades, se les enseñaba a escribir con el método llamado Palmer. Esta tontería consistía en torturar al niño haciéndole aprender algo casi imposible: a escribir moviendo todo el brazo. ¿Recuerdas esa animalada?

—Creo que sí —contesté.

—Fíjate qué sencillo. Si han aprendido a escribir con el método Palmer les queda huella. Cuando las escuelas se dieron cuenta de cómo torturaban a los niños con esa tontería, dejaron de usar el método Palmer. No es raro, pues, que me resulte fácil reconocer si alguien ha aprendido con ese método. La mujer de la tarjeta aprendió a escribir con él. Así que solo he de recordar los lugares que dejaron de usarlo. No debes llamar a alguien farsante así por las buenas, incluso aunque le pagues un bistec y una cerveza.

*Una luna sin luz, es otro tipo de iluminación.
 Sobre el grueso vientre de la puerca
 Que sangra al parir.
 Confuso nacimiento con vómitos,
 El espasmo es un espasmo egocéntrico.
 Porcus in labor divine, ecco,
 Ecos de canción de cuna de mamá, ecco
 Presta un oído para escuchar, ecco,
 Y vomita en mi camino
 A través del bar con hedor a cerveza,
 Un pequeño vaso lleno de alma inmortal
 Y un santo flato que parte el verde guisante
 O taburete de asiento incómodo.
 Chupa las tetas, traga
 La leche de la amabilidad humana
 Cuajada, ¡baby doll, nunca!
 Hazme del todo, impolutamente atractiva,
 Y la educación, en una escuela de alcurnia
 El arte sonrisográfico de las damas galantes.
 Así, tú, ahwa onongo heeler,
 Autocurandero, controlado hombre frío
 Este es mi sermón de hoy:
 Un poco de paciencia compensa.*

Sentado en mi despacho lo leí de nuevo. Lo leí por sexta, séptima, octava vez. Lo leí y traté de extraer imágenes de las palabras, como cuando lees algo que vale la pena. Pero no obtuve ninguna, o si la obtuve se difuminó enseguida. Lo leí en voz alta como si no estuviera escuchando, juzgando o analizando sino tan solo sintiendo el tono, el ritmo, el sonido, y experimenté entonces la artificial amargura y el horror de su música; pero cuando traté de concentrarme en ello, todo se desmoronó, se esfumó.

No me fue posible juzgar ni opinar. Sentí que igual podía tratarse de poesía como no. No sabía si era buena, mala o indiferente. Traté de ponerme en el lugar de Frederick Summers al leerla. También intenté ponerme en el del antaño glamuroso señor Hall. Incluso en la piel de Ann Goldfarb y sentir lo que ella debió experimentar. Pero fue en vano.

Leí el libro de poemas de cabo a rabo antes de ponerme a dormir. Lo leí de nuevo al día siguiente, antes de comer. Retorné a mi despacho, pagué algunas cuentas,

guardé un billete de cincuenta dólares —lo que quedaba de un cambio— en mi libro de registro y leí el libro por tercera vez. Acto seguido me reconcentré en ese poema en especial.

Finalmente me di por vencido y telefoneé al profesor Bertram Cohen de la Universidad, con la suerte de dar con él al primer intento. No solo me recordaba —no nos habíamos visto en cinco años— sino que parecía encantado de saber de mí. Esperaba que ello significase que deseaba reanudar mi vocación universitaria. Pocos estudiantes había tenido con un talento como el mío. ¿Por qué no pasaba por allí y charlábamos un poco?

Le dije que me encantaría hacerlo cuanto tuviese un momento, lo que era la pura verdad. Es un brillante experto en la Antigüedad y resulta un placer hablar con él. Pero ¿podría hacerme un favor ahora mismo?

—Por supuesto que puedo, señor Macklin.

—¿Hay alguien en la Facultad que pueda ser considerado una autoridad en poesía moderna? Y si es así, ¿podría conseguirme una cita de una hora con él?

—Gavin Muller es el hombre. Y un considerable poeta, por otra parte. Hablo ahora mismo con él y le llamo de nuevo. Se supone que es por cosa de trabajo, ¿no?

—En efecto.

—¿Dónde le puedo encontrar?

Le di el teléfono de mi oficina y las gracias por su amabilidad. Media hora más tarde me llamó y me dijo que el profesor Mullen me podía recibir esa misma noche a las diez, en su propio domicilio.

—Pero recuerde, Macklin —añadió—, lo que le he dicho antes. A la primera oportunidad, comemos juntos.

Le dije que sí, por supuesto.

Pocos minutos antes de la diez llegué a casa del profesor Mullen en Brentwood, un bungalow con estucado tipo hispano pasado de moda que habría parecido ostentosamente vulgar treinta y cinco años atrás pero al que el tiempo había conferido una pátina de sensatez modesta que lo singularizaba entre los tejados planos, las pintadas ventanas y los agresivos ángulos de los modernos edificios circundantes. Mullen abrió él mismo la puerta a mi llamada. Era un hombre pequeño, delgado, de menos de un metro setenta, una gran cabeza, una mata de pelo descuidado y grisáceo y ojos tan azules que parecían iluminados por dentro. Vestía camisa deportiva de algodón y pantalones azules remendados y gastados. Me dio la mano —una mano fuerte—, hizo una mueca, me hizo entrar en su casa y me dijo en una sorprendente, profunda voz:

—Es Alan Macklin, ¿no? El «husmeador» interesado en poesía.

Asentí por esta vez ya que me cedía su tiempo, pues un husmeador es una cosa y un investigador privado que muele harina para los sucios molinos del divorcio otra muy diferente. El salón de estar de la casa era un caos, las paredes con montones de libros y, en el suelo, un corral infantil, un pañal mojado, dos camiones de juguete, un patinete, un oso panda de peluche, un gran montón de trozos de madera y dos gatos de felpa. Además de muchos otros objetos infantiles que no relacionaré.

Mullen lo explicó moviendo levemente la mano.

—A mi mujer y a mí nos gustan las familias numerosas, Macklin. Siéntese, ¿quiere? —Su familia numerosa constaba de seis niños, supe luego—. Una familia así presenta menos problemas que las sencillas —añadió— y resulta más gratificante que la amarga circunstancia de un hombre y una mujer viviendo solos.

Echó al suelo unos libros de puericultura y dejó así libre una mecedora.

—¿Prefiere *whisky* irlandés o escocés? Yo prefiero *bourbon*.

—*Bourbon* está bien.

—¿Con un poco de hielo?

—Muy bien. Ha sido muy amable recibéndome.

—Por favor... —empezó a decir, pero se detuvo cuando apareció su mujer y nos presentó. Era más alta que él, le pasaba una cabeza entera; se trataba de una atractiva, suave en los movimientos e impasible mujerona; no gruesa pero sí maciza y fuerte, de cabello amarillo trigueño, una voz calma y agradable y un aire de decidida tolerancia hacia los hombres.

—Ya se han dormido todos —dijo—. En su infinita sabiduría, señor Macklin, la naturaleza le recompensa, tras un día viéndolos moverse sin parar, pudiéndolos contemplar finalmente durmiendo. ¿Tiene hambre?

Dije no con la cabeza mientras la veía ir por la sala recogiendo objetos, diez al menos, y salir con tanta agilidad y gracia como había entrado. Mullen me pasó la bebida y se sentó frente a mí.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted, señor Macklin? —preguntó.

—Hábleme de poesía, si no le importa.

—¿En general? Doy tres cursos en la universidad y...

—No, perdóneme. Sobre un poeta. ¿Ha oído hablar de Sylvia West?

—Sí.

Se levantó de golpe y fue hacia una pared en la que amontonaban cientos de libros en unas estanterías y, con milagrosa rapidez, vino a mí con el libro de Sylvia en la mano. (Ya era solo Sylvia para mí, no Sylvia West o la señorita West). Saqué mi propio ejemplar del bolsillo.

—¿Lo ha leído? —pregunté.

—Sí. No se extrañe, señor Macklin. Trato de leer todo cuanto los jóvenes escritores publican. Que no es algo demasiado fatigoso por cuanto que se edita muy poco. Me ocupo de una sección de poesía en el Quarterly y la mayoría de libros me los envían los editores.

—¿Me puede decir su opinión sobre ella?

—¿Qué opino? No es fácil responder. No es esta una época en que se pueda fácilmente dictaminar si tal o cual poeta está favorecido por las musas. El poeta suele ser un sujeto cansado y solitario al que su padre ha echado de casa y busca otra puerta u otra razón para volver a entrar, o bien se sienta bajo el zarzal en el patio trasero y elabora su preciado bien para susurrárselo al poeta de la casa de al lado que se halla también bajo su correspondiente zarzal. Hubo un momento en que el poeta era parte de una gran orquesta, señor Macklin, y elaboraba su música con mucho metal y violines y tambores, y el sonido era tan alto y tan bien sincopado que el mundo se detenía a escucharlo. Pero ya no ocurre así, querido amigo. En absoluto. Hoy el mundo solo escucha las pobres, tontas canciones que escriben los compositores de Broadway y solo esos peculiares poetastros son debidamente recompensados mientras que el don de la poesía es sacado a patadas, dejándole destrozado su pobre culo. Lo máximo que el poeta hace hoy, tipo raro que viene a ser y reo de ese terrible pecado en América, la pobreza, es soplar su mísera flauta y tratar, con la música que resulta, de reflejar el vasto, idiota y confuso mundo que antaño saludaba su voz y su canción. ¡Oh! Tiene grandes recuerdos pero, pobre chico, le falta energía, como a todos los que tocan para sí mismos. Pero vayamos ahora a esa mujer, Sylvia West. No le diría a nadie si es una buena o mala poetisa. Aparte de que ¿quién me lo iba a preguntar? Me limitaría a hacer que oyeran y sintieran la candente herida, el salvaje odio que manifiesta dentro de sí misma. Escuche esto, Macklin.

Y abrió el libro y leyó:

Me siento poseída por un triste blues

Mi vientre se retuerce por las dosis,

No te alejes de mí y me dejes

Rodando y arrastrándome

*Oh, he pecado como ninguna mujer antes
Me posee un triste blues
Oh predicador, mírame de arriba abajo,
No te detengas en las rodillas: hay más que ver
Poseo largas piernas y rotundas caderas
Tengo un pastel en el cielo y he pecado
Un vientre lleno de pecado,
Un oscuro, sincopado y azul pecado
Oh, niño Jesús, me posee un triste blues*

Se detuvo y me escrutó con sus ojos azules. Su mujer había entrado sigilosamente en la estancia y se había quedado escuchando, quieta y silenciosa, la profunda y espléndida voz de su marido. Luego sonrió y sacudió la cabeza.

—Estamos abordando con demasiada seriedad algo tan fútil como la poesía, señor Macklin. ¿Quiere mi opinión? No es muy buena poesía, pero sí que es buena poesía. Ambas cosas. ¿Ha escuchado a Helen Morgan en su mejor momento? Esta Sylvia West no ha tenido una educación formal, no posee las sutilezas ni destrezas del lenguaje y, a decir verdad, conoce muy poco la estructura adecuada del verso. Pero posee, en cambio, otra cosa: pasión, dolor, necesidad y, sobre todo, música. El dolor en ella es como el de Handy^[4]. Cuando halle la paz, si lo logra, será una mujer fantástica. Pero, madre de Dios, si llega a aprender a hacer poesía y si tiene talento para ello y lo consigue antes de encontrar la paz, América puede ganar algo grande, créame.

—Entonces, ¿la conoce?

—Vergüenza del diablo, ¡no! —dijo, haciéndole una mueca a su mujer, que dijo con voz baja: «Pura intuición, ¿no?».

—¿Y cómo sabe lo que es y cómo siente, profesor Mullen?

—Lo he deducido de sus poemas.

Asentí con la cabeza sin decir nada. Experimentaba una peculiar y nada desagradable incomodidad y, sobre todo, el deseo de que esta velada no finalizase demasiado pronto. La mujer de Mullen me sonrió, vertió algo de *whisky* en mi vaso vacío y se sentó entre nosotros. Por sus palabras y gestos, el modo como se movía o le hablaba, se veía cuánto adoraba a su marido esta bella mujer, cuánto adoraba a ese delgado *gnomo* de voz profunda. De pronto me sentí tan desconsolado y solo que casi rompí a llorar.

—¿Qué es poesía? —dijo Mullen, no preguntándomelo a mí sino enunciándolo como el profesor que se dirige a la totalidad de sus alumnos—. El primer hombre que pisó la tierra cantó, porque el hombre es una criatura musical tanto como verbal. Pero cuando llegaron las palabras, con todas sus imágenes, colores y memorias, empezó a existir una particular música en el mismo lenguaje. El poema es el inicio de nuestra literatura y de todo nuestro arte. Homero cantó poemas, y las terribles prédicas de los

viejos profetas hebreos, que eran también poesía, y quienes hicieron la música de la antigua Irlanda y los asilvestrados poetas que vagaron por el país con sus finas voces y sus instrumentos de cuerda. E incluso aquí mismo, entre nosotros, la cultura de los indios, que tocaban con sus flautas de madera mientras sus cantores hacían poesía. Es un antiguo asunto que creció y floreció, pero en cierto instante nos pusimos a bailar con un paso demasiado rápido y el mundo se volvió extraño. Ahora los poetas buscan imágenes y música, y les cuesta encontrarlas; la mayoría se contentan con abrillantar la pequeña manzana que han cogido sin importarles un comino el árbol del que procede. Su Sylvia no ganará muchos premios, pero aprenderá. Tiene algo que decir y una clara voz.

—No lo veo tan sencillo —confesé—. Tomemos el poema *Luna sin luz*. ¿Qué nos intenta decir con él? ¿Qué significa? Si significa algo, ¿por qué no se entiende con facilidad?

—¡Ah! —Mullen sonrió—. Ha puesto usted el dedo en la llaga. ¿Trata ella de ser oscura? No, en absoluto. Nosotros somos gente sencilla, Macklin, y también complicada, y los artistas no tratan de ser oscuros a menos que sean unos falsarios. La oscuridad proviene de ser incapaz de decir algo del modo natural en que se experimenta. Su Sylvia revienta con algo que no puede expresar de forma sencilla, algo que el tiempo curará. Llegará a saber lo que debe ser dicho y lo dirá mejor también. Pero en ese poema busca símbolos y compara. Escribe sobre su territorio de infancia con asco y con el agitado terror de las pesadillas infantiles. No puede decir: fui una niña en tal y tal lugar; necesita expresar de forma adulta lo que la niña vio y por ello usa un intrincado conjunto de símbolos e imágenes de su infancia. ¿Me sigue usted?

—Creo que sí —dije afirmando con la cabeza—. ¿Sabe dónde pudo pasar esa infancia?

—Puedo fantasearlo. ¿En qué ciudad, quiere decir?

—Sí, la ciudad.

—Probablemente Pittsburg.

—¿Por qué Pittsburg?

—Bien, déjeme explicárselo. Cuando alguien escribe poesía tras una educación normal y completa, a menudo tras años largos en el hondo congelador de la vida académica, uno tiene ganado mucho dominio del oficio pero carece de la vitalidad e inventiva que podría espolear la creación de símbolos de su propia y singular cosecha. Somos una esmerada raza, los universitarios, puede estar seguro. Así que usamos y elaboramos símbolos viejos. Su Sylvia, me parece a mí, no tiene una demasiado esmerada educación tras ella. Crea sus símbolos al margen de lo establecido y experimentado. Alguna vez debió oír la palabra española para designar el agua, y eso le debió provocar cierta impresión fonética. De ahí que se sirva de esa expresión, *ahwa*, para expresar el impacto que le provoca. Pittsburg, como sabrá, se halla en el cruce de los ríos Alleghenby y Monongahela, y aún más: es la única

ciudad de importancia en el Monongahela. También aquí utiliza símbolos y comparaciones. La letra inicial de Monongahela es un prefijo que se usa en el altamente inflexivo lenguaje algonquino. El nombre exacto sería *Onongahela*, aunque nuestras transliteraciones de los viejos nombres indios dejan mucho que desear. Dónde pudo su Sylvia recoger ese pedazo de información no lo sé, los saberes raros son algo típico en los autodidactas. Tenemos, pues, ese *ahwa onongo heeler*, o río Monongahela. Observe que ella rompe la palabra y convierte las dos últimas sílabas en *Heeler*, agua curadora, un sutil juego de palabras con simbólica referencia al segundo significado. El río era el dios de los indios. Los indios fueron aniquilados y la horrenda imagen de la ciudad de Pittsburg, tal como la niña Sylvia la veía, los reemplazó. Pero el río sigue fluyendo. El río es eterno, paciente y purificador. Fluye, limpia, cura las viejas y feas cicatrices. Ahí lo tiene. Odio hacer esto con un fragmento de verso. No son sino una serie de pequeños trucos que impresionan a la gente iletrada.

—A mí me ha impresionado —le dije.

—Muy bien. Ahí lo tiene: he obrado un poco como un detective, ¿no?

—Ciertamente, amigo mío.

—¿Cómo me valora como detective, Macklin?

—Sería difícil encontrar la palabra, profesor Mullen, se lo digo con sinceridad.

Segunda parte

Pittsburg

1

El pequeño, rechoncho individuo de rosadas mejillas que se sentaba a mi lado en el avión a Pittsburg, me preguntó por segunda vez cuál era mi nombre.

—Macklin, Alan Macklin.

—Pensaba que había dicho McLean.

—Macklin.

—¿No trabajará en el cine, verdad?

—No.

—Es gracioso pero dos veces que he tomado el avión en L. A. me he sentado junto a gente del cine.

—Suele ocurrir —dije.

No tengo ningún especial patriotismo u orgullo local, así que mi desagrado por la gente que en vez de Los Angeles dice L. A., o en vez de San Francisco dice Frisco, es puro prejuicio. Tenía también un ejemplar del *The New Yorker* que intentaba ponerme a leer.

—Buena gente —añadió.

—Cierto.

—¿Su primer vuelo a Pittsburg? —preguntó.

—Mi primer vuelo.

—No me extraña. Típico americano. Apuesto a que, en cambio, ha ido usted a París.

—Sí.

—¿Ve lo que le digo? Antes se acostumbraba a decir: primero, conoce América. Pero ahora ya no. Ahora primero se va a Tombuctú, Casablanca, Moscú. A Moscú va un montón de gente. Tengo un cuñado que nunca se ha interesado por el Gran Cañón, por el parque de Yellowstone o incluso por las secuoyas de su propio estado, pero en cambio ha ido a Moscú. Fue en viaje de negocios y comió y bebió como un rey. Nada resultó mucho para él. ¿Ha estado en Moscú?

—No —dije.

—Vea Pensilvania. ¿Sabe usted de qué padece? De satisfacción, de santa satisfacción. Y, créame, eso puede enfermar a Estados Unidos. Pensilvania nunca ha sabido venderse tan bien como ustedes los californianos, o los tejanos, o los demás. ¿Nunca se ha preguntado cuál es el estado con más iglesias, colegios, pueblos o ciudades de Estados Unidos?

—No, nunca me lo he preguntado.

—Pues Pensilvania. El mayor productor de acero y hierro de la nación, el que más millas de autopista asfaltada posee. El que tiene más caza. ¿Le gusta cazar?

—No —dije.

—No me venga con que la provincia de Powder River o que Jackson Hole. ¡Hay más caza en cualquier rincón de Pensilvania que en todo el estado de Wyoming! Es

un gran deporte. A decir verdad, el presidente haría mejor cazando que jugando al golf. Juega al golf para mantenerse en forma, por el mínimo ejercicio que esto requiere. Sé esto por mi cuñado, que ha jugado nueve hoyos con él, cuando Ike^[5] estuvo en Pittsburg el año pasado. Cuidado, que no soy de los que alardean. Le digo que fue mi cuñado, no yo quien jugó. ¿Va a Pittsburg por negocios?

—Sí, le dije.

—El corazón del estado. El verdadero corazón del estado. ¿Sabe cuántos puentes hay en Pittsburg? Si yo dirigiera uno de esos concursos de acertar preguntas haría esta: ¿Cuántos puentes tiene la ciudad de Pittsburg? ¿Cuántos cree usted?

—Sí —respondí.

—Me parece que no lo sabe. Muchos más de los que imagina. Más de doscientos puentes dentro de los límites de la ciudad. Doscientos. Y más de ochocientos en todo el estado. Cielo santo, se puede decir que tiene más puentes que Venecia, en Italia.

2

En el Hotel William Penn pagué cincuenta dólares por día por una amplia y confortable habitación. Fue preciso recordarme a mí mismo que yo no era alguien acostumbrado a dormir donde me gustaba y a comer lo que me apeteciera. En cualquier caso, la lujosa cuenta para gastos extras se contrapesaba en el cociente solitario de mi existencia, que no variaba. Nuestra civilización acepta al hombre solitario. Hace su existencia tolerable y le provee de toda suerte de diversiones para paliar su inclinación al aburrimiento. En otros tiempos, el hombre solo, sin parientes ni amigos, era marginado, expulsado. No es que hubiera cometido ningún crimen: su misma existencia era un crimen. Cualquiera le podía esclavizar, matar, golpear, sin temor a que la ley le castigase. Las puertas de las ciudades se le cerraban y las bandas de delincuentes formadas por sujetos como él le podían matar sin reparo alguno. Así que no se podía pasar por alto el hecho de que una habitación y un baño en uno de los mejores hoteles de Pittsburg venía a ser un tipo de mejora.

Tras bañarme, afeitarme y haberme cambiado la camisa, mi talante volvía a ser el de siempre. Contemplé sin hostilidad los tres grabados en color de los Alpes suizos que decoraban las paredes; las camas doble se mostraban confortables e invitaban a meterse bajo sus cobertores color amarillo brillante. También me vi temporalmente propietario de dos cómodas sillas, un mueble alto con cajones y otro más bajo también con cajones y un escritorio. ¿Qué más quería? Pasaban de las seis y me había entrado hambre. Comí, solo, en el comedor del hotel y, mientras daba cuenta del bistec y la ensalada, leí el ejemplar de la *Post Gazette* facilitado por el hotel, fumé un cigarrillo y salí a la calle. Caminé a lo largo de la avenida Liberty hasta Point Park, y en ese parque me senté en un banco y me quedé contemplando a una pareja adolescente, chico y chica, ambos de dieciséis o así, que se miraban fijamente con ojos amorosos, esperanzadores, voluntariosos. Era una fría pero apacible tarde sin niebla ni calígine en la atmósfera, solo el dorado sol del atardecer. Regresé por el Boulevard, bebí un *whisky* en el bar del hotel, compré unas revistas y una novela y me fui a la habitación a leer hasta que me entrase el sueño.

3

A la mañana siguiente puse cincuenta dólares en un sobre blanco y llamé al inspector Garowski, de la policía de la ciudad. Peters me había dado su nombre pero ninguna seguridad de cooperación, por lo que, cuando entré en el despacho, me miró por debajo de sus hirsutas cejas y me dijo:

—Así que se llama Macklin. ¿Qué desea, señor Macklin? ¿Quiere dar cuenta de algún crimen?

Tenía una voz ronca, anchas espaldas, su constitución era fornida y tendría unos cincuenta años más o menos. La piel amarilla indicaba alguna enfermedad y su gran cara miraba con sospecha y resentimiento.

—No, inspector —dije con calma y educación—. Soy un investigador privado de Los Angeles.

—Muy bien. Pues vaya a investigar.

—Tengo un caso aquí, en Pittsburg.

—Pues investigue en Pittsburg y no nos toque las narices.

—Pensaba que la policía de la ciudad me podría ayudar un poco, inspector.

—Pensaba —gruñó—. Piensa usted demasiado.

—Tal vez.

—Pues piense, ahora, en largarse de aquí, Macklin.

Llevaba el sobre blanco, con los cincuenta dólares, en el bolsillo de atrás del pantalón. Cuando me incliné sobre la mesa y le dije «Ayúdeme un poco, inspector», deslicé el sobre desde un ángulo del escritorio.

—¿Por qué?

—Trato de hacer un trabajo por el que se me paga.

—Pues hágalo. Tiene la jeta de presentarse aquí y pedirme que me esfuerce por usted.

—Solo quiero echar un vistazo a sus archivos.

—Vaya a jugar con un cometa, Macklin. Estoy muy ocupado. Márchese.

El sobre había quedado entre otros sobres y papeles. No parecía ser alguien muy ordenado en su trabajo. Ya en la puerta me volví y le dije:

—Si cambia de opinión y decide echarme una mano, inspector, estoy en el hotel William Penn. Recuerde: Alan Macklin.

No se molestó en contestar. Cerré la puerta tras de mí y salí a la calle. Eran alrededor de las diez y empecé a caminar al azar, quería olfatear la atmósfera de la ciudad. Subí a una amplia colina a través de una calle bordeada de antiguas casas sin pintar; casas inclinadas, fatigadas. Algunos de sus habitantes me contemplaron con curiosidad, desconfiando de alguien con aire de comerciante que recorre el lugar a esas horas de la mañana. Poco antes del mediodía regresé al hotel y allí me pasaron el mensaje de que llamara al sargento Franklin de la jefatura de policía. Le telefoneé y cuando se puso al aparato me dijo despacio y con voz cansada:

—Dijo que necesitaba que le echáramos una mano. Bien, Macklin, el inspector me dice que le ayude si no me roba demasiado tiempo.
Le pedí si podía comer conmigo y dijo que sí.

Vas cumpliendo años y es fácil que pierdas la certidumbre de que cada ser humano está encerrado en sí mismo y contempla desde ahí el mundo y sabe, también, que la existencia de ese mundo depende de la luz que llegue a los ojos y que cuando los ojos están cerrados, en lo que a él respecta todo ha terminado. Se puede ser un poli o un trabajador del metal o un millonario o un vagabundo, pero siempre se está encerrado en sí mismo. Nadie hay realmente valiente: toda la humanidad está llena de hambre y miedo. A todos les duele algo. El sargento detective Franklin tenía cuarenta y cinco años y tenía artritis. El dolor le abrumaba. Sus ojos eran amarillos y como faltos de sueño. Jugó con su comida, comió poco y me habló de una semana que había pasado en Florida, tumbado al sol, y cómo, por primera vez en años, se había sentido humano.

—Pero cuesta caro ir a Florida, Macklin —me dijo—. La gasolina, el aceite, los gastos del coche. Y los hoteles cuestan un ojo de la cara para alguien de mi condición. Pero mi mujer se puso fuerte y me soltó: «Iremos a Florida aunque nos quedemos sin un céntimo». ¿Qué iba a hacer? ¿Dar a comer judías a mis hijos y aprovechar la ropa del año anterior hasta que se deshiciera a fin de poder ir a Florida? No hay salida. Pittsburg no es ciudad para mí, pero dependo de una pensión que he ganado con mis años de policía. ¿Quién, cuando es joven, sabe a ciencia cierta cómo dirigir su vida? ¿Dónde está aquel joven que hizo que llegara a ser un maldito policía? Ya no existe. Ya no soy aquel joven. ¡Al infierno con él! ¿Qué quiere que haga por usted, señor Macklin?

Le dije lo que deseaba y él se limpió la boca y sacudió la cabeza.

—Perseguir un fantasma —suspiró—. Usted sabe que no se llama Sylvia West, así que ese nombre no nos sirve para nada. Cierto que tenemos un fichero con nombres de pila, pero eso si Sylvia es su nombre real. ¿Se puede estar seguro de que ese es su verdadero nombre si ha tenido problemas en el pasado? Me dice que era una niña. Bien: cuando detenemos a una niña de trece, catorce años, no la fotografiamos y fichamos formalmente, ni siquiera lo hacemos por un delito contra la moral. Bastante deprimente resulta ganarse un dólar en este oficio para meternos con los niños. Tiene usted un peliagudo problema. Busca una chica de nombre Sylvia que puede naciera aquí o no, que puede que viviera de niña aquí o no. Tal vez sepa su fecha de nacimiento aproximada, pero tampoco sirve de nada. Esta es una ciudad muy grande. No tenemos registros de nacimiento por nombres de pila. Esta es una ciudad que traga gente, como una excavadora traga el barro, y luego la vomita. Es esta una ciudad dura, con gentes que vienen y van, y el número de niños que debieron de nacer en viejos malos tiempos y que nunca fueron registrados, no me es posible calcularlo. Es usted un policía privado, Macklin, y espero tenga lo suficiente de policía como para saber que lo que busca es un castillo en el aire.

Encogí los hombros y le dije que lo que hacía era realizar un trabajo como otro.

—De acuerdo —dijo Franklin con un gesto de cabeza—. Haré lo que pueda. Vayamos a la jefatura y le enseñaré fotos y fichas.

—¿Acepta dinero, Franklin? —le pregunté cruda y deliberadamente.

—¡No!

—¡No me mire como si le hubiera clavado un puñal en el vientre! —le dije—. No le he dado dinero alguno, ¿no?

—No.

—Le he hecho una simple pregunta.

—La gente como usted me pone enfermo.

—¿Por qué? No le pido nada ilegal, ni protección, ni que mire a otra parte, ni nada indigno. Me está ayudando porque el inspector se lo ha pedido.

—Exacto.

—Bien. Tengo una cuenta de gastos generales. Acepte veinte.

—¡Váyase al infierno!

Doblé un billete de veinte dólares y lo deslicé sobre la mesa. Su mano se movió, vaciló, y finalmente tomó el dinero. Me he sentido peor pero me sería difícil decir cuándo. Se levantó y dijo:

—Vayamos a la jefatura.

Mientras íbamos en su coche me decía a mí mismo: «En este mundo todos apestamos; cualquier cosa que toques mancha. Le he corrompido con esos sucios veinte dólares y su mano se ha movido mientras su alma escupía sobre ello, aunque no sé si existe el alma. Creo que tendrá presentes esos veinte dólares cuando busque en los archivos, pues es el único dios que vemos con nuestros dos ojos y ello le hará esforzarse un poco más».

Tuve razón, como pude comprobar en su momento. En la jefatura me senté a una mesa, a la que me trajeron las fotos y fichas. Comprobé treinta y siete Sylvias con problemas con la ley en Pittsburg, pero ninguna de ellas se parecía a la que buscaba ni por asomo. Busqué entre las menores de edad pero tampoco hallé nada. Principio y fin. Me detuve finalmente ante el despacho de Franklin para darle las gracias.

—Gracias por nada —dijo, con aspereza.

Salí de nuevo a la calle. En el parque Schenley me detuve ante el monumento conmemorativo de George Westinghouse, contemplé las lilas que lo bordeaban y pensé en Sylvia. Me senté en un banco y fumé un cigarrillo. Un par de jóvenes buscones que no tendrían los dieciocho trataron de tantearme. Regresé al hotel, me detuve en el bar para tomar un *whisky* y en él había una muchacha que no tendría los quince y que asimismo se me insinuó. Eso demostraba que resulto atractivo para todas las edades. Cené y subí a mi habitación en donde vi un rato la tele. Luego, leí poemas de Sylvia.

No hay sitio como el propio hogar;

Tómelo, señor

Restáurelo con sus recuerdos

Aunque esté ruinoso.

Encuádrelo entre campanas

Dios maldito, dios maldito, ding dong de las campanas

Aléjame lo que puedas mi día de bodas

Ah Wah purifícame del hogar, de cualquier hogar.

De nuevo aparecía aquí la palabra ah wah, agua, en español en su estómago y mente, esperanza y amargura. Me hallaba cansado e intenté dormir, pero no pude, permaneciendo en la cama hasta que la soñolencia de la madrugada calmó mis depresivos pensamientos.

Si la memoria no me falla, Andrew Carnegie construyó, gracias a su oronda fortuna, unas tres mil bibliotecas públicas. Si mi memoria tampoco me falla, fue en una de ellas donde leí una balada que comenzaba así: «El rey estaba sentado en su corte de Dunfermline, bebiendo vino color rojo sangre». El tiempo pasa y en esa localidad de Dunfermline había nacido eventualmente Andrew Carnegie y diseminado por toda América esas bibliotecas con fachadas de piedra gris. Son lugares solitarios, hoy en día: se prefiere ver la televisión. Pero cuando yo era niño eran lugares cálidos y espléndidos, llenos de puertas que podías abrir si querías.

Los lugares para niños están menguando. Si entras ahora en esas bibliotecas, el inmenso espacio te pesa sobre los hombros. Aún están las brillantes pinturas y los apliques en las paredes, pero ahora parece que los ves por el lado contrario del telescopio. Y siendo un investigador privado, te sientes dos veces intruso, incómodo, fuera de lugar. Traté de evitar ese sentimiento. Nada había en estos tranquilos, desolados lugares que quisiera perturbar o alterar. Buscaba a un fantasma en un lugar lleno de fantasmas. Pregunté a una señora de pelo blanco que me miró con sus descoloridos ojos azules:

—¿Me puede ayudar?

—¿Ayudarle? —¿Cómo podía ella o cualquier otro ayudarme?, pareció preguntarme con la mirada.

—Soy un investigador privado.

—¿Y bien?

—Puede parecer extraño, estas cosas lo suelen ser. Estoy buscando a una mujer que pudo haber vivido en Pittsburg de niña. Tengo pocos datos pero creo que era una ávida lectora. Puede que pasase mucho tiempo en las bibliotecas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso, señor...?

—Mi nombre es Macklin.

—¿... señor Macklin?

—Oh. Hará unos quince o diecisiete años atrás.

—Señor Macklin. Hace mucho tiempo de eso.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Cómo se llamaba la niña, señor Macklin?

—Sylvia.

—¿Y su apellido?

—No lo sé.

—Verdaderamente, señor Macklin, ¿cómo puede esperar que...? ¿No será alguna broma, señor Macklin?

—No, querida señora. Estoy haciendo lo que puedo y odio hacerle perder su tiempo e irritarle de ese modo.

—No quiero ser impertinente con usted, señor Macklin, pero debe admitir que su

petición es muy extraña. Quince años atrás, una niña de nombre Sylvia y sin apellido. Solo Sylvia. Es difícil creer que esté usted hablando en serio, señor Macklin.

—Hablo con seriedad total, señora. Véalo de este modo. ¿No podría ser que una niña muy especial le quedara grabada en su memoria? ¿No podría recordar a esa niña incluso quince años después?

—Supongo que sí, que sería posible. Todo es posible.

—Pero no recuerda a una niña así...

—No, señor Macklin.

—¿Podría hablar con alguna otra persona que trabaje aquí?

Con pequeñas variaciones, lo mismo sucedió en las demás bibliotecas a las que acudí. Habían catorce bibliotecas Carnegie en la ciudad natal de su fundador y, a las cinco de la tarde, había visitado ocho. Tenía, asimismo, una lista con cuarenta bibliotecarias despedidas, retiradas o trasladadas a otros ámbitos. Me hallaba fatigado, irritado y casi dispuesto a rendirme, tanto más por cuanto que pensaba en lo que me ocurriría cuando intentase lo mismo en las escuelas públicas. De haber estado convencido de que Sylvia era originaria de Pittsburg, podía haber dividido la ciudad en distritos, indagado en antiguas confiterías, paraíso universal de los niños, hablado con ciudadanos veteranos o hecho un sinnúmero de otras cosas. Pero no estaba convencido de que Sylvia fuera de Pittsburg. Me basaba en los oscuros símbolos de un oscuro poema. Estaba tras la pista de un fantasma caminando por un sendero fantasmal. En esa tesitura me encontraba cuando llegué a la novena librería y abordé a Irma Olanski.

Desde donde me hallaba, a la entrada del recinto para los niños, vi la indicación de que cerraban a las cinco en punto. Al mirar a la mesa advertí que el nombre de la bibliotecaria era Olanski. Media docena de niños se hallaban ante esa mesa para que les fueran sellados sus libros y, tras la mesa, se sentaba la señorita Olanski, la cual me dirigió una rápida mirada en cuanto me vio entrar. Era una de esas personas que siempre observa, que no se le escapa nada de este mundo: siempre observando, mirando, vigilando y actuando. Debía ser de mi edad, treinta y siete años, quizá alguno por arriba o por abajo, y al primer vistazo aprecié los bien cortados, bellos rasgos de su cara. O se detecta eso enseguida en Irma Olanski o, si no, solo se ve a una directa y severa mujer, alta, seca, dirigiéndose, en mi caso, a un hombre de mediana edad, solitario y falto de amor. Su cabello negro, ya con alguna franja gris, se hallaba peinado hacia atrás, ceñido al cráneo y sujeto por un moño. Sus ojos eran color verde gris, sus cejas rectas, sus labios sin carmín y solo el grosor de sus labios sugería algo diferente de una incolora bibliotecaria solterona.

Aguardé hasta que se vio libre de los niños. Otra bibliotecaria empezaba a correr las cortinas y yo fui a la señorita Olanski y le pedí si me concedía un momento.

—¿Es usted algún tipo de policía? —preguntó.

—Un investigador privado. No sabía que se me notaba tanto.

—Ha sido por su forma de estar ante la puerta —sonrió. Su rostro aparecía diferente, juvenil, cuando sonreía.

—¿Puedo hablar con usted?

—¿Puede esperar unos minutos? —me pidió—. Al acabar la jornada no me encuentro bien conmigo misma si antes no me refresco un poco la cara.

—¿Está usted, pues, libre? Mi nombre es Macklin, señorita Olanski, Alan Macklin. Vengo de Los Angeles —saqué mis credenciales y se las mostré—. Si ha terminado su trabajo quizá acepte tomar un café conmigo.

—Acepto, señor Macklin —afirmó con la cabeza—. Siéntese un momento. En cinco minutos estoy con usted.

Me senté con dificultad en una pequeña silla ante una de las pequeñas mesas. A mi alrededor las persianas habían sido bajadas, las carretillas alineadas en la pared y las mesas vaciadas de libros. Lo habían realizado dos chicos jóvenes que me miraban con curiosidad. Las demás bibliotecarias habían desaparecido a la vez que la señorita Olanski. Los dos jóvenes me miraban, me juzgaron y luego se susurraron lo que opinaban. Eran desgarbados, de largas piernas, caras con granos y llenos de engorrosa y frustrada sexualidad. Cuando reapareció la señorita Olanski, no los miró. Vino hacia mí haciendo un gesto con la cabeza.

—Podemos irnos, señor Macklin.

Tampoco ahora se había puesto pintura en los labios. Se había lavado la cara, simplemente. Tenía una buena piel, pero hubiera mejorado de habérsela empolvado

un poco. Llevaba una blusa blanca y una falda marrón, zapatos marrones y un sencillo bolso marrón. Era una mujer guapa y bien vestida, pero sin querer parecer mujer del todo. Los dos jóvenes sonrieron bobamente cuando nos vieron marchar. En la acera de enfrente de la biblioteca, un frío viento soplabla procedente del oeste. Me dijo que tenía suerte, con la voz firme de quien ha trabajado aquí durante mucho tiempo.

—Sí —continuó—. No recuerdo un verano como este en Pittsburg en muchos años, señor Macklin. No hay neblina alguna. Usted sabrá bien lo que es eso viviendo en Los Angeles.

—Lo sé.

—Es raro tener un cielo tan limpio y azul sobre Pittsburg. ¿Dónde quiere ir a tomar lo que me ha dicho? Sí, me gusta tomar algo al atardecer —me dijo a modo de justificación.

—¿Y si vamos al bar del hotel William Penn?

—Estaría bien —sus comentarios eran precisos y simples, sin ningún intento de agradecimiento o de seducción. Quería aparecer por completo natural pero no sabía cómo. Supuse que yo era el primer hombre que la invitaba a algo en mucho, mucho tiempo.

Detuve un taxi y fuimos al William Penn. Cuando nos sentamos en el bar, ella pidió un Manhattan. Estaba ahora algo nerviosa. Le dije que un bar no era el peor lugar del mundo, pero me sentí triste y ridículo.

—¿Tiene algo importante que preguntarme? No puedo imaginar qué pueda ser.

—Importante para mí, pero no para usted —repliqué—. Es parte de mi trabajo. Estoy solo en Pittsburg, es la primera vez que vengo, así que ha sido muy amable de acompañarme aquí. Considérelo como una gentileza hacia un forastero.

—Una gentileza muy agradable.

—Es lo más bonito que me han dicho en mucho tiempo. La gente no acostumbra a ir por ahí diciéndome cosas agradables, así que se lo agradezco, señorita Olanski.

—Sí —susurró, el rubor cruzándole el rostro.

—Muy bien. Déjeme decirle de qué se trata. ¿Dispone de tiempo?

—No tengo nada que hacer hasta la hora de cenar, señor Macklin.

—Ante todo, no se irrite conmigo. No soy de la clase de individuo que usted cree. La mayoría de personas suele ser amable conmigo.

—¿Por qué tendría que estar irritada? En absoluto lo estoy.

—Basta, pues. Olvide lo que le he dicho. Soy un investigador de Los Angeles, no un husmeador ni llevo revólver. Solo soy alguien que hace trabajos de investigación que no se quieren encargar a la policía. Esa es mi actividad. Estoy tratando de averiguar algo de una mujer que puede haber nacido y crecido aquí, en Pittsburg. No lo sé seguro. Creo que su primer nombre es verdadero, pero no estoy seguro del todo.

—¿Y cómo le puedo yo ayudar, señor Macklin?

—Para hacer este trabajo debo aceptar ciertas suposiciones y trabajar con ellas

como provisionales premisas. Suposición número uno: ella nació en Pittsburg. Esta es mi obligada primera premisa. Suposición número dos: era pobre, de clase baja y lo pasó mal en su juventud. Esto pudo crearle problemas y de ahí que haya indagado esa segunda premisa con ayuda de la policía. Posteriormente he tratado de pensar con lógica cada premisa.

—Suenan fascinante, señor Macklin. ¿Le puedo preguntar adónde le ha llevado cada una de esas premisas?

—A ninguna parte. Al cero absoluto.

—Dígame, señor Macklin. ¿Está viva esa mujer?

—Sí.

—¿Y por qué no se lo pregunta a ella?

—No puedo. Aunque tal vez tendré, finalmente, que hacerlo. De momento acepte el hecho de que me es imposible.

Asintió con la cabeza.

—¿Puedo preguntarle cuál es su tercera suposición?

—Esa mujer pasó hambre en su juventud, hambre peor que de comida: hambre de conocimiento. Necesitaba conocer. Y ¿dónde podía encontrar esos conocimientos si no era en los libros? Así es como vine a parar a su biblioteca. Mi premisa es que ella debió acudir a alguna o algunas bibliotecas. La suya es la novena entre catorce bibliotecas públicas de Pittsburg.

Como si le costara creerlo me dijo:

—¿Quiere decirme que se ha pasado el día de biblioteca en biblioteca haciendo esas preguntas?

—Pues sí, eso he estado haciendo.

—¿Y...?

—Pues nada. No he obtenido nada.

—¿Y por qué libros? Hay gente que quiere saber y nunca acude a los libros.

—Creo que ella sí acudió.

—¿Otra suposición?

—Sí, pero no sin una razón de peso.

—Nunca había oído algo similar —dijo sacudiendo la cabeza—. Usted no se me antoja un detective. Hasta pienso si no será alguien que me está gastando una broma.

—En absoluto, señorita Olanski. Hablo completamente en serio. Trato de realizar un trabajo. Y no tiene por qué ayudarme si no quiere. Puede pensar que soy un bromista o un farsante, levantarse y marcharse, y yo lo entendería.

—No le tengo miedo, créame, señor Macklin. Soy una simple solterona sin imaginación, por lo que absolutamente nada de usted podría asustarme. Pero tiendo a creerle. ¿Qué edad tiene ahora esa mujer?

—Veintisiete.

Había acabado su bebida. No creo que hubiera dicho lo que dijo de no haber acabado la bebida. No se hubiera denominado a sí misma «solterona sin

imaginación». Medio cerró los ojos, ahora, como si contara los años y tratara de evocarlos.

—¿Y su nombre cuál es, señor Macklin?

—Sylvia.

Sus ojos se hallaban semicerrados aún. En la semipenumbra del bar, Irma Olanski aparecía más atractiva de lo que ella misma nunca hubiera soñado. Creo que pasó un minuto entero hasta que habló. Me pregunté si habría oído bien el nombre. Entonces dijo, de modo casi casual:

—Sí, la recuerdo, señor Macklin. Sylvia. La recuerdo muy bien. Nunca la he olvidado.

Recuerdo exactamente cómo me sentí: irritado, molesto y confuso por lo que estaba haciendo en Pittsburg esa noche, en el hotel William Penn, con una rígida, asexuada, disecada bibliotecaria. Me enfadé. Si hubiera expresado mis pensamientos en palabras le habría espetado que era imposible que hubiese conocido a Sylvia, que la que creía no era realmente Sylvia, que lo que me decía era un juego y un engaño.

—Sylvia Karoki —dijo la señorita Olanski—. La vida es muy extraña, señor Macklin. Es lúgubre, extraña e imprevisible. Y se aguarda con ansia lo imprevisible. Me temo que el manhattan se me haya subido algo a la cabeza.

—¿Quiere otro?

—¡Oh, no!, gracias. No suelo beber mucho, lo siento, señor Macklin.

—Entonces, tal vez quiera cenar conmigo, señorita Olanski.

Negó con la cabeza y me dijo que tenía un anterior compromiso para cenar. Supe que estaba mintiendo y ella supo que yo lo sabía.

—Tal vez pueda usted romper el compromiso, señorita Olanski...

—Creo que le ha excitado y complacido mucho que conozca a su Sylvia.

—Por supuesto. Aunque falta por ver que estemos hablando de la misma persona, ¿no?

—No creo. Estoy segura de que se trata de la Sylvia por la que usted pregunta.

De nuevo le pedí que rompiera su compromiso y cenara conmigo, y entonces ella hizo algo que me irritó aún más. Me miró unos instantes con sus ojos grises verdes y dijo:

—La verdad es que no tengo ningún compromiso, señor Macklin. He mentado porque me sentía avergonzada y asustada. Creo en lo que usted dice, pero también me siento como el ligue ocasional de un desconocido. A la vez que me gustaría que usted, señor Macklin, se interesara por mí más que por alguien a quien yo conocí en el pasado. Comprenda, por tanto, lo confusa que estoy y que no hablaría así de no ser por la bebida. Sí, hoy no tengo ningún compromiso. Tengo una hermana casada que vive en South Hills y con la que ceno una vez por semana y también una cena una vez al mes en el club de los bibliotecarios. Aparte de eso suelo cenar sola. Por eso me satisface hacerlo hoy con usted aunque solo sea para hablar de Sylvia.

—¿Es también mentira?

—¿El qué?

—Que conozca a Sylvia.

—No me diga eso, señor Macklin. ¿Quién cree que soy?

—Todavía no lo sé bien señorita Olanski, pero usted me gusta. La gente como usted, que se infravalora, no ve las cosas tal como son. Pude haberle hecho todas las preguntas en la biblioteca. Si le pedí salir a tomar algo fue porque me pareció una mujer guapa y atractiva. No quiero cenar solo esta noche, del mismo modo que usted tampoco quiere. ¿Cenamos, pues, juntos, señorita Olanski?

—De acuerdo —replicó—. No estoy vestida para salir a cenar, con esta falda y esta blusa que he llevado todo el día, pero, si usted quiere, iré. En unos minutos estaré lista, si me permite.

Fue al tocador y yo ordené un segundo *whisky*, me lo bebí y pensé en la gente — Dios nos ayude, cómo somos— y también en Sylvia West y en Sylvia Karoki — ¿sería polaca o húngara?— y en Irma Olanski. Cuando esta regresó a la mesa, se había pintado los labios. Tenía una de esas caras atractivas sin necesidad de carmín, pero habérselo puesto la favorecía.

—Está muy guapa —le dije—. Tratemos de conocernos un poco más. Mi nombre es Alan, pero me suelen llamar Mack.

—Me gusta el nombre Alan, señor Macklin; mejor que llamarle Mack.

—Pues llámeme Alan.

Al principio, mientras cenábamos, charlamos un poco, y yo le pregunté a Irma cosas sobre ella y no sobre Sylvia. Irma existía; en cambio Sylvia era, hasta cierto punto, pura creación de mi mente: un delgado libro de poemas, unas pocas palabras escritas en una tarjeta, un rostro en unas fotos. Me hallaba empapado de Sylvia sin creer del todo en ella, ni estaba seguro que quisiera creer en ella. Irma había nacido en Pittsburg. Su padre había sido trabajador del metal y ya había muerto, al igual que la madre. Un hermano había fallecido en la Segunda Guerra Mundial. Su hermana, el único pariente a quien aún veía, estaba casada con un agente de seguros. Al menos, ambas habían podido salir del pozo de desolada pobreza.

Me hice cargo de lo duro del esfuerzo de Irma para ser algo más que la esposa de un obrero del metal y empecé a entender la árida trampa en que había caído. Pensé en Sylvia cuando Irma me dijo:

—¿Quiere saber lo que quise decir cuando le comenté que su Sylvia era como yo? No como yo ahora, sino como yo era mucho tiempo atrás. Recuerdo la primera vez que la vi. Creo que tenía once años. ¿Qué edad dice que tiene ahora?

—Veintisiete.

—Ingresé en la Biblioteca dieciséis años atrás, así que podía bien ser que tuviera once por entonces, ¿no, señor Macklin?

—Me ha dicho que me iba a llamar Alan.

—Es verdad. ¿Por qué me será tan difícil?

—No creo que lo sea.

—Muy bien: Alan. ¿Qué estaba diciendo?

—Que ella tendría once años. ¿No había venido antes a la biblioteca?

—Oh, sí, sí. Pero yo era nueva entonces. La primera vez que reparé en ella fue en esa ocasión. Estaba de pie ante mi mesa, del modo que lo hacen los niños, ya sabe, cuando quieren preguntar algo y no encuentran el suficiente valor para hacerlo. Al menos los de aquí. Tal vez los de Los Angeles sean diferentes. No recuerdo bien por qué me fijé en ella: tal vez el modo en que iba vestida. Su vestido era desmañado, cortado por las rodillas y sin orlas. Era grotesco. Estábamos ubicados en un pobre suburbio en donde la mayor parte de las casas habían sido derribadas, pero pocos niños iban tan desarreglados y mal vestidos.

—¿Desarreglada?

—Tenía el pelo sucio y en el cuello una orla de mugre. Ya sé, señor Macklin, perdón, Alan, trataré de acordarme, que está pensando que esa no es su Sylvia, pero créame, yo y mucha gente como yo somos obsesivos con la limpieza debido a nuestra propia suciedad en la niñez. Hay un viejo dicho en Pittsburgh, es de hace mucho tiempo, que habla de que los pobres son sucios porque a menudo han de elegir entre una barra de jabón o una rebanada de pan. No sé si era el caso de Sylvia. Su padre era un alcohólico y su madre una enferma terminal de cáncer de pulmón. Pero volvamos

a esa primera vez.

—Era usted muy joven entonces, ¿no? —pregunté.

—Sí. Veinte años tenía tan solo. Suficientemente joven para sentir y recordar. Pero, en fin, me acerqué a Sylvia y le pregunté si había algo que pudiera hacer por ella.

—Sí.

—¿Buscas algún libro, querida?

—Sí.

—¿Para la escuela?

—No.

—¿Para leerlo tú? ¿Te gusta leer?

—Sí.

—¿Qué tipo de libros te gusta leer?

—Libros. De todo tipo.

—¿Deseas alguno en especial?

—Sí.

—¿Sabes el nombre del libro?

—No.

—¿Conoces el nombre del autor?

—No.

—¿Has visto ese libro aquí?

—No lo sé.

—Bien. ¿Cuál es el tema del libro? ¿De qué trata?

—Sobre una mujer guapa.

—¿Alguna vez has visto ese libro?

—Quiero eso: un libro sobre una mujer guapa.

—Ya ve —dijo Irma—. Simplemente quería un libro sobre una mujer guapa. ¿Qué podía hacer? Entonces era yo una mujer joven y entusiasta con mi nuevo trabajo. Le di a Sylvia *Orgullo y prejuicio*.

—¿Lo leyó?

—Sí, lo leyó, y lo entendió en gran parte. Lo interpretó como un cuento de hadas. El señor Bennett era una excelente persona para Sylvia. Mire: el padre de Sylvia la había violado una semana antes. No supe eso hasta más tarde.

—¿De quién demonios está hablando?

—De Sylvia.

—¿Qué quiere decir?

—Yo soy una bibliotecaria enclaustrada, Alan, y usted un hombre de mundo. ¿No es así? Esas cosas suceden. ¿Qué no lo sabe?

—Supongo que sí suceden. ¿Cómo supo eso usted?

—Tiempo después, un año o así más tarde. ¿Cree que recordaría a Sylvia entre diez mil niños si hubiera sido una más?

—Claro que no podía ser una más.

—¿No cree que se trate de la misma persona?

—No sé qué pensar —dijo—. Estamos aquí sentados y parece que cada uno sujeta un extremo de una vida que se extiende entre ambos. Es el más sustancioso trabajo que me han encargado y el más improbable. Deseo llevarlo a término. No estoy acostumbrado a trabajos tan bien pagados, Irma.

—No le he preguntado de dónde es usted —dijo.

—De Chicago. Allí nací y me crie.

—¿Es un buen lugar, señor Macklin?

—No. No me gusta que cambie de tema, ahora. ¿No puede aceptar el hecho de estar cenando con un hombre que la encuentre atractiva?

—No está interesado en mí, señor Macklin. No me ha dicho nada halagador desde que nos hemos sentado. Me está haciendo sentir algo que no me gusta.

—¿Sentir mujer?

—Eso mismo —exclamó casi a punto de llorar— ¿por qué no me deja sola? Soy feliz así. Me las apaño bien, muy bien.

—Irma Olanski —dijo—. Por favor, piense que esta es la primera velada agradable en mucho tiempo para mí. Me lo estoy pasando bien porque me hallo aquí con usted. No me siento solo ni usted se siente sola. ¿Por qué no acepta esto? No es preciso que le tenga que caer muy bien.

Tras esto hubo un minuto o dos de silencio. Acabamos de cenar. Luego tomamos el café, el uno frente al otro, pero sin mirarnos. Después le pregunté si quería un *brandy*. Asintió con la cabeza sin mirarme por encima de su taza de café. Pedí coñac para los dos y me dije a mí mismo: «¡Al diablo con Summers! Estoy sacando más

partido de su dinero para gastos extras de lo que debe pensar». No me sentía orgulloso de mí mismo. Supongo que hay personas que durante sus vidas sienten una suerte de resplandor interior y eso les convence de que son buena gente y que benefician a la humanidad, pero me era difícil imaginar cómo sería ese sentimiento. Saqué entonces las fotos que Summers me había dado y se las entregué a la señorita Olanski.

—Son fotos actuales de Sylvia —le dije.

Las cogió y empezó a estudiarla, una a una, larga y cuidadosamente. Al final, me miró y afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo.

—¿Está segura?

—Sí.

—¿Cómo es posible si la recuerda de cuando tenía once años?

—No solo de entonces, Alan. La traté durante tres años. Tendría catorce la última vez que la vi y es por eso que puedo decir que ella es, en efecto, Sylvia.

—¿Sylvia Karoki?

—Sí. Sylvia Karoki.

—¿Qué nombre ese, Irma? ¿Húngaro?

—Su padre era húngaro. La madre, polaca.

—Noto algo en usted al referirse al padre de ella.

—No es extraño que lo note —dijo Irma.

Ese día, un año después de que la señorita Olanski reparara en Sylvia, la chica se estuvo en la biblioteca hasta la hora de cierre. La ayudó a despejar las mesas y a colocar los libros en su anterior ubicación. La señorita Olanski le dijo que no era necesario porque habían unos encargados a quienes se pagaba para ello. Pero Sylvia le dijo que eso no suponía un trabajo, que le gustaba tocar los libros y leer los títulos y colocarlos en las estanterías. ¿Le dejaba hacerlo? La señora Olanski le respondió que por supuesto podía hacerlo y que la ayudaba mucho. Cuando la señorita Olanski se iba a marchar, Sylvia se hallaba en la puerta y le preguntó si podía acompañarla un rato. Era enero y la calle estaba oscura.

—¿No tienes que ir a casa? —le preguntó a Sylvia.

—No.

—¿No te esperan?

—No —la chica llevaba un delgado, barato impermeable sobre el vestido.

—¿Tienes frío?

—No —insistió. Tenía frío. Tembló cuando dijo que no tenía frío—. ¿Dónde vive usted, señorita Olanski?

—A unas pocas manzanas de aquí, Sylvia. Voy a casa.

Caminaron juntas hasta el pequeño apartamento de la señorita Olanski. Era un inmueble viejo que había sido remozado, hasta cierto punto, y convertido en un bloque de apartamentos. El apartamento de la señorita Olanski consistía en una combinación de habitación, sala de estar y comedor de quince metros cuadrados, una pequeña cocina pegada a la pared y un baño con ducha pero no bañera. La señorita Olanski lo había decorado muy austeramente. Unas pocas sillas de madera de arce, una cama convertible en sofá, una mesa de pino que había pulido y rebarnizado ella misma y un viejo fregadero de campo que había convertido en cómoda y armario. Ante las ventanas colgaban unas tiesas cortinas de organdí y había también un viejo y pequeño armario pintado de amarillo brillante y cubierto con calcomanías pennsilvano-holandesas. La señorita Olanski había adquirido asimismo en algún comercio de muebles de segunda mano, algunos viejos —aunque no tanto como para ser realmente antiguos— candelabros de peltre y una gastada alfombra hecha a mano, pero no tan gastada como para que no se distinguiera el gran gallo rojo en su parte central. Dos paredes del apartamento eran blancas y la señorita Olanski, con cierta trepidación, había pintado las otras dos de color limón brillante. Ella misma había pintado el recinto, que transmitía adecuadamente el amor, cuidado y placer que había puesto en esta primera vivienda propia.

Al llegar a la puerta del inmueble, Sylvia le dijo adiós a la vez que permanecía ante la señorita Olanski de tal modo que esta se sintió compelida a decir:

—¿Quieres subir un momento y entrar un poco en calor?

—¿No le sabe mal, señorita Olanski?

—En absoluto, Sylvia.

Cuando accedieron al pequeño apartamento y la señorita Olanski encendió las luces —los globos eran de ópalo simulado— Sylvia se quedó mirando los colores y el mobiliario con gran admiración.

—¡Oh!, qué bonito, señorita Olanski. ¡Qué bonito es todo! ¡Nunca he visto una casa como la suya!

Esta admiración hacia el pequeño apartamento dio a entender a la señorita Olanski el entorno en que viviría Sylvia. No había duda alguna de la absoluta sinceridad de la admiración de Sylvia. La delgada chica de cabello negro y doce años se movió por el recinto desprendiéndose momentáneamente de su timidez, y la bibliotecaria, mientras la contemplaba, se repetía a sí misma lentamente la frase que Sylvia, en su excitación, había pronunciado: «Nunca he visto una casa tan bonita como la suya». Era una notable apreciación, me dijo Irma Olanski, tantos años después de aquello. Una forma de hablar nada calculada ni reticente sino innata en su infraalimentada infancia de uñas rotas y sucias y mugriento cuello. Un impulso positivo hacia Silvia hizo que la señorita Olanski le dijera a la niña si quería quedarse a cenar, pero Sylvia negó con la cabeza diciendo que no podía. Pero añadió: «¡Se está tan bien, es tan bonita esta casa!».

—Entonces, siéntate y caliéntate un poco, querida. Mientras, haré una sencilla cena: arroz que sobró de anoche. Y abriré una lata de atún y le añadiré un poco de queso y lo pondré todo con el arroz, en una cazuela.

—¿Qué es una cazuela?

—Un recipiente para el fuego con una tapa, Sylvia. Algo donde poner varias cosas juntas y cocerlas, como voy a hacer ahora. Eso es una cazuela.

—¿Dónde ha aprendido todo lo que sabe, señorita Olanski?

—¿Dónde se aprenden las cosas, Sylvia? Cogiéndolas de aquí y allí. De leer mucho, del centro de formación profesional en que estuve, de haber estudiado para bibliotecaria.

—¿Qué es un centro de formación profesional?

—Una especie de colegio. No estudias todas las materias como si fueras a un colegio: te especializas en un tipo de enseñanza.

—¿Podría llegar a ser una bibliotecaria como usted, señorita Olanski? Es usted muy guapa. Nunca podré ser tan guapa como usted.

La señorita Olanski, que estaba preparando la cazuela con los ingredientes, se volvió para averiguar si Sylvia le tomaba el pelo, pero se dio cuenta de que era demasiado ingenua para ello. La niña la miraba con indisimulada admiración. Cuando se volvió de nuevo, le vinieron ganas de llorar. Se contuvo, empero, y le dijo a Sylvia:

—Querida, soy una persona solitaria y sería fantástico para mí cenar con alguien. Por favor, quédate. Hazlo por mí, ¿quieres, Sylvia?

Se volvió de nuevo a Sylvia. La niña la miraba impávida y entonces, según Irma

me dijo, advirtió por vez primera la latente belleza de sus bien esculpidos rasgos.

—¿Querrás? —le insistió Irma.

Sylvia siguió inmóvil y como si un mismo hechizo las poseyera a ambas, empezó también a llorar. Fue la primera y última vez que la señorita Olanski vio a Sylvia llorar.

—¿Ha visto alguna vez comer a una persona hambrienta, Mack?

—Me ha dicho antes que le gustaba el nombre Alan, no Mack. ¿Por qué me llama ahora Mack?

—¿Qué importa? He tratado de llamarle Alan, pero no me sale.

—Lámeme Mack, pues —dije con una mueca.

—Me gusta cuando sonrío.

—He pasado hambre. Y me he visto a mí mismo comiendo.

—¿Realmente ha pasado usted hambre?

—Bastante. Pero me acaba de decir que la niña tenía hambre.

—La tenía. Primero trató de contenerse y ser educada pero luego no pudo más. Había puesto yo pan francés. Ella cogió un pedazo y se lo metió entero en la boca. Le costó masticarlo. Le llené el plato con el arroz y el atún. No se lo comió, lo tragó. Como yo no tenía tanta hambre, le di casi toda mi parte. Ella no me miraba, ni decía nada. Solo comía y comía con una grave, desesperada ferocidad. Le llené un vaso con leche y se lo bebió. Casi un cuarto de litro, y se lo terminó. Se comió todo el pan francés y el atún. Mientras comía abrí una lata de judías cocidas y las calenté. Se las comió también. Ni se fijaba en lo que yo hacía. Tenía un pastel de bizcocho y pasas, ya sabe, de esos que venden empaquetados. Lo corté en trozos para ella. Se comió cuatro porciones y se bebió la leche. Después se inclinó hacia atrás y suspiró, sonriéndome. Era una sonrisa como nunca había visto antes.

—¿Cómo era esa sonrisa?

—Maravillosa. Su cara se tornó bella. Llena de gratitud y contento.

Me di cuenta de dos cosas. Primero, que Sylvia no era una invención ni un incidente casual en la vida de la señorita Olanski. Y, segundo, que era mi Sylvia. Cómo llegué a esa segunda conclusión no lo sé, pero colmó mi creciente certidumbre de lo que era Sylvia. Empezaba a conocerla hasta el punto de saber cuándo determinado hecho era creíble de acuerdo con su personalidad o no lo era. No se trataba de ningún conocimiento elaborado: era simplemente que la mente y cuerpo de Sylvia habían empezado a tomar forma para mí. En cuanto a lo primero, la expresividad de la señorita Olanski lo ponía fuera de duda. Recordaba lo que Sylvia había dicho hasta un extremo que parecía imposible, si no increíble, dado el mucho tiempo transcurrido, y sin embargo su recuerdo no me ofrecía dudas. Con toda claridad me representé a la escuálida, hambrienta niña devorando la comida. Y comprendí perfectamente que Irma le hubiera pedido a la niña que se quedase a dormir. ¿Cómo no iba a hacerlo? La niña no había comido en un día y medio. La noche antes había dormido en el gélido recibidor de un inmueble en el que se había colado, acurrucada bajo la escalera, el rostro y el cuerpo asediados por añejos olores de orín y basura.

—Le dije que tenía que ducharse —dijo Irma—. ¿Lo entiende, verdad Mack?

Le entendí. Sabía muy bien lo que la limpieza significa para gente como Irma Olanski y por qué quienes han vencido el monstruo de la suciedad indescriptible luchan contra él de continuo durante todas sus vidas. Y también comprendía por qué Sylvia luchaba contra eso y trataba de escapar, y cómo Irma debió forzarla a desvestirse y a ducharse. Irma me habló entonces de los moratones amarillos y marrones que le cubrían el cuerpo, desde el cuello hasta las nalgas y los brazos.

—Mack: no era una niña herida —dijo Irma—. Era una niña golpeada brutalmente, sin piedad. Me ha preguntado por qué no me gustaba su padre. Su padre era quien le había hecho eso. La acusó de haberle robado veinticinco céntimos y le dijo que se los iba a sacar del pellejo. Tras haberla golpeado, Silvia escapó y juró que no volvería jamás a esa casa. Más tarde me explicaría cómo su padre la había forzado sexualmente, algo sobre lo que prefiero no extenderme. Me sería difícil hacerle entender el modo como me lo explicó. No había en ella autocompasión, ni servilismo ni sumisión de ningún tipo. Era como un trozo de hierro, y eso fue lo que debía volver loco al cerdo asqueroso de su padre. Por eso podías darle cosas, Mack. Ella las tomaba sin vergüenza, no incurría nunca en ese extraño y retorcido orgullo que tal vez fuese el mejor y más provocador rasgo de su carácter. ¿Entiende?

Entiendo, dije. Lo entendía demasiado bien. Coincidió, correspondía, como todo lo referente a Sylvia para mí. Escuché a Irma su descripción de cómo vio a Sylvia tras lavarse y ducharse, con una bata de franela rosa cubriéndola de cabeza a pies. Y comprendí lo que Irma quería decir cuando me contó que de todas las noches de su vida esa fue la más cálida, la mejor. Podía ser. Irma tenía tanto que ofrecer. Solo se precisaba que alguien lo tomase y quién podía hacerlo mejor que quien tanto lo necesitaba y quería. Aunque Sylvia permaneció con Irma casi tres meses, esa noche quedó grabada al detalle en la memoria de la bibliotecaria. Me explicó cuánto Sylvia y ella habían charlado tras ese baño. Era una nueva experiencia para Sylvia; nunca antes en su vida había sido capaz de expresar en palabras la miseria y degradación de su existencia: un padre patológico que a la vez la golpeaba y la acometía sexualmente, una madre moribunda que aliviaba su dolor con alcohol, un gélido — con solo una estufa de queroseno— piso en un inmueble degradado. No era simple pobreza sino pobreza degradada hasta lo increíble. La pobreza no era algo ajeno a mí. En Chicago la pobreza florecía como en todas partes de América. Pero esto era otra cosa. El padre de Sylvia trabajaba de tanto en tanto y se gastaba el dinero en bares y prostíbulos. Su madre gemía con todo el dolor de las mujeres del mundo entero. De ahí procedía Sylvia.

Irma Olanski no trató de explicar lo que solo entendía parcialmente: la energía, la necesidad que impelía a Sylvia. Conocer —el ansia de conocer— es comprensible cuando se trata de un deseo, de una necesidad, de una vocación, un medio para un determinado fin. Pero cuando deviene una enfermedad y una pasión, como sucede entre aquellos cuyas circunstancias son indescriptibles, entonces es más difícil de entender para la gente corriente. Aunque al menos lo podía describir.

Sylvia estuvo con ella, vivió con ella durante casi tres meses. Durante ese tiempo Sylvia fue a la escuela y vistió y comió como Dios manda. Irma arregló algunos de sus propios vestidos para que ella se los pusiera y cada mañana le preparaba el desayuno antes de ir a la escuela. Cada noche cenaban juntas. Irma describió con detenimiento la actitud de Sylvia durante ese tiempo. No era la suya una actitud agradecida al estilo de la que se suele reservar para la gratitud. Sylvia nunca lisonjeaba a Irma ni manifestaba servil gratitud, sino que intentaba anticiparse a sus necesidades y emociones. Tenía lo que esta llamaba una extraña sensibilidad hacia los otros. No se entrometía. Ya que no podía pagar a Irma, nunca se lamentaba de no poder pagarle. La ayudaba a limpiar y ordenar el apartamento, pero sin querer ser más que ella. Y entretanto aprendía, como si alguna fuerza interior la empujase a querer conocer cuanto aún no sabía. Una palabra, una frase, un gesto, el uso del cuchillo o el tenedor, de todo quería saber el porqué.

Cuando Irma le comentó que no podía retenerla sin que sus padres supieran donde estaba, Sylvia estuvo de acuerdo en que lo mejor era escribir una nota. Irma escribió la nota y la envió pero nunca recibió respuesta. Por otro lado, no existía ningún requerimiento por parte de la policía ni nada por el estilo. Las noches durante las que, ambas, la bibliotecaria de veintiún años y la niña de doce, permanecieron juntas no fueron ni emocionantes ni variadas. En seis ocasiones fueron al cine. Sylvia adoraba el cine y, en cuanto se sentaba en la butaca, quedaba absorta en el mundo mágico que la película le ofrecía. Pero la mayoría de noches las empleaban en charlar o leer. A Irma le gustaba leer en voz alta, algo que yo nunca he podido hacer, pero a Sylvia le encantaba escuchar lo que le leyeran. Se metía en el relato por completo, era del tipo de audiencia que mejor responde a las lecturas. En particular, Sylvia gustaba de oír piezas de teatro en voz alta. Nunca había visto una obra de teatro y le era difícil imaginar a qué se parecía un escenario teatral. Hasta que Irma no se lo explicó con detalle, Sylvia pensaba que se trataba de una apertura real al mundo, en tiempo y espacio verdaderos.

Irma recordó alguna de las obras que le había leído a Sylvia y sobre las que luego habían discutido. La traducción de Brian Hooker del *Cyrano*, *La importancia de llamarse Ernesto*, de Wilde, el *Golden boy* de Odets y *Watch on the Rhine*, de Lillian Hellman. Extrañamente, *Cyrano* era la obra que más le gustaba. *Whatch on the Rhine* la que provocaba más discusión. Solo de modo vago sabía Sylvia que una gran guerra estaba teniendo lugar en esos instantes y aún menos conocía lo que estaba en juego y las naciones involucradas. La palabra *nazi* significaba poco para ella. Sus nociones de geografía eran vagas y en sus doce años de existencia solo poseía una difusa concepción de lo que era la crueldad del hombre con el hombre. Había vivido en un mundo en donde la crueldad era habitual y lo que resultaba horrible para Irma era algo natural según la particular experiencia de Sylvia.

Por otro lado, *Golden Boy* la dejaba fría. La veía como una obra estúpida, llena de sentimientos estúpidos. En cambio, cuando Irma le leyó la bastante oscura obra de

Eurípides, *Las Troyanas*, escuchó boquiabierta y luego quedó muda de emoción, a pesar del hecho de no saber nada de las circunstancias de la obra ni del autor. Algunos fines de semanas visitaban museos. Pude entender cómo Sylvia llegó a convertirse en foco activo de la existencia de Irma y cómo de repente el mundo revivió para la bibliotecaria, en cuanto que le podía explicar a Sylvia cómo lo veía. Era, en gran medida, como si Irma Olanski hubiese aceptado su derrota, aunque solo tuviera veintidós años y ahora viese una tregua, una segunda oportunidad en esa escuálida, piernilarga, extraña criatura llamada Sylvia.

—Entonces —me dijo Irma— ella se fue y todo acabó.

—¿Se fue?

—Una noche llegué a casa y ella ya no estaba.

—¿Sin decir nada ni dejar una nota?

—Sí, dejó una carta para mí. Una carta cuidadosamente escrita. Aún la conservo.

Era una agradable noche, fría y con una luna color naranja en el cielo. De hecho, todos a quienes hablé en Pittsburg estuvieron de acuerdo en que el verano de 1958 fue fresco y apacible. Decidimos ir a casa de Irma caminando, era una grata noche para caminar.

Mientras íbamos juntos Irma me dijo:

—Hemos hablado mucho de Sylvia, Mack. ¿Y qué respecto a usted?

—¿Respecto a mí?

—Es usted un detective muy curioso.

—Así son los investigadores privados. Muchos lo somos por mero accidente.

—¿Qué accidente en su caso?

—Necesitaba trabajo.

—¿Y a qué se dedicaba antes?

—Sé lo dije y ella sacudió la cabeza.

—Profesor de Historia —murmuró—. Qué raro.

—No, no lo es. Piensa usted así solo por lo que soy ahora. Si me hubiera conocido como profesor de historia no lo hubiera encontrado tan raro.

—¿Y qué piensa de mí, Mack?

—Apenas la conozco.

—No le creo. Es usted un hombre atento, Mack, pero me hace sentir como desnuda. Parece que escucha, sin hacer preguntas, y de pronto me doy cuenta de que le estoy diciendo cosas que nunca había dicho antes a nadie.

—¿Tan terrible es eso?

—No, creo que no.

La vida de gentes como Irma suele cambiar muy poco. Son tímidas y reacias al cambio hasta que algo explota y todo varía. Pero eso aún no le había sucedido a Irma. Vivía todavía en el mismo punto en que había conocido a Sylvia. Tuve el sentimiento de caminar en dirección a la realidad que me había descrito.

—Siéntese, por favor, Mack —me dijo—. Es usted un ser muy especial, el primero que entra aquí en cuatro años. Ojalá nunca le hubiera conocido, Mack.

Me dejó ver la nota de Sylvia. En realidad no llegué a saber si era o no la misma caligrafía. No soy un experto en ello y muchas cosas le habían sucedido a Sylvia desde entonces. Pero Irma me dijo que podía hacerme una copia. Y la hice. Aquí está.

Querida Irma, cuando pienso en ti me siento bien. Creo que te quiero más que a nadie. Cuando leía sobre gente buena en los libros, podía pensar que era mentira. Pero desde que he vivido contigo, creo que es verdad. Eres tan maravillosa y buena que no sé qué decir. Pero no eres mi madre ni mi hermana, así que no puedo seguir viviendo contigo, Irma. Me voy porque no puedo hacer otra cosa. No puedo continuar aquí. Te quiero mucho, Sylvia.

Cuando acabé de leer miré a Irma. Sus ojos estaban húmedos. Había revivido aquello después de tantos años.

—¿Sabe la pérdida que ese representó para mí, Mack? —me dijo.

—Lo imagino.

—No fue lesbianismo ni nada parecido.

—Lo sé.

—Quería a esa condenada criatura. La quise tanto. La necesitaba tanto.

—¿La volvió a ver?

—La vi en una ocasión, meses después.

—¿Sí?

—Fue un año más tarde o así, Mack.

—¿No volvió, ella, a la biblioteca?

—No. Nunca volvió a la biblioteca. La biblioteca sin ella estaba vacía como una tumba. La vi por la calle. Iba con un vestido de rayón, llevaba carmín en los labios y se había cortado el cabello. Trataba de aparentar que tenía dieciséis o diecisiete, pero no lo lograba. Era una chica con un par de pequeños bultos en el pecho y con un cuerpo que se movía con dificultad debido a los zapatos de tacón que no estaba acostumbraba a usar.

Asentí y esperé a que continuase.

—Bien. La vi —dijo.

—¿Le habló?

—¿Hablarle? Me puse frente a ella y le dije «Hola, Sylvia». Y ella no dijo nada. Solo se detuvo, me miró por un instante y, luego, se volvió y marchó a toda prisa.

—¿Solo eso?

—Solo eso. Y no volví a ver a su Sylvia jamás.

—Mack, usted habrá conocido chicas.

—He estado casado, Irma —le dije—. Duró pocos meses. Ambos agradecemos que existieran las leyes de divorcio.

—¿Qué ocurrió?

—¿Quién sabe? No funcionó.

—Y ahora, vive en soledad.

—Casi siempre.

—Igual que yo. ¿Qué nos pasa, Mack?

—¿Y qué pasa con el sucio mundo en que vivimos? ¿Por qué está tan lleno de suciedad, indecencia, mentiras y porquería? He de tragar sapos de continuo. ¿Quién cree que soy? ¿Cuál cree que es mi trabajo? Investigar sucios fraudes y sucias infidelidades para ganarme un dólar y verme al final de mi vida tan vacío como al principio.

—No me gusta oírle decir eso, Mack. No es verdad.

—¿Y cómo lo sabe?

—¿Cuándo me ha conocido usted, Mack?

—A las cinco de esta tarde.

—Exacto. En mi vida el tiempo no significa nada, Mack. Transcurre un año y eso no tiene ningún significado. Creo haberle conocido hace tanto tiempo como a un hermano.

—¿Qué demonios quiere decir con eso de un hermano, Irma? Ese es el maldito problema con usted, ¡los hermanos!

—Sé que es usted un profesor de historia frustrado, Mack, así que ¿por qué no trata de hablar como un detective?

—Trato de evitarlo. Esta profesión lo exige.

—Dije «hermano» porque tengo miedo. Ya no puedo controlarme, Mack. Estoy asustada, tiemblo, mire mi mano.

—¿Me tiene miedo a mí?

—A mí —susurró—. Temo insinuarme a usted. No sé como. Es la una de la madrugada. Desde medianoche me estado diciendo a mí misma: «Quiero que me bese. ¿Cómo puedo hacer para que me bese?».

Desde la cama de Irma miré cómo el alba iba aclarando las tinieblas exteriores. Pronto hubo suficiente luz para que viera a la mujer que yacía junto a mí, las fuertes desnudas piernas, los hinchidos pechos, las anchas caderas hechas para tener unos hijos que nunca llegarían: la virginal desnudez de una mujer de treinta y seis años.

Incluso en la actualidad no puedo establecer con exactitud cómo me sentí respecto a Irma Olanski. Hay palabras tópicas para tal tipo de relación y la verdad era que me había ligado a una neurótica bibliotecaria solterona y me había ido a la cama con ella. La cosa no empezaba ni terminaba ahí. Había vivido con una mujer unas pocas horas de rara y verdadera intimidad. Entre nosotros no existían mentiras ni ilusiones, y ambos compartíamos la memoria de una niña que no conocíamos sino muy parcialmente. Ya no éramos jóvenes pero recuperamos algo de juventud y tal vez algo más.

Irma estaba despierta. ¿Había llegado yo a dormir algo?, quiso saber ella:

—Un poco.

—Yo nada —dijo Irma—. Es curioso estar aquí por la mañana y que tú me estés mirando, Mack.

—No es curioso. Eres una mujer atractiva, Irma, fuerte y llena de vida y belleza también.

—Lo sé —replicó con extraña energía—. Pero es demasiado tarde, Mack, demasiado tarde.

Tercera parte

Lawnox

1

Le dije a Irma que desayunáramos fuera. Caminamos, pues, por las calles en esa temprana hora, aún entre sombras, entre los trabajadores, con sus camisas impresas y sus fiambreras, y encontramos un sitio en donde poder saciar nuestra hambre. Tomamos un buen desayuno. Estábamos agotados, pero vivos.

Le pregunté a Irma si podíamos cenar juntos esa noche y ella dijo que sí, con alivio. Pensé, y luego así me lo confirmó, que tenía miedo de que el desayuno hubiese significado la despedida. Le dije que aún teníamos tiempo antes de marcharme y luego la dejé. Ella camino de la biblioteca y yo camino al hotel.

Mientras me afeitaba y tras haber tomado un baño, el teléfono sonó. Era el sargento Franklin, de la jefatura. Me dijo que tenía algo para mí.

—¿Algo interesante? —le pregunté.

—Mire Macklin, no sé si lo es o no. Usted está interesado en una Sylvia y yo he hecho que nuestros chicos se pusieran a ello. Y han obtenido algo que liga con las fechas que nos ha dado. Quiero que lo vea.

—Gracias, Franklin. Muy amable de su parte.

—¡Al diablo con lo de amable! Le gusta poner etiquetas, Macklin. Mire, hay una Sylvia Bennett; el apellido es falso, seguro. En 1944, un delincuente de poca monta llamado Fiselli, fue apresado por un pequeño robo. Iba una chica con él al ser detenido. Los cogimos a los dos pero a ella la dejamos libre por falta de pruebas que atestiguaran que era cómplice de Fiselli. El nombre era Sylvia Bennett, como le he dicho. Es el nombre que ella dio, al menos. Tenía, según reza la ficha, alrededor de catorce años aunque nos dijo diecisiete. Pero no me fío mucho del agente que llenó la ficha.

—¿Eso es todo, Franklin?

—¿Qué quería más? —ladró por el auricular—. ¿Qué le resolviéramos el caso? En absoluto. Cogimos de nuevo hace un año a Fiselli por un robo importante. Está en la penitenciaría de Lawnox. Puede ir a verle, si quiere.

—¿Está muy lejos de aquí?

—Unas veinte millas.

—¿Cómo le podré visitar?

—Hay muchos modos de obtener pases, Macklin. Pero si quiere le daremos uno.

—¿Puede conseguírmelo?

—Puedo.

Le dije que alquilaría un coche y le recogería a las once. Pocos minutos después de las once nos hallábamos en la carretera, camino a Lawnox. Franklin se arrellanó en el asiento y me dijo de mal humor:

—¿Por qué es tan fácil sobornar a alguien, Macklin? Usted es un hombre instruido, ¿por qué no trata de explicármelo? Con unos pocos sucios dólares me ha comprado. No sé lo que le dio usted al inspector Garowski, pero por el modo en que

me dijo: «Cualquier cosa que este Macklin le pida, hágalo. No transgreda ninguna regla, pero ayúdele», por el modo en que dijo esto deduzco que le debió dar mil. Y ahora nos dirigimos a una sucia mazmorra, y por cincuenta pavos podrá comprar, cerrar y empaquetar el lugar entero. ¿Por qué pasa esto, Macklin? ¿Siempre ha sido así el mundo? A un niño se le enseña a ser decente y honesto, pero cuando se hace mayor le bastan unas pocas horas para aprender que el mundo es un pozo de mierda.

—Algunas cosas son así y otras no, Franklin.

—Ya. Déjeme ver las que no lo son. Las rascaré y en un tris saldrá pus.

—Es según lo que hagamos, Franklin —me encogí de hombros—. Usted y yo no somos diferentes, ambos somos hábiles. La raza humana lo es para exculparse. Tal vez cuando somos niños alguien trata de inculcarnos honestidad y decencia, pero lo primero que aprendemos es a decir «yo no he sido», incluso antes de que la palabra «robo» nos sea conocida.

—Y sin embargo, nunca he conocido a un desheredado, por mísero fuera, que no desease un poco de respeto por parte del prójimo.

—No soy un filósofo —dije—, pero fui a la escuela cuatro años y aprendí historia y llegué a la conclusión de que, de tanto en tanto, hay progreso. Tal vez esté equivocado. ¿A quién le hemos de pagar los cincuenta pavos?

—Al capitán Brady, el oficial jefe.

—¿Y si no pago?

—Podrá hablar cuatro frases con el tal Fiselli si estoy con usted, pero no a solas.

—¿Y si pago podré hablarle a solas?

—Correcto.

—¿Cómo debo entregarle el dinero? ¿En mano?

—Cristo todopoderoso, Macklin, ¿qué quiere hacer si no con el dinero?

—Es que no quiero meter la pata.

—Está bien, lo siento. Puede que esté usted ya harto de lo mismo, Macklin.

—A veces.

—Está bien. Yo lo haré. Me he acostumbrado a vivir en la mierda, Macklin, no es que la huela accidentalmente.

2

Sobre religión guardo mis ideas para mí mismo, en general. No solo porque son un tanto borrosas sino porque no puedo añadir nada a lo que otros han dicho y es muy poco lo que puedo sacar yo de ellos. Pero a veces pienso en un Dios que observa cada hoja que cae y sigue el vuelo de cada gorrión. Tal Dios tendría que saber de gente como Joey Fiselli, no de un modo clínico, sino con un conocimiento hecho de simpatía, amor y tal vez un poco de piedad. También tendría que saber del capitán Brady.

Una vez le pregunté a Jake Hoffman, adjunto del alcaide de San Quintín y hombre de cierta perspicacia, por qué tenía a gente como el capitán Brady para trabajar en la prisión, y él me dijo: «Usa la cabeza, Mack. ¿Qué es una prisión? Tú oyes a los niños decir “cuando sea mayor quiero ser juez o soldado o policía o piloto”, pero nunca les oirás decir: “de mayor quiero ser guardia de prisiones”. Una prisión, cualquier prisión, es un medio de la sociedad para olvidar y torturar a sus individuos más enfermos e indecentes. Por tanto, ¿qué quieres que sean los guardias de prisiones? ¿Licenciados en Harvard?».

Tal vez se pudiera hallar a alguien como Brady en Harvard, no lo sé. Brady era bajo y corpulento, pesaría trescientas libras pero no todas ellas eran grasa. Franklin me dijo que se decía que había matado a un convicto de un puñetazo, pues su puño era como un martillo. Podía esto ser verdad o no, puesto que de los hombres como Brady siempre se cuentan historias. Y en una cárcel tan asquerosa y podrida como Lawnox, es fácil escuchar historias semejantes del lugar y no hay prueba de que esas historias sean o no ciertas. Me encontré, pues, con Brady, quien me escrutó con sus ojillos tan azules y claros que parecían agujeros en la cara. No pensé si era gordo o si parecía un cerdo, solo me fije en esos ojos. No me tuve que molestar en pensar de qué modo le entregaría el soborno puesto que hizo salir a Franklin del despacho y me habló con toda franqueza:

—¿Qué me da usted, Macklin? ¿Qué piensa que es esto, un reformatorio? Nadie que no sea abogado o un familiar puede hablar con los presos. Si usted quiere hablar con Fiselli, le va a costar caro.

—¿Cuánto?

—Quinientos.

—Le di cinco billetes de cien dólares y él los contó con lentitud y cuidado, separándolos bien uno de otro. Con igual cuidado los unió a un rollo de billetes que se sacó del bolsillo sujetos con una goma elástica. Salió fuera y yo le seguí. Me explicó que Fiselli estaba en una celda de castigo.

—¿Qué ha hecho?

—¿Quiere hablar con él, Macklin, o quiere saber cómo se dirige una prisión?

—Está bien. Era simple curiosidad.

Es un peculiar y perverso tributo para el hombre, como ser social, que a través de

las épocas no se haya inventado peor castigo ni más minuciosa tortura que encerrarlo a solas sin poder ver ni oír a ningún otro ser humano. No es ningún homenaje a sus camaradas de presidio decir que tras diez o quince días de confinamiento se obtiene lo que se desea: en Lawnox se saben hacer las cosas bien. Las celdas de castigo estaban en el subsuelo, bajo dos tramos de escaleras, en un húmedo rectángulo hecho de cemento, tan oscuro y silencioso como el negro pozo de la muerte.

Brady encendió una luz y la bombilla, colgada de un hilo, llenó de una enfermiza luminosidad el lugar. El pozo tenía treinta pies de largo y en uno de los lados estaban las puertas de las diez celdas de castigo. El techo tenía siete pies de alto pero las puertas solo tenían siete pies de altura, recordándome las entradas de las jaulas de un zoo. Seguí a Brady hasta la puerta de una de las celdas. Sacó una lámpara de gas de su bolsillo, la encendió y abrió la puerta. La celda tenía tres por seis pies y no más de cinco de altura. Las paredes rebosaban de la humedad que rezumaba toda la estancia. El suelo se hallaba húmedo. De un pote de latón salía un olor como de urinario público de Chicago. Los muebles se reducían a una vieja manta del ejército en el húmedo suelo. Sobre ella se hallaba un hombre sentado, sin zapatos y sin camisa. Su única vestimenta consistía en unos gastados pantalones de algodón. Cerró los ojos de dolor ante la luz de la lámpara.

—Este es Fiselli —dijo Brady—. Adelante, hable con él, Macklin.

—¿Aquí?

—¿Quiere que lleve a este tipo a una *suite* de hotel? Le dije que podía hablar con él. Pues bien, hágalo.

—Tenga piedad, Brady. Habrá salas de visita. ¿No hay por aquí alguna en que podamos hablar?

—Aquí pueden hablar a solas.

—No puedo dirigirme aquí a este hombre, capitán.

—¿Qué demonios se cree que es este lugar, un hospital? Si no puede hablar aquí, no hable.

Mientras discutíamos esto, Fiselli se acurrucó, parpadeó y escuchó. No sé si su aire de animal acorralado debía ser el mismo que cinco o diez años atrás. Tendría los treinta, pero parecía tener cincuenta con su demacrada cara y sus húmedos y parpadeantes ojos. Brady hizo una mueca al mirarle, a la vez que se humedecía los bordes de la boca con la punta rosada de la lengua.

—Si le habla o no, amigo —dijo Brady—, me importa un maldito comino.

—¿Me permite hablar con usted unos segundos?

Brady salió cerrando la celda y yo le seguí al pasillo. Saqué otros quinientos y Brady debió humedecer sus dedos cinco veces. «Me gusta usted —hizo una mueca—. Voy a dejarle hablar con Fiselli en nuestra bonita sala de visitas. Se podrán explicar mutuamente las historias de sus vidas. Pero solo porque usted me cae bien, camarada».

3

—¿Y por qué demonios he de hablar con usted? —dijo Fiselli.

—Porque le saco de ese agujero durante una hora.

—Eso no es nada, jefe. Me volverán al lugar y me harán recuperar esa hora. No se consigue nada gratis de Brady, ni siquiera el sudor de sus manoseados testículos.

—Todo lo que quiero es hacerle unas preguntas, Fiselli. Eso es todo. No estoy aquí para causarle problemas.

—Tengo problemas, montones de ellos, jefe. Montones.

—Solo quiero preguntarle unas pocas cosas, Fiselli.

—¿Es policía?

—Le he dicho quién soy. Un investigador privado.

—A la mierda con los husmeadores. No tengo por qué contestar a ninguna pregunta. Váyase a hacer gárgaras.

Necesitaba aparecer valiente. Necesitaba aparecer desafiante y arrogante y orgulloso de sí mismo. Era el único modo de aferrarse a la única migaja que le restaba de su alma inmortal. Había sido estrujado dura, largamente. Su mejilla izquierda se contraía debido a un tic. La barba de cuatro días le hacía aparecer tan feo como seco y hambriento estaba, y se retorció y temblaba como un desnudo pequeño animal acorralado. Era preciso sentarse frente a él en una celda, como hice, para saber lo que es la libertad, y lo supe. ¿No representaba yo a las civilizadas fuerzas que habían puesto a Fiselli tras los barrotes que nos separaban, a fin de darle una adecuada lección? Su instructor entró nada más acabó de decir lo anterior. Brady conocía bien los mecanismos del aleccionamiento.

—¿Qué ocurre, Fiselli?

Ambos se miraron, las pequeñas estrías que eran los ojos de Brady aparecían inundadas de placer. Al conocer a Brady había sospechado del placer morboso que ciertas cosas le producían.

—Este es un camarada mío, Fiselli. ¿Verdad, camarada?

Asentí con la cabeza. Por cien dólares yo era camarada suyo.

—Le vas a decir a este amigo lo que quiera saber, ¿verdad, Fiselli? —Puso su enorme mano sobre el hombro de Fiselli y la contrajo, los dedos comprimiéndose unos con otros, el hombro encogiéndose—. Se lo dirás porque es mi camarada, ¿eh, Fiselli?

La mano siguió estrujando y Fiselli reaccionó, gimiendo de dolor. —¡Ah, ah, ah! —, mientras las lágrimas resbalaban por las mejillas. Cuando Brady le soltó, Fiselli dejó caer la cara sobre la mesa, llorando y gimiendo.

—Ahora Fiselli hablará, no se preocupe, camarada —dijo Brady haciendo una mueca y dejándonos solos de nuevo. Me senté y aguardé; no hace falta decir lo que sentí; en estos casos lo mejor era no sentir ni pensar nada.

Cuando Fiselli dejó de llorar y gemir, se tocó el hombro derecho con la mano

izquierda. «No puedo mover el brazo —se quejó—. Se me ha roto algo».

—No ha sido nada, Fiselli.

—Le digo que me ha roto algo.

—Tranquilo.

—Nunca le dije que no quisiera contestar a sus preguntas, jefe. Aún no me ha hecho ninguna.

—Tranquilo.

—Bien, bien. Pero aún no me ha hecho ninguna pregunta.

Quería caerme bien. Desde los días de la Segunda Guerra Mundial había olvidado el miedo que un hombre puede producir en otro. Ahora lo recordé.

—De acuerdo, Fiselli —dije—. Deseo preguntarle por una chica llamada Sylvia Karoki.

—¿Quién?

—Sylvia Karoki.

—Tengo algo roto. Mire, no puedo mover el brazo. Jesús, cómo duele. No conozco a ninguna Sylvia Karoki.

—Pues a Sylvia a secas. Trate de recordar.

—Mire, jefe, no conozco a ninguna Sylvia. Me duele mucho el brazo. Se lo estoy diciendo, lo tengo roto. ¿Cómo quiere que nos sentemos aquí y tratemos de hablar teniendo un brazo roto? Llevo doce días en ese sucio, maloliente agujero. ¿Le gustaría pasarse doce días en este agujero, jefe?

—Su brazo no está roto, Fiselli. Sé que le duele y lo lamento mucho. Desearía que no le doliera, créame. Pero no puedo hacer nada al respecto. Olvídense del brazo y piense en mis preguntas.

—Lo hago, lo hago. ¿Qué le dirá a Brady? ¿Qué no he cooperado?

—Por supuesto que no. Escúcheme ahora, Fiselli. En 1944 la policía de Pittsburg le detuvo por un pequeño robo. Robó en la escuela de baile Víctor y fue condenado por ello.

—Al diablo con la escuela de baile. Era una asquerosa casa de putas. ¿Sabe cuánto dinero pasaba por mis manos en ese lugar?: cien o doscientos, y me daban solo tres dólares cada vez. La sucia cerda que llevaba el tugurio nunca me pagaba como era debido. Me daba solo diez o veinte y me decía «Ve a jugar, Joey, eres un buen chico». Eso sí, a los polis les pagaba bien. Muy bien. Mierda de negocio. Yo no necesito pagar, nunca le he pagado a nadie.

—¿Recuerda cuando le arrestaron?

—Y le diré algo más...

—Un momento. Cuando le arrestaron iba una chica con usted. Una niña de catorce años. Su nombre era Sylvia.

—Cuánto sabe usted. —Fiselli me miró de modo tímido e implorante—. Cierto, jefe. ¿Tiene un cigarrillo? —Saqué mi paquete—. Encienda uno y pásemelo entre las rejas. Brady me puede partir la espalda si me ve fumar aquí, pero si usted me lo

sostiene no pasará nada. ¿Qué me dice? ¿De acuerdo?

Le encendí el cigarrillo y se lo puse en la boca a través de la rejilla. Fiselli se apretó contra ella y aspiró profundamente, tosió y aspiró de nuevo una y otra vez. «El primero en doce días», susurró, con todo su cuerpo temblando.

—¿Recuerda a la chica?

—Claro que la recuerdo —Fiselli hizo una mueca—. Permítame otra chupada. Claro. Pero es curioso, se me ha borrado todo respecto a ella. Lo he olvidado por completo.

—¿Recuerda su nombre?

—Sí, sí. Su nombre era Sylvia.

—¿Y su apellido?

—No tenía. Ninguno verdadero, al menos. ¿Sabe de alguna furcia que dé su verdadero nombre?

—¿Era una furcia?

—Intentaba serlo. Pero le daba miedo la calle, pues en una ocasión un poli había querido hacer negocio con ella más que encerrarla.

—¿Está seguro de eso?

—Eso es lo que me dijo. ¿Otra chupada, jefe? Por eso se pegó a mí. Quería hacer un trato.

Le dejé fumar el resto del cigarrillo y luego apagué la colilla en el suelo. Mi estómago estaba hecho un asco: vacío y cansado.

—¿Qué clase de trato?

—Usted tiene que imaginarlo, maldita sea.

—Puedo imaginarlo o no —le dije—. Pero deseo que me lo cuente en detalle, Fiselli.

—Quería que fuese su chulo. Mire jefe, yo no soy un chulo, odiaría serlo. Nadie que me llame chulo puede irse sin pagarlo. ¡No, por Dios! De acuerdo. Alguna vez alguien ha precisado algo y yo se lo he proporcionado. ¿Hay algo de malo en eso? Quisiera saberlo. Dígame si hay algo malo en eso. Qué diferencia hay con lo que hace un taxista. Pero nunca he protegido a ninguna golfa. Nunca he vivido de ellas. Y menos de una como esa, líbreme Dios.

—¿Qué quiere decir?

—Mire. Decía que tenía diecisiete años. Hablaba como si los tuviera. ¿Me creía imbécil? Como si no hubiera visto a ninguna furcia antes. Le dije un día: «Tú, sucia mentirosa, te doy un dólar por cada día que pases de los catorce. Dame tu partida de nacimiento y te daré el fajo de billetes».

—¿Se la dio?

—¿Qué se cree, jefe? Solo hacía falta mirar esas piernecillas y brazos. ¿Quién iba a pagar por eso? Esa maldita cría me volvía loco.

—¿Qué fue de ella, Fiselli?

—¿Quién sabe? ¿Qué ocurre con desechos como ese? Tal vez acabó trabajando

en un burdel por dos dólares la prestación y le cogió una venérea. O acabó siendo una yonkie. Tal vez esté muerta. ¿Quién sabe?

—Usted sabe más que eso, Fiselli.

—¿Qué quiere decir, jefe? No tengo nada que esconder. Eso pasó catorce años atrás, cualquier cosa al respecto ha prescrito. No tengo por qué temer nada.

—Hay algo que usted olvida, Fiselli. Nadie desaparece así como así. Siempre queda alguna huella. Trate de recordar. Algo que oyera, tal vez.

—No, no, espere un momento. Una vez le pregunté a Sonny Bissell qué fue de esa chiflada. Me dijo, sí, algo de que había ido a El Paso con Peter el Cura, que tenía un Ford de 1940. No me hubiera gustado ir con un trasto como ese a una ciudad como El Paso.

—¿Quién era Peter el Cura?

—Un estafador que se servía de su sotana. Yo he hecho muchas cosas, pero algo así nunca, jefe. Eso es lo más bajo.

—¿Y Sonny Bissell?

—Una vieja que mucho tiempo atrás golpeaba, cuando yo era niño. Le gustaban los jovencitos. Decía que tenían mucha energía.

—¿Dónde está ahora, Fiselli?

—Muerta.

—¿Alguien más? ¿Tenía Sylvia amigos?

—¿Amigos? No me haga reír.

—¿Peter el Cura?

—No he sabido más de él. Como le digo, creo que fue a El Paso.

No quise continuar. Quería olvidarme de Joey Fiselli y de la penitenciaría de Lawnox y del capitán Brady y de todo lo relacionado con ello, y también de la raza humana por entero, lo que ya era más difícil de olvidar. Quería ducharme en el hotel, empaparme de agua y fumar un cigarrillo y no pensar en nada. Pero sobre todo no quería enseñarle a Fiselli la foto, aunque en mi profesión debo hacer cosas de continuo que no haría un ser humano normal y decente. Así que saqué la foto de mi cartera y se la enseñé a Fiselli. Hizo una mueca, movió la cabeza, pareció impresionado.

—¿Quién es? —quiso saber.

—¿Puede que Sylvia?

—No me haga reír, jefe.

—Catorce años es mucho tiempo.

—Pero no el suficiente, jefe.

No quise decirle nada más a Fiselli ni oírle hablar más. Brady esperaba fuera y quiso saber si ese montón de heces, Fiselli, había hablado al final. Le dije que sí. ¿Le ha contestado como quería? La solicitud de Brady correspondía al deseo de quedar bien por el dinero recibido. Le dije que Fiselli había contestado a todas mis preguntas y que todo había ido lo bien que esperaba.

—Bien, Macklin —Brady sonrió, sus pequeños ojos deviniendo orificios en su gruesa cara—, la próxima vez que desee hablar con alguien aquí, vuelva. Me cae bien usted, Macklin.

—Gracias —dije.

Le pagué a Franklin una comida y regresamos a Pittsburg. Hasta entonces estuvo callado pero una vez en el coche y de regreso, me dijo:

—Macklin, es usted un hombre culto y ha andado por ahí...

—¿Cómo lo sabe?

—Se intuye por cosas. ¿Ha ido al colegio superior?

—Sí.

—Perfecto —Franklin afirmó con la cabeza—. Recuerdo que me ha dicho que estuvo cuatro años aprendiendo historia. Yo soy solo un poli y la única cosa que he aprendido es que si no aguardas demasiado de la vida no tendrás mucho de qué quejarte.

—Supongo que es verdad, como tantas cosas.

—¡Pues claro que lo es, diablos! Soy un astroso ignorante Macklin, no lo puedo evitar. No sé nada, maldita sea. Dicen que Brady ha llegado a ganar hasta quince o veinte mil dólares en ese podrido presidio, Lawnox. ¿Cómo puede ser? Tengo que vérmelas con muchos Bradys en mi trabajo, y usted se topará con muchos Fisellis. ¿Cómo puede ser?

—En los colegios superiores no te lo explican.

—Usted sabe de Historia. ¿Siempre ha ocurrido lo mismo? —preguntó Franklin.

—Más o menos.

—¿Alguna vez no ha sido así?

—Alguna vez ha sido aún peor —dije.

—¿Conocía Fiselli a su Sylvia?

—Puede que sí, puede que no. No estoy seguro. —No quería escuchar a Franklin todo el rato, de vuelta a Pittsburg. Estaba harto de él, de su artritis, de sus doloridos y adormilados ojos, y de su resentimiento respecto a los tipos que se enriquecen carroñeando en las heridas de los desgraciados. No sentía conmiseración ni por mí ni por nadie. En pocas horas me sentiría diferente y regresaría a la normalidad de mi vida. Pero en ese momento no sentía ni piedad ni odio ni siquiera rabia. No estaba indignado con Fiselli. Si hubiera podido matarlo con solo desearlo no me hubiese ni molestado. En ese instante me importaba un pimiento.

En mi habitación, tras un baño —que me dejó tan sucio y amargado como antes— y un cigarrillo que me supo áspero y amargo, vi el papel carta del hotel sobre la mesa y me puse a escribir:

Señor Frederick Summers
Los Angeles, California.

Estimado señor Summers: Se extrañará que alguien cuyo trabajo diario no se podría contar con detalle ante damas distinguidas afirme que la tarea que me ha encargado sea más sucia y asquerosa que cualquier otra desempeñada con anterioridad. Lamento no poderle explicar esto satisfactoriamente. No creo que sea usted el tipo de persona que admita sensibilidad en nadie aparte de en sí mismo, aunque no sé si tiene ninguna. No le entregaré ningún informe sobre Sylvia. Pienso que su proposición es fruto de una mente baja y sucia y de un alma retorcida como un muelle de acero. Si se va a casar o no con Sylvia me importa un comino. Contrate a otro para que indague o disponga a su gusto lo que decida. En cuanto al dinero, se lo devolveré. Cobro cincuenta dólares por día más gastos cuando trabajo, pero ya no quiero trabajar más para usted.

Firmé mediante un caprichoso dibujo, sentí un ramalazo de confort, alivio o lo que fuera, leí la carta de nuevo y a continuación la rompí en pedazos. Eran más de las cinco. Bajé a tomar algo al bar y esperé a Irma.

6

El nombre de mi mujer era Lucy —no es mi actual mujer, pero lo fue un tiempo— y la conocí en las carreras de Hollywood. Pensé en ella mientras aguardaba en el bar porque durante los dos días de nuestra luna de miel fuimos felices y llegamos en coche a El Paso e incluso hasta más allá. Fue la única vez que estuve en El Paso. Tal vez había sido, también, la única vez en que había sido feliz, con ese simple y puro tipo de felicidad con que la conocí en las carreras. Era la primera vez que iba a las carreras de Hollywood. Había ido allí con Frankie Meadows, la vieja estrella del cine mudo, que me había contratado para un pequeño trabajo y le caía bien y se había empeñado en mostrarme cómo vivían sus horas de ocio los ciudadanos de las clases altas. Antaño, en la buena época, Meadows había ahorrado dinero e invertido en terrenos baldíos de las laderas del Pacífico. Ahora tenía dinero para un Bentley y un chófer, y para ser miembro del Turf Club y disponer de mesa en lugar preferente y de todos los bistecs y langostas que él y sus amigos pudieran comer. Por ese tiempo ya era demasiado viejo para andar mucho con mujeres, pero aún gustaba de rodearse de jóvenes *starlettes* de grandes ojos.

Lucy era una de ellas, con unos ojos tan grandes como ventanas azules, un cabello corto a la moda francesa del momento y un espléndido y radiante rostro a lo chico, según esa misma moda preconizaba. No sé cómo logré ganármela; tal vez —al menos en parte— por la absoluta adoración que manifesté por ella. O puede que tuviese metida en la cabeza la idea de casarse con un investigador privado.

En el bar, tras dos whiskys con hielo, continué recordando. El Paso es el lugar por el que cruzas la frontera y te plantas en Ciudad Juárez en cinco minutos y puedes comer comida mejicana, comprar *souvenirs*, caminar a través de las sucias calles, las casas Canco, los bares con música, los mercadillos, los vendedores ambulantes de muebles e imágenes eróticas. Y si eres lo bastante joven y estás enamorado, es un lugar tan maravilloso como cualquier otro similar en cualquier parte del mundo. Salimos, pues, de El Paso por un camino asfaltado hasta la frontera y llegamos a las montañas llamadas Sierra Blanca, que ascendían hacia el cielo tan blancas y puras como la ropa limpia de la mujer del anuncio: la que tiene tres niños de película pero que quiere aún más a su blanca, blanquísima ropa acabada de sacar de la lavadora. Allí donde la carretera queda colgada del cielo, en lo alto del desfiladero, aparcamos el coche, salimos del mismo y permanecemos en la cima de ese mundo blanco.

El viento le agitaba el corto, sedoso cabello y aplastaba contra su cuerpo el tenue vestido. Me sentí henchido de amor, adoración e inmortalidad. Cuando has experimentado eso, al terminar y dejarlo atrás eres un poco menos de lo que habías sido antes. Creo que yo, ahora, en el bar de Pittsburg, era bastante menos e incluso dos tragos no me podían comprar un poco de autoestima.

Eran casi las siete cuando Irma compareció. Había ido primero a casa a cambiarse de ropa, pero su interior era lo que más había cambiado. Tenía ahora el fulgor y la sonrisa ávida de la juventud y sus brazos se abrían al mañana. Llevaba un sencillo vestido negro y un collar de perlas de imitación alrededor del cuello, pero se le notaba llena de calidez y deseo y pudo ver en mi cara lo complacido que me hallaba por su presencia.

—Hoy no me siento como una bibliotecaria —me dijo.

—¿Cómo te sientes entonces?

—Pretenciosa, con un gran ego. Segura de que todo el mundo me mira.

—Posiblemente sea así.

—No, no es así, Mack. Sigo siendo una bibliotecaria con un vestido negro. Pero, eso sí, muy feliz. Mack, ¿te dijo tu madre que da mala suerte hablar de felicidad?

—Creo que sí.

—Supongo que será parte del folclore de la gente pobre. No hables de ello o desaparecerá.

—Puede que sea algo así, imagino.

—¿Qué sucede, Mack?

—Nada. Nada. Dije.

—Me siento tan bien —sonrió, vergonzosa, como una niña a la que han cogido haciendo algo malo—. Quiero que te sientas bien.

—Lo intentaré —dije.

Y lo intenté, por cierto. No tenía pensado gustarle a Irma o hacer que se enamorase de mí, pero debería haber sabido lo que significa haber pasado hambre durante tanto tiempo. Y no simplemente por algo relacionado con mi persona; nos unía también el delgado hilo de una extraña y escuálida niña llamada Sylvia. Yo buscaba algo que Irma había perdido. Yo no era alguien a quien ella hubiera conocido trece horas antes; yo era parte de una vida tan sola y vacía que las dos personas más importantes que había conocido, Sylvia y yo, habían devenido una sola cosa para ella. Llevé a Irma a cenar y traté de ser tan encantador e interesante como pude y hablé de muchas cosas, Los Angeles, mi juventud en Chicago, la guerra y cómo me sentía ejerciendo de investigador privado. Pero no hablé de Sylvia. Finalmente, Irma dijo:

—¿No quieres hablarme más de ella?

—¿De quién?

—De Sylvia —dijo Irma.

—¿A qué viene eso?

—¿Dónde has estado hoy, Mack? ¿Qué ha sucedido?

—He ido a la prisión de Lawnox con un policía llamado Franklin. Por eso tengo coche y te puedo llevar a dar una vuelta luego si quieres. Alquilé uno para ir a Lawnox.

—¿No quieres hablar de ello, Mack?

—¿De qué he de hablar?

—No lo sé —dijo Irma—. Pero algo te pasa desde ayer noche.

—Sí...

—¿Es sobre Sylvia?

—Sí. Hay allí encerrado un chorizo de baja estofa, un chulo y drogata llamado Fiselli.

—¿Por qué hablas así, Mack? No es tu estilo.

—¿Cómo demonios quieres que hable respecto a ese tipo?

—Lo siento, Mack —de pronto pareció asustada y alarmada y yo puse mi mano sobre la suya, sacudí la cabeza y le sonreí.

—Irma.

—Oh, Mack —dijo—. No quiero meterme en tus cosas, pero me siento tan cercana a ti. Será extraño pero las cosas son así —me miró interrogativa—. No sé lo suficiente como para tener la boca cerrada, no sé nada...

Entonces le hablé de Fiselli. Le hablé de Fiselli y de Brady y del agujero de Lawnox, y le dije lo que Fiselli había contado de Sylvia. Y cuando acabé, se quedó un rato sentada sin comentar nada en absoluto.

—Así son las cosas —le dije, pues su silencio me irritaba.

—Un hombre como ese Fiselli que me has descrito —dijo con lentitud— puede estar mintiendo.

—Podría haber mentido si tuviese alguna razón para ello. Lo que no era el caso. Y un desecho como Fiselli ya no sabe ni disimular. Cuando miente lo sabes.

—Puede que se refiera a otra Sylvia.

—¿Lo crees así?

—De acuerdo, Mack —dijo con calma—. ¿Por qué no damos una vuelta en el coche?

No por lo que dijo, que no era mucho, sino por el modo en que lo dijo y por el tono de su voz, se acortó la distancia entre nosotros. De pronto la conocí de veras un poco, se disipó mi modo instintivo, cuadrulado de calibrar a la gente y que también había aplicado a ella. No conociéndola a fondo, la conocí un poco, si decir esto tiene sentido. No se me ocurre otra forma de expresarlo. Vi entonces a Irma Olanski como una tierna, sabia y maravillosa mujer, y me sentí mal conmigo mismo por haberme ido con ella a la cama de un modo tan rápido, como si quisiera dar a entender que me las conquistaba con un chasquido de dedos, teniéndome que marchar mañana o al día siguiente de Pittsburg para no volver jamás de nuevo. Si deseara odiar a la raza humana podría empezar tanto por ese Macklin como por los dos obvios brutos llamados Fiselli y Brady. Una veloz manera de verme a mí mismo. Irma me dijo:

—Mack, Mack, ánimo. La luna está en el cielo y hay tantas estrellas como ayer. —Pero no fue hasta que estuvimos en el coche y conduje a través de las colinas por encima de la ciudad que le pregunté a Irma:

—¿Cómo una mujer puede hacer eso?

—¿Hacer qué, Mack?

—¿He de deletrearlo? Hacer de puta. Sí, esa es la palabra. Cómo se puede convertir en una puta.

—¡Mack!

—Bien, te lo he preguntado.

—Tú eres quien sabe del mundo, Mack. Yo soy solo una bibliotecaria.

—Pero tú eres una mujer.

—Sí. ¿Y qué es una puta, Mack?

—¿Nunca antes has oído la palabra?

—No seas sarcástico conmigo, Mack, porque yo no sé serlo contigo. Pero a veces pienso cuántos hombres harían de puta si hubiera demanda de ello y las mujeres pagasen.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes qué quiero decir. ¿Qué harías si te encontrases atrapado, frustrado y perdido? ¿Buscar entre las bolsas de basura? Una chica vende lo único vendible que le queda, algo que no podría vender si no hubiese quien lo comprase.

—Dejemos estar el tema —dije.

—¡Oh, claro, Mack! ¿Cuándo te marchas? ¿Cuándo te irás de Pittsburg para no volver más, ahora que has encontrado lo que buscabas?

—Tú lo sabes, Irma.

—Sí.

—¿Qué puedo hacer?

—Llevo el día pensando en cosas que podrías hacer —dijo Irma, no con tristeza ni con irritación, sino tan solo constatándolo—. Soy demasiado mayor para enamorarme, Mack, y ha sido todo muy rápido. Pero creo que podría ir a cualquier parte del mundo por ti y contigo, y no estoy rogándote ni peleándome contigo ni tratando de hacer que te sientas mal. Así es como son las cosas y lloraré un tiempo por causa de esto, pero pronto me volveré a encontrar bien. No lo harás, no. Incluso aunque quisieras no te quedarías aquí ni estarías conmigo, ni le harías un bien a ninguna otra mujer.

—¿Todo esto has estado pensando?

—¿Tan raro es, Mack? Te has enamorado pero no de una manera sana como le ocurre a la mayoría. Hay un malestar en tu interior.

—¿Y de quién estoy enamorado, Irma?

—De Sylvia —dijo—. Y creo que lo sé desde la primera vez que te oí mencionar su nombre.

No tuve problemas para localizar a John Karoki. Al día siguiente fui a ver a Franklin y él me buscó información sobre Karoki. Tenía tres arrestos por borrachera, dos por mala conducta, una agresión, dos atentados contra la moral, una violación y un pequeño latrocinio. En total, tres condenas y dos años y ocho meses en la prisión de Iron City.

—Es tratar continuamente con este tipo de ejemplares ciudadanos lo que más me alegra de ser poli. ¿Qué quiere de él, Macklin?

—Hablarle.

—Desde luego, elige bien a sus interlocutores. Primero Fiselli y ahora este sucio desecho.

—¿Tiene su dirección?

—La última que consta es 207 Peabody. Está a una milla de aquí. Suba por Liberty y gire a la izquierda. Una pequeña avenida. Pregunte a un policía si tiene algún problema.

—¿Que pregunte a un policía, Franklin?

—No sea tan quisquilloso —dijo Franklin—. He hecho lo que podido para ayudarle.

Me despedí de Franklin, le pedí disculpas lo mejor que pude y le di diez dólares, lo mejor para aborrecerse a sí mismo y aborrecerme yo también. Topas con alguien como Franklin y ya no lo vuelves a ver más. Las personas se influyen; tratas a Franklin, Fiselli, Brady y Irma Olanski, lo alto y lo bajo, lo limpio y lo sucio, y ves que manifiestan el mismo insatisfecho puñado de anhelos que da a los seres humanos un mismo sentimiento de haber perdido la razón y el propósito que los puso en la tierra.

Fui a ver a John Karoki, que aún vivía en 207 Peabody. Era un inmueble de madera de cuatro pisos, con una estructura deteriorada y comida por las larvas, que también existen en Pittsburg. Vivía en el piso más alto, y cuando estuve en el rellano y golpeé la puerta no supe qué era peor: el insoportable calor bajo el tejado de zinc del edificio o la mezcla de obscenos olores que flotaban en la cálida atmósfera. Tras unos instantes, se oyó ruido de pasos arrastrándole y una gruesa voz que preguntaba quién era yo:

—¿John Karoki?

—¿Quién es usted?

Tratando de controlar mi estómago, el desayuno tomado y mi irracional —porque el pasado estaba fuera de mi alcance, no se podía rehacer— odio hacia el individuo del otro lado de la puerta, repliqué con suave amabilidad:

—Mi nombre es Harrison y represento a Seguridad Allstar y a la Asociación Recovery. Trabajamos para veintisiete compañías de seguros y una de las tareas que realizamos es atender reclamaciones de excarcelados. Tenemos una póliza de una tal

Sylvia Karoki. Presentó una demanda por la pérdida de un reloj de pulsera y, tras las deducciones, le corresponden 30 dólares. Pero no podemos localizarla. Ya que usted aparece en la póliza como el pariente más próximo, en concreto su padre, la ley nos obliga a pagarle a usted el dinero y liquidar así el asunto. Siempre, claro está, que usted demuestre que es John Karoki.

A través de la puerta, la gruesa voz dijo:

—¿Quiere decir que me va a pagar un dinero?

—Sí, si es usted John Karoki.

—¿Cuánto dinero?

—De acuerdo con la instrucción de la compañía Southwestern a nuestra oficina de Pittsburgh, treinta dólares.

—¿Treinta dólares?

—Sí, treinta dólares.

—Sí, soy John Karoki —dijo y abrió la puerta.

Me sorprendí de que no fuera un hombre alto. Tenía una idea de Sylvia de mujer alta, pero tal vez estuviera equivocado. El hombre era más bajo que yo, tendría casi los sesenta, encorvado, de aspecto embrutecido y oliendo a licor y a orines propios. Iba descalzo, llevaba unos sucios pantalones marrones, una sucia camiseta de manga corta y mostraba barba de dos o tres días en su floja e inflada cara. Los ojos inyectados en sangre aparecían llenos de suspicacia, avaricia, hambre y avidez animal.

—Soy Karoki —dijo—. Si no me cree pregunte en el súper. O, espere un minuto, tengo una carta que me enviaron.

Al abrirse la puerta se veía una cocina llena de desorden, platos sucios, restos de comida, moscas y cucarachas. Buscó por el recinto, abriendo cajones y volcando su contenido en el caos general, y, vaciando un cubo de basura, revolvió en una pila de desperdicios de un rincón hasta que al fin encontró la carta y me mostró su nombre en ella.

—Así que es usted el padre de Sylvia Karoki.

—Exacto.

—¿Sabe dónde vive ella ahora? Que me lo diga no hará que no le vaya a entregar a usted el dinero. La orden que tengo es de entregárselo a usted. Pero nos gustaría tener una dirección de ella si usted nos la puede proporcionar.

—Señor, no sé dónde se encuentra esa sucia golfa ni quiero saberlo.

—Estoy hablando de su hija.

—Míreme, señor. Mire cómo vivo. Así es como me cuida mi hija. Me importa un pito si está viva o muerta.

—¿Cuándo supo de ella por última vez, señor Karoki?

—Hará unos quince años. Se marchó dejándonos a mí y a su madre agonizante. Fue la última vez que la vi.

—Muy bien, señor Karoki. Respecto al dinero, ¿lo quiere en un cheque o en

efectivo?

—En efectivo. Sí, en efectivo. Pero ¿cómo sé si está diciendo la verdad? Tal vez ese reloj costaba doscientos dólares.

—Habrá de creer en mi palabra, señor Karoki, del mismo modo que yo creo en la suya.

—¿Esto es todo lo que me corresponde? ¿Treinta sucios pavos? Se estará diciendo a sí mismo que soy un vagabundo. Fíjese en cómo vivo. Seguro que usted se queda cien y a mí me da treinta. ¿Verdad?

Le di veinte y diez más que saqué del bolsillo y me fui. Mientras bajaba las escaleras me gritó:

—Asqueroso chorizo. Usted le robaría hasta a un muerto.

9

Me reuní con Irma fuera de la biblioteca pocos minutos después de las cinco y, tras unas palabras de saludo, caminamos en silencio hacia su apartamento. Era un atardecer de finales de verano, de aquellos que se recuerdan, de los que se ha oído hablar a generaciones anteriores: el mundo entero bañado por el resplandor dorado del sol veraniego y una anhelante calidez que hace que tu caminar se demore sin opresión. Al llegar a su domicilio se volvió hacia mí y me dijo:

—¿Y bien, Mack?

—Me voy a El Paso en el vuelo de medianoche, Irma.

—¿A buscar a Sylvia?

—A parte de ella.

—¿Sabes, Mack? —dijo Irma con calma—. Nunca te he preguntado por qué quieres saber de Sylvia. Pienso que si quisieras me lo hubieras dicho. Sé que alguien te ha contratado. Y pienso que te incomoda decirme para qué has sido contratado.

—Tienes razón, Irma.

—No tienes por qué decírmelo si no quieres.

—Creo que sí quiero decírtelo.

Asintió con la cabeza y me preguntó si quería subir a su piso y tomar un té. Subí con ella al apartamento y me senté tranquilo, observándola mientras ponía la tetera al fuego y cortaba una porción de pastel de pasas, posiblemente el mismo tipo de pastel que se comió Sylvia en esta estancia. Preparó la mesa de un modo preciso y meticuloso típico de las personas que han vivido mucho tiempo solas, y luego sirvió el té y nos sentamos a la mesa. Le expliqué entonces, más o menos, lo sucedido: por qué andaba tras el fantasma de Sylvia. Durante unos instantes, tras acabar yo de hablar, no dijo nada. Me estuvo mirando, todo ese tiempo, pero sin rabia ni preocupación.

Luego, dijo: «Debes necesitar mucho ese dinero, ¿verdad Mack?».

No dije nada. ¿Qué podía decir? Si Alan Macklin poseía algún tipo de alma, esta se sintió de pronto desnuda por entero.

Cuarta parte

El Paso

1

Hacía mucho calor en El Paso. Había tomado una habitación con aire acondicionado en el Hotel Hilton, lo que era una suerte, pero en las calles el termómetro marcaba más de cuarenta grados los días que estuve allí. Llevaba un jersey deportivo azul y unos pantalones de franela gris que pagué con el dinero para gastos generales de Summers, y quería conocer un poco El Paso, pero solo un poco. No se puede conocer una ciudad en un instante. Ello toma su tiempo. Para que mi relato tenga mayor exactitud debo añadir que antes de dejar El Paso me compré unos pantalones de algodón marrón y un sombrero en Juárez, pero, tras una hora de pretender parecerme a alguien de Texas tratando de disimular mi acento de Chicago, regalé el sombrero a un niño mejicano que rebuscaba en una pila de cáscaras por si en alguna encontraba un cacahuete. También le di un dólar y fui amonestado por una maternal, envarada pequeña señora americana que parecía la madre aquella pintada por Whistler y que me dijo que estaba echando a perder al niño y a Juárez también.

Me esforcé, pues, en no echar a perder Juárez o El Paso. Compré los pantalones —eran una mezcla de algodón y dacrón, para ser más exactos—, puesto que los míos, grises, se habían manchado y rasgado cuando me expulsaron de un burdel de Juárez que gestionaba en parte un árabe que vivía en San Diego. Era un absentista con funciones de *madame* y que te miraba por encima del hombro desde su condición de responsable del local. Por entonces había ya hablado con muchos encargados y pupilas del distrito de luz roja de Juárez y El Paso. No saqué nada en ningún sitio, antes bien: molestias e irritación, pero solo en el establecimiento del árabe fui golpeado y expulsado.

Hay cierta leyenda americana respecto a que ser golpeado no es una experiencia del todo desagradable y que es incluso gratificante, una ilusión propagada por la televisión y las películas. Tal vez vivimos en una época en que es necesario olvidar que el cuerpo es un mecanismo delicado y frágil y se propaga la idea de que es indestructible, como lo demuestra una inacabable procesión de *cowboys* e investigadores privados que ni se rompen los puños al golpear como neandertales ni se dejan romper la cara y el hígado por la misma causa. Por mi parte tengo claro que los hombres sensatos no se ponen a dar puñetazos aunque solo sea porque hay leyes contra la agresión y porque un juicio contra los que tienen los puños demasiado sueltos puede salir caro.

Pero esas leyes no tienen efecto en Juárez. Todo lo que yo quería era saber si una chica llamada Sylvia había trabajado en uno de esos lugares diez o doce años atrás, y todo lo que saqué es que podía ser o no que hubiese estado. No se tomaron a bien mis preguntas, y un noruego y dos mejicanos me dieron una tunda y me arrojaron a la calle, pateándome el vientre y la cabeza varias veces en una zanja y dejándome con la cabeza sobre un montón de basura. Luego, además, me desvalijaron, pero ya no me importó. De hecho no me importó hasta que al día siguiente me desperté en el

hospital provincial de la avenida Alameda, en el lado americano.

Un policía de carreteras se sentaba junto a mi cama, un espécimen grande, bien alimentado y de mandíbula cuadrada, quien me saludó con un «hola cariño. De nuevo en tu tierra y espero que para bien, ¿no?».

—¿Quién es usted? —le pregunté, la mandíbula me dolía mientras hablaba, y mi estómago igual.

—Soy el sargento Homer, cariño, y tú eres mi primer tarado del día, ¿verdad?

—¿Es preciso que me llame «cariño»?

—¿No es lo correcto?

—Sí lo es, claro. Soy su primer tarado. Pero me duele al hablarle —supliqué—, así que váyase y vuelva cuando no me duela tanto.

—No te duele tanto, cariño. Te han inflado la mandíbula, no te la han roto. En realidad no hay nada roto en ti excepto tu orgullo pues te han metido la cara en la mierda, que es donde te he encontrado yo. ¿Te encuentras mejor ahora?

—Sé quién soy, al menos.

—Dímelo.

—¿Por qué no se marcha y me deja solo? —suspiré—. Vuelva más tarde y le contaré todo. Incluso le diré la buenaaventura si lo quiere.

La cara, con su gran y maciza mandíbula cuadrada, ocupaba la mitad de mi área de visión y pareció dividirse al sonreír burlescamente. El oficial Homer me dijo: «Unos grasientos^[6] te han apalizado, cariño. No querrás que ahora te zurren unos bien alimentados muchachos americanos, ¿verdad?».

—Muy bien. Pero deje de llamarme cariño.

—Dime tu nombre y te llamaré por él. ¿Correcto, cariño?

—Alan Macklin.

—Alan Macklin. Ok, chico, ya no te llamaré cariño. Basta de burla. ¿De dónde eres, Alan?

—Los Angeles.

—¿Y qué hacías yendo por las casas de putas y haciendo tantas preguntas sobre esa tal Sylvia?

—¿Quién se lo ha dicho? —murmuré: mi cabeza me dolía más a cada nueva palabra que profería.

—¿Quién crees que somos, Alan? ¿Simios? ¿Idiotas? ¿No podemos hacer preguntas? ¿Nadie nos sopla nada?

—De acuerdo. Estaba intentando encontrar a una Sylvia.

—¿Sylvia qué?

—Sylvia Karoki.

—¿Karoki? ¿Qué demonios es eso? ¿Un nombre judío? ¿Japonés?

—Húngaro, supongo. Mire Homer —le pedí de nuevo—. No puedo hablar. La cabeza me duele mucho. Me siento como si me fuera a morir. Si se ha propuesto golpearme supongo que lo hará.

—Pobre cariño —sonrió el de la mandíbula cuadrada—. Pobre cariño. Pídeme que cuando te recuperes de la resaca vayamos juntos a vaciar una botella juntos. Los dos solos, en una tranquila noche. Sé de cosas que se podrían hacer...

Cerré los ojos.

—Así que estás intentando buscar a Sylvia. ¿Por qué?

—Porque alguien me lo ha encargado. Es un trabajo. Soy investigador privado.

—¡Oh! ¿Eres un poli privado, Alan? Y yo que pensaba que te pirraba hablar con las putas y ser zurrado.

El uniforme de cuero y botones brillantes flotaba ante mis ojos. La voz continuó:

—Aún lo pienso.

—Mire en mi cartera.

—No tienes cartera, nene. Te han saqueado. No tienes más que una camisa, unos pantalones y alguna prenda interior. Me gustan las prendas interiores de nylon.

—Pregunte al teniente Abbey de El Paso. Pregúntele.

El dolor empezaba a remitir y me sobrevino esa extraña y maravillosa euforia que a veces precede a la inconsciencia. Si me hubiese estado muriendo hubiera sido un alivio. No me hubiese importado por cuanto que me podría así quitar de encima al agente Homer. Fui perdiendo la conciencia mientras escuchaba la vibrante voz de Homer, que me recordaba:

—Pecos 4-6000, ese es el número, cariño. Te enseñaré numeritos que harán que veas el fútbol como un juego para bebés. Acurrúcate y ponte bien, nene.

Permanecí otro día en el hospital, y a la mañana siguiente me dejaron libre, me dieron un cheque para que comprara un medicamento y me pagaron un taxi para que volviera al hotel. En el hotel saqué más dinero, comí un bistec con patatas, bebí dos vasos de cerveza y subí a mi habitación a fumarme un cigarrillo y a descansar, a ver si el dolor de estómago remitía. La cabeza me había dejado de doler. Las heridas se estaban curando, así como mis manos. Pero lo que se suelen llamar «pequeños daños internos» hacían que me retorciere de dolor cuando respiraba hondo, me inclinaba, me movía con rapidez o trataba de digerir algún alimento. La comida del hospital me entró bien, pero el bistec me hizo retorcer de dolor durante horas. El enfermero del hospital me había dicho que precisaba de una semana para curarme del todo, pero cuando intenté deslizar la navaja por los golpes y cortes de mi cara me pregunté si ya nunca podría afeitarme como antes.

Tras afeitarme y darme un baño caliente, traté de dormir un par de horas. Pero el teléfono me despertó. Era el teniente Abbey, el policía con quien había tratado, que me requirió que fuera a la Jefatura a verle.

Abbey era un caso típico de policía que se deja de preocupaciones y vive la vida. Tendría cuarenta años, con un rostro rudo que no revelaba nada y una actitud que aparentaba una total disociación con la humanidad. Me habló de forma indiferente, sin gusto ni disgusto. Tras hacerme sentar ante su mesa me entregó mi cartera y me preguntó si era mía.

—Sí, es mía —moví afirmativamente la cabeza mientras comprobaba el contenido. Estaba todo excepto el dinero.

—¿Cuánto dinero?

Le dije que unos trescientos dólares más o menos.

—¿Lleva siempre tanto dinero?

—Cuando lo puedo llevar.

—Bien, un anciano mejicano, Tony Sandoz, nos la trajo.

—¿Dijo dónde la encontró?

—En la calle. Qué iba a decir, ¿que su suegra se la entregó tras darle a usted una paliza?

—De acuerdo. Dele las gracias —dije poniéndome la cartera en el bolsillo.

—Seguro. Es un servicio que nos hace. Mire, Macklin, gente como Sandoz coopera con nosotros porque recibe dinero. Espera una recompensa. Es natural.

—Claro, es natural —confirmé yo—. ¿Y cuánto ha de ser?

—Cincuenta grandes.

—¿Qué?

—Cincuenta. ¿Hablo claro?

—Sí, habla claro. He pagado cien por consultar los archivos, tres cientos más de hospital por el privilegio de haber merodeado por los burdeles de Juárez, y ahora

debo pagar otros cincuenta.

—Desgrávelo de los impuestos. Es deducible —dijo.

—Mucho por nada. Nadie en esta ciudad sabe cuándo parar, ¿no?

—Tal vez usted no pueda, Macklin. Nadie le ha invitado a venir aquí. Nadie me produce más molestias en el culo que los polis privados. Váyase a olfatear sus sucios asuntos lejos de aquí. Recorra los burdeles de su propia ciudad. Ha recuperado su cartera, ha recuperado sus papeles. Tal vez prefiera ahora regresar a Los Angeles a que le arreglen los dientes que le han roto.

Le di cincuenta dólares y abandoné el lugar. Estaba hasta el moño de la hospitalidad del suroeste. Había estado en El Paso ocho días y no había sacado nada, absolutamente nada de los archivos policiales, de las bibliotecas, de los viejos periódicos, nada, ni la menor pista de que alguna vez alguien que se llamaba Sylvia Karoki hubiera andado por aquí.

3

Permanecí en El Paso porque, aparte de volver a Pittsburgh a indagar de nuevo, nada podía hacer excepto marchar e ir a ver a Frederick Summers. Pero esto era algo que no podía hacer por razones que se me evidenciaron más tarde. Hacía demasiado calor para deambular por las calles a pie y aún tenía dolor de cabeza. Alquilé un coche por once dólares al día —lo cual consideré un gasto justificable—, para así ver mejor la ciudad y sus alrededores. Si los resultados habían sido pobres, al menor podría vislumbrar matices diversos del lugar y hablar con alguien más que con polis y chulos. Conduje pasando junto a ranchos, pozos de petróleo y chozas mejicanas, y quise comer algo, pero perdí de pronto el apetito antes de haber comido nada cuando en un lugar junto a la carretera leí: «No se admiten perros, negros ni mejicanos». Seguí hasta el Río Grande para ver el algodón creciendo en los bordes del agua fangosa y, días más tarde, cuando los dolores de cabeza hubieron remitido y los restantes dolores también, fui a la Sierra de Cristo Rey, donde el gran Jesús de Urbico Soler domina lo alto de la montaña.

A tres millas de El Paso, el monte Cristo Rey es un lugar solitario y si te hallas solo se te advierte no intentes el ascenso de dos horas hasta la cima, en donde se halla la gigantesca estatua. Me dirigí allí muy temprano por la mañana y no había nadie excepto un niño mejicano de doce o trece años sentado en una roca a la sombra y que se escarbaba los dientes de modo grave y pensativo. Tenía la dentadura blanquísima de los jóvenes mejicanos, una actitud serena extraña para su edad, un rostro muy bien parecido y una mata de pelo negro levantada con un firme tupé. Llevaba unos ajados y remendados *jeans* azules, una camisa de mangas cortas sorprendentemente limpia e iba sin zapatos. Me saludó.

—Buenos días, señor. ¿Quiere subir al Cristo?

—Me han dicho que no lo haga a solas si no quiero que me rompan la cabeza durante el ascenso.

—Si sube conmigo no estará a solas.

—¡Ah!

—Mi nombre es Pancho —Frank en inglés—. Pancho Guzmán. Me llamaron así por Pancho Villa, en paz descanse. No le ofende, ¿verdad?

—No.

—Bien. Nos vamos a entender. Conozco a todos los bandidos, degolladores y ladrones que se pueden encontrar en las catorce estaciones que hay hasta llegar al Cristo.

—¿Tienes televisión? —Sonreí.

—¿Lo dice por cómo hablo? Otros turistas me lo han dicho. Sí, imito. Somos muy pobres para tener televisión, pero el amigo de mi abuela tiene un aparato que ganó en una lotería. Veo los programas de gánsteres porque la abuela creció en el Viejo Rancho Running Bar cuando su padre era vaquero allí, y dice que los *westerns* de la

tele son mentira y absurdos. Por eso solo ve los programas de gánsteres, principalmente si salen detectives. Le costará un dólar.

Le entregué el dólar y le pregunté el porqué de las catorce estaciones.

—¿No es usted católico, señor? —me preguntó con brusquedad.

—No.

—Ya veo. ¿Cristiano?

—Es asunto personal y no quiero entrar en eso, ¿te importa?

—Yo tengo una mente abierta. No soy estrecho de miras como muchos. En Durango, que es de donde procede mi padre, dice él que hay cantidad de indios que ni siquiera son cristianos y son tan felices como nosotros, pero cuando afirma esto se inicia una discusión con mi madre, que es una muy buena cristiana. En cuanto a mí, no soy cerrado. Me manejo muy bien entre todo tipo de gente, señor. Le diré que en nuestra fe hay catorce estaciones en la Pasión de Nuestro Señor, desde la casa de Poncio Pilatos hasta la montaña del Calvario. ¿Ha oído hablar de ello? ¿Lo sabe? —me preguntó con paciencia.

—Sí, lo sé.

—Mientras subimos la montaña hasta el gran Cristo, señor, encontraremos catorce lugares para descansar, cada uno con una cruz. Pues bien: a eso se llama estaciones.

Iniciamos el ascenso. Mientras subíamos la montaña, yendo de cruz en cruz en la maravillosa y tranquila mañana, Pancho Guzmán me habló de Urbici Soler, informándome de que era uno de los escultores que había trabajado en el Gran Cristo de los Andes; y también de que José Arturbi iba a torear ese domingo en la Plaza de Toros, aunque se le desperdiciaba pues le ponían toros pequeños y flojos; y, asimismo, me informó sobre la manera de evitar ser engañado en el mercado, sobre si era preferible ser un mejicano del Norte o del Sur de Río Grande, y sobre el interés de muchos programas de televisión y películas. También me dijo que esperaba ganar más de cien dólares antes de que la escuela abriera, que había pagado siete dólares participando en una pelea de gallos y que había ganado once dólares apostando sobre cuando matarían al toro en la corrida.

Trepamos entre las desnudas rocas y los ocasionales mezquites sin encontrarnos a nadie y, dos horas después de haber empezado a subir, llegamos a la cima, en donde el viento azotaba la gran estatua del Cristo con su mejicano rostro paciente y dolorido. Desde aquí se veía El Paso, Juárez, Fort Bliss y su aeropuerto, la cinta marrón del Río Grande, los verdes campos de algodón y las, ora marrones, ora blancas, montañas que relumbraban con el fuego del sol matinal. En un avión uno se aleja de la tierra, pero en la cima de un monte nos hallamos sostenidos por la tierra, somos parte de ella, estamos sobre de ella. Y de ello surge un sentimiento de paz y plenitud incomparable. Dejé que la paz deviniera parte de mí, una paz desesperadamente anhelada, y cavilé lo natural de que en tiempos antiguos los hombres hicieran de las cimas de las montañas la residencia de sus dioses, edificaran

allí sus altares y ofrecieran sus sacrificios.

Me senté en una roca junto a Pancho, que me miró con interés y me preguntó al poco rato si me molestaría responder a la pregunta de por qué había hecho el largo y duro esfuerzo de subir hasta aquí arriba.

—¿Por qué ha de molestarme?

—Los tejanos son a veces susceptibles.

—No soy tejano —le dije al niño—. Soy de Los Angeles.

—Ya —el modo en que lo dijo demostraba que no veía diferencia. No veía que ser californiano fuese mejor, pero me miró seriamente con sus negros ojos—. ¿Está usted angustiado, tal vez?

—Muy interesante charla —afirmé con la cabeza—. ¿Eres también terapeuta?

Me preguntó qué era ser terapeuta y, cuando se lo expliqué, me dijo:

—Me gusta esa palabra y la recordaré. Nunca olvido una palabra inglesa. Sin embargo, señor, debo decirle algo. A veces puedo ayudar mucho: conozco El Paso y Juárez al dedillo.

—Seguro que sí. Y si yo quisiera encontrar a alguien en El Paso, ¿cómo debería hacerlo, Pancho?

Sus ojos contemplaron la vista que se extendía a nuestros pies y, de pronto, envidié a ese pequeño mejicano cuyos recuerdos de niñez estarían teñidos de estos impresionantes paisajes. Me miró entonces con astucia y me dijo:

—¿A quién quiere encontrar, señor?

—A una mujer.

—¡Ah! ¿Está enamorado, señor?

—Algún día —le dije— alguien te pondrá de espaldas sobre sus rodillas y te zurrará por hacer estas preguntas.

—¡Ja! Que lo intente, señor. Tengo amigos en estas montañas. ¿Ha dicho zurrar? Ellos saben de eso y mucho. ¿Ha ido a la policía?

Afirmé con la cabeza.

—¿Ha mirado en el listín telefónico?

Sonreí.

—Se sorprendería de lo poco lista que es la gente aunque se crea que lo es mucho. En esta ciudad la policía, los curas y los chulos saben mucho de la gente. Ahora bien, los chulos mienten, la policía, usted ya sabe, y los curas mantienen la boca cerrada. Yo creo que quien busca a alguien aquí se mete en muchos problemas. En Juárez hay siempre tejanos buscando a gente. Creo que es una costumbre anglosajona.

—¿Hay muchos curas en El Paso y Juárez?

—Por supuesto.

—¿Conoces a algunos?

El chico se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decirle sobre los curas? Usted no es católico, así que no puede entenderles demasiado. Le diré simplemente que, como ocurre con la demás gente,

hay todo tipo de curas. —Añadió, entonces—: Pero todos mantienen la boca cerrada.

—Pancho —le dije con mucha seriedad—. Dime algo. Supón que un católico se está muriendo y quiere que le absuelvan de sus pecados. Digamos que es alguien muy pecador, un tipo de baja ralea, un ladrón de poca monta, un desecho social, un criminal o algo peor que todo eso. Y no sé qué clase de pecador sería un cura que fuese todo ello a la vez.

—Un pecador muy grande —el chico afirmó con la cabeza, mientras sus ojos me miraban con mucho interés.

—Pues bien, este cura que te digo ha sido todo eso. Si se estuviera muriendo, ¿a qué sacerdote podría llamar para que le suministrara los sacramentos?

Era el disparo más al azar de toda mi vida e hizo que el chico sonriera burlón, no sé si por la pregunta o por las afirmaciones religiosas. Sentí que se reía de mí en su interior aunque no lo denotara. Saqué otro dólar de mi bolsillo y se lo puse sobre la rodilla. Él lo tomó, le dio la vuelta, lo dobló y se lo puso en el bolsillo.

—¿En Juárez o en El Paso? —preguntó.

—En ambos.

—¿Murió en los dos sitios, señor?

—No —le expliqué con seriedad.

—Si tal hombre hubiera muerto en El Paso, tal vez llamarían al capellán de la policía o irían a la iglesia católica más cercana, o tal vez le dejarían morir sin más, ¿quién sabe? Pero en Juárez, si un hombre así se muere, buscarían al padre González.

—¿Por qué?

—¡Ah! ¿Cómo se lo podría explicar? El padre González es un cura muy pobre para gente pobre. Tiene mucha paciencia. Dicen que en su juventud fue un pecador. He oído habladurías. Pero es muy especial en esas cosas. Es, ¿cómo lo dicen ustedes?, sumamente comprensivo. Es un cura de la vieja misión de calle Chihuahua. Un lugar muy poco frecuentado. Ni los turistas van allá. Pero podría tener interés exponerle su problema.

—Sí, podría tener interés —admití.

Un roble había sobrevivido y crecido hasta alcanzar un considerable tamaño, arrojando su moteada sombra sobre el patio delantero. El sol de la tarde teñía el tronco de color blanquinegro. Era un árbol viejo, paciente, con profundas raíces. A su pie, el suelo aparecía amarillo y sin una brizna de hierba y los muros de la misión eran de similar, áspero color mostaza. Me senté en un banco de madera, de espaldas al muro de la misión, y escuché el canto de Vísperas a través de la puerta abierta. Era un lugar fresco y tranquilo para sentarse. El banco estaba hecho a mano, una gruesa tabla de madera de tres pulgadas de grosor y cerca de siete pies de largo con cuatro patas clavadas y con la pátina del abundante uso manifestándose en su superficie. Al tacto se presentaba fresca y suave.

Finalizaron las Vísperas y un cura salió y se quedó junto a la puerta mientras doce personas pasaron junto a él. Eran peones viejos, indios, encorvados y cansados por el trabajo diario, hombres y mujeres. El cura miró a cada uno con ternura y seriedad. También era indio, con una ancha cara cobriza surcada intensamente de laberínticas arrugas. Enfundado en una larga sotana negra sin forma, su edad podía ser de cincuenta a cien años: no había forma de saberlo.

Normalmente no tengo mucho aprecio a curas o clérigos, pero este hombre en concreto tenía tal aire de humildad y compasión que me hizo suspender cualquier juicio respecto a él. Cuando los feligreses marcharon, vino hacia mí, movió la cabeza afirmativamente y me dijo con leve acento hispano:

—Soy el padre González. ¿Me está usted esperando?

Me levanté y repliqué que, en efecto, le estaba esperando. Le di mi nombre y nos estrechamos la mano. La suya era áspera y muy fuerte. Se sentó en el banco y me indicó que yo lo hiciera a su lado. Durante cinco minutos permanecimos sentados en silencio. Esperaba que él hablase y cuando lo hizo, dijo:

—Este viejo árbol, señor Macklin, es un roble vivo.

—Lo sé. Un buen árbol.

—Creo que nos da cierta distinción. No es que pretendamos que esta vieja iglesia sea otra cosa de lo que realmente es, un pequeño edificio de adobe que ya ha conocido sus mejores días. Pero los tres árboles le dan carácter y los rayos del sol refuerzan sus paredes mejor que lo haría ninguna reparación. No es de mi religión, ¿verdad señor Macklin?

—No.

—Y no aprueba usted mi religión, ¿verdad?

—¿De qué lo deduce?

—De su actitud hacia mí. Parece suspicaz. «¿Quién será este viejo cura mejicano?», se estará preguntando. Intente suspender el juicio. Yo también lo hago, señor Macklin. A medida que me hago viejo mi talento para juzgar va menguando.

—Lo siento —dije—. Lo último que querría en este mundo es ofenderle.

—¡Ah! —El anciano sonrió; porque era muy anciano, ahora no lo dudé: cuando sonreía la ancha cara india perdía toda su amarga memoria—. ¿Le he dicho que me ofendía, señor? No, no. Debe ser que charlo más de lo preciso en un viejo, pero véalo de otro modo. No tengo tiempo para intentar una aproximación y conocer otra alma humana y puede que haya olvidado que en su país todo hombre levanta un muro a su alrededor. Cuando veo a alguien trato de encontrarle y, ¿sabe, señor Macklin?, me agrada que alguien como usted venga a mí. Por la razón que sea. Estamos a apenas una milla de la frontera de su país pero a la vez hay una enorme distancia entre nosotros.

—Sí, supongo que la hay —dije—. No me pregunta usted por qué he venido a verle, padre González.

—Dígame cuando le apetezca. Por hoy he acabado mi actividad. ¿O tiene usted poco tiempo?

—No tengo nada que hacer.

—Bien. ¿Ha comido usted?

—No, Pero no tengo hambre.

—¿Cómo le puede decir eso a un pobre como yo? Pienso que el hambre es como la gracia; nunca debemos carecer de un poco de ella. Vivo aquí solo pero tengo una olla con judías pardas en el fuego y unas tortillas que ahora voy a buscar. También tengo cerveza fresca. Si a usted no le importa comer comida mejicana sencilla, claro.

—Estaré complacido y honrado.

Se levantó y dijo:

—Entonces vayamos a por las tortillas. ¿Prefiere esperar aquí o quiere acompañarme? Podremos hablar mientras comemos y también después.

Fui con él y bajamos a la calle en donde, al estilo antiguo mejicano, solo habían tapias con puertas pero no con ventanas. Penetramos por una de esas puertas hasta una desnuda y pobre estancia con una cama, una silla y un tronco de árbol en un pequeño patio trasero. Allí, una menuda y ajada mujer india se hallaba arrodillada ante un horno bajo que consistía en una lámina de metal sostenida por unas piedras. Un fuego de carbón ardía bajo la lámina. Cuando entramos, la mujer volvió la cabeza para mirarnos; movió la cabeza y le dijo algo en español al cura. Este sonrió y respondió en español.

—Ya ve: cada vez las tortillas se hacen menos de este modo, señor Macklin. Ahora se hacen con máquinas. Pero nunca tendrán el gusto, aroma ni delicadeza de estas. Este es el antiguo pan de Méjico, el pan de la gente de Méjico durante incontables generaciones, antes de que los españoles llegaran aquí. Por eso tiene un poco de cosa sagrada —dijo esto como excusándose— en el sentido de que todo pan es un poco sagrado. Tal vez le sorprenda que llame a esto pan. Pero usted sabe, al principio toda la gente de la tierra hacía el pan de este modo, al modo de pasteles planos: en Europa, en el Medio Oriente, y en Asia y África también. Así que ya ve que la gente de la tierra tenemos algo profundo en común. El pan humano es muy

profundo y muy verdadero.

Miré al anciano y algo en mi cara debió hacerle dudar de si tomaba en serio cuanto decía. Creo que se sintió un poco herido, como si hubiese traicionado alguna confianza o me hubiera juzgado mal.

—¡Oh, no! —dije—. Claro que creo lo que dice. Sepa que yo estudié para profesor de historia antigua.

—¿Es usted ahora profesor, señor Macklin?

—No. Soy detective privado.

—¡Ah! Entonces debe ser un detective privado poco común, ¿no?

—Del mismo modo que es usted un cura poco común.

Se encogió de hombros y rio. Las tortillas estaban ya listas. La mujer las envolvió en un pedazo de papel y el cura le pagó. Volvimos a la misión, que no era sino un recinto cuadrado casi sin adornos: la iglesia católica más sencilla que nunca había visto: un altar, un crucifijo, un confesionario y algún otro elemento ritual, bancos de tosca madera sobre un suelo de ladrillo que habían pulimentado los pies de generaciones de peones. En la parte de atrás de la iglesia estaba la habitación del cura: un catre, dos sillas, una mesa y un hogar de arcilla, sobre el que las judías se calentaban sobre unos rescoldos. Me senté en una de las sillas mientras el anciano ponía las tortillas en un plato de arcilla cerca de las judías. Tomó entonces dos cebollas de una caja en un rincón, las peló y dividió en pedazos en un plato. Esperaba que yo no tuviese nada que objetar a esas cebollas crudas, que eran muy buenas acompañando a las judías. Le dije que me gustaban las cebollas y ello le complació mucho. Tenía una infantil reacción de placer ante las cosas simples y sin importancia. Puso sobre la mesa los platos de arcilla marrón y los jarros, salió por la puerta trasera de la misión y regresó momentos más tarde con dos botellas de cerveza, explicando que las mantenía frescas en el pozo, para disfrute de sus ocasionales huéspedes.

—Tortillas, judías, cebollas y cerveza: esta es la comida de mi gente, aunque la cerveza se reserva para los días santos. Es comida muy sencilla pero también muy buena. ¿No lo cree así, señor Macklin?

No había puesto cubiertos en la mesa, así que seguí su ejemplo y tomé las judías usando el pan caliente como cuchara a la vez que una rodaja de cebolla y, para que todo ello bajara, un trago de cerveza. Había comido judías y tortillas en Los Angeles, pero no como estas, y la cerveza era fría y de color claro. Se me abrió el apetito y comí ávidamente hasta que las tortillas desaparecieron y mi estómago se sintió saciado y a gusto, y yo mismo revestido, por fin, de un poco de paz. Mientras comimos intercambiamos pocas palabras, pero cuando la cerveza y la comida se acabaron, el anciano me dijo, sonriendo, para que no viera aspereza en sus palabras:

—Bien, señor Macklin, ¿qué piensa ahora? ¿Que soy un viejo farsante con una bodega llena de pollos bien alimentados y buen vino, pero que a los turistas les brindo esta sencilla comida mejicana?

Admití que tal pensamiento me había pasado por la cabeza.

—¿Por qué nuestra iglesia es rica y poderosa? —me preguntó—. ¿Porque estamos llenos de diabólicas supersticiones y adoramos ídolos y propagamos mentiras como las del infierno y el purgatorio?

—No soy anticatólico —dije—. No me meto con la religión ni quiero que ella se meta conmigo —el cura asintió con la cabeza pero sin rencor—. He venido aquí porque he oído cosas buenas de usted.

—¿Y quién le ha dicho esas cosas buenas, señor Macklin?

—Un niño que conocí en el monte Cristo Rey. Su nombre es Pancho.

—Sí, sí. ¿Y qué cosas buenas le dijo?, ¿lo puedo saber?

—Por supuesto. Dijo que cuando aquí, en Juárez, un hombre malvado agoniza, un hombre sin redención posible, si aún se está a tiempo, le llaman a usted.

Una lenta sonrisa apareció de nuevo en la cara del anciano. Pero esta vez era contemplativa y llena de reminiscencias. Me preguntó por qué yo consideraba eso como cosas buenas referidas a él.

—Porque debe usted querer a la gente mucho para dar ese tipo de alivio.

—O, mejor, conocerla, señor Macklin. ¿Ha pensado alguna vez lo duro que es para un hombre bueno tratar con el diablo?

Le repliqué que no lo había pensado y ni siquiera sabía a ciencia cierta qué era un «hombre bueno».

—Uno que no ha sido tentado, señor Macklin.

—Estoy sorprendido. No veo las cosas de ese modo.

—No, usted no —asintió—. ¿Qué edad cree que tengo, señor Macklin?

Sacudí la cabeza y, mientras él esperaba, calculé que quizá tuviera sesenta y ocho o setenta años. Su sonrisa fue ahora rápida y traviesa, como de niño que engaña a un adulto.

—Ochenta y ocho, señor Macklin —dijo—. Ochenta y ocho años contemplando las pequeñas alegrías y pesares de esta tierra. Nací en 1870, señor Macklin, a menos de treinta millas de aquí, en la vieja Hacienda Grande. Mi padre era uno de los trescientos peones que pertenecían al señor Cortez, el dueño de la hacienda. Yo fui uno de los once niños, uno de los tres que sobrevivieron a la primera década de vida. Y nunca, entre mi nacimiento y su entierro, vi a mi padre ni a mi madre sonreír. Mi madre murió cuando yo tenía seis. Me marché y atravesé el río y fui ayudante de un vendedor ambulante de dulces, y luego vaquero en el Rancho Triángulo en Guadalupe. Luego me peleé con un *cowboy* que me insultó a mí y a mi gente y, cuando sacó la pistola, le maté con mi cuchillo. Por esa época aprendí a usar la pistola y, a mis diecinueve años, había ya matado a cinco hombres que no creían que un mejicano pudiese llevar y usar un arma. Fui, pues, un fuera de la ley, con una recompensa de mil dólares. Debí esconderme entre aquí y Santa Fe y, luego, en California. Fui vaquero de vez en cuando aunque siempre fanfarroneando y jactándome y también con el arma dispuesta, con odio hacia todo y sirviéndome de las mujeres para alimentar mi autoestima y de la pistola para mantenerla. ¿Se extraña

que siendo un cura pueda hablarle de todo esto? Pues bien, señor Macklin, es porque conozco y tengo mucha experiencia del mal, porque rompí toda ley humana y divina y, por ese motivo, no juzgo. Me digo a mí mismo que si se me ha permitido permanecer tanto tiempo en este mundo es porque tengo trabajo que hacer. Tal vez estoy muy preparado para escuchar las confesiones de los hombres malos, aunque muchos no son malos, solo gente perdida y llena de frustración y odio hacia sí misma. ¿Conoce a alguien así, señor Macklin? ¿Ha venido a mí porque piensa que pude haberle dado la absolución cuando estaba a punto de morir?

—¿También lee el pensamiento? —musité, pero él sacudió la cabeza y sonrió con melancolía, contestando:

—No, no. ¿Por qué otro motivo podría usted venir a verme? Soy un hombre muy viejo a quien la Iglesia permite seguir haciendo su trabajo, tal vez porque nadie más aceptaría venir a esta pobre misión ¿Por qué otro motivo podría usted venir a verme, señor Macklin?

—Lo siento.

—¿Por qué, señor Macklin? ¿Por el error de creerme un hombre bueno? No es un error tan grave. Pronto iré a donde sopesarán mis muchos pecados en contraste con mis pocas virtudes. ¿Dañará el orgullo del señor Macklin el que se le recuerde allá arriba? —Su sonrisa se volvió de nuevo traviesa—. Pero, por supuesto, un civilizado norteamericano como usted no cree en absurdos como el cielo o el infierno. No, lamento ironizar, pero esto también es un signo de consideración. Si me atrevo a bromear con alguien, especialmente si es un gringo, es porque ese hombre me ha llegado al corazón. Y ahora, dígame: ¿Por qué ha venido a verme?

Le hablé. Le dije que era un infeliz detective con mucha imaginación. Había pensado que un delincuente juvenil de Pittsburg que vivía de los cepillos de la iglesia y se llamaba Peter el Cura podía haber venido a El Paso. Pero ya que no parecía haber rastro policial alguno, ¿era mucho imaginar que estuviera metido en algo en Juárez?

—No un detective tan infeliz, señor Macklin, porque, ¿no es acaso verdad que todos buscamos lo que hay escondido en nuestra parte del mundo? Y ¿quién hace nada sin sueños ni fantasías ni desesperadas especulaciones? ¿Cuándo ocurrió eso de que me habla?

—Diez u once años atrás.

—¿Y de dónde saca que ese hombre, Peter el Cura, puede haber muerto en Juárez?

—La verdad es —dije— que ni siquiera estoy seguro de que haya estado nunca en Juárez o El Paso. Trabajo con la suposición de que en El Paso un hombre así podría haber tenido problemas con la policía. Pero no ha resultado ser así. Y bien, entonces: o nunca estuvo ahí o se vino a Juárez. Y, si no murió en Juárez, ¿por qué no volvió a El Paso? Todo esto, claro, son suposiciones muy aventuradas.

—¿Ha ido a la policía de Juárez?

—He ido. Pero le hablo de hace muchos años y la policía no guarda el tipo de información que llamamos MO, detalles sobre costumbres de un delincuente. Está el problema del nombre. Cuál era su nombre real, no lo sé.

—Pues yo sí que lo sé, señor Macklin —dijo el anciano con tranquilidad.

—¿Qué?

—Que sé cómo se llamaba ese a quien usted llama Peter el Cura. Está enterrado en el cementerio de detrás de mi iglesia. Luego, si usted lo desea, le llevaré a su tumba. Pero entretanto, ¿quiere oír la historia de cómo acabó enterrado aquí?

No encontré palabras. Solo pude asentir con la cabeza.

—Entonces, venga conmigo al banco donde hemos estado antes, enfrente de la misión —me pidió el anciano—. El sol se está poniendo, y es agradable estar ahí sentado.

Una década antes, el cura se sentó en el mismo sitio, descansando el cuerpo, aliviando la fatiga de la edad y tal vez buscando en sus numerosos recuerdos respuestas a preguntas que no podían ser contestadas ni siquiera por un cura. Sus ojos miraban al suelo amarillento. Cuando los levantó, la chica estaba bajo el árbol. Se hallaba dentro de una mancha de sol, con su abundante cabello negro cayéndole sobre los hombros. ¿Cómo vestía? El cura apenas lo podía recordar, pero era un sencillo vestido que llevaba suelto. Las piernas desnudas y los brazos desnudos. Sandalias mejicanas, del tipo que se hacen en el sur, en Oaxaca, y vendidas en la frontera a los turistas. Ni rastro de maquillaje, solo un rostro, anguloso y curtido por el sol, que no precisaba de pintura. ¿Qué edad tendría? Dieciséis, tal vez diecisiete. Le llamó la atención el modo en que permanecía de pie, muy recta, relajada, como las indias del sur que llevaban los fardos en la mano. Tuvo una ligera idea de que podía ser mejicana, pero era alta, más alta que las chicas mejicanas.

—¿Su nombre era Sylvia? —le pregunté al anciano.

—Sí, señor Macklin.

—¿Sylvia Karoki?

—Creo que ese era su apellido, pero hace mucho tiempo y puedo estar equivocado.

—Pero no respecto al nombre, Sylvia.

—No, no, señor Macklin. Su nombre era Sylvia.

—Necesito ayuda. Por favor.

Su español tenía un fuerte acento pero era comprensible, del tipo que se capta rápido al oírlo si se tiene oído para ello. El anciano le dijo:

—Por favor, habla inglés, querida. Comprendo bien el inglés.

—¿Es usted el padre González? —dijo acercándose.

—Sí, soy el padre González.

—¿Quiere ayudarme, por favor?

—Si es que puedo, niña. Ven, siéntate aquí y dime lo que te preocupa.

Se sentó en el banco, en el extremo opuesto a donde estaba el cura, pero sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Es usted sacerdote?

—Sí, por supuesto. ¿Eres católica, chica?

Sacudió la cabeza con pesar.

—No. No tengo religión. Pero en la morgue hay un católico que ha fallecido. Ha muerto sin gracia ni absolución.

—¿Quién es? ¿Un mejicano?

—No. Americano.

—¿Qué le ha pasado, pequeña?

—Un crimen. Se embarcó en una pelea y dos de los hombres contra los que luchaba utilizaron sus cuchillos contra él.

El cura asintió con la cabeza. Experimentaba compasión por ella y por el muerto, compasión por los viajeros en esos caminos de violencia.

—¿Dices que está muerto?

—Sí.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por él, chiquilla? Ya no puedo confesarle.

—Entiéndalo, Padre, su cuerpo está en la morgue. Le pregunté al capitán de policía que harían con él. Dijo que a desechos como ese los echaban a la fosa común. He venido a usted para ver si puede llevarse el cadáver y enterrarlo en lugar sagrado. Si puede hacer algo por esa pobre alma condenada.

—Pero ¿crees en el alma inmortal?

—¡No! —gritó vivamente—. ¡No creo! ¡Ni en su Dios tampoco, padre! ¡En ningún Dios! Y le digo la verdad.

—Di siempre la verdad —afirmó con la cabeza el cura—. Es lo mejor. Pero si es eso lo que piensas, ¿para qué venir a mí?

—Porque él sí que creía.

—No te entiendo, chiquilla —dijo el anciano—. ¿Eres su viuda?

—¡No!

—¿Le querías, entonces?

—¡Le odiaba!

El anciano extendió sus brazos con desesperación y miró a Sylvia. Aguardó sin decir nada, hasta que, al poco, Sylvia exclamó:

—¡Todos los curas son iguales!

—Es como decir que todos los hombres son iguales —contestó el padre González con amabilidad.

—Le pido ayuda. ¿Qué importa lo que yo sienta?

—Nada, chiquilla.

—Entonces, ¿lo traerá aquí para enterrarlo?

—¿No tenía parientes o amigos?

—Ninguno. Nadie en el mundo, excepto yo.

—Entonces no creo que sea muy difícil que me entreguen el cuerpo para enterrarlo aquí. ¿Cuál es su nombre?

—Frank Paterno.

—Ya veo —el cura se levantó y le tomó la mano—. Vayamos, pues, a hablar con la policía.

En el crepúsculo el cielo era un manto de difuso color rosa. El cura se levantó y me pidió que le siguiera y, sin preguntarle nada, fui tras él al cementerio, donde Frank Paterno (alias Peter el Cura) se hallaba enterrado. Su tumba estaba señalada con una cruz de madera sobre la que estaba su nombre y las fechas del nacimiento y muerte. Miré las palabras y las fechas y me quedé allí, bajo la luz falleciente del crepúsculo, perdido en mis pensamientos y especulaciones. Tras unos pocos minutos hice un movimiento de cabeza al cura y entramos en su habitación, en donde encendió una lámpara de aceite y me invitó a sentarme.

—Si no estoy equivocado, señor Macklin —dijo el cura— no es el hombre sino la mujer por la que está interesado.

—¿Es por este motivo por lo que me ha relatado algo tan desprovisto de sentido y sustancia como lo anterior?

—Bien, señor Macklin, ¿cuánto sentido y sustancia hay en este mundo nuestro? Cuando se es muy joven uno se abraza a la tierra estableciendo una unión que se pretende eterna. Pero con la edad eso empieza a tambalearse un poco, ¿no?, señor Macklin. La unión se vuelve más incierta, menos sólida. Empieza usted a experimentarlo en carne propia, ¿no?, señor Macklin.

—¿Qué tiene que ver esto con lo que hablamos?

—Yo he visto el punto en donde la verdad y la mentira, lo real y lo irreal se nublan y cambian continuamente. ¿Es, acaso, el desvarío de un loco y senil anciano?

—No es usted ningún loco ni un anciano senil, padre González —le dije, mirándole pensativamente—. Es usted un mejicano que habla inglés con toda la autoridad y el vocabulario de un sabio que domina el lenguaje. Es usted el cura de, tal vez, la más pobre iglesia de todo el suroeste y, sin embargo, pienso que es uno de los seres con más mundología que he conocido nunca. Me ha servido una comida de sencillo peón pero con ropaje de Epicuro.

—Entonces, Dios me ayude, necesito hacer mucha penitencia.

—¿Por qué?

—Es usted un hombre inteligente, señor Macklin —suspiró—. Pero yo no tengo secretos. Recuerde que, como muchos compatriotas, aquí en la frontera me crié en dos lenguas. Hablo inglés desde que era niño. Estudié en el seminario del Distrito Federal y luego en Roma, y he vivido mucho, mucho tiempo. Si esta pequeña iglesia es pobre para usted, es en cambio un lugar muy rico para mí, señor Macklin... —Su voz se fue arrastrando.

—¿Aún más rico con el cuerpo de Frank Paterno?

—Tal vez, ¿quién sabe? Solo precisó de unos centímetros bajo el suelo.

—Un ladrón, un chulo, un hombre que vivió suplantando a los clérigos, un desecho...

Me interrumpió.

—¿Quién puede calibrar eso, señor Macklin? ¿Quién mide y sopesa el alma humana en la balanza?

—Es imposible argumentar con un cura —dije—. Tiene eufemismos para todo.

—Usted es alguien razonable, ¿no?, señor Macklin.

—Me gustaría serlo. Me ha dicho algo y no me ha dicho nada. ¿Por qué Sylvia Karoki se preocupaba tanto por el cadáver de alguien que odiaba?

—No puedo decírselo, señor Macklin.

—Querrá decir que no quiere decírmelo.

—Sí.

—¿Por qué?

—¿No queda claro? —me dijo el anciano, con un triste acento en su voz—. Soy un cura. ¿Cómo puedo revelar lo que me dijo alguien que me abrió su corazón?

—¿Y por qué no? No fue una confesión, ¿verdad?

—En cierto sentido, no. No reconocía religión ni creencia. Era una extraña chica o, más bien, mujer, porque ya no era una niña sino una mujer, y eso es por lo que la imagen y el recuerdo suyo me han quedado tan grabados pese a los años.

—¡Una prostituta! ¡Una puta de Juárez!

—Que no es peor que ser una puta en El Paso, señor Macklin, y, piénselo, ¿no somos todos putas en un sentido u otro? Soy bastante viejo, señor Macklin, y usted conoce el mundo lo suficiente para no incurrir en la hipocresía que suele haber en esas cosas. Todos nos vendemos, solo que a algunos el precio lo fija por entero el vendedor. ¿Le resulta extraño lo que digo? Trato de entender a qué llamamos pecado, no limitarme a condenarlo. Esa Sylvia me robó el corazón, ¿le puedo decir por qué?

Asentí con la cabeza.

—Porque estaba llena de orgullo y energía, no del orgullo que proviene de la riqueza o de la familia o del poder o de algo conseguido; en suma, de lo que en español llamamos «soberbia», una palabra que no puede ser en propiedad traducida, y «ánimo», también difícil de traducir y que significan algo entre orgullo, coraje y honor. ¿Cómo se lo podría explicar? Mucho, mucho tiempo atrás, en la hacienda en que vivía de niño, un peón hizo algo, le levantó la mano a un vigilante. Le había replicado con insolencia u otra leve cosa así, y como castigo le ataron a un poste y le azotaron para bajarle los humos. A cada diez latigazos el capataz le miraba a los ojos y le decía: «¿Tienes bastante?». Si hubiera dicho «Sí», el otro habría parado. Pero no lo dijo, así que le azotaron hasta que murió. ¿Entiende lo que estoy intentando decirle?

—Creo que sí —dije.

—Una mujer así la encuentra un hombre una vez muy de tanto en tanto.

—Sí, una vez muy de tanto en tanto.

—Estuvo conmigo —dijo el cura— cinco días. No tenía a donde ir.

—Usted quiso que se quedara.

—Sí, lo quería, señor Macklin. Si hubiese sido un hombre joven, me hubiese

dicho a mí mismo que una mujer como esa era lo más que se le puede pedir a la vida o a la suerte. No me asusta recordar mi juventud y las pasiones que la acompañaron, pero esas pasiones hace mucho tiempo que se han enfriado. Tenía casi ochenta años cuando Sylvia estuvo aquí. Le cedí mi cama y yo dormí en un jergón en la iglesia, sintiéndome como un padre cuyo hijo ha vuelto a él, yo, señor Macklin, que no he tenido hijos naturales.

Tras los rezos matutinos, el tercer día de la estancia de Sylvia aquí, el cura fue a la parte trasera de la iglesia en donde la chica estaba lavando su ropa en el viejo pilón de hierro. Recordaba el flexible cuerpo de la mujer bajo el sol de la mañana, el cabello negro sujeto en la parte posterior de la cabeza, los fuertes brazos morenos hundidos entre las burbujas y las ropas. Nunca entró en la iglesia durante los oficios. Permanecía siempre en el patio o en la habitación. Tras su llegada nunca expresó ninguna especial actitud hacia la religión ni el padre González hizo la menor presión para ello. Le dijo que era muy amable por su parte que lavase su ropa pero que no hacía falta que lo hiciera.

—Usted me da su comida, Padre —dijo ella, incorporándose y echando atrás un mechón de cabello con la mano húmeda.

—No es mi comida, Sylvia. Ninguna comida es mi comida. Donde hay comida, yo como y doy gracias por su buen sabor y por el calor que proporciona a mi estómago. Pero cuando un forastero se sienta a mi mesa, aún soy más feliz si es él quien come.

—¿Por qué hace esto? —preguntó.

—¿Hago el qué, niña?

—Aparecer ante mí como un hombre bueno.

—¿Hago eso, Sylvia? No tenía la intención. Pero si es así, ¿qué mal hay en ello?

—Me ha dicho que mentir es malo.

—¿Y?

—No hay hombres buenos, padre González. Usted es muy viejo. No tiene pasiones. Se le han muerto. ¿Quiere que sea católica mostrándome lo que es un hombre cuando ya no le queda pasión ni sangre alguna?

—No, no es esa mi intención.

—Entonces, ¡déjeme en paz!

—Está bien.

—¡Y no me diga lo feliz que le hace que alguien coma sus alimentos!

—Muy bien, niña, si eso es lo que quieres.

Una hora después fue llorando a rogarle que la perdonara.

—Y sin embargo, me habla usted de todo esto —le dije al padre González.

—Le cuento algo sucedido, no algo que ella me haya confesado. De un modo extraño ella tenía razón. Nos hacemos viejos, señor Macklin, y ¿quién puede afirmar lo que es la virtud y lo que es mero cansancio y saturación? Nunca he logrado reverencia por mi fe, señor Macklin, pero creo que logré cierta confianza y un poco de amor por parte de ella. Era una persona extraña esta Sylvia suya.

—¿Mía?

—Digo suya, señor Macklin, porque pienso que usted la ama; más que eso: pienso que está obsesionado por ella de un modo que no comprendo y que, creo, no quiero comprender. Ella poseía algo similar, una obsesión que excluía al mundo. Hacía las cosas sin placer, solo porque se veía obligada a hacerlas. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Creo que no.

—Vea mis libros, por ejemplo —se levantó y fue a una pequeña estantería en la pared—. Tengo solo unos pocos: los libros de la iglesia, una Biblia en latín, un ejemplar de *El Quijote* en español, uno de *Huckleberry Finn*, un libro que me encanta, un diccionario inglés y español y una versión inglesa de *Guerra y paz*, que he leído muchas veces por la gran sabiduría y paz que extraigo, del mismo modo que hallo regocijo y también sabiduría en el gringo de *Huckleberry Finn*. Sepa que Sylvia leyó ambos libros, *Huckleberry Finn* en una tarde y *Guerra y paz* de una larga tirada y de forma compulsiva. No con placer y tranquilidad sino con la avidez de alguien hambriento a quien se le da comida.

Le había seguido hasta la estantería y examiné el ejemplar de *Guerra y paz* que me dejó ver. Sentí que tenía en las manos un libro que Sylvia había leído y esto me hizo sentir estúpido. Mirándome, dijo:

—Cuando ella se fue, cinco días más tarde, señor Macklin, casi había acabado el libro; no todo, pero sí en su mayor parte.

—¿Por qué piensa que solo permaneció con usted cinco días, padre González? ¿Por qué no acabó de leer el libro?

El anciano movió afirmativamente la cabeza y dijo:

—Ambos con la misma herida, con la misma necesidad de herir. Cuando alguien está lleno de necesidad de amar y de deseo de amor, y el amor solo te trae dolor y pesar, ese alguien se enfrenta de modo virulento al menor signo de calidez y bondad.

—Lo siento.

—¿Qué más puedo hacer por usted, señor Macklin? No puedo contarle las confidencias de Sylvia. Solo puedo decirle que ella devolvió el favor a ese hombre, Frank Paterno, a quien odiaba, porque había hecho algo por ella. Su moral era distinta a la de mi pueblo o mi fe. Era puritana. Creaba su propia moralidad, si quiere verlo así, muy dura y rígida. La vida juega sus bazas respecto a noventa y nueve de cada

cien personas, a las que rompe y deja sin alma; y ellos se inclinan y lo aceptan. ¿Cuánta gente así he conocido? ¡Dios les ayude! Pero siempre hay uno que no quiere ceder ni inclinarse. Lo sé, lo sé, señor Macklin, porque lo recuerdo respecto a mí.

—Tras despedirse ella, ¿la volvió a ver otra vez, padre?

—Un día, otra vez.

Ese día el anciano había permanecido en la iglesia tras las Vísperas. Se hallaba sentado en uno de los bancos de madera, cara al altar, la mente invadida de pensamientos, lleno de luz de sol, de polvo flotante y ecos del pasado, desfilando por su cabeza la gente innumerable que había conocido y cuyas vidas eran parte de este rincón del sudoeste. Se hallaba sentado ahí, perdido en sus reflexiones, no advirtiendo que Sylvia también estaba allí hasta que ella se sentó a su lado, puso la mano sobre la suya y le susurró:

—Buenas tardes, Padre.

—Bienvenida. —Su respuesta fue un susurro también, el clérigo sintió una onda de calor, confort y felicidad. ¿Por qué experimentó esto, se preguntó a sí mismo una y otra vez en los años que siguieron? ¿Qué empezaba a representar Sylvia para él? Me dijo que en algún lugar de su corazón estaba el loco sueño, la esperanza de que ella hubiera regresado para quedarse con él, que tal vez querría vivir aquí, en la pobre desnudez de la misión, y que lo cuidaría en sus últimos años como una hija, pero añadió que ese vuelo de la imaginación fue una fantasía y nada más. Y sin embargo, el placer de que hubiera regresado fue muy grande, incluso a pesar de que ella le dijo:

—Me marcho de aquí, Padre. He venido a despedirme.

—Muy amable por tu parte, hija mía.

—No. Yo no suelo hacer cosas amables. Pero no podía marchar sin despedirme de usted.

—Sí. —Se dio cuenta de que, al igual que ella, se hallaba transido de emoción—. ¿Y a dónde vas? —le preguntó.

—A Nueva York. Me voy esta noche, dentro de unas horas.

Vio que llevaba un nuevo vestido, nuevos zapatos y un bolso. Su cabello aparecía bien lavado y peinado. No le hizo preguntas pero ella tampoco le mintió. Nunca había fingido y él no podía reprocharle nada.

—He conocido a un hombre, Padre, un viajante. Me ha dado algún dinero y me lleva a Nueva York con él. No me es posible seguir aquí.

—No, supongo que no te es posible —dijo el cura asintiendo con la cabeza.

—Pensé en mentirle —dijo Sylvia—. Pensé que sería más fácil inventar alguna historia para resultar menos hiriente. Pero no puedo mentirle a usted.

—Te lo agradezco, niña.

—Quiero darle las gracias por todo.

—No, no es preciso. Solo, solo, dime, niña: ¿qué va a ser de ti? ¿Adónde vas? ¿Qué deseas?

—Usted no necesita nada, padre —respondió—. ¿Cómo puedo hacerle comprender lo que deseo a alguien como usted? Ni siquiera puedo explicarle la intensidad de ese deseo. Con el mucho odio, rabia y frustración que me invaden he llegado a la conclusión de que solo puedo curarlas con todo el oro, la plata y los

diamantes del mundo.

Dijo esto de un modo sencillo, como solo una niña podía haberlo hecho. El anciano clérigo se levantó y se alejó para sumirse en las sombras de la vieja iglesia. No quería que ella le viera los ojos llenos de lágrimas ni tenía, según dio a entender, el coraje de decir nada más en absoluto.

—¿Recuerda qué día fue ese? —le pedí al anciano.

—Hace tanto tiempo, señor Macklin.

—Diez años atrás.

—Eso es mucho tiempo, señor Macklin, incluso para un viejo cuyos días pasan con inusual rapidez.

—Estuvo tres años en El Paso y Juárez; tres años, y usted no me dice nada sobre ello.

—No puedo revelarle algo que se me ha confiado, a menos que se me libere de esa carga, señor Macklin. Soy un pobre cura, ¿quiere usted que me sienta peor aún?

Le miré sin esperanza y me dijo:

—Después de todo, señor Macklin, ¿qué podría decirle? Le he contado lo que era ella cuando nos despedimos. Por lo que usted da a entender, deduzco que está viva. Si usted la ama, señor Macklin, considere el tipo de amor que mide y calibra, como si uno se estuviera comprando un abrigo y quisiera estar seguro de que nadie lo ha usado antes. Sylvia no está en venta para ese tipo de transacción, no, señor Macklin.

—¿Está seguro?

—De pocas cosas lo estoy, señor Macklin. Solo le digo lo que pienso.

—¿Conoce el nombre del individuo que fue con ella a Nueva York? —El cura sacudió la cabeza—. El primer nombre, el apellido, algo sobre él. Si era un vendedor, ¿qué vendía? —De nuevo el cura movió negativamente la cabeza.

—No estoy ni siquiera seguro de si usted está buscando a Sylvia o su pasado, señor Macklin, y yo tengo el principio de no preguntar.

—¿Y el mes en que marchó? —persistí—. Usted recordará el mes, Padre González.

—Sí, eso lo recuerdo. Fue en septiembre del 48. Sí, la primera semana de septiembre y, por supuesto, no era domingo.

Cruzó los brazos y meneó la cabeza.

—Recuerdo muy mal, señor Macklin. Un viernes o un lunes tal vez, pero no lo sé con certeza.

Era tarde y de noche y yo tenía ya que irme a través de las oscuras calles de Juárez en dirección a la frontera. Nos estrechamos la mano y luego él puso la suya sobre mi hombro, diciendo:

—Cada adiós que doy, señor Macklin, es un adiós final; alguien tan viejo como yo lo sabe bien. La gente me gana el corazón con rapidez. Me perdonará si creo que el destino que le ha traído a usted aquí es el mismo que trajo a Sylvia. ¿Puedo darles a ambos mi bendición?

Dije que sí. Por un momento, de algún modo, olvidé que Frederick Summers existía.

Solo anhelaba marchar de El Paso. El termómetro había subido a 45 grados y ahí permanecía. Los dolores de cabeza por la paliza me regresaron de nuevo. Dormí poco o nada y decidí dejar de contar las horas que iban transcurriendo en la oscuridad de mi habitación mientras fumaba cigarrillos o aguardaba a que amaneciera. La ventana daba al este y cinco veces contemplé el glorioso sol del sudoeste levantarse sobre las colinas y desiertos, cansado y triste. Durante las horas diurnas examiné los antiguos archivos del hotel. Soborné a funcionarios, contables y administrativos que usaban trajes caros. Con cierta cantidad de dinero libre de impuestos se logran grandes cosas. Escudriñé las estanterías y analicé cientos de manoseadas fichas de registro. Tenía el año, el mes, la semana, y posiblemente dos de los días posibles: hay gente que ha sido localizada con mucho menos que eso. Hice una especulación geográfica y en base a que un vendedor que vende en El Paso no vende en Nueva York, ubiqué el domicilio de mi desconocido vendedor a unas cincuenta millas de Nueva York aunque podía ser que viviese en la misma ciudad. Pero no hallé nada. En dos de los hoteles los archivos solo conservaban los datos de hasta siete años atrás. Puede que fueran esos los hoteles que buscaba, pero no encontré ni rastro. Tras seis días de búsqueda, recordé algo: Sylvia había venido a ver al cura tras las Vísperas y había, asimismo, venido despedirse de él para ir a El Paso, la misma noche.

Tenía compuesta en mi mente una nebulosa imagen del tal viajante. Un hombre respetable, casado, con familia. Posiblemente con hijos. El registro del hotel lo habría efectuado la empresa para la que debía trabajar; sería, por tanto, un registro de dominio público. Un hombre así se lo piensa dos o tres veces antes de traer a una mujer a su habitación. El individuo sería un tipo cuidadoso, prudente, reflexivo. Habría concluido su negocio, se habría despedido del hotel y hecho sus preparativos para abandonar El Paso antes de consumar el trato con Sylvia. Debía de tratarse de un hombre minucioso y yo también empezaba a serlo. Comprobé registros de autobuses, aviones, trenes de una década atrás. Si había abandonado El Paso en dirección a Nueva York después de las nueve de la noche, tenía que haberlo hecho en coche propio.

Por qué odié a ese tipo de modo tan irracional y malévolo, no lo sé bien. No odiaba a Fiselli ni al viejo Karoki, pero a ese hombre lo odiaba, lo despreciaba, quería hacerle daño. Lo trabajé pedazo a pedazo. Me identifiqué con su avidez respecto a Sylvia estando esta sentada a su lado. No pudo conducir más de dos horas seguidas —serían menos— hasta el primer hotel decente. Alquilé un coche y en la Carretera 80, a menos de media milla de los límites de la ciudad, giré hacia el *parking* de El Rancho. Había sido construido hacía siete años. En la siguiente milla había tres hoteles de nueva construcción y otro de 1947. Lo dirigía el propio dueño, que me ofreció una copa antes de que nos sentáramos a negociar. Quedamos en que le daría cincuenta dólares si no obtenía nada y cien si hallaba lo que buscaba. Dejó que su

mujer se encargara del establecimiento y le llevé en coche a El Paso.

Por el camino me habló de sus contables, Peabody, Cohen y Sandoz. Insistió en el hecho de que, mientras muchos dueños de hotel guardan datos de cinco o siete años, de algún cliente de Peabody, Cohen o Sandoz se guardan los datos el resto de sus vidas. De este modo no podía haber errores ni recuerdos erróneos. Me instruyó en el hecho de que el negocio de los moteles no era como otro tipo de negocios, ni como el mismo negocio de los hoteles, ni siquiera parecido. Era un hombre delgado y pálido, calvo del todo y con una cara larga y estrecha que se movía afirmativamente mientras hablaba. Pasaba constantemente la lengua por los labios: asentía con la cabeza y se humedecía los labios. Exhalaba, además, un fuerte, casi ofensivo olor corporal.

—A nadie le gusta dirigir un hotel de mala fama pero nadie rechista cuando se trata de un motel. Todos tienen mala fama, algunos más, otros menos. Incluso el mío. Sepa esto, jefe, incluso el mío. Me gusta la franqueza. O eres un mentiroso o no lo eres. Yo no lo soy. Por otra parte, ¿qué diablos se puede hacer? ¿Usar el detector de mentiras? Admito huéspedes a las tres de la madrugada. Dos horas más tarde se marchan. ¿Se supone que los debiera retener? Este es un país libre. No se necesita certificado de matrimonio para viajar. Al menos dirijo un lugar decente. Algunos de estos establecimientos han de cambiar las sábanas seis veces al día. Y animan a los chicos a que vengan. Al diablo con eso. Cuando veo a alguno por debajo de los veinte yo les pido el certificado de matrimonio. ¿Está de acuerdo conmigo, señor Macklin?

No dije nada y él continuó hablando, pero al final se calló y quedó tranquilo. En El Paso, en Peabody, Cohen y Sandoz hice preguntas y tuve que mostrar mi licencia y firmar algún tipo de renuncia. También pagué cinco dólares por el tiempo que el empleado estuvo ocupado en el fichero de septiembre de 1948. Me senté a la mesa con los ficheros, mientras el dueño del motel y el empleado me contemplaban; el dueño observaba cada gesto que yo hacía, advirtiéndome con franqueza brutal que no iba a permitirme que encontrara la ficha que buscaba y simulase no haberla encontrado para no tener que pagarle.

—Váyase al infierno —le dije.

—No me puede hablar de ese modo, amigo —me dijo—. Me están entrando ganas de romper el trato.

—Váyase al infierno de nuevo —dije.

Ahí estaba la ficha. El primer lunes de septiembre de 1948:

Señor y Señora. Oscar Stevens

4500 Fort Washington Avenue Philadelphia, Pa.

Se habían registrado a las 10,40 p. m. El coche del señor Stevens llevaba matrícula de Nueva York y jamás se le debió ocurrir que el hotel había tomado cuidadosa nota de sus datos. Stevens no puso toda su atención al suministrar los datos falsos. Hay una Avenida Fort Washington en Nueva York, pero no en Filadelfia. Había comenzado a escribir Stew y luego había

cambiado la w por v y había puesto Stevens. Pensé que Oscar Stevens pudiera bien ser Oscar Stewart pero, en cualquier caso, tenía la matrícula del coche. Pagué los cien dólares y copié la información cuidadosamente. Luego le dije al dueño del motel que se fuera al infierno, pero esta vez lo dulcifiqué con una sonrisa. Él se levantó y me dijo que no tenía derecho a insultarle y tratarle como un perro, y tenía razón. Admití que tenía razón y me disculpé. Cuatro horas después me hallaba en un avión con destino a Nueva York.

Quinta parte

Englewood

1

En 1948, de acuerdo con los registros de la Oficina de Vehículos de Motor de Nueva York, un Oscar Stewart, de cuarenta y un años de edad, uno setenta y cinco de altura y 86 kg de peso, cabello oscuro, ojos azules y piel blanca, había conducido un *Pontiac* de dos puertas. En 1950 compró un nuevo *Pontiac*. En 1952, un *Buick* cuatro puertas se hallaba a su nombre y, en 1955, era propietario de un *Cadillac* y transfirió la matriculación a Nueva Jersey. La Oficina me aportó la información de que un segundo coche, un *Station-Wagon Ford*, estaba registrado a su nombre en 1957. Su dirección de entonces era The Gables, Cliffine Drive, Englewood, New Jersey.

Antes de irse del estado había vivido en dos lugares desde 1948. El primero era la Avenida Fort Washington 322, irregular calle empinada y escasamente lustrosa con restos de una antigua clase media. De ahí se había trasladado a la calle East Ninety-First, y después a Englewood.

En 1948 era un viajante con un oscuro cargo de Representante Nacional de ventas de la Denning Glass Company, una empresa especializada en recipientes para productos lácteos y verduras, con una facturación anual de tres millones de dólares. En 1951 sus ingresos habían ascendido de setecientos dólares anuales a doce mil y era vicepresidente responsable de ventas. Había nacido en Albany, Nueva York, el 11 de junio de 1907. Se había educado en el Colby College, estaba casado con Ann Richardson de Forest Hills, en Queen's, desde septiembre de 1940, fue llamado a filas en 1943, sirvió dos años en el ejército y fue licenciado honrosamente. Metodista de nacimiento, acudía a una iglesia episcopaliana, la fe de su mujer. Tenía tres hijos, Robert, nacido en 1943; Joan Ann, en 1946, y Jeffrey, en 1949. Era miembro del club universitario de la ciudad del Fiver Oaks Country Club, en la demarcación de Bergen, y también consejero de la Caja Comunal de Englewood y del hospital local. La foto mostraba un hombre bastante bien parecido, de cara redonda, nariz pequeña algo torcida, cabello color gris y ojos vivos tras unos lentes.

Tal era la vida y triunfos de Oscar Stewart según una simple y rutinaria recopilación de datos. Dada la densidad informativa de un registro automovilístico, la vida de cualquiera es, en gran medida, un libro abierto. En su mayor parte hice yo mismo la indagación, encontrando agradable trabajar por una vez con hechos en vez de con intuiciones y especulaciones. Los trámites se los encargué a Investigaciones Triboro, corresponsales en Nueva York de Jeffrey Peters de Los Angeles. Este es el tipo de trabajo que conforma el 90 por ciento de la actividad de un investigador privado y es laborioso y pesado como tantas investigaciones. Observé los lugares en que había vivido Stewart. Encontré dos fotos de él, una en una revista de negocios y otra en un anuario de su empresa y, al cabo de tres días, mi *dossier* sobre Oscar Stewart resultaba tan completo como deseaba. Esto fue el sábado.

Hacía cinco años que no había estado en Nueva York pero era, ciertamente, un lugar en que se podía vivir. No hay otro lugar como ese para retornar a él tras cinco

años de ausencia. Tomé una habitación en el Hotel Park Sheraton, en el cruce entre la séptima avenida y la calle 56 y, al asomarme a la ventana, pude ver el Carnegie Hall, un poco del Central Park y el interminable río de tráfico y gente, abajo, haciéndome experimentar una excitación que no me produce ningún otro lugar del mundo en que haya estado. La tarde de agosto era bastante más fresca que en El Paso, lo suficiente como para recordarme el tiempo de Los Angeles. Fui al centro, comí en la Gallaghers's Steak House, junto a otros turistas, y compré una entrada para la pieza teatral *Dos en el columpio*. Estaba solo y me gustaba estar solo. Continuamente, durante esa tarde, me pregunté por qué sentía que este trabajo que estaba realizando era diferente e importante.

Decidí visitar a Oscar Stewart al día siguiente, que era domingo. Permítaseme aclarar lo que sentía respecto a él. Como he dicho antes, le odiaba de modo irracional e ilógico y deseaba hacerle daño. Pero una cosa es la emoción y otra la petulancia pueril. No tenía intención de causar daño al señor Stewart; lo que quería era hacerle sentir incómodo hasta el punto que me fuera posible. Pero resultó que no pude persistir en el odio. Pienso que hay personas más preparadas para esta clase de cosas y otras menos.

Alrededor de las diez de ese domingo por la mañana, tras haber desayunado, tomé un coche Herz y ascendí por la Autovía West Side hasta cruzar el puente George Washington. Nunca antes había estado en Englewood ni en ninguna otra ciudad o suburbio del estado de New Jersey y me sorprendí de encontrarlo tan cercano a la ciudad, llegando como llegaba hasta la cima de Palisades. Se suponía que debía girar hacia la Gran Avenida desde la Carretera 4, pero estuve a punto de equivocarme. Una vez fuera de la carretera principal, di la vuelta y me puse a buscar Cliffine Driver. Pregunté a un guardia de tráfico, hice un giro erróneo y luego, durante diez minutos, conduje arriba y abajo por calles que me recordaban algunos de los viejos distritos de Beverly Hills, con sus grandes e imponentes mansiones de sesenta mil o más dólares, sus amplios céspedes, los viejos árboles de gran sombra y, aquí y allá, una gran casa de principios de siglo con sus verjas y muros de piedra, con caseta de recepción, invernadero y larga avenida. Por casualidad fui a parar a Cliffine Drive, giré hacia la izquierda, conduje una milla más, giré y volví atrás. Tras pasar unos bloques de casas, una señal me indicó que me hallaba en The Gables.

Nombrar así el lugar me pareció pretencioso. Según mi parecer, poner algo más que el nombre del propietario a una mansión es ridículo a menos que la finca cueste como mínimo un cuarto de millón de dólares, y sospeché que Stewart la habría comprado por una cantidad considerablemente inferior. Pero había subido la escala social muy rápidamente y la gran casona de piedra que ahora habitaba se asentaba sobre al menos dos acres de terreno muy bien ajardinado. Tenía un perro escocés que vino corriendo por el césped y casi se mata bajo las ruedas de mi coche. No muy lejos, un chico de quince años parecía hacer prácticas dando pequeños saques con un palo de golf. Una mujer se hallaba ante la casa con un abultado saco de golf a sus pies. En apariencia era una familia amante de este deporte.

Detuve el vehículo a unos pocos palmos de donde estaba la mujer. Tendría unos cuarenta y cinco años; era delgada pero de aspecto saludable; en su cabello, unas mechas plateadas indicaban los cuarenta dólares que se habría gastado en la peluquería y contrastaban con su rostro bronceado. Su auto *Red-Station* se hallaba en la avenida, justo enfrente de donde me hallaba, y cuando se aproximó a mi coche parecía impartir una lección de cómo debe comportarse ante un extraño la dueña de un lugar como The Gables. Bajé del coche y le dije de inmediato que mi nombre era

Macklin y que quería ver al señor Stewart.

—No es posible esta mañana —dijo—. Debe usted confundirse.

—¿No es esta la casa del señor Stewart?

—Sí, pero nos vamos al club ahora mismo. Ya hacemos tarde. No puedo imaginar que mi marido haya concertado una cita con usted y lo haya olvidado.

—¿Qué ocurre, Ann? —dijo Stewart, saliendo de la casa con pantalón de franela gris, suéter gris sin mangas y camisa gris pálido, con cara de pocos amigos y preguntándome qué hacía allí. En el césped, el muchacho continuaba practicando con el palo. Me presenté y el señor Stewart me dijo que nunca antes había oído mi nombre. Empezaba a enfadarse y mi propia irritación se suavizó. Estaba gordo, y para cincuenta y un años parecía más viejo. En definitiva: un hombre ajado, con el cerebro ajado, el cuerpo ajado, el estómago ajado.

—¿Qué clase de maldito imbécil es usted, señor? —me preguntó al final, agotada su paciencia—. ¡Si quiere venderme algo, vuelva otro día! ¡O véngame a ver a la oficina! —Se estaba soliviantado, se soliviantaba pronto. Su mujer miró el reloj: «¡Verdaderamente...!», miró de nuevo al reloj y repitió: «¡Verdaderamente...!».

—¿Puedo hablar un momento con usted a solas, señor Stewart? —le pedí.

—¡No veo por qué!

—¿Por qué? Digamos que para evitar que nos oiga su mujer.

La mujer me miró a mí y luego a su marido, y él miró a su mujer y luego a mí. Lo normal era haber alegado que su mujer podía oír todo cuanto yo pudiera decirle, pero se vio incapaz. Su vida debía estar llena de pecadillos desconocidos por su mujer, lo hubiera podido jurar. Me miró a los ojos con un brillo tan duro y desafiante de los suyos que entendí de inmediato el miedo que le debía tener a su esposa. Asimismo, la situación, alumbrada por el sol veraniego, se intensificaba ante la monumental indiferencia del adolescente, que continuaba practicando con el palo. Siempre me he apiadado de aquellos a los que he odiado, pero entre los lujos que un detective privado no se puede permitir está, en primer lugar, la piedad.

—Es asunto de trabajo, señor Stewart —dije—. Y ya sé que es domingo, pero esto no puede aguardar, así que cuanto antes hable con usted, antes acabaremos.

Caminé hacia un cuidado seto de tejos mientras él le decía unas palabras a su mujer y ella asentía con la cabeza. Luego, se encogió de hombros, vino hacia mí y dijo:

—Veamos, señor... ¿Cuál dijo que era su nombre?

—Macklin —contesté tranquilo—. Soy investigador privado de Los Angeles, señor Stewart, y quiero hablar con usted de una mujer llamada Sylvia Karoki, a la que hace diez años trajo de El Paso en su auto.

Se me quedó mirando, los ojos saliéndose de las órbitas, la cara inyectada en sangre. Debió de transcurrir un minuto completo mirándome en silencio, hasta que su mujer le tuvo que decir con aspereza:

—¡Oscar! ¡Por amor de Dios!

Farfulló algo sobre una cita en el club de golf y una comida después. Le contesté que me eran indiferentes sus compromisos sociales y que quería hablar con él, y si él no quería, lo haría con su mujer. Fue entonces hacia esta y le susurró algo, aunque ella no le susurró la respuesta:

—¡Si dejas que vaya sola al club, Oscar, solo te puedo decir que lo lamentarás!

Stewart permaneció mudo. Ella, tras mirarle a él y luego a mí, tomó la bolsa con los palos y se dirigió al auto *Red-Station*, subió, encendió el motor y se fue por la avenida. El adolescente seguía con sus tiros cortos sin levantar la vista del césped.

3

En el patio, a un lado de la casa, tras una de sus alas, Stewart se preparó una bebida y me preguntó si quería también una. Le dije que no. Me senté en una silla de hierro forjado. Era un patio grande. Estaba hecho de ladrillo rojo, tenía unas sillas metálicas con almohadones y cojines, dos bancos con respaldo, un bar y estaba rodeado por un círculo de arbustos. Un toldo a rayas protegía del sol. Más allá de los arbustos, el césped se extendía hasta la carretera. Stewart adquirió más prestancia al irse su mujer.

—Si intenta sacarme dinero, olvídalo —me dijo tratando de inocularse coraje—. Estoy sin blanca. Que no le engañe lo que ve. Estoy sin blanca.

—No intento sacarle nada, señor Stewart. No quiero un céntimo suyo. Necesito información, y si usted me la da no le crearé ningún problema y podrá decirle a su mujer que yo era un consejero de Standard Oil que pretendía comprarle.

Se quedó con el vaso sostenido ante la boca.

—¿Es verdad eso? ¿No me engaña?

—En absoluto.

—¿No trata de sacarme nada?

—¡Maldita sea, le digo que no! Aquí están mis credenciales. Soy un investigador privado —le di mi cartera—. Solo quiero información.

—¿Qué tipo de información?

—Sobre Sylvia Karoki, diez años atrás. Hábleme de ella y, en cuando acabemos, aquí no ha pasado nada. No me volverá a ver ni oír de nuevo.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—Entonces, ¿por qué no podía esperar?

—Porque no quería hacerlo —le repliqué sin amabilidad.

—Muy bien, Macklin —dijo rápidamente—. No es que me duela que me haya impedido ir al club este domingo. Puedo pasar muy bien sin eso, créame. Solo que tendré a la mujer enfadada. ¿Seguro que no quiere un trago?

—Luego.

—Es extraña esta manera de venir a verme, en domingo.

—Así son las cosas. ¿Hablamos ya?

Se hallaba sentado en el sofá frente a mí, tomando sorbos de su bebida. Asintiendo con la cabeza dijo:

—Muy bien —trató de sonreír—. Me tiene cogido. No tengo opción.

—No, no la tiene.

—¿Ha sido ella quien le ha hablado? —Sacudió la cabeza—. Es gracioso, hacía meses que no pensaba en esa condenada criatura. Imagino que se lo ha contado todo. Espere un momento, ¿cómo sé que ella no le ha contratado para sacarme dinero?

—No lo sabe —le dije con cansancio—. Tendrá que confiar en mi palabra.

—Puedo hablar con mi abogado —trató de fanfarronear con reticencia.

—¿Y para qué demonios habría de hablar con su abogado? Sea sensato.

—Usted sabe qué quiero decir. Se presenta aquí un domingo por la mañana y me dice que es un detective privado. Yo soy un ejecutivo de una gran corporación, señor Macklin. No puedo permitirme ningún escándalo, ni en mi trabajo ni en mi hogar.

—No habrá ningún escándalo —suspiré.

—Usted me ha amenazado.

—¡Al diablo con eso! Solo quiero que me hable de Sylvia Karoki. Si habla por las buenas, todo irá bien. Si no quiere hablarme, deberé usar lo que sea para conseguirlo.

—¿Por qué?

—Porque es mi trabajo.

Se arrellanó en el sofá y miró a su vaso.

—No debería beber a estas horas. No soy bebedor. Dos o tres como este y estaré borracho. Ocurrió hace diez años, señor Macklin. Es divertido que algo muerto y enterrado hace diez años se te aparezca de nuevo. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Conocí a una chica con problemas en El Paso. Quería irse de allí, del mismo modo que otras mujeres quieren un abrigo de visón. Así que hicimos un trato. Yo iba hacia el este y la llevaría en el coche. Me dijo que tenía veintiún años y fui tan idiota de creérmelo. Cuando supe qué edad tenía, ya no podía hacer nada. O, mejor dicho, no quería. ¿Es un crimen?

—Dígaselo a su mujer.

—Sí, sí, Macklin. Hágase el duro y el gracioso.

—¿Por qué quería con tanta desesperación marchar de El Paso? —le pregunté y él, frunciendo y cerrando los ojos un instante, dijo:

—No sé si llegaré a tenerlo claro alguna vez. Me lo expuso de tres diferentes maneras. Me decía que no era una puta sino que la habían obligado a serlo. Mire, Macklin, yo trabajé nueve años de viajante. No soy ningún niño miedoso ni ningún puritano. Vivo y dejo vivir. Puede que ella fuera una profesional o puede que no. Pero me dio muchos problemas.

—¿Por qué necesitaba marchar de El Paso?

—Trato de recordarlo. Me dijo, creo, que el chico con el que estaba hizo un apaño, a costa de ella, con un gran burdel del otro lado del río. Esta gente, luego, les reclamó un dinero a la chica y a su alcahuete. Se llevaron todos los vestidos de ella excepto uno y unas sandalias. Su amigo trató de sacarla del lío, se metió en una pelea y resultó muerto a cuchilladas. Ella se escondió con un viejo clérigo hasta que las cosas se calmaron y volvió a cruzar el río, aunque sin un céntimo. Al menos es tal como me lo explicó y lo recuerdo, una auténtica, sórdida historia. La conocí en la calle, frente a mi hotel. Se me acercó con el viejo truco de haberme confundido con un amigo. Supe que fingía, por supuesto, pero no hay muchas chicas como ella, morena como una mejicana y guapa. No sé cómo estará ahora, Macklin, pero, Dios mío, ¡tenía unas piernas tan largas! Y era guapa como ninguna otra mujer que hubiera visto antes. Bien, cuando ella advirtió que me interesaba por ella, fue directa al

asunto. Le dije que iba en coche a Nueva York. Ella acordó venir conmigo. A cambio le compraría ropa, le pagaría la comida y el alojamiento. No flirteó conmigo ni hizo lo que se acostumbra. Fue precisa y directa durante todo el trato. Bien, me arriesgué y le di veinticinco dólares y quedamos para más tarde esa noche. Entretanto, me marché del hotel. No podía llevarla a ese establecimiento. Hacía años que lo frecuentaba. Había de ser cuidadoso —Stewart me miró fijamente y me dijo—: No debería estar diciéndole todo esto, maldita sea, Macklin, debería cerrar la boca y no decirle una palabra más. Me siento fatal hablándole de estas cosas.

—¿Deberé recordarle lo que ya le he dicho antes?

Se me quedó mirando con tristeza. Dejó el vaso y sacudió la cabeza.

—No debo beber. Bastante lamentable es todo esto para encima beber.

Afirmé con la cabeza.

—Así que se volvieron a encontrar más tarde y fueron en coche al Rim Rock Motel y se registraron por una noche.

—¿Cómo lo sabe? Ni recordaba el nombre del hotel.

—Yo sí. El propietario me ha dejado ver el registro, así que eso está claro. No me ha enviado Sylvia. No creo que sepa que usted está vivo ni le importe.

—¿Qué busca, Macklin?

—¿Importa algo? Ya le he dicho que no le voy a perjudicar. ¿Durmió con ella esa noche?

El caballero que había dentro de él se conmovió ante la pregunta y replicó, indignado, que era una cuestión asquerosa.

—¡Ah!, no se haga el listo conmigo Stewart. Si le contase aquello de los dos chicos que se querían pero que no se podían casar por ser uno de ellos musulmán, a usted le haría gracia, ¿no? No sea tiquismiquis. No quiero herirle pero nada puede usted hacer para caermé bien, ¡nada!

—De acuerdo, dormí con ella. Eso suele suceder, Macklin. Le doy mi palabra que eso sucede. Soy un hombre solitario, señor Macklin, entonces y ahora. Con mi mujer la cosa no funciona. Todo iba bien mientras podía permitirme ocho meses al año por ahí, pero ahora he de estar en la oficina. Vuelvo a ir con mujeres. Sí, vuelvo a ir. Me gustan las mujeres. ¿Por qué demonios no habrían de gustarme? Ya ha visto a mi mujer. No hago nada que nadie dejase de hacer en mi lugar.

—No se justifique, señor Stewart —le dije con cansancio—. No me importa. No me interesa su moralidad. Quiero hechos.

—Se lo he dicho. No la recogí para que me hiciera compañía. El acuerdo fue que dormiría conmigo y yo le pagaría todos los gastos hasta Nueva York. Y ella cumplió al dedillo.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye, señor Macklin.

4

—No trates de besarme otra vez —le dijo ella.

—Sylvia, no te entiendo. Te juro que no te entiendo.

—No lo intentes, Oscar.

—Solo pretendo besarte y nada más.

—No lo intentes.

—He dormido contigo.

—Era lo acordado, Oscar. Nuestro acuerdo era que me podrías follar. Pero nada dijimos sobre besarme.

—Odio este tipo de lenguaje, Sylvia.

—¿Por qué? Es correcto inglés. ¿Quieres que te hable de «relación sexual»? Me llevas en tu coche porque eso te permite acostarte conmigo por un precio módico entre aquí y Nueva York. Así pues, ¿por qué no te contentas con follarme y punto?

—Porque no soy un maleante ni quiero hablar como un maleante.

—Pues yo sí que lo soy.

—De acuerdo. No quiero discutir contigo, Sylvia. Estoy loco por ti.

—Gracias.

—Solo deseo que nuestra relación tenga algún sentido. Por un lado, hemos tenido una relación sexual...

—¿Te hace sentir más respetable cuando hablas de «relación sexual»?

—Trato de decir que no tiene sentido que rehúses besarme.

—Para mí las cosas tienen sentido de una forma diferente, Oscar. No podría explicártelo. Incluso si pudieras comprenderme, no me apetecería explicártelo. Así que si quieres romper nuestro acuerdo, rómpelo. Eres bien libre de hacerlo.

5

—No rompí el trato —me dijo Stewart—. Nunca había conocido a alguien como ella, Macklin. Tiene que entenderlo, usted la conoce. No quiero ofenderle por lo que digo.

—Usted no puede ofenderme —le dije—. No estoy interesado en ella, en absoluto. Diga todo cuanto quiera decir.

—Nunca sabía lo que pensar de ella. Nunca supe si me mentía o me decía la verdad. Su inglés era mejor que el mío. Mi mujer me suele corregir. A veces Sylvia hablaba como una chica de Bennington y otras como una furcia barata. Me dijo que había ido a Smith y que su verdadero nombre era Cabot o Wentworth, algo así de improbable, y que se había escapado del colegio y que su padre era un millonario de familia distinguida, y luego se ponía a reír y me hacía sentir estúpido por haberla creído. Tenía la sensación de que le gustaba contarme historias inventadas. En Abilene entabló una conversación con un camarero mejicano y su fluido español sonaba igual de bien que el del otro. Entonces me dijo que procedía de una antigua familia mejicana del Valle de Méjico y que se había escapado de casa por un asunto amoroso con un rico argentino u otras absurdidades parecidas. En otra ocasión me dijo que había estado tres años en Juárez y allí había aprendido español, pero por cómo conocía Abilene deduje que debía haber residido cierto tiempo allí. No sabía qué creer. Me decía que tenía veintiún años o diecisiete o diecinueve, cada vez algo diferente. No es que se viera obligada a mentir: disfrutaba con ello. Disfrutaba haciéndome sentir como un estúpido. ¡Oh!, admito que había veces en que parecía centrada, parecía que me decía la verdad, pero enseguida...

6

—¿Por qué no te callas un rato, Oscar? Estoy harta de oírte. Bastante lata es tener que estar todo el día contigo en el coche.

—Lo siento. No me daba cuenta que decía cosas que te molestaban.

—Me aburres mortalmente, Oscar.

—Eso sí que es agradecimiento.

—Otra vez con lo del agradecimiento. ¿He de estarte agradecida por tener que estar aquí sentada escuchándote durante horas? ¿Te has escuchado alguna vez a ti mismo? ¿No has advertido nunca lo estúpido y pesado que eres? Opinas de todo y no tienes idea de nada. Has estado viniendo aquí durante casi diez años y no te has molestado en aprender una palabra de español. Cada día miras al sol pero no podrías adivinar ni de lejos su distancia de la Tierra. Has estado doce veces en Abilene y no sabes ni lo que significa su nombre. ¿Sí o no?

—Por supuesto que no. ¿Y tú?

—Yo sí porque me molesté en averiguarlo. Abilene era un distrito romano o tetrarquía mencionada por San Lucas. La ciudad americana fue llamada así por ese distrito. Pero ¿por qué lo habrías de saber? ¿Alguna vez has leído un libro? ¿Has buscado alguna palabra en el diccionario? ¿Has preguntado nunca algo que no sea la dirección del prostíbulo más cercano? No me vuelvas a pedir más que te agradezca nada, Oscar.

Quise saber de Stewart por qué aguantó eso, por qué un hombre aguantaba ese tipo de trato.

—No lo sé, Macklin. Poco a poco la fui necesitando. Nunca antes había estado con alguien como ella. En Kansas City marchó de la habitación del hotel por la mañana y no volvió hasta la noche. Llegué a dudar de si regresaría. Maldita sea, casi perdí la razón.

—¿Regresó?

—Sí, volvió. Le diré algo, Macklin. Si le hubiera interesado mínimamente, si algo de mí le hubiera importado, maldita sea, ¡hubiera llegado a divorciarme de mi mujer! No sé por qué le estoy diciendo todo esto. Tal vez esté ya harto de todo. ¿Sabe cuánto me cuesta mantener este asqueroso lugar? Ciento diez mil dólares. Estoy hasta el cuello de deudas. Tengo una hipoteca de cuarenta mil y una segunda de veinticinco mil. Tengo un préstamo bancario. Me hallaría en bancarrota de no haber vendido todas mis acciones de la compañía, mil acciones en las que confiaba para la pensión de vejez. ¡Mierda para mi vejez, Macklin! ¡Me importa un bledo lo que piense usted de mí! Podría estrujarme cuanto quisiera y no sacaría más que agua de una piedra.

—Le he dicho que no tengo intención de sacarle nada —le repetí—. ¿Cuántas veces debo recordárselo? Todo lo que quiero es que me informe sobre Sylvia Karoki.

—¿Por qué no me dice el motivo?

—Use la cabeza, Stewart. Soy un detective privado. Me pagan para que indague sobre ella. Eso es todo. No estoy aquí para crearle ningún problema. Volvamos al asunto.

—¿Qué quiere saber más?

—¿La condujo hasta Nueva York?

—Sí.

—¿Y?

—La registré en el Hotel Pensilvania. Allí la dejé tras pagar una semana de estancia.

—¿Por qué el Pensilvania?

—Es un establecimiento muy grande y muy frecuentado. No conozco a nadie allí. Suponga que la meto en el Biltmore, o en el Belmont Plaza o el Commodore. Hubiera estado entre gente que me conocía y eso no me hubiera ayudado ni en mi trabajo ni con mi familia. Mire Macklin, seré franco con usted. Temo a mi mujer. Si supiera de este asunto me cortaría el cuello. —Tomó de nuevo el vaso y bebió—. Así de claro. Me arruinaría. Me arrancaría el corazón. Me asusta y la odio. Detesto sus agallas.

Sentí que ya tenía bastante de escuchar todo eso. Ya no sentía rabia hacia Stewart. Solo deseaba alejarme de él y no verlo nunca jamás.

—¿Se registró por su verdadero nombre? —le pregunté.

—¿Quién? ¿Sylvia? No sé cuál era su nombre. Tal vez fuese Karoki o puede que

no. Se registró como Sylvia Carter. Dijo que era su nombre verdadero.

—¿Y de qué ciudad?

—El Paso —sonrió cruelmente por vez primera esa mañana.

—¿La siguió viendo?

—Soy un tío grande, lo soy, Macklin. Los primeros cuatro días no hubo nada entre nosotros. Ella andaba buscando trabajo, me dijo. Un día nos vimos y comimos juntos. Fue la última vez. Me anunció que habíamos terminado.

—Tal vez no sea nada para ti —le dijo él—. Tal vez no he hecho nada para que me estés agradecida. No te estoy pidiendo que me agradezcas nada. Solo te pido que nos veamos de tanto en tanto.

—¿Para qué, Oscar? Todo lo que te podía dar, te lo he dado. Y tú me has pagado en correspondencia. Te lo has pasado bien. Ya estoy en Nueva York. Dejémoslo aquí.

—¿Debo ponerme de rodillas y rogártelo?

—No quiero herirte, Oscar —le dijo ella—. Y tú me fuerzas a hacerlo. Me estás incitando.

—¿Qué mal hay en...?

—¿Por qué no lo dejamos estar, Oscar? —le interrumpió.

—¿Tanto te pido? ¿Qué me quieras un poco?

—Tú no quieres a nadie un poco, Oscar. Y yo no soy sentimental respecto a los hombres. He aprendido pronto respecto a ellos, Oscar. He tenido buenos maestros. Muy buenos maestros.

—No voy a acusarte por ello, Sylvia. Por la gracia de Dios, no puedes hacer a todos los hombres responsables de...

—Si supieras lo pesada que me resulta esta argumentación, Oscar...

—Bien, veámonos una vez más.

—No.

Se preparó una segunda bebida y se la tragó con avidez.

—No —dijo—. Así ocurrió. Así es como la jugada suele resultar, ¿eh, Macklin? Una golfilla de dieciocho años y me hubiera puesto de rodillas ante ella, le hubiera implorado. ¡Oh!, ¡al demonio con todo ello! ¿Por qué no quiere tomar nada? Me ha estropeado por completo la mañana. Tome algo.

Le dije que de acuerdo.

—Mire a la humanidad a través de un vaso de *whisky*. Protege del sol.

—¿Nunca la volvió a ver?

—Una vez. Había conseguido trabajo de suministradora de cambio en el cutre bar musical de unas galerías.

—¿Dónde está eso?

—No estoy seguro de recordarlo. Creo que estaba en Broadway, entre la calle 45 y la avenida 51. Un lugar grande, no tiene pérdida. Eso fue unos meses después. La vi desde la calle y entré, y allí estaba ella, sentada en la cabina y leyendo un libro mientras daba cambio. El libro fue lo que me hizo mirar dos veces.

—¿Leía mucho?

—Todo. Fuimos a un hotel en donde no había otra cosa que leer que la Biblia. Me dijo que la había leído más de cinco veces, pero que, por Dios, no la había hecho más religiosa. Acostumbraba a ir cargada de esos libros de saldo y, a veces, cuando no podía dormir, se tragaba tres o cuatro en una noche.

—Así que Sylvia trabajaba en esa galería.

—Sí, era ella. Me acerqué y le dije hola. ¿Piensa que me saludó o me dirigió una sonrisa o algo similar? ¡Oh, no! Levantó la vista y dijo: «Oh, otra vez tú, Oscar. Vete y déjame en paz». Eso fue lo que me dijo.

Su voz se quebró al decir: «¡Pobre Oscar!». Ambos permanecemos en tenso silencio un rato. Luego, ambos miramos a un lado y ahí, en el extremo de la terraza, estaba el adolescente que practicaba con el palo de golf. Ahora tenía en sus manos un segundo palo, que balanceaba con delicadeza ante su cadera. Llevaba pantalones cortos de baloncesto, altos y ajustados, una camisa de manga corta y un brazalete dorado. Calculé que tendría quince años, no muchos más. Tenía las piernas largas y musculadas y el rostro bronceado por el sol.

—Pobre papi —dijo con burla.

—¿Dónde estabas? —dijo Stewart, asombrado.

—Detrás de los arbustos.

—¿Cuánto tiempo hacía que estabas ahí?

—Bastante como para oírlo todo. Todo. Esa Sylvia debía ser una verdadera tía buena, ¿no? Bendito seas. Nunca hubiera imaginado esto de ti.

—Maldito seas, estar ahí escuchando...

—No te excites, Papi. Por favor, no te excites.

—¡Lárgate de aquí! —Stewart casi chilló.

—¿Para ir adónde? —preguntó el chico haciendo una mueca burlona—. ¿Adónde? ¿A esperar a que regrese mi querida mamá de su golf? ¡Oh, creo que se va a enfadar mucho! Ya no va volverá a jugar, se va a quedar sentada en la terraza haciéndote sentir una piltrafa. Se lo voy a contar...

—¡Maldito, sucio y pequeño bastardo!

—No me insultes. Yo te quiero. No voy a contar nada.

—¿Qué pretendes, pues?

—Dinero, papi. Este detective buenazo no quiere estrujarte, pero yo sí.

La cara de Stewart se volvió verdosa. Se hundió en el sofá, sus mejillas palparon, su respiración se tornó áspera. Por un momento pensé que le daba un ataque de corazón.

—¿Qué quieres? —susurró.

—Vivir y dejar vivir. Dobla mi asignación.

—Estás loco.

—Oh, no. Y si no, Papi...

—Bobby, ten corazón —empezó a implorar—. Eso es todo lo que te pido, dame un respiro, ten corazón. No puedo darte lo que pides.

—Sí que puedes. Eres un gran tipo. Solo te pido unos sucios dólares de más a la semana. Pero ¡al infierno! —Se volvió, dispuesto a irse. Stewart le llamó para que volviera.

—¡Bobby! —El chico se detuvo—. Bobby, déjame pensarlo. Dame tiempo.

El muchacho hizo oscilar el palo de golf sobre su espalda.

—Muy bien, Papi —ironizó—. Piénsatelo bien. Tienes de tiempo hasta que venga ella del golf. No quiero presionarte. —Y salió fuera de un salto, con un amplio movimiento de caderas.

Stewart se lo quedó mirando un momento y luego se volvió a mí. Estaba temblando y le caían las lágrimas por las mejillas. Y a través de esas lágrimas gritó:

—¡Qué le jodan, Macklin! ¡Usted, sucio y barato fisgón! ¡Lárguese de aquí! ¡Fuera de aquí, hijo de puta!

Fui hasta mi coche y me alejé de la casa. Cuando me iba vi al chico en el césped. No me miró. Ni siquiera le llamó la atención el ruido del coche al arrancar. Se hallaba concentrado en su segundo palo y practicaba de nuevo sus tiros cortos.

Sexta parte

Nueva York
(Broadway)

1

Conocí a una chica en el bar del parque Sheraton, la cual a su debido tiempo me informó que esperaba a alguien, algo muy socorrido y con lo que se queda muy bien, pues si ese alguien finalmente no aparecía no sería por culpa de ella: no se la podría acusar, pues, de no ser una chica sociable. Su nombre era Joyce y tenía el cabello rubio, los ojos azules y debía haber sido muy atractiva diez años atrás, cuando tenía los veinte. Como que la cita de que me habló no compareció, abordamos la cuestión de la comida. Me habló de que estaba hambrienta y yo de que no tenía a nadie con quien comer. Coincidimos en estar libres esa noche de domingo.

Tenía una buena figura, la mirada firme y manifestaba cierta lloriqueante autocompasión, la inteligencia aguda de una treintañera sin hogar y una perversidad inocente y sin sofisticación. O mejor dicho, no había perversidad alguna en ella. Era una chica que trataba de hacer lo mejor que podía y no lo hacía muy bien, pero era una persona, una mujer, y mi época de disfrutar de la soledad quedaba atrás. Tomamos dos bebidas cada uno y luego ella dijo —en respuesta a mi pregunta— que le gustaría comer en la Hampshire House, en el Sur de Central Park, porque era el lugar de mayor encanto de Nueva York. Le gustaba la palabra «encanto»; era como una definición de su hambre no física. Cuando le dije que era un investigador privado, dijo que era un encanto pero no me dio información alguna sobre sí misma: profesión, estado matrimonial, o familia. Dijo que la comida era un encanto y que el comedor de la Hampshire House era un encanto, un lugar sumamente encantador.

Al igual que el comedor y su pretenciosa decoración, ella trataba de aparentar algo que no era y probablemente había olvidado hasta lo que habría deseado ser. Habló sobre cosas encantadoras y otras que no lo eran. Era una habladora compulsiva que no se escuchaba a sí misma y yo resolví ser sumamente agradable y tener un poco de compasión hacia otra extraviada alma humana a la vez que un ardiente deseo de hallarme en algún sórdido poblacho mejicano de Río Grande.

—El aire acondicionado está muy bien —me dijo—. El otro día fui a un lugar de la calle 52 en donde decían que había aire acondicionado, ya sabe, uno de esos carteles que rezan «interior confortable con aire acondicionado» y luego entras y te mueres de calor, casi no puedes respirar, así que te quejas al responsable, que te dice: «Señora, es por culpa de una pequeña avería». Solo deseo que la gente que dirige ese tipo de lugares se caiga muerta cuando tenga lugar una de esas pequeñas averías; de todos modos, la calle 52 ha perdido, sí, ha perdido bastante, aunque no la 21. Yo he estado en lugares de la Avenida 52 en donde no se puede encontrar a ninguna chica potable, entiéndeme, abundan los bailes vulgares y la ordinariez; no soy intransigente pero no puedo soportar la vulgaridad por la vulgaridad; no es que me importe algún chiste subido de tono, pero no puedo soportar la ordinariez sin ton ni son y no me importa que una chica baile para el público, pero si todo lo que hace es desnudarse... Y bien, ¿conoces ese tipo de lugares?

Le dije que no, que solo era mi segundo viaje a Nueva York.

—Bien, Mack, así es como quieres que te llame, ¿verdad? Lo sé porque conozco a un tal Frank McNeil del mundo de los discos. No quiero decir que sea un *discjockey* o algo importante como eso: es un cantante que nunca sabe en qué parada se ha de bajar y le dice a todo el mundo que le llamen Mack. Pero a lo que iba: ¿te gustaría ir a uno de esos sitios?, quiero decir si no has visto ninguno. En el fondo es la vida, y todo lo que es vida nos pertenece, por eso: porque es vida, ¿no?

Estuve de acuerdo y dije que podría no estar mal, pero que primero me gustaría caminar Broadway abajo si no le importaba.

—¿Por qué?

—Para ver el ambiente. Soy un turista.

—Pienso que si eres un investigador privado posiblemente estés aquí por algún trabajo, quiero decir que puede que te halles vigilando a alguien o a algo. No quiero ser despreciativa, Mack, pero no te comportas como un investigador privado, quiero decir, que eres un encanto, pero no pareces un investigador privado; y, aparte de eso, no hay nada que ver en Broadway. Si quieres ir al Village y pasear por ahí y ver a los *Beatniks*, bien, puedo entenderlo, pero no hay nada que ver en Broadway, no hay nada que ver, absolutamente nada.

Lo que ocurría era que le costaba caminar porque sus tacones eran demasiado altos. Fuimos al lugar que decía de la calle 52 y en el bar ella se encontró a dos viejos amigos. Le pagaron bebidas y ella se lo pasó muy bien. Sus nombres eran Ben y Herb, eran educados y no querían herir mis sentimientos, pero eran antiguos amigos de Joyce y ¿por qué no íbamos los cuatro juntos y nos pegábamos una buena juerga? Sabían dónde encontrar chicas asequibles. Les dije que ya me gustaría pero que tenía una tía enferma que me estaba esperando. Joyce dijo que era un pretexto y que lo que realmente quería era pasear arriba y abajo por Broadway. ¿Lo imagináis?, les dijo. Estuvieron encantados. Herb y Ben me dijeron que ellos se ocuparían de Joyce.

2

A menudo me sentía como el chico que se golpea la cabeza contra la pared por el placer que se siente al parar de hacerlo. Me sentí tan bien fuera del *night club* de la calle 52 y tan bien de haberme librado amigablemente de Joyce, cuyo segundo nombre nunca supe, que fui calle abajo, hacia Broadway, aliviado de mi usual disgusto contra mí mismo y mi compañía. Durante varias horas había compartido los sentimientos de Oscar Stewart acerca de cierto Alan Macklin. Estaba, entonces, dispuesto a vivir y dejar vivir. Hasta el día siguiente no debería contribuir con nuevas mentiras, incurrir en duplicidades, degradarme por el dinero que me pagaba Frederick Summers. Caminé, pues, experimentando el sencillo placer de captar la atmósfera del centro de Nueva York en un anochecer de finales de verano. Es una atmósfera como no hay otra en el mundo. El gigantismo de toda ciudad está allí mitigado: no es humillante o aplastante, su turbulencia está controlada, ralentizada, las calles aparecen llenas de gente como yo, alguien venido de lejos para contemplar gustoso lo que nadie admitiría como primera maravilla del mundo.

Estaba allí por la gracia de Frederick Summers, los dioses se lo recompensaran. Esa clase de hombre que soy ha deambulado por lugares cercanos y lejanos de la tierra debido a tal gracia, entregado a las variadas artes de la degradación. Nuestra filosofía y racionalidad son simples: anhelamos ganar un dólar y, si no lo cogemos, otro lo hará. Nuestra integridad más firme consiste en la devoción hacia la persona que nos contrata; de otro modo ganamos mala fama y se nos contrata menos.

Todo esto lo iba yo rumiando hasta que lo aparté de la cabeza. Mañana continuaría trabajando para Frederick Summers pero esa última parte del día era enteramente para mí. Crucé Broadway y fui dirección abajo y, tras caminar cuatro manzanas, divisé el neón que anunciaba «Galería Lotus Amusement». Era mi noche libre, no trabajaba para el señor Summers y no estaba seguro de lo que hacía. Cogí una moneda de veinticinco céntimos, la voltee sobre el dorso de mi mano y me dije: «Cruz, sigo adelante; cara, cojo el dinero de señor Summers y me largo en avión a Europa». Salió cara. Había una anciana vendiendo lápices en la calle y le di la moneda. Lo que más deseaba en este mundo era estar unos meses en Grecia y Turquía. Soñaba con alquilar un barco para pescar en aguas profundas y seguir la costa griega a través del Helesponto y el Mar Negro para, de aquí, bordear la costa turca a fin de ver cuanto vio Jasón al conducir a sus argonautas hasta la Cólquide, en busca del Vello de Oro. Había otras cosas que también quería hacer, como pasar un año en Roma o un año deambulando por las excavaciones de Israel, y también otras cosas menores como seguir un curso sobre la civilización Tolteca que daban en la universidad de Méjico. Pero la suerte de una moneda nunca decide nada importante en la vida de nadie.

Fui, pues, a la Galería Lotus Amusement. Era un lugar amplio, chillón, muy iluminado, y ofrecía una buena dosis de diversión a cambio de unas monedas. Había

una caseta en donde se vendía barata pornografía adolescente: barajas con cartas ilustradas con guapas bañistas semidesnudas, corbatas mal pintadas con desnudos cabrioleando, anillos con mirilla para que no se tenga que estirar el cuello para mirar por la ventana del vecino, cartas con sugestivos poemas, desnudos de goma que se movían al apretar una pera, pequeñas tazas de water con pinturas guarras en la tapa y muchos más degenerados objetos de broma de baja estofa con que la civilización y la sociedad de masas han sustituido la antigua y en general noble adoración a las diosas de la fertilidad. Mientras contemplaba el material expuesto, un hombrecillo con una enorme nariz roja llena de arrugas y cicatrices y un delantal lleno de monedas de todo tipo, vino hacia mí y me preguntó si me gustaba algo.

—De lo que hay aquí, nada —le respondí.

—¿No?

Y entonces sacó algo escondido en su delantal y me dio un pequeño librito. Lo abrí y leí:

Cantan los trovadores referente a un rey inglés

Que mucho tiempo atrás vivió.

Gobernaba su país con mano de hierro

De una moral mezquina adoleció.

En el bosque real

Gustaba los ciervos reales cazar.

Pero más que nada le gustaba reposar

Y su real salchicha frotar.

Y dijo:

—Espere un momento, no lo puede leer gratis. Un dólar y se lo puede llevar.

—Téngalo —dije, devolviéndoselo.

—¿No sabe lo que es esto, señor?

—Sí. Es una pobre y alterada versión del *Rey Bastardo de Inglaterra* atribuido a Rudyard Kipling. No vale un dólar. Ni diez céntimos vale.

—Muy bien. Mire, señor. Le tomé por un hombre despierto. Le he ofrecido lo mejor que tengo. ¿Qué no lo quiere? Ok. Vive y deja vivir.

Y se alejó desentendiéndose de mí. El lugar estaba lleno de música y cultura. En un extremo cantaba John Mathis y, en el otro, Pat Boone, y a nadie le importaba la discordancia de ambas ruidosas músicas. Entre las filas de cinetoscopios a manivela y las máquinas de millón y otros juegos, circulaba una multitud de turistas y nativos, matrimonios serios, parejas cariñosas, ancianos, adolescentes, niños y veinteañeros. Los cinetoscopios del final ofrecían exóticas imágenes de los años veinte, en las que por una moneda podías ver a las vampiresas de aquella feliz época desvestiéndose, aunque sin completar nunca su ajetreada labor; las máquinas de veinticinco centavos de la parte posterior presentaban menos agitación pero eran más reveladoras; aunque

el decente juego del *skeeball* era lo que más parroquianos atraía.

Deambulé por el lugar, por una de las naves y por la otra, y luego pedí cambio de dólar a la cajera, una mujer enormemente gorda instalada en una estrecha cabina en medio de toda la artificial excitación. Fui haciendo esto y aquello como excusa para permanecer en el lugar y contemplarlo a mis anchas. Podía no ser el sitio que buscaba, por lo que, tras haber demostrado mi falta de habilidad con las máquinas del millón, me marché y bajé por Broadway. Pero ese, sin embargo, era el único lugar que casaba con la descripción de Stewart.

Volví al hotel. Era casi medianoche. En el quiosco compré tres o cuatro revistas y cigarrillos; pero no me apetecía leer ni siquiera revistas, y me senté ante la ventana que me permitía ver una porción de Central Park y fumé, medité y pergeñé imaginarias y sermoneantes cartas a Frederick Summers, y calibré el enfermizo, anhelante sentimiento que me poseía, el desesperado y ávido deseo por una dura, cínica y ambiciosa mujer de media virtud. No era Sylvia West de Beverly Hills y Codwater Canyon, sino una escuálida niña de cara sucia, Sylvia Karoki, cuya vida estaba evocando y a la que un día conocería.

3

Al igual que Samuel Johnson, quien sostenía que solo un asno podía escribir por otra razón que no fuera por dinero —dijo algo así—, nunca he sabido de un buen investigador privado o de un broker de Wall Street a quien no motivara exactamente lo mismo. Jack Fenney, el director de Investigaciones Triboro, era un buen detective privado y una vez me habló sobre ese tipo de sociedad en donde nadie admitía hacer nada por dinero y en cambio nadie hacía nada por otra razón. Sostenía que un trabajo en donde se jugaba con los límites de la ley debía estar mejor pagado que un trabajo legal.

El precio por proporcionarme unos credenciales de empleado calificado e investigador de International Finders Co. Ltd. de Nueva York, Chicago y Londres, fue de quinientos dólares. Cuando le dije que me parecía excesivo por doce simples tarjetas, me indicó:

—No lo crea, Mack. Párese a pensarlo. Puede ir a una imprenta en la esquina y le harán esas tarjetas, pero ¿qué habrá ganado? El asunto es que International Finders existe y tiene filiales en Nueva York y Londres. Pertenece subsidiariamente a Triboro, pero mantiene sus propias oficinas aquí y en Londres. Suponga que le cogen con unas credenciales falsas. Ya sabe lo que sucedería: perdería su licencia de investigador y mucho más.

—En California he usado tarjetas del seguro.

—Eso es una niñería y usted lo sabe. Una operación Finders es mucho más y quiero que vea lo que significa, maldita sea. Si tiene problemas con la policía le respaldaríamos hasta el final. ¿A quién demonios está investigando? ¿A ese tal Stewart?

—No, a una mujer.

—Mejor que me dé el nombre.

—No puedo —le dije.

—De acuerdo. Pero vaya con cuidado, por favor. Yo le hago un trabajo importante y limpio y si no hubiese usted venido aquí con todas las bendiciones de Jeff Peters, ni le hubiese hablado.

—Siempre voy con cuidado —le dije.

—¿Lleva un arma?

—No.

—Eso está bien. ¿Porra o nudillos de hierro?

—Tampoco. Mi padre y madre eran de Escocia. Somos gente tranquila y civilizada.

—Muy bien. Ahora explíqueme quién es el muerto y qué es lo que hemos de respaldar para dar cuenta a Londres.

—Mejor no.

Sacudió la cabeza y dijo:

—¡Al diablo con el no! Yo no juego así. Se debe hacer constar en los ficheros de la compañía. Debe estar anotado ahí por si los policías quieren indagar.

—Está bien, está bien. Se lo diré. Stefan Karoki. Nacido en Hungría en 1896. Muerto en Inglaterra —elija el sitio— en 1957. Sin parientes conocidos. Póngale la historia que crea más conveniente. Su fortuna debe ser de cuatrocientos mil dólares en alguna moneda de las habituales.

—Podrían ser escudos, lo que serían unos trescientos, creo. Digamos que diez millones de escudos más o menos.

—¿Por qué escudos?

—Porque tenemos un buen acuerdo con un banco portugués y los portugueses son muy flexibles en estas materias.

—Pongamos, pues, quince millones.

—Muy bien, Mack, ya que jugamos con un dinero ficticio. Pásese mañana y tendremos sus credenciales y un completo *dossier* sobre Stefan Karoki.

—Una cosa —dije—. ¿Qué ocurrirá cuando haya acabado mi tarea?

—Si todo lo ha hecho limpiamente, todo desaparecerá: registros, dinero, todo.

Una galería de baja estofa, así como un *saloon*, no tienen su mejor momento durante las horas en que la gente trabaja. Había un agrio olor en la Galería Lotus Amusement. Todo era de relumbrón, barato y viejo en las vistosas atracciones que ofrecía, y los pocos turistas que circulaban parecían sentir cierta vergüenza ajena por ello. El hombre de la enorme nariz colorada parecía más cansado que la otra noche. Estaba apoyado en la cabina de fotos automáticas y hojeaba un ejemplar del *Daily News*. La mujer gorda de la cabina parecía dormitar. Pregunté al de la nariz roja dónde podía encontrar al patrón y él, contemplándome como si me reconociera de pronto, me dijo:

—¡Vaya!, el erudito. Así que conoce cuanto escribió Kipling.

—¿Y el jefe?

—¿Para qué lo quiere ver?

—Quisiera ver al patrón de esto.

—Usted es una especie de policía. Tienen un olor, un aspecto, un gusto especiales. ¿Es usted uno de esos detectives privados de algún comité contra el vicio? ¿Trae una citación? —Dobló el diario y lo dejó al lado—. Le diré algo más, Jack: tal vez no sepa todo lo que hay que saber de Rudyard Kipling, tal vez piense que lo que le gustaba era escribir basura como *El camino a Mandalay* ¿Por qué cree, pues, que nunca fue un poeta laureado?

—¿Por qué?

—Porque escribió *El Rey bastardo de Inglaterra*. No me mire así. ¿Piensa que porque trabajo en esta mierda de sitio no puedo leer un libro?

Saqué un dólar del bolsillo y se lo di. Él volvió a extraer el librito de su delantal y me lo entregó.

—¿Y el jefe? —le dije.

—¿Cuál es su nombre, señor?

—Macklin.

—¿Por qué quiere ver al jefe?

Un hombre entró en ese momento, le dio un billete de cinco dólares al nariz colorada y este le dijo: «Butterfly, en el tercero. Todas las categorías».

—¿Cómo?

—Dos, dos y uno.

El hombre marchó, entonces, y yo le dije:

—Da cambio, vende poemas sucios y es corredor de apuestas. ¿Qué más hace?

—De corredor nada. Solo son míseras, pequeñas apuestas de póker. Tomo una, se lo paso a otro y me llevo el cinco por ciento de la ganancia. ¿Qué es lo que hago? Apañármelas como mejor sé.

La gorda le llamó en ese instante.

—¡Hey, Chesty!, ¿cómo estás de monedas? —El hombre fue a la garita, le dio monedas de su delantal y luego volvió y me dijo:

—¿Por qué no lo deja? ¿Quién va a ser el jefe de esta asquerosa y barata Galería?

—Deje que el jefe me lo diga.

Un tipo de casi un metro noventa y de veintitantos años, con una llamativa camisa de sport y unos pantalones verdes, se nos acercó y preguntó:

—¿Qué ocurre, Chesty? ¿Te da problemas este gracioso?

—Nadie me da problemas. Vete con tus músculos a otra parte. Vigila a los parroquianos. Cuando el joven se alejó me dijo: «Asquerosos músculos. Todas las lacras de este mundo provienen de las armas, las porras y los músculos».

—¿Por qué le llama Chesty?

—No es difícil imaginarlo. Mido un metro cincuenta y cinco y peso cincuenta kilos, por eso me llaman Chesty^[7]. Un gran sentido del humor, como ve. ¿Para qué quiere ver al jefe? Paga sus facturas y le gusta ser reservado.

—No es él quien me interesa. Quiero hacerle unas preguntas sobre alguien que trabajó aquí en una ocasión.

—¡Ah, diablos! —Se encogió de hombros—. Pregunte a la señora Argona —e indicó con la cabeza a la mujer de la cabina.

A ella me dirigí, pues. Ocupaba plenamente el recinto y casi flotaba sobre el mostrador lleno de cambio. Se me quedó mirando desde debajo de sus pesados y maquillados párpados. Luego, de su pequeña boquita de piñón, salió una voz chillona:

—Chesty: ¿todo va bien?

—Sí.

Cogió el teléfono de la cabina, apretó un botón y dijo tras un instante: «Alguien quiere verte. Chesty dice que todo está bien». Luego volvió a colgar el teléfono y le chilló al joven de la camisa estampada: «¡Músculos, eh, Músculos!». El Músculos vino y se quedó junto a mí y entonces la gorda me sonrió tan dulcemente como hubiera hecho mi madre y dijo: «Ya ve, señor, Músculos hace lo que le digo. Es un buen chico. Le pondrá de patas en la calle si causa el menor problema. Llévale al señor Ling, Músculos, ¿me oyes?».

—La oigo, la oigo —dijo Músculos, haciéndome un gesto con la cabeza: «Vamos». Y mientras caminábamos hacia la parte posterior de la Galería me dijo que me tranquilizase. Se lo agradecí. «Esa maldita mujer —dijo— lleva tanto tiempo aquí que cree que el lugar le pertenece. Si vuelve a darme órdenes la arrojaré a ella y a la cabina de cambio por el suelo. Nadie me da órdenes a mi —me informó—. Nadie. Nadie. Y eso incluye a Ling».

—¿Quién es Ling?

—El dueño de esto —dijo Músculos, mientras me hacía bajar por unas escaleras al piso inferior, donde había un pequeño salón con tres puertas. En una de ellas ponía «Hombres» y, en la otra, «Mujeres»; en la tercera ponía «Oficina». Golpeó la puerta y del interior, una alta y suave voz nos pidió que entráramos.

La oficina disponía de aire acondicionado, tenía doce pies cuadrados, un

escritorio, unas pocas sillas, alguna lámpara, un mueble archivador, una librería, una máquina de escribir y una calculadora. Nada la hubiera distinguido de otras oficinas de empresas minúsculas a no ser por el hombre tras la mesa, un chino de unos sesenta y cinco años con una túnica amarillo pálida y unos largos y dramáticos mostachos. Me dio la bienvenida con una sonrisa y en un inglés impecable, le dijo a Músculos que se marchara y me rogó que me sentara. Me presenté y le mostré mi licencia y mis credenciales de la International Finders Co. Ltd.

—Ya veo —afirmó con la cabeza, colocando mi documentación en la mesa delante de él y analizándola cuidadosamente; luego me miró y dijo:

—Mi nombre es Ling Tu Cheh, aunque le será más cómodo llamarme señor Ling, como todo el mundo hace. Yo le llamaré señor Macklin y si partimos de una base de inicial respeto mutuo y lo mantenemos, cualquiera que sea la conversación que tengamos nos procurará a ambos placer y beneficio.

Le sonreí y di la razón. Era un hombrecillo que se ganaba la simpatía.

—Y ahora, ¿qué puedo hacer por usted, señor Macklin?

—Primero, si es tan amable de dedicarme un tiempo, me gustaría hablarle de lo que es International Finders.

—Me lo estaba preguntando.

—Nuestra oficina principal está en Londres y tenemos filiales en Nueva York, Chicago y Los Angeles. He dicho «nuestra». No debo ser tan literal. De hecho, soy un investigador privado, contratado por International Finders, para encontrar a alguien. Esa es la tarea de International Finders: encontrar a gente desaparecida, cobrando por ello, claro. En el presente caso se trata de una herencia. Hace un año, un hombre llamado Stefan Karoki murió sin testar en Londres. Este Stefan Karoki había nacido en Hungría en 1896. Inició sus negocios en Inglaterra y el Continente y organizó un sustancioso negocio de importación-exportación con oficinas en Londres y Lisboa. No dejó parientes conocidos ni amigos aparte de sus socios comerciales. Sus bienes en Londres no eran grandes y fueron absorbidos en su mayor parte por impuestos y tasas del funeral. Tenía una póliza de seguro de cincuenta mil libras, siendo su negocio el beneficiario. Pero entre sus papeles fue encontrado el documento de un depósito en el Gran Banco Nacional de Portugal, con quince millones de escudos.

—¿Cuánto representa eso en dinero americano? —preguntó amablemente el señor Ling.

—En torno a los seiscientos mil dólares, más o menos, dependiendo del cambio en ese momento.

—Ya veo. Una sustancial suma para quien sea el afortunado beneficiario de la misma. ¿Y qué tiene que ver todo eso conmigo, señor Macklin?

—Con usted personalmente nada, señor Ling, siento decírselo —le hablé en el educado tono profesional que correspondía a un empleado de International Finders: con un toque de lástima y otro de esperanza—. Pero sí con alguien que posiblemente

usted tuvo como empleado hace un tiempo. Ya ve, muchos bancos continentales trabajan estrechamente con International Finders y ha sido el Gran Banco Nacional de Portugal el que nos ha comisionado para emprender la investigación que permita dar con el heredero.

—¿Y lo tiene usted? —preguntó cortésmente el señor Ling.

—La posibilidad existe. Hemos rastreado a la familia Karoki por América y creemos haber dado con el único superviviente, una mujer, Sylvia Karoki. Creemos que cambió su nombre por el de Carter, y hay indicios de que estuvo trabajando para usted, oh, déjeme decirle, hace unos nueve o diez años. Claro que esto siempre que usted fuera dueño de la Galería por aquel entonces.

—Soy el dueño de esto desde hace más de veinte años, señor Macklin. Pero si tal persona trabajó aquí hace ya tanto tiempo, de qué puede servirle que le informe sobre ella.

—Puede darnos una pista para saber dónde puede encontrarse hoy día.

—Ya. Una larga y paciente indagación. Es usted muy paciente señor Macklin.

—Es preciso serlo en un trabajo como el mío —le dije con seriedad.

—Claro, claro.

—¿Puedo preguntarle, pues, si recuerda a la señorita Sylvia Carter?

—No podría decirle, señor Macklin —el señor Ling sonrió excusándose—. Hace mucho tiempo de eso. Debería hacer un esfuerzo de memoria como dicen los abogados.

—Por supuesto.

—Pero estoy seguro que accederá usted a esperar un corto tiempo, digamos que hasta mañana a la misma hora, para hallarme en disposición de contestar a su requerimiento.

—Por supuesto.

—Nuestro pueblo considera la paciencia como ninguna otra virtud —sonrió el señor Ling—. A un hombre virtuoso la espera no le tiene que suponer ninguna pesada carga.

—Claro.

—Así pues, hasta mañana, señor Macklin. ¿Puedo quedarme su tarjeta?

—Por supuesto —asentí con la cabeza.

Me devolvió los credenciales y abandoné la oficina y la Galería tras subir las escaleras. Me producía un sentimiento depresivo pensar en los quinientos dólares invertidos en International Finders, a la vez que tiendo a desconfiar de los chinos que hablan perfecto inglés y son insólitamente educados. Creo que tal tipo de gente ha leído demasiadas novelas sobre gente como ellos. Sin embargo, me permití sentirme modestamente esperanzado cuando retorné al día siguiente. Músculos me estaba esperando. Me di cuenta de que Músculos era un joven verdaderamente apuesto. Tenía la cara cuadrada, la barbilla cuadrada, las cejas cuadradas y la nariz cuadrada; de hecho su rostro era como el prototipo del joven macho americano dibujado por un

poco imaginativo ilustrador y falto de cualquier destello de inteligencia; pero mi disgusto por su cara se incrementaba ante la enorme amplitud de su espalda. Me llevó escaleras abajo y cuando entré en la oficina me siguió y se quedó con la espalda contra la puerta. El señor Ling se sentaba tras el escritorio, sonriendo educada y tímidamente.

—Buenos días, señor Macklin —dijo.

—Buenos días, señor Ling —repliqué.

Se hallaba escribiendo algo en un trozo de papel. Cuando acabó, colocó la pluma en su lugar correspondiente y estudió lo que había escrito. Luego, sin mirarme a los ojos, dijo:

—Soy un modesto oriental, señor Macklin, pero tampoco carezco del todo de medios y recursos. No solo este negocio es provechoso sino que también poseo un rentable asunto de importación-exportación. Al contrario que su señor Karoki, yo sí dirijo mis negocios. ¿Por qué ha montado un truco tan burdo, queriéndose burlar de mí?

—¿Qué burdo truco? —pregunté con toda la capacidad de indignación que pude reunir con Músculos respirando a mi espalda.

—International Finders, señor Macklin. Una absurda corporación para engañar a niños y frágiles damas. ¡Qué truco tan absurdo! ¿Por quién me toma, señor Macklin? ¿No se le ha ocurrido que yo podía tener contactos en Inglaterra y hacerlos efectivos hablando por teléfono? ¿No se le ha ocurrido que en los archivos británicos nadie llamado Karoki ha estado nunca en el negocio de la importación-exportación, y nadie con ese nombre falleció en 1957? ¿No se le ha ocurrido que yo podía tener contactos en Portugal y que el Gobierno portugués tendría que estar interesado en el hecho de que un extranjero hubiera muerto sin testar y dejado quince millones de escudos en depósito en el Gran Banco Nacional, y que no existe la menor referencia al respecto? Seguramente sabe lo suficiente respecto al Gobierno portugués como para darse cuenta de que difícilmente permanecería indiferente ante tal suma. Y ahora, ¿puede explicarme todo esto, señor Macklin?

No había alzado la voz ni manifestado la menor impaciencia al exponer el asunto y cuando acabó sonrió de nuevo para demostrarme que consideraba que éramos dos hombres de mundo.

—Si se lo explico —sugerí—. ¿Me querrá usted hablar de Sylvia Karoki?

—Nunca he oído ese nombre hasta ayer, señor Macklin, así que poco podré hacer para ayudarle.

—¿Y Sylvia Carter?

—Tampoco me suena, señor Macklin.

—Entonces no veo de qué serviría que le explicase nada —le dije.

—Tal vez —suspiró—. Entonces, solo queda la cuenta.

Tomó entonces el trozo de papel en el que había estado escribiendo y leyó: «Llamada a Londres, cincuenta y dos dólares y treinta céntimos; llamada a Lisboa:

sesenta y nueve dólares y ocho céntimos; y el tiempo que he empleado, el cual valoro, tirando muy a la baja, en cincuenta dólares por cada hora. Como he empleado tres horas, sintiéndolo mucho, son ciento cincuenta dólares. En resumen, señor Macklin, que usted me debe doscientos setenta y dos dólares y diez céntimos».

—¿Qué?

—Lo que oye, señor Macklin.

Los largos brazos de Músculos me abrazaron, recorrieron mi cuerpo y me soltaron.

—No lleva armas, señor Ling —dijo Músculos.

—¿En verdad que espera que le pague doscientos setenta y dos dólares y diez céntimos? —chillé.

—Por supuesto, antes de que abandone este despacho. Si no lleva ese dinero encima aceptaré gustoso un cheque —dijo el señor Ling sonriendo y afirmando con la cabeza.

—¡Pues anda listo!

—Bien —suspiró el señor Ling—, me obliga a hacer lo que siempre vemos en las películas: decirle a Músculos que le obligue a usted a cambiar de actitud.

—¿Será capaz?

—¡Oh!, por supuesto, señor Macklin —dijo el señor Ling revelando una pizca de aspereza—. Estamos bajo tierra y mi puerta está insonorizada. Realmente ha sido usted pesado y pueril. Por favor, no empeore más las cosas. A menos que sea como uno de esos detectives de las películas y haga papilla las doscientas libras de peso de Músculos.

—No —admití tranquilo—. No soy de ese tipo de detectives, señor Ling.

—Pues mucho mejor —dijo Ling, asintiendo con la cabeza.

Saqué la cartera y conté doscientos setenta y dos dólares. El señor Ling me recordó los diez céntimos que faltaban y yo le di una moneda de diez. El señor Ling sonrió. Yo no sonreí. Músculos sonrió cogiéndome del brazo y llevándome escaleras arriba, a través de la Galería y hasta las calles de Broadway. Regresé a mi hotel medio flotando, llegué a mi habitación y me tumbé en la cama. Admito que mi opinión sobre mí mismo no es como para publicarla, pero siempre me he considerado más astuto que la media.

No me hizo bien ninguno descargar mi cólera en Jack Fenney ni podía permitirme el lujo de hacerlo de un modo que se aviniese con mi forma de pensar. Lo único sólido, la única cosa sólida, la única ayuda que tenía en Nueva York era Investigaciones Triboro y no podía haber previsto cuándo los iba a necesitar y en qué medida. Pero fui al centro, a sus oficinas y tuve el placer de decirle a Jack Fenney exactamente lo que pensaba de International Finders.

—Mira, no montamos esto para un hombre de negocios chino —admitió Fenney—. Con ellos siempre es lo mismo. No importa las precauciones que adoptes: si haces negocio con un chino sales perdiendo. No te engañará ni te robará, pero puedes estar seguro que perderás hasta el gorro.

—No me ha robado él, Fenney, lo has hecho tú. Y han sido cinco de los grandes. ¿Sabes que en California solo si tienes mucha suerte, tras un mes de trabajo duro, puedes ganar quinientos dólares?

—Mack, tómatelo con calma. Te lo pagan los gastos generales, ¿no me lo dijiste tú mismo? ¿Y qué esperabas que hiciera? ¿Poner en un aprieto al Gobierno portugués? Hay una dictadura allí^[8]. ¿Sabes cuánto cuesta sobornar a esos tíos?

—Pero podías haber montado algo respecto a esa muerte en Inglaterra.

—¡Ah, Mack! ¿Por cinco grandes? Mira, no te metas conmigo. Aléjate de los chinos. Si quieres usar trampas, hazlo con un ingenuo millonario americano.

—¿Y qué hay de los doscientos setenta y dos dólares? Lo menos que podrías hacer es compartir la penalización.

Fenney me miró e hizo una mueca y esa fue toda la satisfacción que obtuve de él.

6

La mañana y tarde del día siguientes las empleé haciendo una o dos cosas que deseaba hacer y, también, meditando. Fui a un par de grandes librerías de la Quinta Avenida y compré cuatro libros. Comí en una hamburguesería de primera clase en Madison Avenue y vi luego un film francés en un cine de la calle 58, frente al Hotel Plaza. Luego caminé por la calle 53 y permanecí dos horas en el Museo de Arte Moderno. Trataba desesperadamente de probarme a mí mismo que tenía una pizca más de inteligencia que la media y que los años de entrega a estúpidos y degradantes trabajos en una profesión indigna y asquerosa no me habían apartado por entero de la fraternidad de la civilización, siempre y cuando existiera realmente una fraternidad de civilización.

A las cuatro de la tarde entré en mi hotel y escribí lo siguiente en una cuartilla del escritorio de la habitación.

«Quisiera pagarle una cena esta noche. Le pagaré cien dólares —la cena aparte— por cuatro horas de su compañía y conversación. Me alojo en el Park Sheraton y estaré aguardándole en mi habitación entre las seis y las siete. Los veinte dólares que le adjunto son una muestra de mi integridad y confianza».

Firmé con mi nombre, envolví los veinte dólares en la cuartilla y me puse en camino, Broadway abajo, en dirección a la Galería Lotus Amusement. Cuando entré, Músculos reparó en mí desde el fondo del local y se me acercó. Fui a la cabina de cambio primero, le di la carta doblada a la señora Argona y le dije que se quedara el cambio. Luego di un paso lateral para que Músculos me pudiese sujetar sin dificultad. Mientras nos dirigíamos a la salida procuré mantener la dignidad y le aseguré que ya me marchaba. Él estuvo de acuerdo.

—¿Por qué quiere que hayamos de salir fuera y crear así un problema?

Y yo le dije:

—Le estoy diciendo que ya me marchaba.

Chesty se nos acercó, le dijo lo mismo y advirtió que la gente estaba mirando y que eso no era nada bueno. Esto convenció a Músculos, que me dejó ir con la advertencia final de que no era persona grata en la Galería Lotus Amusement.

—Vaya a gastarse el dinero a otro sitio, Jack —me dijo—. La próxima vez no seré tan benévolo. Pregunte a Chesty cómo las gasto.

—Es de miedo —dijo Chesty—. ¿Por qué no aprende judo o algo parecido, jefe? Le iría bien para su trabajo.

—¡Judo! —masculló Músculos—. ¡Claro! Aprende judo, Jack, y vuelve aquí.

—Es un arte —exclamó entusiasmado el hombrecillo—. No puede imaginar lo que un pequeño japonés puede hacer con él.

Les di a ambos las gracias y volví a mi hotel. Tras haber tomado un baño y haberme vestido, solicité una conferencia con el señor Frederick Summers de Los Angeles. Serían las tres en Los Angeles y Summers aún no habría vuelto de comer. Le dije a su eficiente secretaria —la que no sabía nada de Miró— que me hallaba en el Hotel Park Sheraton, entre la calle 56 y la 7.^a Avenida de Nueva York, que estaba haciendo progresos y que agradecería al señor Summers que me transfiriera más dinero para gastos. Ella me preguntó que cuánto precisaba y le dije que lo decidiera el señor Summers, teniendo en cuenta que lo que me había dado al inicio me lo había gastado por entero.

Nunca llegas a conocer a la gente. Esperé hasta las siete, había ya renunciado a la señora Argona y a mi propia inteligencia e intuición, cuando sonó el teléfono y ahí estaba la señora Argona. Me dijo que si iba en serio lo de la buena cena y las dos horas de conversación a cambio de cien dólares, debía reunirme con ella en el restaurante Colony a las ocho en punto. En caso que no lo conociera, me informó de que el Colony no era barato y me sugirió que llevase traje en lugar de la americana deportiva con que había ido a la Galería Lotus Amusement. Además, exigió que de entrada le diese los cien dólares. Era una mujer de palabra, me dijo, y por cien dólares me contaría lo que quisiera, incluyendo la historia de su vida sexual, si eso era lo que me interesaba.

Acto seguido llamé al Colony. Dudaron respecto a poderme reservar una mesa para las ocho en punto, pero me aseguraron que antes de las nueve la tendría. A las ocho en punto fui al restaurante. A las ocho cuarenta y cinco, la señora Argona, envuelta en una especie de sábana de satén blanco, apareció, me hizo una leve, majestuosa reverencia con la cabeza, me ofreció su informe mano y no se molestó en justificar su retraso. Tenía el cabello negro recogido en lo alto de la cabeza y unas pestañas postizas sobrepuestas a las verdaderas y unidas a la densa capa de maquillaje que recubría sus párpados; sus gruesas mejillas evidenciaban el colorete chillón que se había aplicado, y un trazo de lápiz de labios color magenta rodeaba la fina y pequeña boca.

—¿Hambriento, pequeño?

—Sí, lo estoy —susurré y seguí al camarero hasta la mesa asignada. Al menos cuando ibas junto a la señora Argona no pasabas desapercibido; nadie de la sala dejó de volver la cabeza para mirarnos, y la señora Argona no pareció ni disgustada ni turbada. Avanzó por el recinto como si fuera suyo y cuando el camarero colocó la silla bajo su enorme carrocería ella le sonrió con benignidad. Tuve que admitir que ella había ganado el primer *round*; la gente del lugar, esa noche, pudo considerarla algo poco común pero no creo hubiera nadie que se atreviera a considerarla insignificante. Inclinandose por encima de la mesa hacia mí me dijo con dulzura:

—Ya ves, niño, soy una gorda, vieja y bregada zorra y nadie me había llevado a un lugar así en diez años. No sé qué piensas hacer después, pero sea lo que sea, voy a disfrutarlo.

Afirmé con la cabeza.

—Eres un chico majo —añadió—. Relájate.

—Estoy tranquilo —dije.

—Así está bien. Supongamos ahora que me pides un Martini. Di que lo traigan seco. Y necesito algo para mordisquear. ¿Sabes que me gustaría?

—Caviar —dije.

—¿Cómo lo sabes? Eres muy sensitivo. Me gusta la gente sensitiva. Me gustan

los chicos sensitivos. Quiero caviar Beluga y sin nada de esa mezcla absurda de cebollas y huevo picado: simplemente caviar Beluga, medio limón y una tostada para extender el caviar. Espero que también te guste el caviar Beluga.

—Creo que nunca lo he probado —dije débilmente.

—Entonces esto va a ser una fiesta. ¿Sabes?, pienso que esta noche va a ser una auténtica fiesta. Me gusta este lugar. Me da buenas vibraciones, ¿entiendes qué quiero decir?

Le dije que era la primera vez que venía a este sitio.

—Muchacho, espera y mira.

Le fueron servidos tres Martinis y tres raciones de caviar Beluga y me juró por su santo honor que diez años antes pesaba solo cincuenta y dos quilos. No lo dudé pero ella me lo volvió a jurar. Le pregunté si diez años antes trabajaba en la Galería Lotus Amusement y ella replicó que estaba hambrienta. «Querido muchacho —dijo—, trago como una cerda, ese es el secreto de las mujeres gordas y de los hombres gordos. Es el único placer que me queda y que me llena de una especie de enfermiza culpa, de horror. ¿Quieres ir a la cama conmigo?».

—Apenas la conozco, señora Argona —traté de decirle.

—¿Ves, querido muchacho? Igual que tú, nadie quiere. Por eso como. Y no me llames señora Argona. Argona era un pequeño piojo con el que me casé hace veinte años, y hace casi veinte años que no le he visto ni quiero verle de nuevo ni en el infierno. Pero es mejor ser llamada Señora cuando tienes una figura como la mía, quiero decir que te da cierta dignidad y es una prueba de que alguien ha querido casarse contigo, incluso un insignificante piojo como Argona. Pero no quiero pensar sobre eso esta noche. Llámame Gracie. Inténtalo.

—La llamaré Gracie —dije afirmando con la cabeza. Te ganaba, esa mujer. Me fue ganando. No sé cómo lo hizo, pero tenía un curioso algo que hacía que la respetases. Hasta empezó a caerme bien—. Muy bien, Gracie. A mí me llaman Mack.

—¿Y qué puedo hacer por ti, Mack?

Saqué una de las fotos de Sylvia, la de medio cuerpo, y se la di. La miró pensativa un rato largo.

—¿La conoce, Gracie?

Continuó observando la foto.

—¿La conoce, Gracie?

Sin levantar la vista dijo:

—Sí, la conozco.

—¿Quién es?

—Sylvia Carter.

—¿Está segura?

—Estoy segura. —Su rostro se movió, ahora. Sus mejillas palpitaron. La pequeña boca se torció y de pronto se puso a llorar. Una de las pestañas postizas se desprendió y el maquillaje se destiñó.

—Gracie, ¿puedo ayudarla?

—Dame tu pañuelo —musitó.

—La última cosa que hubiese querido era hacerla llorar.

—No me has hecho llorar. —Se frotó la cara y el carmín y el maquillaje devinieron una masa viscosa—. Muchacho —gimió a través del pañuelo—, no me has hecho llorar. Ha sido esa maldita foto. Ella, tan increíblemente guapa, mirándome a mí, una gorda y vieja puta.

Frederick Summers había obrado bien en una cosa: al prohibirme a Sylvia, la Sylvia de carne y hueso. Supongo que en su momento debió ser una mera actitud defensiva. Había iniciado una imperdonable e inexplicable actuación y deseaba protegerse en lo posible. Pero más allá de eso, podía haber perdido la jugada de haber yo ido a hablar con Sylvia, incluso de haber tan solo puesto los ojos en ella.

Resultaba que, a medida que me envolvía en profundidad en la honda sombra de una mujer que no conocía, la iba comprendiendo más que a ninguna otra mujer del mundo; cuando más profundizaba, más necesario me era continuar. Como el acto de la creación, el acto de descubrir puede tener un profundo efecto sobre un ser humano, y ni creación ni descubrimiento habían formado parte de mi vida. La energía que no había sido dirigida hacia las necesidades biológicas de la existencia había sido empleada en calmar mi propio dolor; pero como muchas personas que están mucho tiempo solas, la conciencia real, el miedo a mi soledad venían a través de otra persona.

Tal vez sea más claro exponerlo así: nunca había sido requerido para comprender a otro ser humano y ahora mi existencia dependía de eso. Tenía que entender por qué Sylvia había trabajado en el turno de noche, de 6 de la tarde a 2 de la madrugada, en la Galería Lotus Amusement durante nueve meses y por qué durante todo ese tiempo no había tenido relaciones con ningún hombre. Cumplió sus dieciocho años allí. Pasó allí la verdadera flor de su feminidad. Allí fue completamente virginal.

Tal vez de todas las cosas que los hombres veían y recordaban de Sylvia, la calidad de su virginidad era lo más sorprendente. En las historias que suelen recordar los hombres no conozco nada más teñido de burla e idiocia que el concepto que guardan de la virginidad y su categorización de las mujeres al calibrar el acto sexual. Seiscientos años antes, Boccaccio había escrito la historia de la princesa que, en su sinuoso viaje hacia el príncipe prometido, se iba a la cama con un muy considerable número de hombres, para acabar, sin embargo, siendo todavía virgen. Cien años más tarde Malory amplió el concepto de virginidad a los hombres, como elemento de energía. He conocido a furcias inmaculadas. El rostro de Sylvia en las fotos era el de una mujer sin maldad ni culpa algunas. Pero he visto esa expresión en el rostro de demasiadas mujeres como para impresionarme. A mí no me asustaba como asustaba a Frederick Summers, con su respeto pueril por las grandes mentiras entre las que su vida se movía. De otro modo no me habría encargado descubrir si Sylvia era una buena o mala mujer, descubrimiento sobre el que andaba en ascuas desde que iniciara la investigación.

Además, yo sabía que la gente vive a gusto con las mentiras y odia la verdad, y no es la menor de esas amadas mentiras el concepto oficial que se tiene del bien y del mal. La estupidez de nuestra existencia se ve aliviada por una sardónica racionalidad. Y había una extraña sensatez en el hecho de que Sylvia se enclaustrase en una cabina

de cajera. Allí estaba, alta, hermosa e inmaculada, y alrededor de ella el estrépito de las máquinas de juegos, la proyección de los fatigados films eróticos, los aparatos de foto automática parpadeando aquí y allá y las bolas del *skeeball* rebotando.

Fuera, la chillona, ruin y ajetreada vida turística de Broadway bullía por doquier. Los días se acortaron al llegar el invierno. Cayó la lluvia, la nieve y el granizo, el invierno pasó y llegaron la primavera y el verano.

Fueron nueve meses de la vida de Sylvia.

—¿Qué deseas saber? —me preguntó la señora Argona.

—No me has pedido los cien dólares —le dije sacando mi cartera y deslizando hacia ella dos de cincuenta sobre la mesa.

—Al diablo con tus sucios cien.

—¿Fue amiga tuya, Gracie?

—¿Qué piensas? Vivíamos juntas y puede que sea la única cosa buena que jamás me haya sucedido. A veces desearía ser una bollera, con la suerte que tengo con los hombres. Y ahora querrás que te explique sus intimidades por tus sucios cien.

—Supón que te digo que sea lo que sea lo que me expliques no permitiré que nada le pueda perjudicar.

—Cuando un hombre dice algo así, Mack, el noventa por ciento es mierda.

—De acuerdo. Pero no te estoy mintiendo, Gracie.

—¿Dónde está ella ahora?

—Trato de encontrarla.

—¿Por qué?

—Porque he de hacerlo.

Suspiró, tomó los cien dólares y tras doblarlos los metió en el bolso.

—¿Qué quieres saber? —dijo con tristeza. Habíamos terminado la comida. Encargué dos brandys. Lo probó con un delicado movimiento de la lengua a través de su pequeña boca.

—¿Cómo fue que vivisteis juntas, Gracie?

Yo habitaba un estudio amueblado en la 51 oeste y ella vivía en un hotel del centro. Ling paga bien. Ese negocio es una mina de oro. Nos llevábamos a casa setenta y cinco dólares, creo, déjame pensar, sí..., algo así. Se construyó un nuevo edificio entre la octava avenida y la 53 y alquilamos un apartamento de tres habitaciones por ciento veinte dólares al mes. Sin amueblar. Lo amueblamos nosotras. Fue divertido: yo tenía veinte años más que Sylvia pero éramos como dos niñas. Había cierta señora que conocía de Pittsburg, que era donde ella había nacido, y quería que el apartamento se pareciese al de ella. ¡Oh, demonios!, eso es agua bajo el puente. A ti no te importa todo esto. ¿Qué tal otro *brandy*, cariño? Ordené dos más.

—Yo no tenía a nadie fijo por entonces —dijo la señora Argona—. Salía con algún que otro chico, conocidos siempre, a la vez que me amoldaba a Sylvia. Curiosa, esa Sylvia: nunca te decía qué es lo que te convenía. Así que fuimos conviviendo. Yo tenía solo treinta y un años y una bonita figura. Tal vez no te lo creas, pero así era.

—Te creo.

—Seguro... —Su voz se fue apagando mientras contemplaba el *brandy*—. Eres un chico majo, Mack. Hablas como un buen chico, al menos. ¿Pero de qué me sirve? No tengo un solo amigo en el mundo. Soy solo una puta gorda y vieja, sentada aquí y vendiéndote, por cien pavos, información que no vale veinte céntimos. Tal vez estés

loco. ¿Qué sentido tiene todo esto?

—No lo sé —contesté.

—Es lo que le decía a Sylvia. Es una culpa que no puedes evitar pagar. Es como esa maloliente cabina de cajera. Te aguanta las tetas rectas y te hace creer que vences al mundo durante ocho horas. Pero es una ilusión.

—¿Iba Sylvia con hombres?

—¡No! Te lo he dicho antes. ¡No veía a nadie! No quería. Era tan pura como mi madre, por entonces. ¿Me has oído? ¡Pura como mi madre!

—Lo sé, Gracie.

—¿Lo sabes? ¡Qué vas a saber! Tú no sabes nada. ¡Cómo le llegué a suplicar a esa chica! Le supliqué que sacara ventaja de ciertas cosas.

Ling quería promocionarla. Tal vez no te guste Ling. Tal vez pienses mal de los chinos. Pero Ling tiene millones...

O tal vez Ling se sintió atraído por la pureza de esa chica de negros ojos, tal como él la debía ver. Ling era un extraño, complejo y romántico individuo, como lo son muchos que manifiestan similar máscara de inescrutabilidad, y no podía acabarse de creer una explicación tan simple de la presencia de Sylvia aquí como que, pasando por Broadway, hubiera visto el cartel de «Se necesita chica» y se hubiera presentado. Tenía que haber algo más que eso, alguna complejidad del destino, como más tarde le dijo a Sylvia y también a Gracie. Su ética, como su pensamiento y filosofía, eran una mezcla de China, América y Broadway. A este respecto le dijo una vez a Sylvia:

—Me gustaría verme como tú me ves, verme a mí mismo a través de tus ojos. ¿Cómo me ves, Sylvia?

—Qué extraña pregunta.

La respuesta fue deliberada y él se envaneció. El núcleo de la inocencia de Sylvia era su comprensión de los hombres, pero era la comprensión de un segmento. La totalidad nunca la entendía.

—No tan extraña —protestó Ling—. Inusual sí, posiblemente, pero no extraña. Es algo perfectamente natural querer saber y mis sentimientos hacia ti, Sylvia, quedan reflejados en la franqueza de mi pregunta.

Pero el sentido de tales sentimientos resultaba confuso para ambas, Gracie y Sylvia. Ling decidió un domingo (la galería cerraba a las cinco, los domingos) invitarse a sí mismo al apartamento de ambas, y llegó con dulces chinos y regalos. Se comportó con mucha formalidad y corrección, una actitud hacia Sylvia que nunca varió. Su conversación, en esa ocasión, mientras tomaba sentado el té que le prepararon, fue sobre el tiempo, los dulces, los problemas de importar esos días, cosas de China, y sobre los libros que vio en el apartamento. Eran de Sylvia, y Gracie le explicó que Sylvia acumulaba libros del mismo modo que otras personas acumulaban cosas inútiles y revistas. Sylvia no dijo nada, solo le contempló con atención mientras él examinaba los libros. Ling era una persona leída e hizo diversos comentarios apropiados. Cuando reparó en las tres novelas de Jane Austen, Sylvia le dijo que las conservaba para releerlas, tras haberlas leído tres veces anteriormente, a lo que el hombre la miró como si no la hubiese visto hasta ese momento. Gracie opinó, cuando Ling ya se había marchado, que este daba la impresión de estar prendado de Sylvia. Gracie pensaba que debía haber una gran tragedia en el pasado de Ling, pero Sylvia rio y dijo que no le encontraba diferente de cualquier otro hombre. «Debe haber sido terriblemente herido por alguna mujer», dijo Gracie, posiblemente para explicar su carácter frío y distante, pero Sylvia dijo que, en su opinión, ningún hombre había sido nunca «terriblemente herido» por ninguna mujer.

Al día siguiente llegó al apartamento un paquete de Ling con las cuatro grandes novelas chinas en espléndidas encuadernaciones. *Todos los hombres son hermanos*, *El loto dorado*, *Dinero* y *El sueño de la habitación roja*. Eran traducciones al inglés

de autores que ella desconocía por completo. Gracie, que trató de leer uno de ellos, a raíz de cómo vio a Sylvia sumergirse en él, lo encontró poco excitante. Notó que el placer de Sylvia con el regalo no cambió los sentimientos de la chica respecto a Ling.

Una semana más tarde, Ling adoptó la costumbre de solicitar a Sylvia que compartiese su tardío almuerzo con él en su oficina. Aquí también sus maneras y actitud hacia ella fueron ejemplares en todos los sentidos, es decir, no intentaba tocarla o besarla o seducirla de ninguna manera. Le pregunté a Gracie qué hacían durante esas comidas y Gracie me dijo que Ling le enseñaba chino a Sylvia. Esta estrecha relación entre Ling y Sylvia duró casi cinco meses. Al final de los mismos, Sylvia había asimilado un mínimo saber sobre chino Mandarín y una buena porción de conocimientos sobre la cultura china.

Fue también al final de ese período que Ling preguntó a Sylvia que le dijese cómo le veía ahora.

—Eres muy amable —dijo finalmente Sylvia—. Muy amable, muy serio, muy sincero. He aprendido mucho de ti.

—No de mí —protestó Ling con modestia—. Mi contribución ha sido humilde, del mismo modo que mi humilde morada se ha iluminado y hecho estimable gracias a tu presencia. Eres una mujer notable, Sylvia. Eres la única mujer que he conocido a quien he querido y necesitado.

Sylvia le dijo a Gracie que cuando Ling le dijo eso, no solo debido a las palabras sino también por el modo en que lo expresó, por primera vez en la vida tuvo miedo de un hombre. Aunque dudé de esto, pensando que Sylvia habría temido a los hombres en otras ocasiones, entendí lo que quería decir. Había visto la expresión del rostro de Ling; no era difícil sentirse atemorizado.

—Lamento que haya sucedido de este modo —dijo Sylvia—. Desearía poder decir que me siento honrada y afectada, pero la verdad es que me siento estúpida. Debería haber sabido que esto siempre acaba de modo similar.

—No me comprendes —dijo Ling con calma—. No hago nada a la ligera y menos decir lo que he dicho. Hay mujeres a las que tomas y otras a las que honras y reverencias. Están las puercas y las diosas. Están las golfas y las vírgenes. Yo he erigido un altar para ti y he ofrecido ante él mis dádivas.

Durante semanas Sylvia había ensayado cuidadosamente lo que diría en una ocasión así, segura de que tal ocasión se produciría. Había planeado con exactitud cómo manejarla, desarrollarla, concluir; pero ahora, frente a tal situación, todas sus intenciones se vinieron abajo y le dijo crudamente a Ling:

—¡Eso es pura mierda y tú lo sabes!

Él fue hacia ella y le escupió en la cara. Ella le abofeteó y él, entonces, le dio un fuerte puñetazo en el estómago, a lo que ella se dobló en el suelo. De pie ante Sylvia, le dijo: «Sucia furcia desagradecida». Entonces ella se alzó tambaleándose, cogió una silla, y se la rompió sobre la cabeza. Él cayó al suelo inconsciente y ella le dejó allí, convencida de que lo había matado. Cuando Gracie llegó al apartamento hacia la

medianoche de ese día, encontró a Sylvia sentada en una silla, con mirada vacía, hundida.

—He matado a Ling —le hizo saber Sylvia—. He matado a un decente caballero chino que no hizo más que escupirme en la cara y darme un puñetazo en el vientre. ¿Qué voy a hacer cuando llegue la policía?

Gracie fue a la Galería Lotus Amusement, donde estaba Ling, con una protuberancia del tamaño de un huevo de paloma en la cabeza y regresó al apartamento para decirle a Sylvia que Ling estaba vivo y, ella, despedida.

11

—Lo más divertido —dijo Gracie— es que Ling tenía razón.

—¿Qué quieres decir?

—Lo de la virginidad y toda esa mierda.

—¿Oh?

—Durante nueve meses esa niña había sido virgen —explicó Gracie—. No sé por qué. Debes saber calibrar a la gente, ¿no, Mack?

—No te sigo.

—Bien, alguien me puede preguntar sobre ti y yo diría, bien, Mack es un prototipo de profesor como Dick Powell o algo así.

—Ni Powell es un profesor prototípico ni me parezco a él.

—Claro, claro, lo sé. Pero eres un detective privado. Así que diría que eres como un detective privado, tipo Bogart o alguien así, solo que tú no eres duro.

—Lo intento.

—Claro que lo intentas cariño, pero no eres duro. Quiero decir que puedo comentar que te pareces a alguien. Te calibro. Digo que eres un buen chico. Estás aquí sentado con una gorda loca como yo y me tratas como a una reina de algo. ¿Ves? Pero respecto a Sylvia, no la estudié. ¿A quién se parecía? A nadie. ¿Por qué era virgen como una maldita lesbiana o algo parecido? No sé lo que pretendía incorporar o expulsar de sí misma. Tal vez Ling vislumbró algo que no era o tal vez que era. Le hablé a Sylvia y fue como hacerlo a una pared. Le dije: «Mira, niña, ¿qué esperas de la vida?». Entonces me miró como si tratase de entender lo que le preguntaba. Me miró de modo estúpido, aunque ella no fuese estúpida. Porque era la más despierta criatura que jamás he conocido, no lista como un chico, no astuta como una pequeña golfa, no artera como la nueva camada de putas de duro corazón que se esfuerzan en carecer de sentimientos, no. Era despierta del modo como lo eres tú, Mack, aunque un poco más. ¿Me sigues?

—Te sigo —respondí.

—¿Pero hasta qué punto? La astucia se muerde la cola. ¿Tú crees que, porque soy una vieja gorda y me estoy hinchando en un restaurante a tu costa, no estoy tratando de descifrarte un poco, Mack? Déjame decirte el resultado: no tienes mujer ni familia, a nadie excepto a ti mismo. ¿Verdad?

—Verdad —afirmé con la cabeza.

—No te molestes, cariño. Solo hago constar algo. ¿Adónde te diriges y de dónde vienes? ¿Has pensado sobre ello?

—Pienso —dije.

—Esa astucia es la que tiene tu Sylvia. Igual que tú. Lee un millón de libros. ¿Conoces al tal Chesty, ese pequeño cornudo hijo de puta con su gran nariz roja, el que vende poesías sucias que lleva en su delantal?

Asentí con la cabeza.

—Es francés. ¿Nunca lo hubieras creído, verdad? Vino aquí cuando era niño. Sylvia le pagaba para que, antes de venir por la mañana a su trabajo en la Galería, fuese al apartamento a darle clases de francés. ¿Te lo imaginas? ¡Clases de francés!

—Me lo puedo imaginar.

—¿Qué clase de listeza es esa? Una listeza de loco. Ahí estaba esa criatura de dieciocho años a la que le había ocurrido cuanto podía ocurrirle a una niña en el Oeste y en Méjico y que no sabía apartarse de la lluvia cuando estaba lloviendo y, ahí estaba, en cambio, ejerciendo de virgen y tomando clases de francés. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Entiendo lo que quieres decir.

—¡Ha estado aquí otra vez! —dijo Gracie—. ¡Apesta! Juro por Dios que puedo oler a ese pequeño hijo de puta aunque ya se haya ido.

—Gracie, olvídale.

—¿Cuánto le pagas por esas lecciones?

—Dos dólares.

—Dos dólares por cuarenta y cinco minutos. Dos dólares. ¡Jesús, cariño, has perdido la razón!

—Olvídale Gracie. Cuando él viene tú no estás.

—Te lo llevo dicho: es un garrapo. Y un tarado. Te estrangulará algún día.

—No, no lo hará, Gracie. Y no quiero hablar más de ello.

—Está bien, está bien. Pero dime solo una cosa: tú hablas bien inglés. Y ahora quieres hablar chino y francés. ¿Qué demonios pretendes, ser una maldita intérprete de la ONU?

—Tú sabes lo que soy.

—¿El qué? ¿Una ramera? ¿A eso te lleva tanta sapiencia y tantos libros? Lo he intentado. Mírame: no soy lista ni lo suficiente despierta para siquiera recordar el camino a casa. Soy veinte años más vieja que tú. ¡Mírame!

—Lo siento, Gracie.

—Ni yo misma sabía por qué le estaba gritando —dijo Gracie—. No tenía motivo. ¡Oh, Jesús Dios, cómo quise a esa niña! Y nada de lesbianismo. Míreme y verá que no soy una bollera. No tengo que probarlo, ¿verdad, Mack?

—No, no tienes que probarlo —dije con calma.

—No quiero a nadie, Mack —dijo con desánimo—. Se vive mucho si se quiere vivir mucho. Yo no entiendo por qué algunos quieren vivir mucho, pero suele ocurrir.

Le pregunté con gentileza:

—Gracie, ¿crees que Sylvia podía amar a alguien?

—¿Qué quieres decir, cariño?

—Sabes lo que quiero decir.

—Nunca se enamoró, cariño.

—¿Podía?

—¿Por qué, querido? —Gracie dormitaba, su cabeza se iba inclinando hacia abajo. Pagué la cuenta, noventa dólares con la propina. Para dos personas era lo máximo que había pagado nunca creyendo que iba a pagar lo mínimo. Casi me quedé a cero en dinero para gastos.

—¿Por qué, amor? —Gracie susurró de nuevo—. ¿Estás enamorado de ella? Ve a coger la antorcha en otra parte, cariño. Amar a Sylvia no da rédito alguno, en absoluto.

La llevé a casa, al apartamento entre la novena y décima avenidas, en la calle cincuenta, un viejo inmueble con aroma de años, podredumbre, orines y basura, le ayudé a subir las escaleras y le abrí la puerta con la llave del piso de dos habitaciones donde vivía. Debía de pesar al menos ciento cincuenta kilos y cuando finalmente la deposité en un sillón, hasta el menor músculo de mi cuerpo me dolía.

Allí se quedó sentada, las piernas estiradas, una vasta masa informe de blanda carne pálida y negro satén en una habitación descuidada e incoherentemente desordenada, con el mismo descuido y desorden que su misma pobre existencia. Ahora, bajo la brillante luz del techo, el colorete de su rostro aparecía grotesco y patético y su pequeña boca esbozó un mohín mientras me rogaba que no la mirase.

—Sé el aspecto que tengo —suspiró—. Querido muchacho, prepárame una taza de café negro.

Fui a la cocina y, entre los olores y platos sucios, encontré la cafetera de filtro, la lavé y puse el café al fuego. Cuando estuvo listo, llené una taza para cada uno, despejé un cabo de la mesa y me senté junto a la mujer.

—Eres un buen chico, Mack —afirmó con la cabeza—. ¿Qué hora es?

Era la una de la madrugada.

—Sé el aspecto que tengo a la una de la madrugada, cariño. Me lo he pasado muy bien. Ha sido una gozada. ¡Imagínate, una vieja loca como yo pasándoselo bomba contigo, cariño!

—No te lo has pasado tan bien —dije—. Hemos evocado fantasmas. Algún día, Gracie, tú y yo iremos a comer juntos de nuevo, sin ningún fantasma.

—Cariño.

—¿Quieres decirme algo más?

—Si pudiera mantenerme despierta, cariño, y de tener diez años menos, no podrías dejarme sola esta noche. No, no, no podrías.

—No querría, Gracie.

—Cariño... —Bebió el café, mientras cabeceaba, los ojos semicerrados bajo los densamente maquillados párpados—. Quieres encontrar a Sylvia, ¿verdad? Cariño, yo tengo algo que tú no sabes. No me voy a enamorar nunca de nadie, ni siquiera de ti, cariño. ¿Qué más puedo decirte de Sylvia? Y no quiero herirte. Eres tan majo.

—No se me hiere tan fácilmente y conozco a Sylvia un poco. Un poco, Gracie.

—Soy una puta. Acostumbraba a decirle: Mírame. ¡Ah!, qué cansada estoy, cariño.

—¿Qué fue de ella?

—¿Importa ahora?

—Dímelo, Gracie —dije.

—¿Conoces a Molly Banter?

—¿La *madame*?

—La misma. Bien, ella vino un día por Broadway cuando Sylvia aún trabajaba en la Galería. La vio por la vitrina, entró y habló con ella y le dejó la tarjeta. Así ocurrió.

—¿Quieres decir que Sylvia fue con ella cuando la despidieron?

—Así fue.

—¿Qué ocurrió?

—¡Qué ocurrió! Nos peleamos y Sylvia se marchó, no apareció durante un mes. Entonces telefoneé al lugar regentado por Molly Banter. Incluso fui allí. Pero Sylvia ya no estaba. Eso es todo.

—¿Qué fue de ella, Gracie?

—¡Ah!, querido. Estoy tan cansada. Por qué no te marchas. Ya no puedo ni pensar.

—Dime tan solo qué fue de ella, Gracie.

—No puedo decírtelo, querido. Se marchó. No sé adónde o cómo o por qué. Se marchó. ¿A dónde van las putas, la putas con clase y las sin clase? Vete a casa, Mack.

Me alcé para marcharme y por primera vez me di cuenta del calor que hacía en el apartamento. Mi camisa estaba empapada por completo. Bajé por las escaleras y me pareció que no tenían final y, ya fuera, tomé un taxi hacia mi hotel. Había llegado un telegrama de Summers. Me enviaba mil dólares más.

Séptima parte

Nueva York
(Park Avenue)

1

El día siguiente me lo dediqué a mí mismo. Necesitaba una jornada entera de no hablar ni pensar en Sylvia Karoki, Carter, West; un día sin matones de musculosos brazos y sin chulos o prostitutas de baja estofa; y decidí emplearlo en el Zoo del Central Park. Había visto el Zoo desde la Avenida Cincuenta y quería vagar por él lentamente, gratificadamente, sentarme al sol en los bancos de madera y mirar a los niños jugar, dar de comer a las palomas, a los elefantes, a todo lo que se hallase en el Zoo a lo que se pudiera dar de comer, y luego almorzar bajo una de las sombrillas que proyectan brillantes manchas de color en la terraza de la cafetería.

Era un deseo dulce y modesto, pero cuando me desperté, hacia las diez, caía una espesa, desazonadora lluvia, una lluvia intensa, sin signos de que fuera a menguar. Me duché, me vestí y fui al *drugstore* a desayunar mis habituales huevos fritos con el diario de la mañana. Todavía llovía, así que llamé a Jack Fenney y concerté una cita para comer con él. Nos encontramos en Luchows, un antiguo restaurante alemán de la Calle catorce, comimos *bratwurst* y lentejas y hablamos sobre Jeff Peters, verdadera leyenda en el campo de la investigación privada, y de lo que les ocurría a los Brooklyn Dodgers y los Giants de Nueva York en la Costa Oeste. Y luego hablamos del *baseball* de cuando éramos niños y de la diferencia de ese deporte entonces y ahora. Tras analizar a Christu Mathewson, Bill Keeler, Tyrus R. Cobb, Georges H. Ruth, Carl Hubbell y otros —no menos inmortales que los héroes de tiempos de Homero— llegamos a la conclusión de que el *baseball* ya no era lo que había sido cuando éramos niños, ni nada parecido.

Recordamos el fulgor de esperanza y dulzura que flotaba sobre el mundo de entonces, pero imagino que es por el mero hecho de recordarlo: el fulgor es el mismo para cada generación cuando recuerda su época dorada. En el curso de la charla, cada uno de nosotros tomó tres whiskys y durante un rato dejé de pensar en el sucio rufián que en el fondo era Fenney y en lo memo que había sido yo al darle los casi mil dólares por el apaño que montara con lo de Finders; y supongo que él se olvidó un poco de que yo era un chico de provincias en la gran ciudad. Le pregunté qué sabía respecto a Molly Banter.

—Cuando tú y yo éramos niños, Mack —sonrió con sorna—. Ya no se hacían la cosas al modo como las hacía Molly Banter. Ella lo llevaba todo al estilo de los veinte. Hoy día una ramera es una ramera, pero en los días de Molly Banter una ramera era toda una dama del placer y vivía en una genuina casa de mala reputación, según dicen los libros, y Molly Banter era una *madame* como ya no existen, sí señor, créeme, Mack, muchacho: trataba con gente muy importante, algunos viven aún.

—¿Tan atrás hemos de remontarnos?

—Pues sí, tan atrás, demonios. Date una vuelta por la Avenida cincuenta algún día, Mack, y repara en algún cliente de cierta edad de algún club: uno de cada diez seguro que se estrenaron en la casa de placer de Molly Banter. En esa lejana época, sí.

—¿Ella aún vive?

—Las viejas zorras nunca mueren, Mack. Solo la buena gente muere joven, o así se suele decir.

—¿No querrás decir que aún está en activo? —le pregunté.

—No. Lo intentó, pero ocho o nueve años atrás arrojó la toalla y se retiró con, tal vez, dos o tres millones. Se dice que no gastaba un céntimo fuera del negocio. Escribió un libro.

—¿Escribió un libro?

—¿No te acuerdas? Demonios, no quiero decir que lo escribiera ella. Contrató a Artie Felson, que trabajaba en el *Journal American*, y a él le contó su historia, y tal vez él añadiera algo punzante de su propia cosecha. El maldito libro les proporcionó a ambos una fortuna.

—¿Qué hace ahora?

—Está retirada, chico —dijo Fenney—. Goza de los frutos de una vida de pecado e infamia, del modo en que lo puede hacer un viejo pellejo de setenta y cinco u ochenta años. Tiene un apartamento en Park Avenue y me han dicho que da algunas fiesta de alta alcurnia frecuentadas por celebridades.

—Se puede hacer buena carrera en esta ciudad.

—Se puede ir al infierno y regresar, muchacho. ¿Sabes?, cuando trató de instalarse en Park Avenue no la querían allí. El propietario pensó que podría desvalorizar el lugar tener a una famosa vieja puta, a una antigua *madame* viviendo allí. Molly llamó, entonces, a varios de sus antiguos clientes, formó un sindicato y compró el condenado inmueble. ¿Qué te parece?

—Pienso que rinde más obrar de chulo que de husmeador.

—No vas desencaminado.

—Jack —le dije—, ¿me podrías concertar una cita con ella?

—¿Con Molly Banter? Te he dicho que está retirada.

—No seas payaso. Quiero hablar con ella.

—¿Sabes? —dijo Fenney, afirmando con la cabeza—, te harías un favor a ti mismo, Mack, si me dijeras qué demonios andas buscando.

—Le habrás preguntado a Jeff Peters, ¿no?

—¡Claro que le he preguntado! —Fenney se indignó ante la idea de que yo sospechase que hacía cosas a mis espaldas—. ¿Sabes?, hablo con Peters dos, tres veces por semana. Sería un tonto si no le preguntase.

—¿Qué dijo?

—Que no sabía nada.

—Entonces déjalo estar. Si se lo digo a alguien como tú, el hombre que me paga podría encargarle el trabajo a una agencia como la tuya, podríais entonces darle lo que busca en tres días, repantingados en vuestras butacas con solo dar unas órdenes.

—¿Quién te ha contratado? ¿El FBI?

Trajeron la cuenta y la pagué yo. Me fue duro hacerlo y hubiera querido hacérsela

tragar a Fenney pero precisaba algo de él y probablemente le necesitaría para otros favores.

—Bien —dije—. ¿Me puedes arreglar una cita con Molly Banter?

—¿Por qué no utilizas lo de International Finders?

—Rentabilizar los quinientos dólares, vaya.

—Podría funcionar.

—Si lo que me dices de ella es cierto —dije— le da cien mil vueltas a cualquier comerciante chino y descubrirá el truco idiota que has montado en un instante.

—Nunca he visto a nadie llorar tanto por tan poco dinero como tú haces.

—Setecientos cincuenta dólares no es poca cosa. Puede que lo sea para ti pero no para mí. En cualquier caso, según mi parecer, solo hay una manera de hacer vibrar el corazón de pedernal de una vieja puta como esa, lista como el demonio.

—¿Qué manera?

—Con sentimiento. Haciéndome pasar por el hermano de Sylvia. ¿Puedes proporcionarme una licencia de conductor de Pensilvania o algo parecido y poner en ella el nombre de Alan Carter?

—Eso te costará.

—¡Oh, Jesús Dios! —dije—. ¿No me ha costado ya bastante este asunto? ¡Ten corazón! ¡Un poco de piedad!

—Te va a costar veinticinco pavos.

—¿Y me concertarás la cita con Molly Banter también?

—Eso te lo haré gratis —dijo Fenney con una mueca burlona.

2

La lluvia cesó al día siguiente y pude ir al Zoo y almorzar en la terraza de la cafetería. Di de comer a las palomas y a los elefantes pero tuve que dejarlo porque casi hacia tanto calor como en El Paso. Llegó la licencia de chófer con el nombre de Alan Carter y cuando llamé a Jack Fenney me dijo que fuese paciente y que en veinticuatro horas tendría algo para mí. Fui a ver una película inglesa aunque solo me gustó medianamente; en parte porque encontré muy difícil concentrarme en el desarrollo del argumento. Después, caminé por la Quinta Avenida abajo, hacia la librería Brentano en la calle Cuarenta y siete, donde compré una edición de bolsillo del libro de Molly Banter. Me lo llevé al hotel, pedí que me trajeran a la habitación *sándwiches* y café y leí hasta que, hacia las dos, lo terminé. No era un buen libro ni informaba demasiado. Estaba escrito en prosa pedestre periodística y tan lleno de clisés como una calabaza de pepitas. El sexo había sido sustituido por un cosquilleo y, de común acuerdo, el periodista y la vieja celestina lograban que el negocio de la prostitución sonara a algo así como a una elegante escuela de señoritas de clase alta. ¡Oh!, todo resultaba muy divertido y la vieja Molly era como una madre para las díscolas chicas, y había suficientes miradas provocativas e insinuaciones para alimentar convenientemente el chismorreo de los clubes de campo y de *Schraffts*, pero no se revelaba ningún nombre concreto. La vieja dama tenía principios y quería probar que había mucha honra entre las ramera y los ladrones.

No saqué nada positivo de la lectura y me sentí poseído por ese frustrante e irascible sentimiento que me posee cuando me paso horas con un libro, film o espectáculo, que finalmente resulta carente de valor. No sé por qué me siento de esta manera ya que en mi trabajo también pierdo el tiempo miserablemente, pero así son las cosas. No tenía sueño. Me senté en el alféizar de la ventana, fumando y mirando a la ciudad iluminada por la luna, silenciosa y libre de agitación excepto por algún ocasional vehículo. El amanecer se empezaba a perfilar en el cielo cuando me metí en la cama y caí dormido en el acto.

3

Era mediodía cuando desperté y tras ducharme y vestirme me planteé el problema de si tenía suficiente apetito para tomar algo, desayunar o como lo quisiese llamar. De pronto el teléfono sonó y una voz preguntó por Alan Carter. El sueño había relajado mis habituales cautos reflejos, por lo que contesté a la voz que mi nombre era Macklin. La voz dijo que ya lo sabía pero que Jack Fenney le había dicho que podría encontrar a Carter en el mismo número. Enseguida recordé y respondí muy cordialmente a la voz, quien me informó de que su nombre era Fred Swanson, que era amigo de Jack Fenney y que Fenney le había pedido que le presentara a Molly Banter. Precisamente ocurría que esa tarde Molly Banter daba un cocktail y estaría encantado de llevarme con él y hacer las presentaciones. Le dije que muy bien y él sugirió que vendría alrededor de las seis. Podríamos tomar un taxi para ir adonde Molly Banter.

A las cinco cincuenta me llamó a la habitación de nuevo para decirme que me esperaba en el kiosco del hotel. Bajé directamente, nos dimos la mano y dijimos las cosas que se suelen decir en momentos así. Era un hombre alto y delgado, posiblemente unos pocos años mayor que yo, de facciones bien parecidas y regulares y que vestía de *Brooks Brothers*. Tenía el aspecto imaginable del típico ejecutivo de Madison Avenue, pero resultaba que era socio de la correduría de Bolsa Aylesworth, Beale y Gray. No aparecía su nombre en la lista pero pronto iba a estar. Cuando me dijo esto, añadió algo innecesario:

—Realmente, Carter, le debo a Jack Fenney más de lo que podría decirle y supongo que si me pidiese que abriera la caja de caudales de la oficina y le entregase todo el contenido, me sentiría obligado a hacerlo. Al mismo tiempo, y sin querer ofenderle de ninguna manera, creo que Carter no es su verdadero nombre, ¿verdad?

—Es posible. En el estado de Nueva York eso no es ningún crimen.

—Bien, no es asunto mío, pero Molly Banter es una de las mejores clientes de mi empresa y espero que nada de esto repercuta negativamente.

—Se lo puedo prometer.

Pareció considerablemente aliviado, y en el taxi que nos llevó a Park Avenue, a la calle Setenta y nueve, me dijo que los cocktails de la señora Banter eran toda una institución semanal y que, en los meses de invierno, uno podía contar a doscientas personas entrando y saliendo, algunas de ellas nombres de la máxima importancia de la ciudad. Ahora, en septiembre, con mucha gente aún de vacaciones no habría más de cincuenta o sesenta personas, pero la mayoría sería gente interesante. Puso esto entre paréntesis y siguió diciendo que no eran el tipo de personas con las que generalmente se veía, aunque admitía que las encontraba diferentes y entretenidas. Me dijo que había pensado en presentarme como un antiguo condiscípulo.

—¿De qué colegio?

—¿Yale?

Negué con la cabeza y sugerí aparecer como un administrativo de su sucursal de Pittsburg, con amplio presupuesto para invertir en bonos y acciones. «Eso, claro, siempre que poseáis una oficina en Pittsburg».

—Tenemos una —afirmó con la cabeza—. Sí, puedo hacer eso. —Pareció decepcionado, pero no supe si por no ser de Yale o porque quería que la inocente mentira hubiese provenido de su propia cosecha.

Llegamos al lugar junto a un grupo de gente que también venía y subimos todos en el ascensor hasta el apartamento de la señorita Banter. Éramos doce. El elevador se detuvo en un rellano con un único apartamento. La puerta estaba abierta. Una criada y un mayordomo se hicieron cargo de sombreros y demás enseres y, a continuación, avanzamos por un suelo de baldosas de mármol blancas y negras hasta un amplio salón abierto a una terraza que daba al parque, que se hallaba dos avenidas más abajo.

Siempre había creído que los decorados del cine en que se simulaban apartamentos de Park Avenue eran exagerados, pero este podía haber servido de decorado sin tenerse que mejorar en nada. Las paredes eran blancas con zócalo y friso dorados, el suelo estaba cubierto de moqueta azul de una pulgada de grosor y los muebles eran color azul pálido y marfil. El bar se hallaba situado detrás y alrededor de un antiguo tríptico, la nota religiosa la ponían dos querubines de marfil y oro que colgaban del techo con sus alas. Tal vez fueran treinta o cuarenta las personas que se sentaban allí, o estaban de pie o deambulaban por el recinto. Una docena más se hallaban en la terraza. Cada vez que subía el ascensor entraban doce nuevas personas (las que cabían en la cabina). Nadie prestaba atención a quién entraba o salía, nadie saludaba a nadie ni pedía pases ni nada parecido, y, por el modo en que se iba llenando el lugar, consideré que la estimación de Swanson había pecado por defecto.

—Ella todavía no ha llegado —me dijo Swanson, echando una mirada alrededor—. Ya sabes, es una mujer mayor, a veces hasta tarda una hora en presentarse. —Era como si hablase de una duquesa o de un premio Nobel o de la madre de Whistler—. ¿Por qué no te sirves algo y contemplas el panorama? Lo encontrarás interesante. —Venía a decirme que él quería ir a su aire y que yo fuera al mío hasta el momento de la presentación y que, ¿cómo un chico de provincias como yo no iba a estar encantado de hallarme en un ambiente como este?—. O, tal vez quieras conocer a gente —me preguntó tras unos instantes.

—Me emborracharé —le dije, sonriendo, para hacerle ver que no pensaba en absoluto hacerlo a fin de estar sobrio ante la gran señora. Ambos fuimos al bar y luego él se fue a dar una vuelta. Yo permanecí ante la barra y tomé un Scotch *whisky* de un trago y luego otro doble con soda para llevar en la mano. Una mujer a quien le estaban llenando el vaso de nuevo debió deducir que yo no era americano por el modo en que había casi tragado el primero. Cuando le pregunté si eso era antiamericano, rio y volvió a reír y se lo repitió a otro como si fuera una agudeza.

—Quiero decir —comentó ella— que se puede deducir la nacionalidad de alguien por el modo en que bebe. Usted no es americano, ¿verdad?

Le dije que era neozelandés.

—¿Escribe libros?

Le dije que sí y ella dijo que tenía mi nombre en el borde de la lengua. Ella y el hombre que la acompañaba o que se había acercado a ella, me llevaron hasta otro escritor, pero la mujer me rogó que todavía no le dijera mi nombre puesto que lo tenía al borde de la lengua. El escritor estaba en la terraza con un grupo de siete u ocho personas. Era un hombre pequeño, con un chaleco gris con botones perla y una húmeda boca de cupido. Se hallaba escuchando a un alto, bronceado, saludable espécimen que le hablaba de cierto espectáculo de Broadway.

—No me importa que sea una mierda —decía el hombre bronceado—. Me molesta que un crítico me lleve a pagar treinta dólares por un par de asientos. Si quiero arte iré a un museo. Yo no busco arte en un espectáculo musical.

—Solo el crimen es un arte hoy día —replicó el escritor, lamiéndose los labios, pendiente de las palabras del bronceado espécimen—. Las otras artes son decadentes. El teatro es como un pez que se muerde la cola.

—No podemos interrumpirles —me susurró mi guía—. ¡Cómo me gusta oír hablar bien! —le dije que siguiera escuchando, que enseguida volvería. Me fui entonces a la barra mientras iba tomando mi bebida.

Estaba tomándome otra bebida cuando Swanson vino a mi lado, con el grupo en que se hallaba, y me presentó como señor Carter. Una atractiva mujer me dijo que esperaba que no trabajara en la Bolsa, y un hombre con aspecto de Adolf Menjou comentó que todo el mundo tenía que ver con la Bolsa y me desafió a que le contradijera. La mujer atractiva me preguntó en qué trabajaba y yo le respondí que, dejando a un lado el considerable dinero que había heredado de mi padre y que Swanson me invertía, era profesor de Historia.

—¿De Historia? ¿Y de qué período? —me preguntó un hombre, alto y de cabello blanco, del grupo.

—Historia antigua.

—Es fascinante —afirmó con la cabeza—. De hecho, aunque nos hallemos treinta pisos por encima de la calle, esto es parecido a la antigua Roma, ¿no?

Le dije que no lo veía de ese modo. No veía similitud alguna con la antigua Roma, pero yo no enseñaba Historia, ahora. De todos modos, empezaba a estar un poco tenso y cuando eso sucede procuro hablar menos. El hombre que se parecía a Menjou contó la historia del cliente de un nuevo y caro restaurante llamado *The Forum*, que solicitó un *Martinus*. Cuando el camarero le corrigió indicándole si no quería decir *martini*, él resopló y le dijo que si quería otra bebida ya la pediría.

A mi cuarta bebida ya ni sonreía por cortesía. La mujer atractiva lanzó una risita pero pareció no haber captado la broma, por lo que el hombre que era posiblemente su marido le dijo: «Por Dios, Bunny, *martinus* es singular y *martini* es plural en latín». Swanson trató de arreglar la situación confesando que tampoco él lo había captado y detuvo al camarero para darle a la dama otra bebida.

A pesar de su amplitud, la estancia se estaba llenando por completo. Tras de mí, una chillona voz masculina condenaba a la ruina a la ciudad. «Ahora mismo —dijo la voz— hay ya demasiados coches por cada edificio. Lo inundan todo y el tráfico ciudadano se colapsa. Esta sucia ciudad se muere, se está ahogando en su propia sangre».

—Llega tarde a su psicoanalista —dijo otra voz detrás de mí.

—Lewis Mumford ya vio el problema veinte años antes.

—Está equivocado. Soy de los pocos que aún se resisten al diván. Nunca me verá tendido en uno.

—Solo.

—Llegué tarde al ensayo, si quiere saberlo.

Swanson me dijo: «Ella llegará en cualquier momento, pero pienso que hay demasiada gente para que presentarse tenga sentido alguno. Quédate por aquí hasta que la multitud se disperse».

—Soy todo tuyo, Swanson.

—Bien. Hay una chica que quiere conocerte, una actriz joven de mucho talento.

—¿Quiere conocerme?

—Te ha señalado y yo le he dicho que no lo hiciera porque eres rico.

El hombre de cabello blanco dijo: «Ven, Carter, ¿no podría ser un buen motivo de reflexión moral para un historiador que la así llamada “crema” de nuestra ciudad rinda tributo a una vieja puta?».

—Hablar así es algo muy poco pertinente —apuntó alguien que acababa de acercarse.

—Inapropiado. Una *madame* no es una puta.

—Me gustaría conocer la opinión de Carter —insistió el hombre de cabello blanco—. ¿Cómo lo ve un colega profesor?

Swanson no era tan lerdo como imaginaba y, al verme sonreír sarcásticamente y con malignidad, me agarró por el brazo y me apartó del grupo pidiendo disculpas por encima del hombro. «Te dije que no te emborracharas —susurró—. Por Dios, habla con esa chica. No es tan duro».

Fuimos a ella y Swanson le dijo que se ocupara de mí. Era muy guapa, de cabello castaño y ojos azules, y se parecía a una de esas fotos de participantes en el concurso de Miss América o algo por el estilo. «¿Quiere tomar algo, señor Carter?», me preguntó y yo dije que sí. Quería beber algo, así que le dije que pidiera un doble. En el bar me comentó: «¿No le parece que esas fotos antiguas bajo el bar quedan muy monas? ¡Esto sí que es decoración!».

—Son monas del modo en que tú eres mona —le dije yo.

Me pareció perfecto que en ese momento llegase Molly Banter, ya que me permitió dejar inconcluso lo que había empezado a decir. Hubo una especie de murmullo y aunque no había ni orquesta ni música alguna, parecía como si sonara una marcha cuando entró en la sala la pequeña, regordeta vieja dama, vestida de satén

con un brocado en oro por valor de mil dólares.

Even Swanson se había ido. Me hallaba solo en la inmensa sala, bebiendo café negro mientras el mayordomo y la doncella lo recogían todo y la vieja dama de vestido blanco se sentaba ante mí. Cuando habló lo hizo con un desmayado e inidentificable acento, la voz cansada, derrotada.

—¿Se siente mejor ahora? —dijo—. Muy bien. ¿Por qué todos ustedes, repelentes moralistas, siempre suelen emborracharse? En los viejos tiempos, cuando uno como usted venía a mi establecimiento, alertaba a las chicas para que andasen con cuidado. La precaución respecto a libertinos y borrachos. No creo que me guste mucho nada, señor Carter, pero en particular odio a los moralistas, los que van de rectos, los puros.

—No soy ningún moralista —musité.

—¡Ja, ja, ja!, ¿no? Claro que es usted de esa ralea. Les conozco. ¿Cuántas veces se ha emborrachado como ahora en estos últimos cinco años?, ¿me lo puede decir?

—Ninguna.

—No. Por supuesto que no. Ha esperado encontrarse en casa de Molly Banter para hacerlo y ahora va a cantarle las cuarenta a la alcahueta. Ah, me pone enferma la gente como usted. Ha vomitado sobre mi cama y mi cuarto de baño huele como una cloaca. Otra que no fuera yo le habría arrojado a la calle. Y no crea que es que soy una sentimental y usted es muy apuesto, nada de eso. Es que tengo curiosidad. Sí, curiosidad. Estoy tan sola. Mire alrededor. ¿Quiénes eran todos esos? Han venido aquí para, ¿cuál es la palabra?, el lenguaje de ahora es tan amanerado como esos chicos homosexuales que copan el teatro, la literatura y todo lo demás. Excitarse, esa es la palabra, excitación. Vienen aquí buscando excitación, así pueden luego hablar de que han estado en esa antigua casa de putas y de lo que allí han visto, pero nadie quiere que le vean con la vieja puta y se escabullen como Cenicienta tras el baile. Y no piense que eso me hace sentir mal. No lo lamento por mí ni por nadie. Pero recuerde esto. Mi mayordomo fue campeón del mundo de peso medio y no soporto tonterías aquí. No lucha con limpieza. Tiene unos nudillos de hierro en el chaleco y cuando Fats McGowan, el viejo gánster, quiso montar un número en una ocasión, mi mayordomo, Joey, le partió la mandíbula en dos. Le estoy diciendo todo esto porque no soporto a la gente que pretende tomarme el pelo. No le voy a hablar de lo que doy a hospitales y orfanatos y de cómo mis chicas aún vienen a verme cuando tienen problemas o necesitan dinero, todo eso son chorradas. Soy lo que soy. Y usted no se llama señor Carter como su falsa licencia de chófer en el bolsillo reza. Usted es un investigador privado de Los Angeles y se llama Alan Macklin. Creo, asimismo, que es usted un joven estúpido y me parece difícil que pueda ganarse la vida en algo, incluso obrando de detective. No le he registrado los bolsillos yo, ha sido Joey. ¡Menudo detective privado!

Hice un gesto de asentimiento con timidez.

—Resulta hasta raro que su cabeza continúe sobre los hombros.

—Lo es —le di la razón—. Ciertamente, lo es.

—Ahora quiero saber qué hace aquí y por qué ha pedido a ese estúpido de Swanson que le presente como señor Carter. ¡Menudo nombre! Hay algo que debe saber, señor Macklin, si es que quiere continuar siendo un detective privado. Cuando alguien como usted quiera usar otro nombre, no toma Smith o Jones. Sería demasiado obvio. Toma nombres como Carter o Cohen o Fulton. ¿Quiere otra taza de café?

Asentí con la cabeza y ella me llenó la taza. Tras un intervalo silencioso, ella dijo: «¿Y bien?». Entonces le hablé y le dije la verdad. En el curso de toda la investigación fue la primera persona a la que le dije la verdad por completo, aparte de Irma Olanski en Pittsburg. No le hablé de Frederick Summers ni de que Sylvia era ahora Sylvia West, ni de dónde vivía, ni sobre el libro de poemas, pero aparte de eso le dije la verdad. Ella escuchó atentamente sin quitarme en todo el rato los ojos del rostro. Cuando terminé, suspiró y dijo:

—Todos ustedes son iguales, ¿verdad? Los puritanos.

—Soy un investigador privado. Es mi trabajo.

—Y sin ese trabajo se moriría de hambre, ¿no?

—No. No me moriría.

—Muchas chicas me vienen a decir que se mueren de hambre.

—No la condeno ni la estoy acusando de nada.

—¿No? —Me estudió con sus pequeños ojos—. Cuando obtenga esa información, entonces destrozará a Sylvia, ¿no?

—No.

—¿No? ¿No va a utilizar la información?

—No.

—Entonces, perdone a esta vieja estúpida, señor Macklin, pero no entiendo nada.

—Estoy buscando a Sylvia, señora Banter. No sé cómo decírselo. La estoy buscando.

—Pero usted sabe dónde vive ella —sonrió levemente la mujer.

—No hay otra manera de que pueda encontrarla.

—¿Qué sentido tiene eso, señor Macklin?

—No sé si tiene sentido. No sé si tiene sentido que le diga que antes moriría que hacerle daño.

—Estoy sorprendida, señor Macklin. No hay mentira mayor en este mundo que la de que un hombre diga que está dispuesto a morir por una mujer.

—Solo trato de expresarle lo que siento.

—¿Por Sylvia? ¿Trata de decirme que está enamorado de ella? ¿De alguien que nunca ha visto?

—No parece usted impresionada.

—¿Debería estarlo, señor Macklin? ¿Con tal tipo de amor?

—No sé qué tipo de amor es —dije, desesperanzado—. Creo que será mejor que me marche.

—¿No quiere que le cuente de Sylvia?

—No quiero preguntar, no tendría sentido.

—¿Y qué es lo que tiene sentido, señor Macklin? ¿Tiene sentido que toda esa gente rica y famosa venga aquí a beberse mi licor para agradar a una arrugada vieja *madame*? ¿Hay alguna parte de su vida que tenga mucho sentido, señor Macklin? ¿Tiene sentido el amor? Pregúnteselo a sí mismo. ¿Encontrará Sylvia la felicidad con su millonario californiano? Así se lo cuestionarían en una serie de televisión, pero en cuanto a mí, me importa un rábano Sylvia o usted. No me gusta perder el tiempo. No me importa lo que usted piense de una vieja puta, Molly Banter. Pero no vuelva a venir aquí con su moralismo y su borrachera.

Octava parte

Scarsdale

1

—Lo que no puedo entender —me dijo Jack Fenney— es por qué Jack Peters insiste en que eres un tipo despierto. He hablado con él esta mañana y me ha dicho que aunque a primera vista no lo parezca, tienes cerebro. No quiero herir tus sentimientos, Mack.

—¡Oh, no, no! —le dije—. Continúa y hazme sentir bien.

—Lo que quiero decir no es una tontería. Me caes bien, Mack, y, si quieres trabajo, todavía te lo daría puesto que encontrar a un detective que sepa deletrear su nombre es toda una hazaña. Me desgañito por ti y ¿qué sucede? Esta vez no es un comerciante chino, sino un tipo majo como Swanson.

—Un fenómeno.

—Claro, claro. Él tiene sus costumbres y tú las tuyas. Y yo tengo la mías. Tal vez si hubiéramos crecido en otro lugar que no en esta cloaca se nos habría educado bien. No digo esto en contra de nadie. El caso es que su empresa es uno de mis clientes. Me pagan tres mil dólares fijos al año además de lo que les cobro por llevar un par de bonos de un sitio a otro o por reclamar a deudores mentirosos o cosas así; además de los tres mil dólares, también eso. Estaría bueno que llegase a perder una cuenta como esa, ¿no, Mack?

—Vete al infierno —dije—. Siempre podrías volver a International Finders.

—¿Todavía quejándote de eso? ¿Por qué no me explicas lo que traes entre manos? Entonces te podría ayudar. Si no, tengo las manos atadas.

—Todo lo que quiero es encontrar a alguien que trabajó nueve años atrás con Molly Banter.

—¿Alguien cualquiera?

—Tal como lo veo ahora, sí, a alguien cualquiera.

—Bien, hay un modo —dijo Jack Fenney—. Creo que fue precisamente nueve años atrás que Molly cerró su establecimiento para siempre. Estuvo seis meses en la cárcel de mujeres si no ando equivocado y cuando salió lo dejó todo. Según recuerdo, una docena de sus chicas fueron llevadas a juicio junto a ella. Hace mucho tiempo y no recuerdo bien los detalles, pero si vas a la Biblioteca pública de Nueva York, puedes leer sobre ello y tal vez hallar alguna pista sobre alguna chica —y añadió entonces—: Esta información te la doy gratis.

Se lo agradecí.

Pasé el resto del día en la Biblioteca pública, consultando los microfilms de los periódicos antiguos. Hubo un escándalo jugoso, con toda la habitual y previsible parafernalia de pecado de alta categoría en la gran ciudad, los pequeños libros negros, los dos jóvenes clientes pertenecientes a la más alta sociedad, el conocido personaje político, los militares cuyos nombres no podían divulgarse —siendo asunto de seguridad nacional que un general hubiera sido cogido infraganti en el burdel—, las prostitutas menores de edad que vendían sus historias personales; hubo de todo,

aparte de los abochornados que fueron detenidos, hubo afortunados que no fueron sorprendidos o no estaban registrados en los referidos libros negros. Pero, como esperaba, no había la menor mención de ninguna Sylvia Carter. Empezaba a entender que cuando Sylvia se trasladaba de un lugar a otro rompía toda conexión de modo rotundo, dejando sueltos los menos hilillos posibles.

Como el escándalo fue lo que fue, los periódicos hablaron de él durante más de tres meses, e incluso más allá. Fui capaz de extraer una visión de conjunto bastante completa y detallada. Once chicas habían sido detenidas junto a Molly Banter. Tres de esas chicas llevaban con Banter solo unas semanas cuando fueron arrestadas, lo que dejaba a ocho tan solo. Dos de ellas eran extranjeras y habían sido, por consiguiente, deportadas con pretexto de atentado a la moral. Esto dejaba a seis. Una de esas seis había roto la libertad bajo fianza y, como la policía no había podido hallarla, la taché de mi lista.

Un reportaje bastante exhaustivo informaba de que, de las restantes cinco, una había ido a Houston y otra a Chicago. Presumiblemente tres se hallaban aún en Nueva York y, de las tres, una hizo que sonase la campana de mi memoria. Su nombre era Shirley Digbee y, cuando aún era bella y bien formada, medía un metro ochenta, lo cual entre otras cosas la hacía deseable a un buen número de hombres pequeños. También, por lo que pude sacar de los diarios, no era especialmente despierta, incluso para el tipo de actividad que ejercía.

Llamé a Jack Fenney y le cogí en el momento en que marchaba de la oficina, acabado su trabajo diario.

—Por supuesto —dijo—. Debería haber recordado a Shirley Digbee. Te podía haber ahorrado algún tiempo.

—Hubieras podido, sí.

—Pero menudo caso ese, has de admitirlo —dijo—. No es habitual leer sobre algo tan llamativo e interesante como ese asunto.

—¿Y Shirley Digbee?

—¿Has visto ese musical, *Habla dulcemente*?

—No.

—Entonces compra una entrada y ve esta noche. Shirley Digbee actúa en él. Está desde el estreno, hace dos años.

Le di las gracias.

No entiendo por qué miles de personas pueden pagar entre siete y veinte dólares para ver algo como *Habla dulcemente*, pero supongo que tienen razones tan válidas como las mías. Por lo que sé, vienen también a ver a Shirley Digbee interpretando el papel de Paralyzing Pauline y aguardan pacientemente el aburrido e insípido primer acto en que ella no aparece y en que las canciones son flojas, la música imitativa y los vestidos tan escasos como las ordenanzas permiten. En el segundo acto ella aparece en escena y, durante veinte minutos, se está allí, con un sostén de pedrería y unas ligas, sin decir una palabra ni mover nada excepto los ojos.

Aunque, he de admitir que el efecto es poderoso. Sobre sus elevados tacones ella es lo más alto del escenario, por un pie al menos, y puedo imaginar el efecto que produce en ese tipo de hombre que se detienen en su camino a mirar a las mujeres altas que pasan. También tuve que admitir que tenía una bonita figura, bien proporcionada, y que cuando nadie se ponía a su lado, contrastando con ella, no aparecía diferente a cualquier otra mujer. Cuando el telón bajó al final del espectáculo, fui a los pasillos de la parte de atrás del escenario. Debí parecer alguien que conocía adónde iba por lo que nadie me detuvo y, cuando pregunté por el camerino de miss Digbee, una de las chicas me lo señaló con el dedo. Llamé a la puerta y Shirley Digbee, enfundada en una bata, abrió la puerta y quiso saber quién era y qué quería. Entretanto me miró de arriba abajo; literalmente me calibró.

—Mido casi un metro ochenta con zapatos —sonreí—. Sin zapatos tal vez mido tres cuartos menos de pulgada.

—Oh, entra —dijo moviendo la cabeza para que pasara al pequeño y apretado cubículo que era su camerino—. Te parecerá un chiste, pero no sabes lo que me pasa con los hombres bajos. Siempre es lo mismo. Tengo que inclinarme para evitar que trepen sobre mí. Esta noche tengo una fiesta, una gala para beneficencia, y todos vienen con sus mujeres. ¿Quién eres? ¿Una especie de policía?

—Soy un investigador privado de Los Angeles.

Se escurrió tras un pequeño biombo en un ángulo de la habitación.

—Me voy a vestir mientras hablo contigo, igual que se hace en las películas —dijo con total naturalidad—. De otro modo te habrás de ir. Aunque me gusta vestirme con un hombre en la habitación. Soy así de extravagante, o neurótica. Tengo tal vez veinte neuras, o tal vez treinta, ¿quién sabe? Todas provienen de ser tan malditamente alta. Lo divertido es que me gusta ser alta. Me vuelve loca. No querría que fuese de otra manera. Fui un tiempo a un psicoanalista, un tipo pequeño, un metro cincuenta y cinco, tal vez. La mayoría quieren marcarse un tanto saliendo conmigo. Marcarse un tanto, por decir algo. Podría escribir un libro sobre los hombres pequeños. Pero este, el psicoanalista, estaba siempre tratando de convencerme de que odiaba ser alta. Finalmente le dije: «Mira, pesado, ¿por qué me llamas veinte veces al día si todo lo que tienes en mente es reducirme a tu tamaño?». Pero créame, cuando digo que era

todo lo que tenía en mente es una forma de hablar a *grosso modo*. Si le tuviese a usted más confianza le diría lo que en verdad tenía ese en la cabeza. Insistía en lo de mi neurosis. Le dije: «Contigo nadie puede hacer nada simplemente porque le guste. Siempre ha de ser una neurosis».

—¿No quieres saber mi nombre? Le interrumpí.

—Claro. Pero ¿sabes?, es lástima que seas un poli privado, quiero decir, que ya que eres de L. A. podrías estar metido en el negocio del cine. Entonces serías como todos los demás. ¿Sabes lo que dicen todos?

—Que eres demasiado alta, supongo.

—¿Cómo lo sabes? —Se había puesto ya la ropa. En vez de salir de detrás del biombo, lo plegó y apoyó en la pared—. Siéntate y ponte cómodo. ¿Cómo te gusta? —Volteó su vestido verde brillante. Se movía con gracia y facilidad, como una niña—. Pero todo esto es un pretexto —continuó—. Quiero decir el asunto de mi altura. Quiero decir que, mira a James Arness, en la serie *Gunsmoke*. Puede que mida uno noventa, pero no le hacen estar inmóvil en un apestoso musical como a mí. ¿Crees que me concedieron una línea, tan solo una? Pues no. No es que sea muy alta. Es que tengo un estigma. Ese es mi problema.

—¿Un qué?

—Un estigma. ¿No sabes lo que es un estigma?

—Creo que sí.

—Bien, pues eso. Trabajé con Molly Banter. No es ningún secreto, todos lo saben. Santo Cielo, no le dedicaron tanto espacio a la guerra de Corea, ¿sabes lo que quiero decir? Cuando alguien como tú viene a verme, enseguida pienso: otro que viene por lo de Molly Banter. Parece que es algo excitante. Y, por cierto, ¿cuál es tu nombre?

—Alan Macklin.

—¿Estás casado?

—No, no lo estoy —dije.

—En cualquier caso, tengo una cita esta noche. Voy con un poco de prisa, pues. ¿Qué puedo hacer por ti, Mack? Porque estoy segura de que todos te llaman Mack.

—La mayoría.

—Eso pasa por tener un nombre como Macklin. Es un nombre gafado, como el de Shirley. ¿Cómo van a llamarte si no? ¿Y qué quieres, Mack?

—¿Trabajabas con Molly Banter en septiembre de 1948?

Frunció las cejas, pareció pensarlo y luego movió la cabeza afirmativamente.

—Sí.

—¿Recuerdas a otra chica que trabajaba allí y que se llamaba Sylvia Carter?

—¿Silvia Carter?

—Un poco más alta de lo corriente. Delgada, buen busto, piernas largas, ojos negros, cabello negro, nariz estrecha y con los orificios un poco anchos.

—Diez años es mucho tiempo, Mack.

Saqué las fotos y le enseñé dos de ellas, y entonces recordó y de algún modo sentí que todo iba a ser muy sencillo, directo, sin problemas, aunque lo que recordase Shirley no llevase a parte alguna.

—Sí... —dijo—. Sí, seguro. Una chica tranquila. Guapa. No estuvo mucho tiempo, tal vez cinco o seis semanas. No tuvo demasiada relación con ninguna, quiero decir las demás chicas. Luego se fue.

—¿Adónde?

—Dios sabe, Mack. Se marchó, adiós, fin. No la volví a ver jamás. Desearía poder ayudarte pero no puedo. He de irme.

—Concédeme un instante más —le rogué—. Debió de hacer alguna amiga allí, alguien. Trata de pensar.

—No sabes qué me estás preguntando, amigo, porque pienso como una grabadora rota. Pero te diré algo. Había otra chica allí. Creo que se marchó hacia la misma época. Lo recuerdo porque me la encontré hace un año en una fiesta en casa de Lefty Meyer. Estaba allí con su marido. Quiero decir que Lefty paga la mitad del coche, aunque no sea el marido. La chica se lo ha montado bien. Está casada con Herbert Phillips y viven en Scarsdale. Le ha salido perfecto y me parece fenomenal.

—¿Quién es Herbert Phillips?

Un tipo importante en el mercado de valores de Wall Street o algo así, y está forrado. Mira, no sé qué interés pueda tener esto para ti, ya que lo que quieres es saber algo de esa chica, Sylvia. Esa otra, creo que su nombre era Jane Bronson o algo así, se marchó del establecimiento de Molly hacia la misma época. Eso es todo.

Era bastante.

3

El 1 de octubre fue miércoles y concluía una semana de diálogo conmigo mismo sin hallar respuesta alguna. Había iniciado el informe el miércoles anterior. Había alquilado una máquina de escribir y me había sentado a redactar aquello por lo que había sido contratado. Al atardecer tenía escritas veintidós páginas. Era el informe considerado y sensato de un hombre educado, cómodamente sentado sobre una cloaca. Cuando era niño robaba manzanas y plátanos porque tenía hambre; cuando finalicé las primeras veintidós páginas no estaba hambriento. Bajé a la calle, fui a una licorería, compré un quinto de Scotch y me emborraché en la habitación. Exactamente hacia siete años de la última vez que había vaciado una botella a solas, pero siete años no es demasiado tiempo para rehuir un autoanálisis a fondo. Hay quienes lo evitan toda una vida sin necesidad de beber.

Eso había sido el 24 de septiembre y experimenté un sentimiento de realización. Una niña había nacido, Sylvia Karoki, y había vivido y crecido no como una niña debe vivir ni crecer en este mundo. No podía verter lágrimas puesto que me estaba ganando mis dólares. No quería ir a Scarsdale, pero la única virtud que me restaba era que no me entusiasmaba hacer las cosas a que estaba obligado, pero, de algún modo, las hacía. Una leve virtud, generalmente invisible.

El jueves, 25 de septiembre, me decidí a ir a Scarsdale. Llovía un poco y me dije: «Al infierno con todo. Al infierno con todo». Así que fui al cine. Luego llamé a Jack Fenney, no porque fuese investigador privado sino porque era alguien de Nueva York a quien conocía y necesitaba desesperadamente estar con alguien que conociera y hablarle a alguien que conociera. Pero ese día estaba ocupado y no tuvo tiempo para mí. Fue un día en que pensé en Irma Olanski y en Alan Macklin y traté de considerar en mi mente los conceptos de hombre bueno y hombre honesto. La mayor falla radicó en mis observaciones sobre mí mismo. Es verdad que no había encontrado a ese hombre bueno ni al honesto, pero tampoco los buscaba. Lo que yo indagaba era la vida de una puta, curiosa palabra cuando se medita sobre ella. Una puta se vende a sí misma y por ello es el símbolo de una sociedad en donde hombres y mujeres venden una olla, una cazuela o un automóvil. No permití que mis pensamientos fueran más allá de eso porque no quería ponerme a beber de nuevo.

El viernes, 26 de septiembre, fui a Scarsdale. Era un cálido, agradable día y alquilé un convertible, así que pude hacer de tripas corazón y disfrutar de la conducción por el parque, a lo largo del río, hasta acceder a Winchester. En Scarsdale me detuve en un *drugstore*, busqué a Herbert Phillips en el listín telefónico local y anoté la dirección: 44, Chadworth Road. Era un modo poco ortodoxo de trabajar pero había perdido mi dignidad en todo cuanto hacía. Así tenía realizada la mayor parte de lo que debía hacer. Había investigado dieciocho años de la vida de una mujer; los siete años transcurridos antes de que Sylvia West apareciera por Los Angeles eran de menor importancia. Era verdad que yo había sido contratado para desentrañar no solo

el secreto de un alma de mujer sino también el origen de su cuenta bancaria: y como profesional competente estaba obligado a revelar aquello por lo que había sido contratado. Pero eso eran nimiedades de mi profesión; en un sentido amplio, el resultado era magníficamente exitoso.

Conduje a través de al menos veinte calles de Scarsdale antes de localizar Chadworth Road, y aunque podía haber preguntado el camino al principio, decidí no hacerlo. Aparte de esto, el trayecto era agradecido e informativo. Había pensado que las residencias que veía en tan gran número eran exclusivas de lugares como Beverly Hills, pero ahora podía conducir, arrellanado en mi asiento, por Scarsdale y experimentar la impresión agradable y lujosa de hallarme en Beverly Hills. Disfruté también contemplando los céspedes de las mansiones de setenta y ochenta mil dólares, que me hacían sentir culto, tanto como para decirme a mí mismo: esa es estilo georgiano y esa francés provincial y esa una especie de bastardo Cape Cod, no un cottage, y esa es Colonial Tidewater y esa Colonial hispano. También había algunas casas modernas, pero no en Chadworth Road.

En Chadworth Road cada mansión se hallaba construida sobre sus buenos dos o tres acres de terreno y el estilo que prevalecía era una combinación de plantación sureña y estructura doble Georgiana, ubicada tras una avenida en semicírculo y, precedida de un porche con columnas. La número 44 era el tipo de casa que da lugar a que te digas: «No, bien mirado no me gustaría vivir aquí», aunque en realidad sería lo que más te apetecería en el mundo. Era una mansión como de Presidente, la cúspide del sueño americano.

Conduje hasta la puerta y una vez allí llamé mediante el gran picaporte de metal que accionaba automáticamente una campana. Una doncella de negro y con cuello de encaje abrió la puerta, escuchó cortésmente mi solicitud y me informó de que el señor Phillips estaría todo el día en Nueva York, en donde se debía reunir con la señora, y que no regresarían hasta tarde. Así pues, volví a Nueva York y a mi hotel. En el bar del establecimiento tomé algo y charlé con el barman. Los bármanes no suelen ser agudos ni sabios, excepto alguno que otro, según mi limitada experiencia, y no poseen el tipo de personalidad que a la gente le gustaría que tuvieran; pero presiden el club más solitario de la ciudad y proporcionan lo que un hombre anhela más que cualquier otra cosa: el sonido de una voz humana dirigida a ti.

El sábado, 27 de septiembre, dormí hasta tarde, me vestí luego lentamente y paseé por Central Park. Era un día muy espléndido, un tipo de día que, según dicen, rara vez se da en Nueva York, sobre todo durante septiembre u octubre. Un viento seco y suave soplaba del oeste y el aire estaba lleno de la dulzura de la juventud y el amor. Era uno de esos días que hacen que los solitarios se sientan tristes, perdidos, anhelantes; y a mí me tocó las fibras más sensibles, como si un afilado cuchillo me cortara los adentros, haciéndome ver que había una sola mujer en el mundo a la que yo realmente necesitaba, una mujer a la que podría querer eternamente y que no sería sustituible por ninguna otra. Me vi capaz de asumirlo, de reconocerlo, de admitirlo

plenamente en mí mismo; y si bien no tenía nada más en mi vida, ni un sentimiento de dignidad ni de autoestima ni de realización de ningún tipo o valor, al menos poseía esto: que estaba enamorado. En un mundo en donde la suciedad es profunda y la decencia rara, estar enamorado supone algo, pueden creerme, incluso aunque se hayan tenido que esperar treinta y seis años.

El domingo hice una llamada y otra y transcurrió un día entero.

El lunes, 20 de septiembre, alquilé de nuevo un coche y fui a Scarsdale. Eran las once en punto cuando llegué a Chadworth Road.

La misma doncella me abrió la puerta. Pregunté por la señora Phillips y me dijo: «Por favor, entre». Era un notable vestíbulo, con una doble escalera que subía en hélice hasta el piso de arriba; había una alfombra Aubusson en el suelo y una apropiada selección de antigüedades Ginseburg y Levy rodeando la alfombra. Había sillas Sheraton contra las paredes y un reloj de caja larga junto a un cuadro mostrando a un caballero del siglo XVIII que pudiera que fuese o no un ancestro del señor Phillips.

Permanecí aguardando, aunque nunca me he sentido cómodo en una silla que cuesta más que todo cuanto poseo, y mantuve las manos en los bolsillos, que es el modo que tengo de enfrentarme al dedo acusador de la mucha riqueza y distinción. Al poco, Jane Bronson, ahora señora Phillips, vino al vestíbulo o *hall* o *foyer*, o como sea que se llamase eso, y se me quedó contemplando a la vez que yo la contemplaba a ella. Poseía el más frío e impasible par de ojos azules que yo había visto nunca en una mujer. Al margen de eso, era sumamente atractiva o, mejor, impresionaba, dependiendo de la forma en que reaccionases a las facciones de su rostro: una boca recta, una piel blanca y excelente y una pose de estatua, como si tuviese el tronco sostenido por una barra de hierro vertical.

Por mi parte no suelo reaccionar con calidez o placer a combinación como esa, pero debo admitir que, frente a esa gran señora, no pude evitar sentir una fuerte impresión. Intenté, como pude, recordar que había sido antaño pupila de Molly Banter, pero no lo logré ante una presencia y actitud que parecían indicarme que yo y los de mi clase y procedencia, éramos basura. La señora Phillips habitaba en el cuerpo de Jane Bronson de un modo soberbio: esto se hallaba absolutamente fuera de duda.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor...? —me preguntó como si yo no tuviera ningún nombre ni ella esperara ninguno.

—Señor Macklin.

—Señor Macklin —repitió ella. Nunca había oído mi nombre sonando con tan poca importancia, con tan poco gusto, tan vulgar como al pronunciarlo ella. Me pregunté al instante por qué parecía tan convencida de que mi presencia le era una desagradable intrusión. Después de todo, yo podía haber sido un funcionario oficial, un inspector del gas, un registrador de la propiedad, un asesor de impuestos, o incluso un lejano, desconocido pariente de Phillips. En cualquier caso, o bien conocía a los hombres mejor que nadie que anteriormente yo hubiera conocido o es que trataba a todos los individuos inidentificados que aparecían por allí del mismo modo. En cualquier caso, fue lo suficientemente amable como para pedirme qué podía hacer por mí. Tuve buena conciencia de esto: que no era el momento de sacar a colación International Finders o cualquier otro truco pueril. Dije la única cosa que tenía en mente:

—¿Me podría hablar de Sylvia Carter?

Cualquier reacción era posible y me preparé para ella. Pero no hubo reacción ninguna. Ni un músculo se alteró en su cara. La hermosa máscara nórdica no quebró la corteza de frialdad y distancia. Pero tuvo lugar un largo, muy largo silencio antes de que me dijera:

—Creo que ha venido al lugar equivocado, señor Macklin. Ni le conozco ni tengo nada que ver con usted. Por favor, márchese.

Se mantuvo fría, serena, muy en su lugar, pero supe que había acertado con mi actitud. Su respuesta era correcta, pero no sonó natural. Era algo que debía haber sacado de libros, obras teatrales o films, pero no era el tipo de reacción de una mujer que nunca ha oído hablar de Sylvia Carter.

—Si usted lo quiere, me iré —dije—. Que quede claro eso. No soy un rufián, y esto no es un chantaje ni nada parecido. Pero a la vez pongamos las cartas sobre la mesa. Usted no va a llamar al mayordomo o al chófer para que me echen. Ni va a llamar a la policía. Esto lo va a manejar usted misma y pienso que es del todo capaz de hacerlo.

Consideró lo que dije durante unos instantes antes de replicar, a la vez que me contemplaba. Me calibró del mismo modo frío y meticuloso que un ganadero observa un toro sobre el que va a hacer una oferta. Tuve el sentimiento de que, en esos pocos segundos, sopesó mis zapatos, el traje, la camisa, calculó los años de mi corbata, observó mis uñas y supo cuándo había ido al barbero por última vez. Luego, dijo:

—Estoy de acuerdo con usted, señor Macklin. Estoy de acuerdo.

Silencio de nuevo. Aguardé. Ella también aguardó, hasta que dije: «¿Y bien, señora Phillips?».

—No creo que tenga nada que decirle, señor Macklin. Si esto lo puedo manejar sola, también puede usted. Pero pienso que podemos abordar el problema de modo diferente. Cuando me ha dicho que sus intenciones eran limpias, se ha delatado. O no tiene cartas escondidas o es un rufián barato. ¿Qué es? ¿Quién es usted?

—Soy un detective privado de Los Angeles. Aquí están mis credenciales. —Se las entregué, ella las examinó cuidadosamente y luego me las devolvió.

—¿Cuál es su interés por la persona que mencionó, señor Macklin?, esa Sylvia Carter.

—Quiero saber dónde estaba entre los años 1949 y 1956.

—¿Por qué?

—Para que cierto individuo de la Costa Oeste decida si quiere o no casarse con ella.

—Y cuando usted sepa lo que quiere saber, ese sujeto decidirá no casarse con la señora Carter ¿Es así?

—Imagino que sí.

—¿Y qué hay respecto a los años anteriores a 1949, señor Macklin? —me preguntó más tranquila y fría, si eso era posible.

—Ya sé lo que hizo esos años.

—¿No sabe entonces lo suficiente, señor Macklin?

—Me han contratado para saber de todos los años. Me pagan y hago mi trabajo.

—No quiero ser injusta con usted señor Macklin —dijo lenta y reflexivamente— pero usted me parece un piojo. ¿Cree que hay muchos hombres que harían lo que usted?

—Un montón —afirme con la cabeza.

—¿Qué piensa usted de los hombres, señor Macklin? —preguntó con curiosidad.

—Más o menos lo mismo que usted, supongo. Y eso me incluye a mí también.

—Es una interesante apreciación, señor Macklin.

—¿Sí? No lo sé. No la creo interesante y no soy en este momento lo suficientemente imaginativo como para pergeñar interesantes apreciaciones.

—Me sorprende usted, señor Macklin. ¿Qué quiere decir? Aunque sea un mero argumento, considere que existe esa tal Sylvia Carter y que yo la puedo haber conocido algo. Tras haberme dicho lo que me ha dicho, ¿puede imaginar alguna razón por la que yo tenga que contarle nada?

—Sí, creo que sí.

—¡Oh!

—Y es porque no creo que Sylvia Carter deba casarse con el hombre que me ha contratado.

—¿No? Debe ser un hombre rico para permitirse un medio tan caro de resolver sus dudas.

—Lo es.

—Así que la señora Carter no debe casarse con ese hombre.

—No.

—¿Y por qué no, señor Macklin?

—Porque me contrató. Es razón suficiente.

—Así que es usted juez y jurado.

—Si lo ve de ese modo...

—¿Y cómo debería verlo?

—A mi manera —dije. De pronto me sentí cansado y ya no me preocupaba nada. Me sentía vacío, el mundo a mi alrededor estaba vacío. «No importa» —le dije a la señora Phillips—. Pienso que he cometido un error. Creo que he venido a la casa equivocada—. Y me dirigí a la puerta.

—Un momento, señor Macklin —dijo ella.

Tenía ya la mano en la puerta y no me volví.

—Soy solo un rufián de poca monta, señora Phillips —dije—. Puede usted estar tranquila. Mi trabajo ha terminado, y me cuidaré de olvidar que he estado aquí y que la he visto a usted.

—¿Por qué? ¿Por qué se necesita tener estómago para concluir su trabajo, señor Macklin?

—Si usted quiere llamarlo «tener estómago».

—¿O es que teme saber algo más de Sylvia?

Solté el tirador de la puerta y me volví a ella. Era una mujer muy dueña de sí misma. Estaba ahí y me calibraba de nuevo. El silencio fue espeso, inquietante, incómodo.

—Sí, lo temo —susurré.

—Entonces, Dios le ayude, señor Macklin —dijo sin cambiar la expresión de ese rostro frío y suave que tenía—. Puedo parecerle fría y distante, señor Macklin, pero a pesar de las faltas que pueda haber cometido, no soy virtuosa y me he casado con un hombre que no es virtuoso. ¿Usted cree que me hubiera podido conmovier, señor Macklin, aunque se lo hubiera propuesto? ¿No piensa que otro podría haberlo intentado, y otro, y otro? Y, ¿podía yo haber vivido así, señor Macklin? Me he casado con un hombre rico, muy rico y que sabe perfectamente lo que he sido antes de casarnos. O lo que yo no era. Ya ve, señor Macklin, esa es la diferencia entre Sylvia y yo. Puedo hacer frente a lo que sea. Ella, no. Y no creo que tampoco usted pueda enfrentarse a lo que ella fue. Entienda la situación, señor Macklin. No me asusta usted. Ni siquiera me turba. Solo me da pena.

Los brazos me colgaban a ambos lados y, mi cuerpo estaba lleno de antigua, cansada vaciedad. Permanecí ahí, contemplándola. No tenía nada que decir. Cuando ella se volvió hacia el viejo reloj y me dio la espalda, señaló que eran las once en punto.

—Tengo hambre, señor Macklin —dijo—. ¿Quiere llevarme a algún sitio en su coche, donde podamos comer y hablar sobre Sylvia?

—Me gustaría —dije.

—De hecho, he de encontrarme con mi marido en la ciudad esta noche. Hemos de coger el tren. Me puede llevar a Nueva York y podríamos comer allí, si quiere.

Me daba la espalda y yo empecé a decir:

—Si tiene hambre...

Sonrió por primera vez.

—Puedo esperar, señor Macklin.

Novena parte

Nueva York - calle 52

1

Llevé a la señora Phillips, antaño Jane Bronson, a Nueva York y mientras estuvimos en el coche le dije lo que tarde o temprano tenía que decirle: que nunca había visto a Sylvia ni le había hablado. «¿Tiene sentido esto?». Ella dijo que lo tenía en su contexto y que sí entendía lo que quería decir. Le dije que no lo sabía. Hacía solo once semanas que había estado con Irma Olanski en Pittsburg y seis semanas no es tiempo suficiente para que un hombre cambie.

Era más fácil hablar con ella conduciendo. No tenía que mirarla, solo mirar la carretera. Cuando dijo que la principal dificultad de hablar de una mujer a un hombre residía en el hecho de que ningún hombre que no fuese de la otra acera desearía ser una mujer, sonreí levemente y asentí con la cabeza.

—La envidia podría ayudar —dije.

—Cuando conocí a su Sylvia, ella y yo, bueno, ambas, solíamos hacer un chiste: «¿Cuál es la especie más distinta del hombre? La mujer». Si usted hubiera conocido a Sylvia al principio de su investigación, eso habría sido el fin de todo. Lo sabe, ¿verdad?

—Creo que lo sé desde el principio.

—Sylvia era víctima de una maldición. En eso era en lo que nos diferenciábamos. Tal vez porque no tenía el cerebro de Sylvia, podía mirarme a mí misma y convivir con la situación. Sylvia, en cambio, no podía y solo vivía para poder huir de esa actividad, solo vivía para borrar esa etapa de su existencia, aniquilarla. En ese momento podría ser libre.

—Yo también soy libre de ese modo.

—¿Se odia a sí mismo tanto como ella se odiaba a sí misma, señor Macklin?

—Casi siempre, sí.

Comimos en el *Twenty-one*, en la calle 52, y yo observé cómo ella se movía por el lugar, en donde era bien conocida, observé el modo en que la gente la miraba, el modo en que dos hombres del bar la miraron y susurraron algo entre ellos. Ella debía vivir asumiendo este hecho. Era orgullosa y envarada como una barra de hierro y había hecho de la carne de su rostro una máscara tan coriácea como una chapa de diez pulgadas, aunque su interior no fuese tan duro. Me di cuenta de cómo eso la vulneraba, le hacía daño. De niña había vivido en un pequeño pueblo de la pradera llamado Jericho, en Dakota del Norte. Su padre fue coceado hasta la muerte por un caballo enfermo cuando ella tenía siete años. Ella había asistido al suceso y lo recordaba bien. Su madre se suicidó un año más tarde. Como Sylvia, nunca suplicó al mundo por subsistencia, no le debía nada a la sociedad, y si el orfanato del condado donde vivió su niñez era mejor que el sucio piso en donde se crio Sylvia, la diferencia, en general, no era tan enorme.

El camarero se demoró un poco escribiendo en su cuadernillo lo que pedimos. Lo hizo con cierto excesivo servilismo, y ella fue lo suficientemente despierta como para advertir que yo me daba cuenta.

—Nunca olvidas —afirmó con la cabeza—. Vas haciéndote mayor. Me tomó mucho tiempo. No quiero olvidar. Les doy las gracias a todos, asquerosos bastardos.

—¿No hay otro modo? —le pregunté.

—Dígame, señor Macklin. ¿Cuántas veces puede sonar el timbre y vértelas con un chantaje? ¿O sonar el teléfono? ¿No conoce las sucias, degeneradas, anónimas voces que te hablan a través del aparato? Yo sí. Y cada vez que mi marido me mira me digo a mí misma: no, no puede funcionar. Pero no hay otra manera, ningún sitio al que ir, al que huir. Siempre lo llevas contigo. Es algo que aún no hemos logrado solventar.

—¿Sabía Sylvia cómo se sentía usted?

—Lo sabía. Ha de comprender qué había entre Sylvia y yo. Ella vino a ese maldito prostíbulo de Molly Banter, el prostíbulo más asqueroso precisamente porque pretendía ser algo más, con esa vieja zorra queriéndonos convencer de que era como nuestra madre mientras se quedaba veinte dólares por cada prestación. Sylvia llegó al lugar como si fuera una maldita duquesa. ¿Qué digo? No, no es cierto. Entró como si llevara los ojos vendados, aunque los llevara bien abiertos. Yo controlo mi rostro señor Macklin. Ella controlaba su mente y su alma para no ser como las otras. Se sentaba en el salón a leer un libro y Molly le traía lo que llamaba un «cliente». Entonces Sylvia cerraba el libro y se ponía a la tarea, y si acababa pronto volvía al salón y cogía de nuevo el libro, como si la lectura no se hubiese interrumpido. Puede imaginar cómo las demás chicas reaccionaban a esto. Durante una semana trataron de cortarle la cabeza pero no pudieron. No importaba lo que dijeran, ella se mantenía distante.

—¿Y cómo logró usted romper el hielo? —pregunté.

—Ella necesitaba una vivienda —la señora Phillips se encogió de hombros—. Yo tenía un apartamento de dos habitaciones en la avenida 57 Este. Le dije si lo quería compartir y pagar el alquiler a medias. Las chicas la habían dado por imposible. Tal vez fuese que yo era parecida a ella. Tal vez fuese que yo pensaba que con el tiempo, controlándome y aprendiendo a hablar con propiedad, no diciendo, por ejemplo, «eso no hace» sino «no se trata de eso», y no pronunciando las palabras con precipitación, pensaba que con eso de algún modo podría escapar. Podría irme a dormir un día y, al despertar, sería como si nada hubiese ocurrido.

—¿Sylvia creía eso?

—Sí, cuando estaba despierta. Cuando dormía, en cambio, gemía y lloraba y dos o tres veces a la semana se despertaba de una pesadilla y gritaba como si los demonios la estuvieran partiendo en dos. Había veces en que tenía miedo incluso de ir a dormir y se quedaba sentada leyendo toda la noche, sin quedarse dormida hasta que la fatiga la rendía. Y no se sentía nada bien cuando debía dormir con algún hombre. Se despertaba de la peor manera. Hubo un millonario brasileño que la golpeó hasta casi matarla porque se despertó de ese modo y él perdió el control porque ella se puso a gritar y él tuvo que hacerle entrar en razón. Gritaba en sus pesadillas por las cosas que le habían ocurrido en Méjico. Había estado en muchos lugares de Méjico, ¡oh Dios mío, sí! ¿Hasta qué punto la conoce usted, señor Macklin? Dígame.

La miré sin decir nada. Trajeron la comida pero yo no tenía apetito.

—¿Cree usted que ella es muy dura, señor Macklin? ¿Fuerte? ¿Capaz de hacerlo todo, de aguantarlo todo, de sobrevivir a todo? Eso era su mayor mentira, señor Macklin.

—¿Por qué dejó usted a Molly Banter?

—¿Se lo preguntará también a Sylvia, verdad?

—Supongo que sí.

—Oh, ¿por qué supone usted que me fui de allí? No nos gustaba ser *call girls*. Estábamos hartas. Sé lo que está pensando, señor Macklin, ¿por qué en ese sitio tan famoso? ¿Por qué nos metimos allí? Tendrá que responderlo usted mismo, preguntándose por qué acepta el dinero del hombre que le ha contratado.

—Me lo he preguntado —afirmé con la cabeza.

—¿Y a qué conclusión ha llegado, señor Macklin?

Sacudí levemente la cabeza.

3

Encontraron trabajo como camareras en el restaurante de una gran cadena, con horario de diez a ocho, diez horas diarias con un teórico descanso entre las tres y las cinco. Pero tal descanso nunca tenía lugar. Entre tres y cinco venían las señoras que hacían la compra, los bebedores de soda de la tarde y las comidas rápidas para los ocasionales hambrientos. Entre el escaso sueldo y las propinas, se llevaban cincuenta dólares cada una y comían en el trabajo. El alquiler del apartamento de dos habitaciones era de ciento veinticinco dólares al mes. Se plantearon ir a otro apartamento pero no hallaron ninguno. Era un trabajo muy duro y les ocupaba seis días por semana. Con frecuencia eran casi las nueve cuando llegaban a casa. Se tumbaban, entonces, en la cama y Jane Bronson encendía la radio y escuchaba música pop. Sylvia se ponía a leer y caía dormida tras unas pocas páginas. Casi no veían nunca a nadie. Casi no tenían citas.

Así estuvieron casi seis meses hasta que alguien llamado Herman Seeman, que dirigía el establecimiento, supo que habían trabajado en la casa de Molly Banter. (Cómo, quise saber: cómo puede suceder algo parecido).

Siempre ocurre. Una filtración, una imprevisible filtración. Ósmosis. Es un acto de vanidad saludar a una chica y susurrar al compañero lo que ella hacía cuando se le pagaba lo conveniente. A la vez, el escándalo de Molly Banter empezaba a estallar por ese tiempo y todo el mundo sabía del tema. No fueron despedidas. Herman Seeman se alegró al saber lo que habían sido, ambas eran chicas muy atractivas.

Un hombre pierde la razón —dijo Jane Bronson— cuando se halla en continua proximidad de, no una, sino de dos chicas de Molly Banter. Tuvo que elegir y escogió a Sylvia, a la que sorprendió a solas en la despensa, en el tiempo de descanso, cuando los clientes menguaban. Como había sucedido una y otra vez en la peripecia de Sylvia, esta ni gritó ni solicitó ayuda. Se limitó a resistirse silenciosamente. Pero Herman Seeman era un hombre fuerte, y estaba consiguiendo lo que quería cuando apareció Jane Bronson, que le rompió un frasco de catchup en la cabeza. Hubo menos sangre que catchup, pero ambas se quedaron sin trabajo y sin la ayuda de ninguna buena referencia.

Durante cinco semanas estuvieron sin trabajar, debieron abandonar el apartamento y encontraron empleo en un teatro itinerante de variedades que en realidad ofrecía *strip tease* barato. Fueron al sur con el teatro y en *Fort Lauderdale*, Florida, la compañía fue requerida por la policía. El gerente se escapó con el dinero y las chicas fueron condenadas a la leve pena de pagar unas multas en que se les fue todo el dinero. (Yo pensaba que en el mundo del espectáculo este tipo de cosas ya no se daban, que eran cosa del pasado).

Continuaron juntas pero en parte fue por la desesperación de no verse solas frente a su soledad. Encontraron trabajo como camareras en un hotel de Palm Beach y, cuando regresaron a Nueva York cuatro meses más tarde, disponían de setecientos

dólares entre las dos. Encontraron otro apartamento, esta vez en la calle 58. Tres semanas después de acceder a este apartamento, Jane Bronson encontró manera de que ambas trabajaran en las Galerías Francesas de la quinta avenida, algo que llevaban tiempo planeando y anhelando. Un día, Jane cruzaba la sexta avenida, de regreso al apartamento, cuando fue atropellada por un conductor borracho y debió ser ingresada en un hospital con fractura múltiple de pierna y la pelvis rota. Era una situación difícil y peligrosa y debió permanecer en el hospital once semanas. Se le encontraron complicaciones internas y estuvo en peligro constante de embolia. Se le puso en una habitación individual y durante tres semanas las enfermeras no la dejaron un momento. Pero cuando abandonó el hospital, once semanas más tarde, no le quedaron otras secuelas del accidente que el recuerdo del dolor y una delgada cicatriz en el muslo.

—Al mundo, señor Macklin —dijo la señora Phillips—, le encanta la amistad entre dos hombres. En el mejor de los mundos posibles, lo que mejor se promociona son las cosas de hombres ¿Recuerda aquello de: «Mayor alegría...»?

—Creo que sí: «Mayor alegría no hay para el hombre que dar la vida por su amigo», o algo parecido.

—La mujer, en cambio, no tiene mayor alegría que arrancarle los ojos a su mejor amiga. Eso es un montón de mierda, señor Macklin, pero cuesta mucho de limpiar. Perdone mi lenguaje. Me ocurre cuando no estoy en Scarsdale. Algún psiquiatra dirá que por cada cien invertidos no hay más que una sola bollera. Incluso en eso somos diferentes. Se supone que no somos un sexo que sufra de perversiones, homosexualidad y demás bonitas obscenidades inventariadas por Krafft-Ebing, pero deje que dos mujeres sientan un poco más allá del grosor de su piel y la risita social aparecerá por doquier. ¡Oh, al demonio con eso! Hablando claro, Sylvia y yo éramos dos niñas perdidas en la nada, e hicimos lo mejor que pudimos y nos quisimos. El amor, en la cosmovisión machista resulta una palabra enferma y sucia. Si digo que nos quisimos, usted nos apuntaría de inmediato en la lista de la otra esquina, ¿verdad?

—No, no lo haría —dije—. Sylvia pagó las facturas, la cuidó. ¿Es esto lo que me quiere decir?

—Me alegra que sea usted inteligente.

—No soy inteligente, señora Phillips. Me limito a estar aquí sentado escuchándola. Será mejor que deje de estar a la defensiva.

—Tiene razón, perdone.

—Me pregunto cuánto les quedaba por entonces.

—Alrededor de sesenta dólares —dijo.

El establecimiento de Lolo Diamonds era conocido por «El riesgo calculado» y era muy conocido, aunque con discreción, entre quienes en Nueva York están al tanto de estas cosas. Se hallaba en Madison Avenue, en los sesenta, y semejaba un cruce entre un pequeño bar y un tranquilo *saloon*. Con frecuencia un policía rondaba a media manzana de un lugar que no tenía nombre. Impreso en la ventana, en el centro de las cortinas aparecía la palabra BAR y nada más.

Sylvia acudió allí y preguntó por el señor Lolo, más conocido por «Diamonds», porque los diamantes le gustaban mucho. Llevaba un anillo con tres grandes diamantes. Era un hombre muy bajo, grueso, con una oreja derecha descolorida y siempre vestía meticulosamente: traje gris oxford, camisa blanquísima y una estrecha corbata azul de seda. Se decía que alguien le había convencido de que con tal atuendo nunca pecaría de vulgaridad indumentaria y él, consciente del hecho, mantenía inalterable esa costumbre. Tendría los cincuenta años cuando Sylvia acudió a él. Era bien conocido de los traficantes de alcohol de los años veinte y de vez en cuando había tenido negocios dudosos pero ahora tenía uno legal en una ciudad donde alcahuetes y madamas no estaban mal vistos mientras no bajasen los precios o perturbasen la supuesta dignidad de las calles.

Sylvia acudió allí por la tarde, según se le había indicado tras hacer indagaciones sobre el asunto y Lolo la entrevistó en su mesa, en un ángulo del bar que él denominaba su oficina. Él la observó meticulosa y profesionalmente al principio, algo a lo que Sylvia estaba acostumbrada y por ello no se sintió incómoda, hasta que al final le dijo:

—Ahora necesito oírte hablar, hermana.

—Bien, eso es lo que quería, hablar sobre el tema, señor Lolo.

—Claro, exacto —afirmó con la cabeza—. Quiero dejar las cosas claras, hermana. Hemos tenido aquí chicas con curvas como para que los hombres se lo hicieran en los pantalones pero que, cuando habrían sus bocas, parecían sacadas de un certamen de furcias baratas. Este no es un lugar para golfas de baja estofa. ¿De dónde eres, hermana?

—De El Paso —dijo Sylvia.

—¿Texas?

—Sí, señor Lolo, Texas.

—¿Qué eres? ¿Una sudaca? ¿Una «grasienta»? —Se volvió al hombre de detrás de la barra y le dijo—: ¡Hey, Charlie!, ese El Paso de Texas ¿qué es?, ¿un lugar americano o sudaca?

—Creo que es un lugar fronterizo, ¿no?

—¿Qué eres, entonces, hermana? —le preguntó a Sylvia.

—Medio mejicana.

—Medio mejicana. ¡Hey, Charlie!, ¿qué te parece? He puesto el dedo en la llaga,

¿verdad? —Luego se dirigió a Sylvia—. No me mientas, nena. Si te cojo mintiéndome te echo de una patada en el culo, repito: de una patada en el culo. Eres una chica guapa y necesito alguien que hable sudaca. ¿Hablas sudaca?

Sylvia afirmó con la cabeza y Lolo le dijo al barman: «Charlie, trata de decirle algo en sudaca, ¿eh?». El barman sostuvo el vaso y dijo en español: «La leche me hace daño, ¿eh, mona? Pero me la tomo. Me sienta bien en el estómago».

—¿Qué ha dicho? —preguntó Lolo.

—Que la leche no le sienta bien.

—Entonces, ¿por qué demonios la bebes, eh, Charlie? Cuéntale —le dijo a Sylvia— la historia de tu vida en español. Venga. (De tanto en tanto Jane Phillips me daba a entender que a Sylvia le costaban mucho ciertas cosas, aunque al final lograba sacarlas adelante. Hizo algo que ya no se veía capaz de hacer y esto volvía peligroso el asunto, ella lo sabía bien).

Miró, ahora, a Lolo, pensativamente y le hizo sentir incómodo. Lolo volvió a formular su petición y Sylvia dijo, entonces: «He existido, he vendido, he permitido, he leído, he comprendido, he sufrido, he vivido...». Lo dijo en español, lenta, pensativamente, casi para sí misma, y luego le preguntó al barman con calma si era suficiente. Él la miró y afirmó con la cabeza. «Suficiente —dijo—. Habla bien, Lolo. Al demonio. No me inmiscuyas en tus problemas».

—Muy bien —dijo Lolo—. ¿Habías trabajado en algún sitio antes?

—En el local de Molly Banter, cinco semanas.

—¿Te detuvieron? No quiero a nadie a quien hayan detenido en ese lugar.

—Me fui antes de que ocurriera.

—¿A dónde fuiste?

—A Florida. Trabajé de camarera en un hotel.

—Pero ahora quieres volver, ¿eh? Le has cogido gusto al dinero fácil. No más trabajar, ¿eh?

—En efecto —dijo Sylvia—. Necesito dinero rápido.

—Muy bien, muy bien, hermana. Déjame decirte ahora algo sobre este sitio. No es una casa de putas barata ni un lugar de ligue. Veinte, treinta chicas trabajan aquí. Ganan cien dólares por noche. Ni más ni menos que cien dólares limpios por noche. Este es un establecimiento internacional, el mejor negocio de la ciudad. Hace diez años no había un lugar como este en Nueva York. No. Es casi como las Naciones Unidas, como si fuera parte de ellas: el primer ministro de algún país, un embajador, un millonario alemán vienen aquí y se aposentan en el bar como caballeros, y si una chica viene y les saluda, y a ellos les cae bien, pues ya está. Y nada más. Saben que aquí todo está en orden, que la ciudad lo tiene bajo control. Es por lo que tengo a un policía fuera. Este lugar es tranquilo, legal y honesto. Aquí no se pide dinero ni se toca dinero. De eso me ocupo yo, tras la jornada de trabajo. Deberás aparecer por aquí entre nueve y nueve treinta. Entrás, vas al bar y pides una bebida. Ese vestido que llevas, ¿cuánto te ha costado?

—Ocho dólares.

—Basura. ¿Tienes un vestido mejor?

Sylvia afirmó con la cabeza.

—Llévalo esta noche. Toma un baño. Has de venir aquí con aspecto de una dama, no de una furcia barata. Aunque tampoco te pases. Has de parecer una dama con atractivo erótico.

—De esos cien, ¿cuántos me quedaré? —preguntó Sylvia con calma.

—Cincuenta. Justo la mitad.

—No es suficiente.

—¿No? Excúsame, *Lady Godiva*, esto no me lo esperaba ¿Quién demonios te crees que eres?

—Necesito sesenta dólares al día.

—Me importa un pimiento lo que necesites, hermana. O aceptas lo que te doy o te largas.

—Muy bien, tomaré lo que me da —dijo Sylvia—. ¿Cuándo se cobra?

—El fin de semana. El domingo pasas por aquí y te pago. Ahora te diré lo que tengo ya para ti. Un millonario brasileño. El bastardo ignorante no habla una palabra de inglés. La noche pasada le ofrecí una rubia alta y de muchas curvas, tal como a esos sudacas les gusta. Pues bien, no le gustó. Quiere una chica morena que hable su idioma.

—Los brasileños no hablan español. Hablan portugués.

—¿Qué? —chilló a la barra—. Charlie, ¿qué demonios es eso de que un brasileño no habla sudaca?

—Hablan portugués.

—Maldita sea, ¿por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no me lo preguntaste?

—¡Estúpido! ¡Estúpido portorriqueño! Que por qué no se lo pregunté. Bien hermana, ¿hablas portugués?

—Me las apañaré —aceptó Sylvia—. Me las apañaré. Tal vez entienda algo el español.

—Muy bien. Ve ahora, cámbiate el vestido, date un baño y vuelve a las nueve en punto.

Empezaba a comprender lo que Sylvia sentía en ese momento o, mejor dicho, estaba empezando a entender un poco a Sylvia. Y como siempre que me contaban algo así, mis pensamientos volvían a la niña escuálida de Pittsburg dirigiéndose a Irma Olanski. Creo haber oído que cuando un niño y una niña se conocen desde la infancia y crecen juntos ese entendimiento no se produce, generalmente; pero yo había crecido junto a Sylvia de otra manera y aunque no la había visto nunca, la respiración y el movimiento de la chica estaban en mí y alrededor de mí, siempre, noche y día. Habían llegado a formar parte de mí mismo. Más tarde, el mismo día en que había comido con Jane Phillips y habiendo escuchado lo ocurrido ese día años

atrás, fui a Madison Avenue, encontré el bar, entré y pedí una jarra de cerveza.

El policía, u otro policía, todavía deambulaba en torno al lugar y Lolo Diamonds todavía estaba allí, sentado a su mesa, enfrascado en sus libros de cuentas, que le indicaban a cuánto ascendía el cincuenta por ciento de los servicios que prestaba a sus ricos parroquianos. Si Sylvia había logrado borrar todo esto de su mente y memoria, ahora estaba impreso en la mía de modo indeleble.

Sylvia hizo lo que se le dijo. Ese era otro aspecto de su personalidad; junto a la violencia, pasión y vida que la poseían, tenía un especial talento para la resignación. Creo que si le hubieran dicho a Sylvia que solo le quedaba un día de vida, lo hubiera aceptado sin protesta ni rabia. Luchaba contra lo que debía luchar. En cambio lo que ella misma originaba deliberadamente, a eso no se resistía ni lo combatía, y la presente situación y circunstancias eran algo originado por ella.

Volvió al establecimiento de Lolo unos minutos pasadas las nueve. Llevaba un vestido negro que realzaba maravillosamente su bella y fuerte figura y su belleza morena, y no se precisaba mucha imaginación para prever la impresión que produjo en el millonario brasileño. Su nombre era Anton Fugillo Pérez. Era un importante exportador de café, con millones de dólares invertidos en inmuebles, en los mejores barrios residenciales de Río de Janeiro. No alcanzaba el metro setenta de estatura pero era de constitución fuerte como un toro, peludo, largos brazos y mentón huidizo. Insistió en invitar a Sylvia a comer y ella aceptó. La llevó al Chambord y encargó una considerable cantidad de comida, como para cinco personas, pero ella apenas la probó. Luego fueron a Harwyn, del que había oído hablar, y tomó tres cremas de menta con hielo, una bebida que le agradaba extremadamente, y luego quiso ir al Little Club, otro lugar muy célebre entre los círculos que frecuentaba. Para entonces, Sylvia se hallaba físicamente exhausta, incapaz de asumir lo que debía seguir si no se producía rápido. Fueron a su apartamento.

Hasta ahora, no en cuanto a lo sucedido sino a mi conocimiento de lo sucedido, no me veía capaz de enfrentarme y asumir, hasta donde me concernía, el hecho de que Sylvia vendiese su amor, su cuerpo, sus caricias, por dinero. Pero ahora lo asumía plenamente, y fuera el que fuera el sentimiento que me provocase, era menor que el que a ella le debía producir. Podía imaginarme a esa especie de toro peludo haciéndole el amor a Sylvia para ganar, esta, el dinero que se le había prometido esa noche, mediante el único modo que era capaz de ganarlo. Tal como fue planeado y tenía que ocurrir, así tuvo lugar. Él yacía en la cama, desnudo, satisfecho, inmerso en los sueños que pueden asaltar a un millonario brasileño.

Sylvia se vistió, fue a la cocina y se preparó café. Estaba agónicamente exhausta hasta el punto que cada nervio de su cuerpo imploraba piedad, pero no quería dormir, no por miedo al brasileño —no temía a los hombres y con él se había entendido en español—, sino por temor a sus propias pesadillas. El café era muy fuerte, pero como pasa a menudo con el café, tuvo un efecto contrario y la adormiló aún más; al final fue al salón, donde había un sofá cama con colchón de espuma, se acostó allí y quedó

dormida al instante.

Eran cerca de las dos de la madrugada. Una hora más tarde, Sylvia comenzó a chillar en su pesadilla. Se despertó casi de inmediato. Pero no solo por sus propios gritos sino porque dos fuertes manos la zarandeaban. Evidentemente, Pérez había reaccionado de modo muy peculiar al chillido de la mujer. Su inmediata, inconsciente acción había sido detenerlo en seco. Desnudo enteramente, se posicionó sobre Sylvia y le apretó el cuello. Sylvia se dio cuenta enseguida de que a menos que se desembarazara de aquel hombre iba a morir estrangulada en pocos minutos. Así que le clavó las uñas en los ojos y Pérez dejó en el acto de apretar el cuello de Sylvia, la cual, en una desesperada exhibición de fuerza física, liberó su pie y colocó la pierna doblada entre ella y el hombre tratando de alejarlo de sí. El hombre dio entonces un salto y la golpeó en la sien de modo que Sylvia salió despedida, dándose de cabeza con el borde de un armario, lo que le produjo un profundo corte en el cráneo. Sylvia no perdió la conciencia y, con la sangre deslizándose por su cara, se abalanzó al teléfono y marcó un número.

Durante la escaramuza no había gritado, llorado o perdido la cabeza y el acto de coger el teléfono hizo reaccionar de inmediato a Pérez.

—¿Qué estás haciendo? —dijo en español.

—Llamar a la policía.

—¡No! ¡No!, ¡por favor!

Sylvia cubrió con la mano el auricular y dijo con calma: «El operador está al aparato, así que no te acerques, loco bastardo».

—A la policía no —suplicó él.

—¿He de dejarme matar, pues?

—No, por favor, entiéndelo, no voy a tocarte ni un pelo de la cabeza. Créeme, eres como una dulce y bella flor, pero el sobresalto que me provocaste al gritar me hizo volver loco. No sé lo que he hecho. Mírame. ¿Podría dañar a una mosca?

—Voy a llamar a la policía —dijo Sylvia, tomando, de pronto, conciencia de lo que se proponía hacer.

—No, no, no, mi dulce Sylvia —se puso de rodillas, las manos juntas, implorando—. ¿No entiendes? Estoy en una misión económica oficial. Sería un escándalo. No lo digo por mí sino por mi familia. Tengo mujer y cinco niños.

—Vosotros, bastardos, siempre tenéis mujer y niños —dijo Sylvia con frialdad—. Nunca falla.

—¿Qué estoy pidiéndote, mi dulce Sylvia? ¿Qué te pido? Un poco de piedad, un poco de esperanza. ¿Es tanto pedir?

La sangre de la herida de su cabeza le caía sobre el vestido y de pronto tuvo miedo de desmayarse por la pérdida de sangre sin poder acabar lo que había empezado. Se tocó la cabeza y se miró la mano.

—¿Y esto qué señor Pérez?

—Te compensaré, Sylvia.

—¿Cómo?

—Con dinero. —El dinero lo suaviza todo. Lo hace perdonar todo. Pone todo en su adecuada perspectiva. Es como la medicina, que lo cura todo.

—No todo, señor Pérez —dijo Sylvia con frialdad.

—¿Y mil dólares?

Sylvia hizo el esfuerzo de reír. Colgó el auricular y puso los dedos encima del aparato informando a Pérez de que solo tenía que descolgarlo.

—No habría un diario de Nueva York que no me pagara cinco mil dólares por contarles lo sucedido aquí esta noche y por las fotos de una chica cubierta de sangre.

—Se rasgó la parte frontal del vestido—. Queda mejor ahora, ¿verdad?

El miedo atenazó a Pérez. Entendía perfectamente. Se relajó y dijo con aspereza:

—Muy bien: ¿cuánto quieres?

—Diez mil dólares —dijo Sylvia.

—¿Estás loca?

—No repetiré la cantidad —dijo Sylvia con frialdad—. Mejor que te acostumbres rápidamente a la idea. Si no cesa de salirme sangre te encontrarás con un cadáver en las manos. Eso sí que será difícil de explicar.

—¡Por el amor de Dios, acepto! Déjame que te firme un cheque, pero ¡detén esa sangre!

—¿Contra qué banco?

—El mío, por supuesto. El Banco Nacional Brasileño.

—¿No tienes una cuenta en Chase o el National Bank?

—En el National Bank, sí.

—Perfecto. Permaneceremos aquí y mañana a primera hora iremos los dos al banco. Puedes contactar con Río y confirmar el traspaso de fondos.

—Imposible.

Sylvia tomó el teléfono.

—Muy bien. De acuerdo.

El hombre se vistió y Sylvia fue al cuarto de baño, se lavó la herida y se la cubrió con esparadrapo. No era que Sylvia fuera indiferente al dolor; solo que reaccionaba ante el dolor como ante el peligro: con la aceptación del hecho de que no hay más ayuda que la que se otorga uno mismo.

Por la mañana, fue con Pérez al banco, y la transacción tuvo lugar.

6

El camarero retiró mi plato sin yo haberlo tocado. «No ha comido nada», dijo la señora Phillips mirándome arteramente con sus fríos ojos azules al musitar yo algo respecto a mi falta de apetito.

—El amor —dijo con gesto afirmativo— es, en el mejor de los casos, algo muy peculiar, ¿no cree, señor Macklin?

—Nunca lo he sentido «en el mejor de los casos».

—¿Y en el peor?

—Creo que era Mark Twain —me pregunté— quien dijo que la cristiandad es una cosa muy buena, solo que nunca se ha experimentado. Creo que el amor es algo de la misma categoría, señora Phillips. Tiene mucha importancia en nuestra civilización.

—Sí, eso es lo que pienso también yo.

—Y como todas esas cosas importantes, acaba siendo algo tan deteriorado, sucio y corrompido que no se goza hablando de ello.

—¿No goza usted, señor Macklin?

—No, no gozo.

—¿Y Sylvia?

—Olvida que nunca la he visto, señora Phillips.

—¿Y por qué? ¿Porque el hombre que le contrató le ordenó que no se acercara a ella, señor Macklin?

—Es usted muy perspicaz.

—Oh, no, no lo soy, señor Macklin. Soy solo lo que soy, algo más afortunada que Sylvia. Tuve un amigo, como Sylvia. ¿Quiere que opine si ella hizo mal o bien en sacarle los diez mil dólares a Pérez? No, mi punto de vista no está condicionado por el hecho de que ella usó parte del dinero en pagarme el hospital y las operaciones. Ha pasado mucho tiempo y puedo ser objetiva. Yo hubiera hecho lo mismo si hubiera tenido el valor suficiente. Pero no tengo ese valor, señor Macklin.

—No me obligue a tener que juzgar a Sylvia.

—No se puede juzgar a quien se ama, para usar una palabra que no le gusta. Mi marido me ha dicho que le conocí en un instante en que necesitaba aprender mucho, señor Macklin. Le conocí en el hospital, cuando estaba recuperándome. Su mujer acababa de morir de cáncer en ese mismo lugar. No era alguien a quien hubiese adorado o con quien se hubiese llevado muy bien, sino un ser humano, y la culpa resulta mayor de este modo. ¿Hasta qué punto conoce a la gente, señor Macklin? ¿Me conoció cuando me vino a ver esta mañana? ¿O pensó que era solo una fría zorra de expresión antipática que no cooperaría en su esfuerzo de ganarse un dólar de manera tan difícil? ¿O tan fácil?

—Tan fácil —dije—. Evito lo difícil.

—¿Por qué, señor Macklin?

—Por falta de valor. Algo que tiene Sylvia y de lo que yo carezco.

—Eso es un truco también, señor Macklin. Es el truco típico de los hombres. ¡Oh, vean al noble bastardo que soy, puesto que me puedo mirar con ojos abiertos y decir claramente que soy un bastardo! No me quiera vender eso, señor Macklin. No pagaría diez céntimos por ello.

Encogí los hombros.

—Muy bien. Entonces, ¿a qué decirme nada?

—Porque creo que no es usted tan malo como quiere hacerme creer, señor Macklin. Creo que tiene cerebro y tiene corazón, y también algo más, pienso.

—Continúe.

—Pienso que está enamorado de Sylvia.

—¿Es eso importante? —pregunté.

—¿Lo es? Dígame.

—Otros hombres han amado a Sylvia.

—¿Lo cree así? —me preguntó casi con tristeza—. Es el tipo de amor del que me hablaba antes: «es tan majo, quiero casarme con él». Eso es lo que se suele decir a los 16 años y la mayoría de chicas no se mueven de ahí, no maduran. En cuanto a los hombres, a los hombres se les ponen las sienes grises, llegan a los cuarenta o cincuenta años y tampoco maduran, y me habla usted de ese tipo de amor, señor Macklin... Usted está equivocado. Yo vendí amor. Estuve en el negocio, que apesta desde Carnarsie a Kalamazoo, apesta a carroña. ¿Quién ha amado a Sylvia, quién la ha conocido, quién puede llegar a conocerla? Dios la ayude.

—¿Y piensa usted que yo la conozco ahora?

—Un poco. Algo mejor que no conocerla en absoluto.

—¿Y el hombre que me ha contratado?

—¡Al diablo con el hombre que le ha contratado! Ha habido putas que han cesado de ser putas. ¿O no cree en eso, señor Macklin?

—Trato de creer. Soy un detective privado con unos pocos dólares en el bolsillo y el primer trabajo importante en cinco años. Su Sylvia es una mujer rica.

—¿Usted cree que las putas acaban ricas? ¿Es todo lo que sabe sobre el tema, señor Macklin?

—Solo un poco. Nada en el fondo, maldita sea.

Durante los años que siguieron, Sylvia tuvo tres trabajos. Trabajó en un almacén de la avenida 50 tres meses. Nunca le dijo a Jane Bronson por qué dejó ese trabajo, aunque el sueldo no era como para hacer sonar las campanas y le dijo a Jane que no se sentía cómoda. Después trabajó cinco semanas en una academia de idiomas gracias a unas referencias apañadas. Las referencias fueron investigadas y resultó despedida. Hubo un intervalo entonces, tal vez siete u ocho semanas, y por fin halló un trabajo en un gran almacén del East Side especializado en comidas preparadas. Tras seis semanas en este trabajo, el director del almacén cayó enfermo y debió cesar de trabajar. Se le ofreció a Sylvia el puesto, lo aceptó, estuvo dos meses y luego se fue.

Durante ese tiempo estudió finanzas y movimiento de mercados a consecuencia de la relación iniciada por Jane Bronson con Herbert Phillips, entonces en sus primeros cuarenta. Cuando estaba con ellos, Sylvia escuchaba con gran interés y curiosidad todo lo que Phillips decía sobre su trabajo en la Agencia de Valores de la que él era socio. Sylvia tenía la habilidad de sacar cosas a los hombres y consiguió vencer la reticencia de Phillips a fastidiar a las dos atractivas y jóvenes mujeres explicándoles cosas que consideraba aburridas y mundanas, los movimientos técnicos de las acciones. Pero Sylvia escuchaba con atención y hacía cabales preguntas.

Sin informar a Jane Bronson o Herbert Phillips, se apuntó a varios cursos por las noches, dos de ellos en la Universidad de Nueva York y otros dos en la New School. No tenía citas con hombres ni los deseaba. No volvió al bar de la Madison Avenue. En las ocasiones en que Jane Bronson trataba de organizar alguna salida a cuatro, Sylvia le decía con franqueza:

—No quiero ir. Piensa en mí como una enferma en este sentido. A su tiempo me curaré.

—No de esa manera. No podrás —argüía Jane—. No puedes culpar a la totalidad de los hombres por lo que te ha sucedido, Sylvia.

—No culpo a nadie —replicó la otra—. Solo te digo que algo en mi interior se halla enfermo. Puede que resultase bien o no, pero los hombres no pueden ayudarme ahora. No los quiero en este momento. Ocasionalmente, una vez cada varias semanas, Jane Bronson y Herbert Phillips la persuadían de que les dedicase una noche, pero solo con la condición de que se cenara en el apartamento de Phillips. No quería salir con ellos o ser vista con ellos en algún sitio. Fue en una de estas ocasiones, tras la cena, en el instante en que presionaba a Phillips para que le aclarase cierto punto, que este le dijo:

—¿Por qué, Sylvia? ¿Por qué esto te importa tanto? No eres de ese tipo de mujeres que juegan a la bolsa con el sueño de sacar una gran tajada y se sirven de ello (como del póker o las carreras) para lograr que algo que está muerto en ellas vuelva a revivir.

—Tal vez yo sea tan voraz y hambrienta como ellas —sonrió Sylvia.

—No. Esa no es la respuesta. ¿Qué buscas?

—Dinero —dijo Sylvia.

—No, francamente, no —Phillips sonrió amablemente a esa broma incómoda; vivía en un mundo en donde la gente tiene dinero y nadie admite hasta qué punto lo necesita—. Eres la última persona de quien esperaba oír eso. Pocas he conocido tan indiferentes al dinero como tú.

—No es difícil ser indiferente a algo que no se tiene ni se puedes tener.

—Bien. Puede aceptarse eso. Pero la cuestión es, Sylvia —continuó Phillips— que el mercado bursátil no es una mina de diamantes. No puedes hacerte rico así por las buenas y ganar una fortuna.

—Yo pienso que sí —dijo Sylvia con calma.

—Me gustaría que me dijeras cómo —sonrió Phillips.

Era un hombre grande y corpulento, según lo describió la señor Phillips, con algo de oso en maneras y movimientos y con esa gentil seriedad que poseen algunos hombres grandes y desgarbados.

—Lo intentaré —afirmó Sylvia con la cabeza seriamente—. Nos has hablado de esos transistores que la compañía telefónica ha inventado. Has dicho que es solo cuestión de años que reemplacen la mayoría de radios y tubos de televisión, y que la Bell Company tenía la licencia de la manufactura. Ahora la tiene esa compañía de la que has hablado antes: ¿Transition?

—Transistoren Incorporated.

—Sí. Que vende medio millón de acciones, la mayoría a través de tu empresa. Saldrán a cinco dólares la acción. Y tú has dicho que puede ser que doble su valor en un mes.

—Podría ser, Sylvia. ¿Y qué significa eso? Es mi suposición. Otra gente piensa diferente.

—Me gustan tus suposiciones.

—Gracias, Sylvia. Pero aún no nos han hecho ricos. Estamos especializados en hacer suscripciones de acciones y no puedes imaginar cuántas colocamos. Y cada una de ellas es investigada y aprobada antes de que la aceptemos. Si fuera tan simple como tú sugieres yo sería el hombre más rico de Wall Street.

—No son todas de manufactura de transistores, ¿verdad?

—¿Qué sabes tú de transistores, Sylvia? —preguntó Phillips, incapaz de mantener el énfasis condescendiente en su voz.

—Solo esto: que son pequeños y que la gente será capaz de llevar una radio en la palma de la mano. Creo que a la gente eso le gustará y lo comprará.

—Puedes estar acertada o puedes equivocarte, Sylvia —dijo Phillips—. No quiero discutir este punto. Ni siquiera voy a tratar de disuadirte de que adquieras unos cientos de acciones de ese valor, ya que no creo que te vaya a perjudicar mucho. Pero tampoco te voy a urgir a ello. Si una persona en tu situación decide comprar valores, le recomendaría alguno de los principales y de valía probada con el tiempo, es decir,

Jersey o Du Pont o Dow Chemical o Corning, una sólida y cualitativa inversión con buenas posibilidades de ganancia. En el mejor de los casos, Transistoren es pura especulación. Ahora bien: si quieres especular...

—Ya me he decidido —dijo Sylvia.

Phillips sonrió a Jane Bronson, que no había dicho una palabra hasta ahora. Ella asintió con la cabeza, conociendo bien a su amiga y Phillips dijo:

—Piensa sobre ello, Sylvia y si aún quieres un centenar de acciones, llámame mañana a la oficina. Quinientos dólares es una importante suma como para arriesgarla en una opción de este tipo. Pero si insistes...

—Ya lo tengo bien pensado —replicó Sylvia sin énfasis—. He pensado un montón sobre este tipo de asuntos antes de que tú los trajeras a colación esta noche. No quiero un centenar de acciones. Quiero veinte mil.

Phillips sonrió, pero no así Jane Bronson. En vez de ello, como me dijo, le sobrevino un escalofrío, un áspero escalofrío que la recorrió como un cuchillo. Incluso aunque lo hubiese querido reprimir no habría podido. Ni siquiera sabía si lo hubiera querido.

—Hablo completamente en serio —dijo Sylvia.

—Vamos, estás hablando de cien mil dólares, Sylvia. Yo nunca he cuestionado a Jane y mucho menos a ti por vuestro pasado o vuestras finanzas o cualquier cosa de este tipo. No tengo ningún interés. Sé que trabajáis duro para tirar adelante, y no quiero herir tus sentimientos pero sé que no tienes ese dinero. Cien mil dólares es una gran suma de dinero, una enorme suma. Una imposible suma... Su voz se fue apagando y miró desesperanzado a Jane.

—Sé cuánto es eso —dijo Sylvia—. No soy idiota, Herbert. Pero tampoco estoy sin blanca. Tengo alrededor de seis mil trescientos dólares. Entiéndeme —sé que eres un broker y no quiero aprovecharme de tus sentimientos hacia Jane. Te hablo en cuanto broker. Quiero entregarte ese dinero mañana y deseo que adquieras para mí una opción de seis meses sobre veinte mil acciones.

—¿Qué?

—Ya has oído lo que he dicho.

—No quiero ni oír hablar de eso —declaró Phillips.

—Entonces me obligarás a acudir a otro.

—Por amor de Dios, Sylvia —dijo Phillips con cierta aspereza—. Eso es una doble especulación. No haría eso por un extraño: aún menos a ti. ¿Qué te sucede? No hay modo de hacerse rico de la noche a la mañana. Eso no es posible. Puedo imaginar lo que ha significado ahorrar todo ese dinero.

—No puedes —dijo Sylvia con acritud.

—En verdad que yo...

—No lo he ahorrado —dijo Sylvia con calma—. Me importa un rábano ese dinero y por ello quiero invertirlo de ese modo.

—No lo permitiré —insistió Phillips. («No debió haber dicho eso —comentó la

señora Phillips—. No eso, al menos. Cualquiera otra cosa sí, pero en ese momento ningún hombre le podía decir eso a Sylvia. Le pregunté a la señora Phillips si ella podía haberlo impedido. “Tal vez. Pero no quería, creo. Tenía que ser así. Me dije a mí misma: deja que ocurra”»).

—¿Que no me lo vas a permitir? —repitió Sylvia—. ¿Quién crees que soy? Mírame. ¿Qué crees he hecho con mi vida? He conseguido hablar como me da la gana y aprendido a disimular lo que soy realmente. Soy una puta, Herbert, una pura y simple prostituta, y practico la profesión desde mis trece años. ¿Sabes cómo he ganado esos seis mil dólares? Me los ha dado un millonario brasileño que casi me mata en un arrebato de locura y que pagó para acallar el escándalo en la prensa con el que le amenacé. Así que no oses decirme lo que me vas a permitir o no.

(Creo que recuerdo las palabras exactas de la señora Phillips cuando respecto a esto me dijo: «Debe entender, señor Macklin, que la apoteosis de un hombre a los ojos de una mujer no es lo mismo que a los ojos de otro hombre. Tal vez una vez en toda una larga relación, en toda una vida, un hombre puede hacer algo completamente admirable y maravilloso a ojos de una mujer, aunque más a menudo, probablemente, lo logra haciendo algo casi insignificante. Herbert hizo eso esa noche»).

Herbert Phillips no pareció ni sorprendido ni perturbado. Miró a Sylvia pensativamente un rato largo y finalmente dijo:

—Creo que mereces una disculpa, Sylvia, y no estoy del todo seguro de cómo ofrecértela. He hecho lo que he podido. Siento lo que he dicho, pero no por lo que tú dices. Ven mañana por la mañana a mi despacho y trae ese dinero contigo. Veremos lo que podemos hacer con él.

—Gracias Herbert —asintió con la cabeza Sylvia. Era más duro para ella que para él. Él no había conocido a una mujer como Sylvia anteriormente, pero ella tampoco había conocido a un hombre como Herbert Phillips.

Pagué la cuenta, salimos del restaurante y caminamos poco a poco hacia la Avenida 50. Eran las tres y media de la tarde del 20 de septiembre y había estado unas cuatro horas hablando con la señora Phillips, pero el frío dato cronológico no tenía sentido. Para mi propia conciencia, había transcurrido un tiempo larguísimo. Mi búsqueda se había completado, mi trabajo acabado.

—¿Qué ocurrió con las acciones? —pregunté. Quedaban algunos puntos sueltos. No es que me importaran mucho pero estaba acostumbrado a aclarar bien las cosas.

—¿Sabe cómo funciona el mercado de valores, señor Macklin?

—Tengo una vaga noción.

—Bien, en este caso Sylvia quería una opción a precio acordado. Y a un período de seis meses y un día a fin de que los beneficios se sumaran al capital, si es que se producían beneficios. Se hace del siguiente modo: quien vende selecciona un precio por encima del original y la opción está en la compra a ese precio. Mi marido consigue la mejor opción que puede, pero siempre se produce una especulación salvaje. Por seis mil dólares Sylvia compró el derecho a adquirir veinte mil acciones de Transistoren a cincuenta dólares la acción. En otras palabras, dentro del plazo límite el stock debía subir de cinco dólares la acción a cincuenta dólares y treinta céntimos para que Sylvia recuperase sus seis mil dólares. Un tres por ciento de alza.

—No suena prometedor.

—No lo era. Los compañeros de mi marido se enfadaron mucho con él, pues ese tipo de cosas no benefician la reputación de ninguna empresa, pero él siguió adelante, no se le hubiera ocurrido advertir a Sylvia en contra de ello. ¿Entiende?

—Creo que sí —afirmé con la cabeza.

Entramos en el Plaza y durante un rato permanecimos apoyados en la pared, contemplando la fuente que había más abajo.

—No hubo suerte —dijo ella.

—¿No?

—Creo que la suerte ocupa un pobre lugar en la vida de Sylvia. Hizo lo mejor que supo. Con esta loca operación ocurrió lo mismo de siempre.

—¿Qué ocurrió con sus acciones?

—Sylvia lo vendió todo cuando acababa el tiempo límite. El *stock* se vendía en ese momento a treinta y seis dólares la acción. Es lo que suele ocurrir en Wall Street, más a menudo de lo que imagina, pero pocos se arriesgan. El beneficio de Sylvia fue de cuatrocientos mil dólares y, tras los impuestos, trescientos mil. Ya lo ve, funcionó, y Sylvia estalló. Era lo que soñaba y lo había conseguido.

—Es difícil de creer —dije.

—Lo sé.

—Y tras eso desapareció, ¿verdad?

—Cuatro meses más tarde, señor Macklin, se fue a Europa. Nos despedimos de

ella, sabíamos lo que pretendía y ella lo hizo, pero para qué hablar de ello. Cuando tu única pasión en la vida es autodestruirte, borrarte de la existencia, probar que nunca has existido, no puede haber excepciones.

—¿Debió confiar en usted?

—No era cuestión de confiar o no en nosotros, señor Macklin. Sylvia tenía que acabar y empezar de nuevo. Tenía que completarse. Eso es todo.

Permanecimos en silencio durante unos instantes, pero yo no podía irme sin preguntarle por qué me había contado todo esto.

—Porque quería a Sylvia —dijo—. Nada lésbico, señor Macklin. Solo que ella es el único ser humano conocido antes de encontrar a mi marido que nunca me reprochó nada ni me traicionó.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Creo que sí lo he hecho —dijo la señora Phillips—. No sé otra manera de contestarle.

Le agradecí todo y me despedí. La última cosa que me dijo fue: «Necesito ver a Sylvia y hablarle».

—¿Quiere que le hable de usted?

—No es necesario, señor Macklin. Sylvia me conoce. Sabe dónde estoy.

9

Caminé hacia la Avenida 50 y luego a Madison, donde estaba el bar. Entré y vi a Lolo Diamonds. Era algo muerto, embalsamado, incrustado en el polvo de siglos. Era como cavar en la tumba de una antigua, vieja infamia, una infamia cansada, gastada, hundida. Me llené de piedad por mí mismo y por una sociedad de hombres de la cual yo formaba parte. Luego regresé al centro, tomé el coche del *parking*, lo llevé al garaje y lo dejé allí. De ahí fui a mi hotel y compré un billete a Los Angeles, el vuelo nocturno del viernes 1 de octubre. Me di tiempo, hasta entonces, para completar mi informe.

El martes por la noche había acabado el informe, sin copia de carbón. El viernes estuve horas sentado en mi habitación tratando de pensar sobre el asunto en general, sobre Sylvia y sobre mí mismo también. No sirvió de nada y me sentí aliviado cuando llegó el momento de marchar hacia el aeropuerto.

Décima parte

Santa Bárbara

1

El escritorio de mi despacho estaba lleno de polvo y lo empecé a limpiar con mi pañuelo antes de recordar que era, este, un hábito que nunca me había agradado. Busqué, pues, un trapo de limpieza y lo pasé por el escritorio, la silla y el armario archivero. Finalmente quedó todo bastante adecentado. Había algunas facturas que pagar y aún tenía dinero en el banco. Yo suelo pagar las facturas. La correspondencia recibida estaba mayormente compuesta de esa abrumadora institución americana conocida por Mailing Publicitario Directo. Separé lo que era publicidad y lo arrojé a la papelerera.

Quedaron cinco cartas personales. Dos eran de posibles clientes: de ningún modo un tributo agobiante a la solvencia de mi negocio, ya que, por otro lado, la mayoría de trabajos me llegaban por teléfono o en persona. Alguien de Ventura me reclamaba para encontrar a un perro con pedigrí que su hijo pequeño adoraba. El pedigrí debía ser importante porque ofrecía cincuenta dólares por un resultado rápido. La carta era del 19 agosto. La arrojé a la papelerera. O el perro había sido encontrado o se habría perdido definitivamente. El segundo posible cliente era lo que en el negocio llamamos «cliente regular». Estaba convencido de que su mujer le engañaba pero no convencido del todo, ya que ofrecía cien dólares para estar absolutamente convencido. La carta era del 1 de septiembre. También la eché a la papelerera. Ambas cartas propiciaron una modesta reflexión por mi parte. Pensé que no era un gran detective privado ni obtenía ningún placer en ello. La tercera carta procedía de Frederick Summers y era del 24 de septiembre. ¿Le podía telefonar tan pronto llegara a Los Angeles? Ya que solo llevaba en Los Angeles cuatro horas, creí que no importaría que llamara más tarde. La cuarta carta procedía del profesor Cohen de la Universidad de Los Angeles. Estaba fechada el 29 de septiembre. Su departamento se había ampliado y el jefe del mismo le concedía que pudiese coger otro asistente. No era un trabajo envidiable y se pagaba solo cuatro mil dólares al año, pero si podía montármelo para sobrevivir con ese dinero estaría muy contento de que lo habláramos. Su fraseología indirecta era educada e intrigante y mi reacción inmediata fue un torrente de deseo y alivio que me hizo coger el teléfono en el acto. Pero mi segundo pensamiento fue el de no coger el aparato y pensármelo mejor.

Durante quince largos minutos me quedé sentado pensando. Luego desestimé llamar por teléfono y leí la quinta carta. Era de Lucy Richards, mi exmujer. Sabía que se había vuelto a casar aunque no que su matrimonio era tan desastroso como la carta indicaba. Su marido era un empleado civil de la base naval de San Diego. Se habían separado hacía un año y, como suele suceder, él había dejado de pagar y ella había contratado a un abogado que tenía poco de abogado. Lucy tenía trabajo por algún tiempo y le había pagado cien dólares al individuo. Ahora, sin embargo, estaba enferma y desesperada; necesitaba, en verdad, estar desesperada para pedirme ayuda. Le envié un cheque por doscientos dólares, lo que dejó prácticamente mi cuenta a

cero. Pero aún me quedaba dinero de los gastos extras y podía arreglármelas medianamente. Me sentí mal de no poder enviarle más, y tras tres intentos de escribir una carta con que acompañar el cheque, lo dejé estar y envié el cheque solo.

Con ello quedaban cumplimentados mis asuntos personales y ahora los pequeños fragmentos de mi vida se hallaban en orden, de algún modo. Durante un rato miré, por la ventana, el perfil azul de las montañas en la lejanía. Había dormido solo a intervalos en el avión y estaba cansado. Poniendo los pies sobre el escritorio, cerré los ojos. Creo que dormité en esta postura durante una hora. Era la una de la tarde por entonces. Llamé al despacho de Frederick Summers y la rubia que sabía distinguir un Miró auténtico de una imitación se puso al aparato. Tenía el tipo de voz que uno recuerda, una voz neutra, salpicada de acentos caprichosos, hasta que de pronto te reconoce y esa misma voz cambia y se adecúa al solicitante. Yo debía ser alguien sin importancia en su escala de efectos de voz. Dijo «oh», pero dio realce a la palabra y añadió: «¿el detective privado?».

—Sí, el detective privado.

—Bien, el señor Summers desea verle lo más pronto posible, señor Macklin. Debo decírselo.

—¿Y cuándo puede ser eso?

—Ahora no está en la ciudad —dijo la rubia—. No regresará hasta el martes o miércoles de la próxima semana.

—Entonces no podré verle hasta el martes o miércoles.

—Es usted muy perspicaz, señor Macklin. Le sugiero que llame el martes por la mañana. A menos que el señor Summers me llame y en este caso yo le llamaré a su oficina. ¿Le puedo llamar a su oficina?

—A veces estoy.

—¿Y cuándo son esas veces, señor Macklin?

—Cuando me hallo en mi oficina.

—Ya. ¿No tiene secretaria?

—No puedo permitírmelo. No soy como su jefe. Solo un chico a su servicio.

—¿No tiene algún tipo de contestador?

—Tenía uno pero lo suprimí para ahorrar dinero cuando me fui de la ciudad. ¿Por qué no llama al señor Summers y le dice que me envíe un telegrama si en unos días no puede vivir sin verme?

—Al señor Summers no le gustará eso.

—Pues ya se las apañarán —dije y colgué.

Luego bajé a la calle y fui a Googie's para tomar una hamburguesa, un vaso de leche, una porción de pastel de manzana y una taza de café. De nuevo estaba en casa. Mis días de vivir a lo grande y viajar habían acabado.

2

Cada lugar cultiva su culpa particular y en Los Angeles esa culpa reside en el sol y el tiempo, el primero benéfico y el segundo admirable. Las calumnias proceden de los neoyorquinos, los puritanos y otras gentes que reprimen el placer y que si se les fuerza a admitir algo admirable, siempre se lamentan de la calígne. Había escasa calígne en la ciudad ese día y ninguna en Beverly Hills. Era un día claro y cálido, placentero y deseable.

Anduve mucho sin pensar por dónde iba y, tras un rato, me encontré en el Boulevard Santa Monica y, calle arriba, pude ver el rotulo de la librería Dryden. Ninguna voz humana me había dado aún la menor bienvenida de retorno a lo que llamaba mi hogar y pensé que podía ser gratificante saludar a Ann Goldfarb más que a nadie en la ciudad. Fui hasta el establecimiento y entré en él. Allí estaba Ann, como siempre, tras el pequeño mostrador en donde envolvía los libros. Miró hacia arriba e hizo un gesto irónico y dijo «Hola, forastero».

Me sentí mejor que lo que me había sentido en mucho, mucho tiempo.

—¿Vienes de lugares lejanos? —me preguntó.

—Lejanos y cercanos.

—¿Contento de estar de vuelta?

—Estoy en casa —dije—. ¿Qué lee de interés la gente estos días?

—No mucho. Esto funciona tan poco como el negocio de detective.

—¿Qué me recomiendas?

—Tengo un montón de novedades, Mack. Mira alrededor. ¿Cuándo quieres que vayamos a cenar?

—La próxima vez que tenga hambre.

—Te quiero —sonrió—. Coge un libro y te haré el veinte por ciento de descuento.

Me puse a «pacer» entre los libros. Es, esta, una buena, saludable expresión. Mi padre me dijo una vez que, antiguamente, cuando los primeros brotes tiernos de verdor aparecían, el ganado era llevado a los campos a pacer^[9]. Parece irónicamente apropiado que en un país en donde los libros son mirados con sospecha y, a menudo, con alarma, el acto de hojearlos se denomine igual que el hecho de alimentarse el ganado. No deja de ser, en efecto, algo parecido: pasos cortos, probar de aquí, probar de allá. Curioseé entre las obras ficción y no encontré nada que me excitase o me incitase a leer; luego fui a la sección de Antigüedad y me pregunté por qué, de pronto, tanta gente estaba interesada por los orígenes. ¿Era porque el fin se hallaba cercano o amenazaba, o porque nos hallábamos todos demasiado desarraigados y necesitamos enlazar de nuevo con los principios? Hojeé el nuevo libro del profesor Bertram Cohen sobre los etruscos y ya me había decidido a comprarlo cuando Ann se me acercó, me dio un pequeño codazo y me dijo:

—¿Aún te interesa la poesía, Mack?

—Nunca me ha interesado mucho, Ann.

—Te interesó lo suficiente como para que una vez comprases un libro. ¿Recuerdas? *Luna sin luz*, de Sylvia West.

—Eso fue un caso especial, Ann.

—Era por la señorita West, entonces...

—Sí. Me dijiste, por cierto, que solía venir aquí.

—Dos o tres veces a la semana. Esta es una de ellas. Pienso si no te gustará conocerla, Mack.

Me volví, miré a Ann y, detrás de ella, vi a Sylvia West, en la otra punta del recinto. Se hallaba algo alejada, solo pude ver el perfil de su mejilla, pero enseguida supe que era ella y, extrañamente, no experimenté ninguna excitación especial ni ningún brote de placer o expectación, sino cierto alivio. Sabía que iba a ocurrir así, por casualidad o porque yo lo provocase. Por casualidad era mejor, pensé. La miré con más intensidad, con más profundidad de lo habitual en mí. Llevaba un vestido gris claro y una blusa blanca. No llevaba sombrero. Su cabello negro lo llevaba recogido por detrás mediante un moño. Usaba bolso negro y zapatos negros. Cuando la miré volvió su rostro hacia mí y fue como si mirara de nuevo a alguien que hubiera visto cien veces anteriormente. No se me ocurrió preguntarme sobre su belleza. El hecho de su belleza no importaba tanto como el hecho de que fuera Sylvia.

—Sí, quisiera conocerla —dije—. Me gustaría mucho, Ann.

Seguí a Ann a través del establecimiento. Habían unos pocos clientes en el lugar, pero quiénes eran y qué hacían no lo sé. Sylvia advirtió que íbamos hacia ella y esperó, con un libro en la mano, las cejas levemente alzadas en señal de discreta curiosidad y sus ojos puestos en mí con la especulativa apreciación de una mujer muy involucrada con los hombres y para quien los hombres significaban mucho.

—Señorita West —dijo Ann, obrando de modo simple y directo, para que nadie pudiera incomodarse—. Este es el señor Macklin. Me ha pedido que se la presente. Le ha interesado mucho su libro. Compró un ejemplar meses atrás.

Sylvia sonrió, dejó el libro y me ofreció la mano sin vacilar. Me gusta que las mujeres den la mano con la seguridad de un hombre.

—Estoy encantada de conocer a alguien que ha comprado mi libro. Vivo en la certidumbre de que solo mis amigos más próximos lo han comprado. Así que me resulta una sorpresa encontrar a un extraño que lo haya hecho también.

—Lo he leído y me ha gustado —dije. Ann me miraba con atención—. No he conocido a tantos autores de libros como para que no me impresionen al conocerlos.

—Gracias, señor Macklin. Es muy amable diciendo eso. Pero me temo que mi libro sea muy corto e insignificante...

—Ningún libro es insignificante.

—¿Le gustan los libros?

—Lo suficiente para comprarlos ocasionalmente —dijo Ann—. Es un antiguo y buen cliente, señorita West. También es un antiguo buen amigo.

—Eso es una muy buena recomendación, creo. —Sylvia afirmó con la cabeza a la vez que acercaba la mano al libro que yo tenía en la mano. Se lo dejé ver.

—¿Le gusta la historia antigua, señor Macklin?

—Más que gustarle la vive —sonrió Ann. Dijo entonces que tenía un cliente y nos dejó solos. Sylvia contempló el libro y luego me miró inquisitivamente.

—Soy licenciado en Historia antigua. Quería haber sido profesor. De eso hace mucho tiempo. Nunca ha pasado de ser un *hobby*.

—Lástima —dijo ella inesperadamente.

—Creo que tiene usted razón, señorita West, pero ¿por qué lo dice?

—Me ha hecho ver lo que quería haber sido. Todo hombre debería tener la oportunidad de hacer lo que quiere.

—Igual que toda mujer, señorita West. Es usted afortunada.

—¿Está usted seguro de que hago lo que me gusta?

—No encuentro otra razón para escribir poesía. ¿La hay?

—No, a menos de que exista esa otra razón.

—Lo puedo entender —dije.

—¿Puede?

—He leído su libro —aspiré hondo y le dije—. Señorita West, no somos unos completos desconocidos. Por su libro y, bien, por la recomendación de Ann. Quiero decir, ¿ha comido usted hoy?

Sonrió negando con la cabeza.

—No todavía.

—Yo tampoco —mentí—. ¿Querría comer conmigo? Por favor. Necesito hablar con usted. A menos que tenga otro compromiso.

—No tengo otro compromiso —dijo ella, sencillamente.

—¿Acepta, pues?

—Sí.

3

En la calle le pregunté si había algún sitio especial al que le gustase ir y ella me dijo que lo que yo decidiese estaría bien. Mi garaje estaba tres calles más allá y cuando sugerí que nos dirigiéramos allí ella me dijo que su coche se hallaba aparcado enfrente del lugar y que por qué no íbamos en él. Dije que sí y sugerí un restaurante italiano en el Strip, con patio trasero y comida sencilla y buena. Su coche no era un *Thunderbird* ni un *Jaguar* sino un *Plymouth 1956* convertible y lo condujo sin habilidad especial ni manierismo alguno, solo mirando al frente, perdida en sus pensamientos, casi olvidando que me hallaba junto a ella. La miré sin que se diera cuenta y por vez primera pude gozar de su perfil de altos pómulos y de la limpia y bronceada piel y de la melancólica boca de gruesos labios de la mujer cuyo pasado había desvelado y cuya imagen había recreado. Aparte del suave toque de rojo en los labios, no llevaba maquillaje, pero eso no le otorgaba esa inocua inocencia de muchas mujeres cuando se lo quitan. Su tranquila cara no era juvenil ni inocente, aunque no tenía arrugas y su piel era fresca como la de un niño.

También me vi capaz de reflexionar sobre el hecho de que me había arrojado al vacío sin detenerme a pensar especialmente. Pero aquí me hallaba. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Iba a ser tan embaucador, tan mentiroso como lo había sido con todo lo que me atañía hasta el momento? Hay tiempo —me dije a mí mismo— y más pronto o más tarde las cosas acaecerán como tienen que acaecer, sea lo que sea.

En el restaurante pedimos lo que ambos deseábamos. Yo, lo menos posible, y luego nos miramos el uno al otro como la gente suele hacer en situaciones así. Ella me recordó que le había dicho que tenía muchas ganas de hablarle y me preguntó por qué.

—Leo sus poemas —dije— y en principio no los entiendo muy bien, o al menos no tan bien como quisiera.

—¿Y por qué quiere entenderlos, señor Macklin?

—En algún momento creo que podré explicárselo. El caso es que lo deseo. Hablé a Ann Goldfarb sobre usted y me dijo que de vez en cuando venía a la librería. Luego conocí a un hombre llamado Gavin Mullen, que es profesor de Literatura moderna en la Universidad de Los Angeles. Estuve una tarde con él y su nombre salió a colación. Pasamos la mayor parte de la tarde hablando de sus poemas.

—No me lo creo en absoluto —rio ella.

—Pues así fue. De hecho, podría llevarle allí. Mullen estaría encantado de conocerla.

—Bien —ella me miró y me dijo—: No es usted muy convincente, señor Macklin, pero me hace sentir de maravillas. He empezado el día mal. ¿Puedo preguntarle por lo que ese profesor Mullen le dijo? Ya ve, hasta dudo que exista ningún profesor Mullen.

—Llame a la Universidad de Los Angeles.

—Pero dígame lo que dijo. ¿Le gustaron los poemas? ¿Encontró algo bueno en ellos?

—¿Duda usted?

—No sé qué pensar. Usted vive en un mundo en que la gente respeta los poemas. ¿No entiende usted, señor Macklin, que lo menos importante en este mundo nuestro es un poema? Lo menos importante. Libros como el mío no se venden. El editor tiene pérdidas con ellos. Y les hacen reseñas en muy pocos sitios y en su mayor parte son obra de gente que no tienen la menor noción de lo que digo y por qué. Y la cuestión de si son buenos o malos o si significan algo nunca se llega a determinar. Oh, sí, hubo un crítico en la revista trimestral de un cierto colegio que me destrozó y hasta dijo que yo era un amenaza para el mundo de las letras. Y hubo otro, u otros dos, que dijeron que yo era un brillante joven talento, que es la cosa más repugnante que nunca me han llamado. Pero nada de eso sirvió para nada.

—A Mullen le gustó su trabajo. ¿Quiere saber algo de lo que dijo? Quiero decir, hasta el punto en que puedo recordarlo. Fue hace dos meses.

—¿A usted le cae bien, Mullen?

—Me cae muy bien, señorita West: un hombre pequeño de ojos llamativos y con una bonita esposa y un montón de niños. Pero ¿tiene esto algo que ver para ser un buen crítico? Le pregunté sobre sus poemas, lo que pensaba de ellos, y me dijo que no podía decir si Sylvia West era una buena o mala poetisa. Incluso se indignó de que alguien pudiera preguntarle eso. Dijo que primero sus poemas debían ser escuchados y que el oyente debía experimentar, creo que sus palabras fueron: «el odio salvaje» y «la abrasadora herida», que habían dentro de usted.

—¿Dijo eso? —preguntó muy quedamente, mirándome con sus negros y pensativos ojos.

—Sí.

Permaneció en silencio durante unos instantes. Yo encendí un cigarrillo, fumé y la miré mientras comía. En cierto instante, ella miró hacia arriba y atrapó mi mirada.

—Usted no come —dijo.

—No. He comido antes. Le he mentado.

—¿Miente usted con frecuencia, señor Macklin?

—Sí, con frecuencia —afirmé con la cabeza y le sonreí y ella me sonrió asimismo y supe que todo marchaba bien. No lo supe hasta entonces.

—Le llaman Mack, ¿verdad?

—Alan Macklin. Pero me suelen llamar Mack, sí.

—¿Y qué hace usted para poder tener tiempo de comer dos veces y además ligarse a una mujer?

—Soy detective privado.

—¿Oh?

—Y no me la he ligado. Nos han presentado.

—Sí, así lo supongo.

—¿Qué piensa de los detectives privados?

—No tengo opinión formada sobre ellos, Mack. ¿La tiene usted?

—Se lo diré a su tiempo —dije.

A las tres de la tarde estábamos sentados en su coche, en el límite de Mulholland Drive, en donde el terraplén está hendido y hay un pequeño espacio para aparcar. Hacia el norte de donde nos hallábamos la vista era inmensa: las montañas azules aparecían bañadas por la neblina dorada de California y la fría brisa empezaba en ese instante a soplar. La crecida hierba marrón oscilaba y crujía con la brisa y dos halcones se deslizaron valle abajo, como hojas cayendo con el viento.

—Mack —dijo ella—. ¿Ha estado anteriormente en Méjico antes de la época de las lluvias, cuando las montañas están marrones, secas y muertas y la tierra parece tan antigua que asusta?

—Sí.

—¿Le gusta?

—Me gusta porque la veo de esa misma manera, vieja y seca y muerta.

—Cuando dice algo —preguntó ella con extrañeza—. ¿Por qué parece saber lo que estoy pensando?

—No lo hago.

—Me parece que sí. No puede decirme la verdad sobre muchas cosas, ¿cierto?

—Lo intento. Sobre algunas cosas sí. Es verdad que mi padre y mi madre murieron quemados. Ocurrió así. Es curioso: me digo a mí mismo que me lo he inventado, que no pudo suceder de ese modo. Pero la verdad es que sucedió así. Y puedo superarlo todo excepto eso. He superado la guerra. He superado los días y noches de este sucio trabajo del que vivo. He superado lo de mi mujer. Hoy he recibido una carta suya. Se ha separado de su marido, le han ocurrido algunas desgracias y me pedía si podía ayudarla. Le he enviado algún dinero pero nada dentro de mí llora por ella.

—Mack.

—Sí.

—Qué cosas dice. Hace un momento me hablaba como un desgraciado de suburbio y, acto seguido, me dice algo tan sensible como esto.

—Mi padre nació en el otro continente, Sylvia, en Escocia. He heredado alguno de sus hábitos de habla. No, no continuaré de esta manera. Le diré la verdad sobre muchas cosas, pero supongo que no sobre lo que imagina.

—Así que sabe lo que imagino —sonrió ella.

—A veces, o eso creo al menos.

—Es usted un tipo extraño, Mack. ¿Quiere saber lo que me gusta de usted?

—No, pero me complace que le guste algo de mí.

—Me gustan varias cosas de usted. El sonido de su voz y la forma en que me mira. Y me gusta su cara, que es franca y expresa lo que siente en cada momento. No entiendo cómo puede jugar al póker o ser un buen detective.

—Soy un detective de tercera fila —bromeé.

—Pero lo que más me gusta de usted, creo, es que no me ha preguntado algo sobre mí: quién soy, aparte de haber escrito algunos poemas, y si estoy casada o si tengo novio y dónde vivo y qué hago para ganarme la vida, ninguna de esas cosas.

—Me lo dirá, si quiere, cuando lo desee.

—¿Por qué dice eso?

—Porque es así.

—Mack —susurró—. ¿Quién demonios es usted?

—Se lo he dicho.

—Muy bien. ¿Era mentira lo del profesor Mullen?

—No.

—Entonces usted y yo lo vamos a visitar esta noche y si me ha mentado, Dios me ayude, ¡le cortaré el cuello!

—Piense lo que quiera —dije.

Fuimos en coche hasta el Boulevard Ventura y nos detuvimos en un *drugstore* en donde busqué el número del profesor Muller y le llamé. Eran las cuatro y media y le encontré en casa, me gustó detectar la calidez de su voz cuando dijo: «Ah, sí, el detective privado. Por supuesto que me acuerdo. Esperaba saber de usted de nuevo, yo, cuya vida está hipotecada por los niños, niñas y los condenados eruditos». Le hablé de Sylvia West, se mostró encantado y dijo que nada le complacería más. «Pero no puede ser esta noche, Macklin. Tengo una clase esta noche. Mañana, ¿quieren venir a ambos a cenar?»

—Creo que sí. A mí me gustaría. Pero tengo que preguntarle a la señorita West. No sé qué planes tiene para mañana noche. —Sylvia se encontraba en el mostrador, tomando una *cola-cola*. Abrí la puerta de la cabina y la llamé. Dijo que muy bien y le dije a Mullen que vendríamos mañana. También le dije: «Mullen, hágame un favor».

—Que sea pequeño, Macklin. No estoy capacitado para grandes favores.

—Olvide mis reticencias literarias de cuando, en la otra ocasión, hablamos de Sylvia West. Se supone que me gustan sus poemas lo bastante como para hablar de ellos.

—Lo haré.

Le di las gracias, colgué y fui a la barra. Sylvia, mirándome, me dijo:

—Es evidente que me ha atrapado usted con la baja estratagema de ese Mullen. ¿Quiere saber, Mack, lo que significa para mí escribir?

—Puede que quiera —dije—. Lo intentaré.

Salimos, nos dirigimos al coche y fuimos al lado del mar, y durante diez minutos o así ninguno de los dos dijo nada. Esperaba que ella lo hiciera. No sabía a dónde llevaba todo esto. Tal vez ella lo supiera.

—Escribir —dijo, finalmente—. Le he conocido hace unas pocas horas y casi se ha convertido en un maldito padre confesor. ¡Al diablo con usted!

—Al diablo conmigo —repetí.

—No sea cínico, Mack.

—Algo la ha incomodado. Aunque deteste a los hombres, debe tratar de comprenderles.

—No me analice.

—Ha sido un pobre intento.

—Es fácil y cómodo para ustedes, dioses aficionados. Odio a los hombres: eso lo explica todo. Hay mucho en usted que me gusta, Mack, pero también pienso que es un sucio piojo.

—Tiene razón. La mayoría de los hombres lo son, más o menos. Puede que un poco más en mi caso.

Sonrió levemente, continuó conduciendo y dijo:

—Así es: no retiraré lo de que es usted un piojo. —Tras unos instantes me miró

—. ¿Por qué dice que odio a los hombres?

—Es una suposición.

—No es tan agudo como pensaba.

—No, no lo soy.

Unos minutos después dijo con calma:

—Siento lo que acabo de decir, Mack. Me dejo llevar por mi carácter y digo ciertas cosas, pero no las mantengo por mucho tiempo. No sé por qué he dicho eso.

—Yo la provoqué.

—¡No, Mack, oh, no! Es usted muy bueno y gentil.

Empezó así y yo me lancé de cabeza, seguro desde el principio de que era la mejor manera de conducirme y de que esa mujer que tenía junto a mí era la única en el mundo por la que había tenido un sentimiento parecido, la única que sentía mía. No con un sentido de pertenencia, porque ella no podía pertenecer a nadie ya que su odio y su dolor los tenía hondamente arraigados, e incluso aunque no fuera yo un mandado de Frederick Summers, contratado y pagado, nunca habría paz ni contento en Sylvia: ni conmigo ni con Frederick Summers ni con ningún otro hombre.

Penetramos en la carretera de la playa y aparcamos junto a la hamburguesería, allí donde Sunset Boulevard ataja dirigiéndose hacia el mar. El frío nocturno se estaba empezando a notar, un viento frío procedente del océano, y de pronto sentimos hambre y ansiedad por el vacío interior que ambos compartíamos. Nos sentamos en el coche a comer unos *frankfurts* y beber zumo de naranja. Era lo que queríamos y necesitábamos. Sin necesidad de alcohol ni de gente: nos bastábamos ambos solos, el uno y el otro.

Sylvia se apretó a mí, temblando ligeramente, tocándome con su espalda y brazo. Era el primer contacto físico que teníamos. No intenté besarla, o cogerle la mano, o tocarla: solo hubo eso. Tras comernos los *frankfurts*, encendí dos cigarrillos y nos recostamos en los asientos, fumando mientras mirábamos las casas de la playa, el río de coches en la carretera de la costa, las mansiones colgadas de los acantilados y, más allá, hacia el sur, el fuerte oleaje del Pacífico. Sylvia dijo:

—Lo que antes quería decir respecto a escribir...

—Lo sé —dije, asintiendo con la cabeza, pues ella quería continuar pero no sabía cómo hacerlo—. Escribiste un libro queriendo demostrar que el dolor y angustia de la vida de una mujer eran racionales, tenían sentido. Querías probártelo a ti misma. Por ello, el que el libro fuera bueno o malo se tornó lo más importante del mundo: tenía que ser bueno para posibilitar el continuar viviendo, pero es una teoría impracticable y equivocada. ¿No lo ves, Sylvia?

Negó con la cabeza.

—El libro no puede cambiar lo que eres Sylvia. Ni este ni diez libros.

—¿Cómo sabes lo que soy?

—¿Piensas que algún ser humano puede contemplar a otro ser humano del modo en que yo lo hago sin saber algo?

—Estoy cansada —dijo ella—. Empiezo a aburrirme.

De pronto se había vuelto dura, extraña, fría. Corrió de nuevo la capota del coche y no volvimos a hablarnos hasta que me dejó en mi apartamento, en West Hollywood. Luego se marchó sin decir ni buenas noches.

Me sentí aturdido, bloqueado, e intenté convencerme que sería para bien. Luego añadí a mi argumento el hecho de que era algo compulsivo, adolescente y neurótico por mi parte haber elegido, para amarla, a una mujer cuya razón para odiar —para odiarme— podía ser intensa y justificada. Desde tiempo atrás había dejado de creer que el acto de amor entre un hombre y una mujer era algo que, simplemente, sucedía. Uno no cae enamorado de la manera en que lo describen los novelistas; el acto de amar es un proceso voluntario y, si se dirige hacia algo imposible, se torna una enfermedad. Había conocido a mujeres que elegían solo a hombres casados y especímenes de ambos sexos que escogían diversas complejidades e imposibilidades.

¿Qué otra cosa había hecho yo?, me dije a mí mismo. ¿Y por qué no podía yo ser lo suficientemente inteligente para dar por entero a Frederick Summers lo que se merecía? El juego de quién era Sylvia y qué era había finalizado y lo había jugado hasta el final; y si el arte de un investigador privado era algo más respetable que la mera connivencia de un macarra hambriento y merecía la definición de profesión, entonces yo era un buen profesional y había hecho bien mi trabajo. Partiendo solo de una foto, un poema y un fragmento de escritura, había desvelado la vida entera de una mujer. Tenía talento, era un héroe, y cuando entregara mi informe a Frederick Summers y él me enviara el cheque, sería yo cuatro mil dólares más rico de lo que había sido nunca y el señor Summers poseería la correspondiente información concerniente a la mujer que amaba, al modo en que él lo entendía, lo que podía ser tan válido como el modo que tengo yo de entenderlo. Dicha información consistía en lo siguiente: ella era una mentirosa, de principio a fin; era la hija de un vagabundo alcohólico medio loco de origen húngaro; su nombre era Sylvia Karoki, no Sylvia Carter o Sylvia West; su profesión, durante años, ha sido la más antigua: la prostitución; poseía un buen patrimonio que había conseguido gracias al chantaje, a haberle sacado dinero a alguien, eso tan frecuente; su experiencia con hombres, iniciada en la pubertad, había originado en ella, en su personalidad, cerebro y alma, un odio a los hombres profundamente arraigado, una desconfianza total hacia ellos e incluso, probablemente, pánico; y era posible que fuese frígida, estando rota o bloqueada en ella cualquier reacción normal.

Como nota a pie de página: era, asimismo, la mujer elegida por mí para enamorarme, y a ese ejercicio de pasión aportaba una serie de cualificaciones no inferiores a las de ella: Me hallaba hundido o casi; era un mentiroso de principio a fin; mi futuro, económicamente hablando, dependía de un informe escrito que no solo destrozaría el sueño de esa mujer de casarse con un deseable millonario sino que la destrozaría también a ella; había hablado con esa mujer y bromeado con ella y, al menos de palabra, le había hecho el amor y todo eso pendía de mi cuello de modo más leve que el albatros del viejo poeta del poema^[10]. Yo era un farsante.

He ganado mi dinero a veces como una puta y a veces como un macarra, pero con la diferencia de que gozo de la aprobación de la sociedad y puedo contemplar el reflejo de lo que soy en las bufonadas que algunos idiotas pergeñan para la tele, un imbécil y brutal farfulleo que es la marca de fábrica del detective privado, parte ya del folclore americano, o eso dicen.

No trataba de equilibrar ninguna balanza. Había interpretado mi papel y al demonio con los aplausos. Al demonio con todo. Fumé un cigarrillo y contemplé las luces nocturnas de Los Angeles, abajo. Luego me fui a la cama. Me hallaba agotado, física y emocionalmente, y creo que me dormí nada más puse la cabeza en la almohada.

Me estaba afeitando, la mañana siguiente, cuando sonó el teléfono. Era Sylvia:

—¿No te he despertado, verdad, Mack? —dijo de modo cordial.

—No, no lo has hecho. Me estaba afeitando.

—¿Me puedes hacer un gran favor, Mack?

—Por supuesto, si me es posible.

—En Santa Bárbara hay un certamen de rosas y yo presento unas mías. Me hallo demasiado nerviosa para conducir del modo conveniente. ¿Me podrías llevar si no tienes nada que hacer?

—Me gustará —le dije.

—Me siento una terrible egoísta. Tendrás cosas que hacer.

—No. No es inusual en mí. De todos modos aunque las tuviera te mentiría, Sylvia.

—¿En serio?

—Absolutamente —dije—. ¿Cuándo vengo a buscarte?

—¿Sería muy temprano las diez? No hemos de estar en Santa Bárbara hasta las dos, pero no quiero ir con prisas. No cortaré las rosas hasta que tú llegues, quiero decir, hasta que estemos listos para irnos.

—Está bien.

—Te serviré un desayuno. ¿Querrás tostadas, huevos?

—De todo.

—Eres una persona muy amable y considerada, Mack.

—A veces. Dime dónde vives.

Me dio el número de Coldwater Canyon y luego colgué el teléfono, acabé de afeitarme y medité sobre mi presente circunstancia vital. Continué meditando mientras conducía hacia Codwater Canyon. Lo hice lentamente, especulando sobre las casas. No voy a pretender que supe cuál sería la suya; había media docena de casas de una planta sin pretensiones, de ladrillo pintado de blanco. Debía de estar aguardando porque en cuanto entré en el sendero salió de la casa. Pensé que había olvidado lo hermosa que era esa mujer o era tal vez fue que no la había visto antes al sol de la mañana, con la luz amarilla irradiando en su vestido de algodón rosa con rayas grises. Era alta, con largas piernas y absolutamente terrenal. Me ofreció su mano con tanta soltura como si fuera una muy antigua amiga y me llevó al patio, en la parte de atrás de la casa, en donde me aguardaba un desayuno en una mesa de hierro forjado, con un fondo de rosas como jamás había visto uno igual.

La peculiar deferencia que se suele denominar «honorabilidad» es otorgada a quienes residen allí tras varias generaciones: Beacon Street en Boston, Park Avenue en Nueva York, el puerto de Charleston o cualquier lugar parecido a estos. En California la cosa tiene lugar de un modo más informal, por el momento. El viaje de Sylvia a Coldwater Canyon le había tomado un cuarto de siglo y yo lo había realizado en asunto de semanas; ambos habíamos, de igual manera, invertido nuestras existencias en un valor que podríamos denominar «sueño refrigerado». Las martas y los carcajues se suelen morder las patas cuando son cogidos en una trampa. En Sylvia las cicatrices eran invisibles. Ofrecía su casa como testimonio, y el jardín lo mismo, y sus relajadas maneras y su impecable seguridad se asentaban sobre varias cuestiones de gusto, ninguna de ellas, para así decirlo, adquiribles en un puñado de años. Se habría mordido, arrancado, torcido o roto las patas, pero ninguna cicatriz visible se le podría notar en esa soleada mañana. Ella era una farsante tan sabia, calculadora y hábil que yo podía haberme sentado a llorar por vez primera desde la infancia. Sentía por ella algo íntimo, no formulable en palabras. Cada uno de nosotros tiene su propio modo de amar, su conocimiento del tema, sus ineptitudes y sus sueños reprimidos sobre lo que puede o debe existir entre un hombre y una mujer.

Solo que no había fraude alguno ni ella tampoco lo era. Era la casa de Sylvia, quien no había cambiado excesivamente desde que entrara en el pequeño apartamento de Irma Olanski en Pittsburg y visto que había gente que no vivía en una cueva asquerosa, como los animales. Los muros de la casa estaban pintados de blanco, las ventanas eran grandes y amplias y el lugar estaba imbuido de aire limpio y luz de sol. Habían cortinas de organdí, en una habitación blancas y amarillo pálido en otra. No había nada tradicional, ni ninguna falsa antigüedad, ni alguna pieza de mobiliario para resaltar alguna cosa, ni retratos o fotografías. El tejido de mentiras que había presentado a Frederik Summers no aparecía en absoluto materializado, como si no pudiera soportar que nada apareciese como soporte o apuntalamiento de la brumosa leyenda que había confeccionado con un fin muy determinado. El mobiliario era de California, tipo casa mejicana, o granja bretona que ella misma había comprado en Europa. Los suelos estaban embaldosados, excepto el de su estudio, que era de planchas amplias, claveteadas, de madera roja pálidamente brillantadas, para que resaltase su color natural, y las paredes de su habitación estaban surcadas de estanterías de la misma madera.

Los libros habían ido con ella y permanecían con ella, usados, leídos, releídos. En su cuarto tenía una larga mesa californiana sobre la que trabajaba, una silla de despacho, dos sillas de diseño moderno, todo ello rodeado de puertas de vidrio deslizantes que daban al jardín. En los muros de las otras habitaciones había pinturas modernas, el tipo de cosas de moda ahora en La Jolla y Carmel, arte posiblemente, o también, posiblemente, nada más que líneas y colores conjuntados, algo que nada

tiene que ver con nada excepto con la modernidad y que lo único que sugería era cierta perspectiva coloreada y algún movimiento.

Por doquier en la casa los colores eran brillantes, irradiantes de luz. Como en todo lo relativo a Sylvia, la doliente verdad acechaba tras la mentira. Enredada en la fábrica de sus propias invenciones y miedos, se veía obligada a gritar que no tenía nada que esconder, nada que ocultar.

El jardín de rosas ocupaba medio acre de espacio entre la parte de atrás de la casa y donde la ladera del cañón comenzaba, y se hallaba dividido en tres niveles, cada uno separado del siguiente por tres escalones de ladrillo rojo, y en ellos, en arriates, lechos, setos, emparrados trepadores, marquesinas, ramajes y abanicos, había ochocientas rosas. Un pequeño y muy anciano mejicano se hallaba trabajando entre los arbustos cuando entramos en el jardín. Evidentemente acababa de regar y pulverizar porque el lugar emitía destellos por las gotas de agua y el aroma de las rosas se percibía con intensidad. El hombre le habló a Sylvia en español y ella le respondió con fluidez y soltura en el mismo idioma. Conozco el suficiente español para saber que el suyo era bueno y fluido, y lo justo para comprender lo que estaban diciendo: que había estado plantando y esparciendo las miniaturas como ella le había indicado y si quería que cortara ya las rosas viejas. Ella contestó que las quería cortar ella misma, que trajera el cesto y el musgo húmedo.

—¿Rosas viejas? —le pregunté.

—¿Entiendes español, Mack?, ¡qué bien!

—Solo un poco y mal. He entendido lo de «rosas viejas».

—¿Te gusta mi jardín? Dime.

Las abejas revoloteaban, ávidas motas doradas fluctuando en el cálido aire matutino. Pasamos junto al anciano para acceder a la primera terraza, que se hallaba separada del nivel inferior por un seto de rosas. El sendero de ladrillos rojos que serpenteaba por la terraza estaba bordeado de odoríferos alisos. A un lado, un muro de contención de piedra aparecía desbordado por el peso de las rosas blancas y rojas. No supe qué decir. Le comenté a Sylvia que no sabía qué decir, pues ¿qué se podía comentar de un lugar como aquel? Era como si me hubiera preguntado si me gustaba. El lugar era como ella: le llenaba a uno de deseo.

—Me agrada que no sepas qué decir —comentó—. Mucho mejor que algunos que vienen aquí y exclaman: «¡Oh, querida, qué bonito!». Odio esta palabra. Esto no es bonito: está lleno de calidez y supremacía e incita a algo. ¿No lo sientes así?

Afirmé con la cabeza.

—Casi todo lo he hecho yo misma, Mack, y por eso me enorgullece tanto. ¡Oh! Esas rosas de ahí, las trepadoras grandes, algunos setos de floribunda y tal vez cuarenta o cincuenta rosas más. El resto lo hemos hecho entre mi jardinero, Eastan, y yo. ¿Sabes de rosas?

—No sé nada de flores, lo siento, Sylvia.

—Preguntaste sobre las rosas viejas.

—Suena extraño en español.

Nos detuvimos junto a un lecho cuadrado con una docena de plantas exuberantes y maravillosamente florecientes. «Las rosas viejas son otra cosa. Las muestro porque aquí lucen al máximo, Mack —dijo de repente—. He aprendido todo esto en unos

pocos años. No sabía ni que las rosas crecían en el suelo y, a partir de aquí, todo esto ha hecho que yo...». Me hallaba mirándola y ella se volvió y tocó una de las flores. «Estas son de té híbridas».

Todo lo que Sylvia aprendía, pensé para mí, tenía que vivirlo como si fuera algo que no existiera más que para ella.

—... Bien, las estás viendo por todas partes. Son muy bellas y vistosas. Esta es una; tienen nombres estúpidos algunas de ellas; algunos nombres son, asimismo, increíbles. Quiero decir, ¿crees que los de *Chrysler* pagaron por ello? Oh, no lo sé. Pero ya ves que es tan roja que casi es detestable. La he mezclado con una *Pink Radiance* y una *Charlotte Armstrong* y ha surgido algo, el rojo *Chrysler* ya no es tan áspero. Supuestamente son tres de las más bellas rosas del mundo. No me salen muy bien. He visto esas rosas en los jardines de San José y me han hecho estar celosa. No puedo lograr que los híbridos me salgan como a los profesionales, se ha de saber mucho de química, pero creo que he logrado algo con las trepadoras, la floribunda y las rosas viejas. Estas se denominan así porque proceden de la época en que los científicos empezaron con los híbridos, las floribundas y demás bellas flores que han creado, sin mucho olor ni fuerza. Supongo que con todo esto debo estar tratando de probar alguna cosa. ¿No lo crees así?

—Siempre estamos tratando de probar algo, pienso. ¿Dónde están tus rosas viejas?

—En la terraza superior —dijo, llevándome allí—. Estaban ya aquí, bueno, dos tercios de ellas, cuando compré la casa. Las otras las adquirí en Canadá y se supone han sido criadas en los jardines del Descanso; dicen que son las mejores rosas viejas de jardín de América. Así pues, tengo aquí dieciocho de ese tipo, pero me producen un sentimiento especial y creo que la terraza entera debería estar llena de esas rosas viejas.

Las rosas «viejas» aparecían en círculo en el centro de la terraza, alrededor de un ajado y astillado recipiente que procedía de la fuente de una vieja misión. El sendero que lo rodeaba revelaba una pátina de antiguo lustre azulado en los ladrillos y, en cuanto a las rosas, me parecieron extrañas pero sorprendentes por su belleza y distinción. Había también una pequeña flor roja que en absoluto parecía una rosa, la cual Sylvia no había sido capaz de identificar y a la que llamaba *Irma*. El lugar era antiguo y lleno de pasado, y empecé a entender por qué Sylvia lo quería tanto. A un arbusto de delicadas flores amarillas, cada una con un solo pétalo, ella lo denominaba *Padre Hugo* y fue el primer indicio que me reveló de su pasado.

—Me recuerda a un anciano cura que conocí en Méjico —dijo— y de algún modo, cuando lo contemplo, pienso en su misión. No tenía rosas, pero en mi memoria el lugar parece estar lleno de un resplandor amarillo.

Afirmé con la cabeza y señalé las enormes flores de translúcido color rosa. «Esas sí que son espléndidas».

—A que sí. Son mis preferidas. Odio tener que decirte lo que son. Se les conoce

por rosas repollo, y algunas de ellas tienen hasta cien pétalos. Supongo que las llaman así por su forma, pero creo que no hay ninguna rosa de té tan hermosa como estas. Me han dicho que mis *Padres Hugos* son las mejores flores que poseo, pero nadie repara mucho en ellas cuando las presento ni les otorgan una especial categoría. Las más apreciadas son siempre las rosas repollo y las *York* y *Lancaster*, esas vistosas rojas y blancas de ahí. Sale una rosa blanca y otra roja del mismo arbusto. Creo que las llaman así por la guerra de las Dos Rosas y no al revés, ¿podía ser que esos antiguos caballeros arrancasen esas mismas rosas? Claro que sí. Algunas de esas viejas rosas tienen varios miles de años. Había una ciudad griega en Italia, en la Antigüedad, de la que se decía que era como un jardín de rosas, ¿cómo se llamaba?

—Paestum —sonreí.

—Mack, ¿te ríes de mí?

—No, no, créeme, Sylvia. Es que no te había oído hablar hasta ahora. Ayer...

—Ayer no estaba aquí con las rosas, Mack. De todos modos, vamos a llegar tarde si continuamos hablando. Debo exhibir cinco rosas repollo y he de arrancarlas. Voy a llamar a Eastan para que las corte. Espera aquí.

Se fue a buscar al jardinero mejicano. Rebosaba de vida y era hermosa y llena de risa y felicidad; todos mis juicios, suposiciones y hondas conclusiones sobre ella cayeron de pronto en un pozo profundo.

Durante la mayor parte del trayecto a Santa Bárbara ella permaneció en silencio, la cabeza apoyada en el respaldo, los ojos cerrados, el viento agitando su cabello negro. En la carretera de la costa la niebla se había disipado, el aire era caliente, el sol quemaba y el Pacífico se movía y espumeaba perezosamente. La charla que mantuvimos versó sobre cosas sin importancia y cuando habló de sí misma lo hizo sobre California y los últimos dos años. Me contó que había conocido a Ed Lemmingwell, un director de la Fox, quien le había insistido en que hiciese una prueba para la pantalla.

—Pero no puedo actuar —dijo— ni quiero. Yo sé fingir, puedes imaginarlo, pero eso es otra cosa, ¿no, Mack?

Dije que sí, pero que no sabía el nivel de destreza que se precisaba para interpretar en el cine. Pensé que su vida no estaba en condiciones de hacerse pública. Sylvia no podía permitirse que se fijasen en ella. No le era posible vivir más allá de un reducido círculo de personas. Posiblemente eso era lo que más la condicionaba. Sylvia Karoki podía, en cambio, estar bien a salvo y tranquila en un certamen de rosas de Santa Bárbara. Sin embargo contemplé la posibilidad de estar equivocado.

Sylvia me preguntó sobre las ciudades griegas, como Paestum, en donde el aire siempre olía a rosas y, durante media hora, le expliqué cómo se habían establecido en Italia las ciudades griegas y cómo los artífices habían traído con ellos sus olivos, rosas y vides, todo de forma muy didáctica, ya que hasta esa mañana nunca había estado en un jardín de rosas; y reflexioné sobre el hecho de que mientras yo conocía medianamente lo que le estaba contando, ella habría visto más con sus ojos, asimilado mucho más.

En cierto momento salimos de la carretera y paramos para estirar las piernas y ver cómo el Pacífico se agitaba entre las rocas y la blanca arena, y hablamos sobre océanos, natación, esquí acuático y lanchas. Ella conocía a alguien que tenía un yate, me dijo, y entonces, de repente, con vehemencia me conminó:

—¡Párame, Mack, si continúo con esto!

—¿Continúas con qué?

—Con ese tipo de conversación. Amigos ricos, yates, millonarios. Toda esa miel que cae sin cesar del tarro.

—No has hablado apenas de eso. Ni me he dado cuenta.

—He hablado demasiado.

—Bien, no hay nada malo en apreciar a un rico o un yate. Me gustan los yates. Me gustaría tener uno.

—No es verdad —dijo—. Te importa un comino si lo tienes o no.

—Tal vez sí, Sylvia.

—Has sido pobre, ¿no, Mack?

—A veces sí a veces no —afirmé con la cabeza.

—Quiero decir cuando eras niño.

—Siempre hay alguien aún más pobre. Lo aprendes desde niño, también.

—¿No te importa?

—¿Ahora?

—Ahora.

—Sí que importa, Sylvia —dije—. Quien te diga que eso no le importa o miente o habla desde cierta arrogancia. Nunca haría eso. Pobreza es degradación y todos esos bonitos cuentos que pretenden probar lo contrario son para los pájaros. Si creces con esa degradación ella perdura en ti. Hubo un escritor que veinte años atrás llamó mucho la atención con sus pequeñas historias muy imaginativamente narradas sobre lo agraciados y felices que eran los pobres, y Sinclair Lewis estuvo muy acertado al decir que el tal escritor escribía sobre los pobres para los ricos. No me gusta recordar esa época, pero tampoco me impide dormir. Lo principal es que evolucionamos y es consecuencia de esa evolución que dejemos de estar angustiados.

—¿Ya no lo estás, Mack?

—Al menos no con ese tipo de angustia. Otras cosas sí continúan angustiándome. Pero no la de haber sido un niño pobre, hambriento y con el mundo en contra.

—¿Pasaste hambre?

—Tenía once años en 1933 y pasé hambre bastante como para rebuscar entre los cubos de basura.

—Mack.

—Al menos sobreviví.

—¿Esto es lo que te importa más que nada, sobrevivir?

—Básicamente, sí. El resto es cosa mía.

—¿Mack?

La miré, pero ella sacudió la cabeza, volvimos al coche y fuimos a Santa Bárbara.

De un modo vago yo sabía que los certámenes de flores existían, del mismo modo que sabía que existían los concursos de perros, de caballos o de pasteles. Pero era mi primera asistencia a uno de ellos e iba con disposición amistosa. Si a Sylvia le agradaban los certámenes de flores yo estaba predispuesto a que también me gustasen. Si la gente que iba a asistir eran amigos suyos yo estaba abierto a que lo fuesen también míos. Nada especial había cambiado o había derivado a nada, solo la conciencia de que mi vida se hallaba en una tesitura decisiva. Fuera lo que fuese que Sylvia había sido o iba a ser, mi vida carecería de sentido sin ella. Confieso que mi existencia nunca había tenido tanta intensidad en cuanto a sentido o intencionalidad antes de conocer a Sylvia. Me había resignado a esa existencia, pero ahora ya no me era posible.

Llegué al certamen con la mente abierta. Me sentía bien, casi exultante como nunca antes, pues podía contemplar a Sylvia, observarla, y había dejado de distinguir entre lo que era mentira y lo que no lo era. En lo que a Sylvia concernía, las únicas mentiras procedían de mí. No le había preguntado nada ni ella me había dicho nada, por lo que no había habido mentira alguna. Ni siquiera ahora. Por relativo que fuese el sentimiento que tuviese al acceder al certamen, Sylvia lo embellecía. El césped parecía más verde porque Sylvia caminaba sobre él, los amplios invernáculos cobraban sentido porque ella me conducía a través de ellos, las rosas de la exhibición parecían notables y hermosas porque le interesaban y se tomaba la molestia de hablarme de ellas. La gente allí presente existía en función de una mujer a la que yo amaba profunda, irracionalmente, mucho más que a ninguna antes.

Cuando me era posible, me apartaba de ella y la observaba. Observaba el modo que tenía de caminar y sostener la cabeza, la forma en que saludaba a la gente y les decía una palabras. Nunca antes había experimentado este tipo de placer, de grata sensación. Era un hermoso día. No había estado muchas veces en Santa Bárbara, pero siempre, como ahora, la temperatura era más fresca que en Los Angeles. Y estábamos lo suficientemente altos para poder ver la cúspide de la vieja misión a través de las onduladas laderas. Y, además, Sylvia estaba aquí.

Entre las personas que me presentó estaban un tal señor Leland y su mujer. Tendría los cincuenta y una voz y maneras de hombre rico. Su esposa, vestida de verde pálido, trataba de parecer una reina de todas las formas que conocía. Imaginé que Sylvia habría olvidado que tenía algún tipo de cita con ellos, que habrían quedado para verse, al menos. Cuando me los presentó, el señor Leland dijo:

—¿Y dónde está Fred?

—Está fuera de la ciudad, asunto de negocios —sonrió Sylvia.

—¿Todo el día? —preguntó Leland.

—Una semana, creo —respondió Sylvia—. El señor Macklin ha sido muy amable de traerme en su coche. Conducir hasta aquí se me hace muy pesado.

—Muy gentil el señor Macklin —dijo Leland.

—No tanto. Somos muy buenos amigos. Y ella está muy complacida.

—¡Oh! —dijo la señora Leland—. Esperábamos que Fred y tú viniéseris a casa —
indicó la señora Leland—. Tal vez te apetezca.

Se veía la doble intención y Sylvia, sonriendo de nuevo, dijo:

—No creo que el señor Macklin pueda. ¿Verdad, Mack?

—Me es imposible —dije.

—Además tenemos una cita para comer en Brentwood —añadió Sylvia.

—Por supuesto —dijo el señor Leland.

—Pues le darás cariñosos recuerdos nuestros a Fred, ¿querrás? —dijo la señora
Leland.

—Estaré encantada.

Sylvia ganó un segundo premio y una honorable mención. A las tres y media
estábamos camino de vuelta. Había transcurrido la mitad del trayecto hacia Los
Angeles cuando Sylvia me dijo:

—¿No me vas a preguntar quién es Fred?

—No.

—¿O quiénes son los Leland?

—Me importa un pimiento quiénes sean los Leland. Si tú los apreciaras, también
yo trataría de hacerlo. Pero no te gustan. Por tanto, me importa un pimiento quiénes
sean.

—¿Y Fred?

—Eso es cosa tuya, Sylvia.

—¿No eres curioso, Mack?

—Sí, lo soy.

—Me gustas, Mack —dijo ella—. Eres legal. Y tienes cabeza. Pero también
pareces un duro *boy scout* de la tele.

Aparté los ojos de la carretera para mirarla y vi que sonreía.

—Ya lo sé —dije—. Te gusto porque no hago preguntas, como respecto a ese
Fred.

—Vete al infierno.

—¿Por qué te gusto?

—Físicamente no eres gran cosa —dijo—, pero me siento a gusto contigo.

—Eso es algo.

—No he de estar a la defensiva —añadió.

—¿Estás siempre a la defensiva?

—A menudo.

—Eso no es bueno —dije.

—¿No, Mack?

—¿Uh?

—¿Qué sientes respecto a mí?

—Te quiero —dije.

No la miraba, ahora. Ella permaneció en silencio durante un rato. Luego me dijo:

—¿Mack?

—¿Sí?

—¿Es verdad lo que acabas de decirme, que me quieres?

—Sí.

—¿Es por eso por lo que juegas a esto, a no intentar tocarme o besarme?

—No estoy jugando —dije—. Es que tengo miedo.

—Eres un niño grande, Mack.

—Y tú eres Sylvia.

—No parecemos muy diestros con esta conversación, ¿verdad, Mack?

—Yo no soy diestro.

—Mack, Mack —ella susurró esto último y permaneció de nuevo en silencio hasta que dijo—: ¿Mack?

—Aún estoy aquí.

—Respecto a Fred...

—No me importa nada ese Fred.

—Claro que importa, Mack. Es el hombre con el que voy a casarme.

Undécima parte

Brentwood

1

La señora Mullen preparó una cena para seis personas a la vez que, más o menos, ponía a cuatro de sus hijos a dormir. Al aire general de caos contribuyó el mismo Mullen, quien llenó nuestros vasos con un frasco de vino tinto de Napa Valley, mientras nos explicaba que una de las pequeñas bendiciones derivadas de la poesía era que un antiguo estudiante suyo se había dedicado al negocio del vino en el norte y recordaba con afecto a su profesor enviándole cada año diez frascos de vino como el presente. Una gran olla de barro con «arroz con pollo^[11]» dio lugar a una gran movilidad por parte de la señora Mullen. Los niños aullaron, mojaron sus pañales y se rebelaron contra el castigo de hacerles ir a dormir. Sin embargo, con absoluta calma, la señora Mullen se movía de la cocina a la habitación de los niños y de esta al comedor.

Los otros convidados a la cena eran Gerald Heintz, del Departamento de Literatura de la universidad y que acababa de publicar una novela sobre la Roma antigua, y su esposa Martha, que había sido asistente de Mullen pero que ahora se hallaba embarazada de nueve meses y que en la locura ambiente de esa cena presentaba la beatífica y hasta bucólica expresión de tantas mujeres en los últimos meses de embarazo. Más tarde, en el curso de la velada, cinco estudiantes de Mullen aparecieron para ver a la señora West y hablar con ella. Y, alrededor de las diez, también se presentaron el profesor Cohen y su mujer. Mullen los había invitado a la cena pero no podían llegar al inicio así que pidieron si podían llegar más tarde ya que él quería verme. Imagino que sería el único que lo deseaba.

En la vida de Sylvia fue el primer evento de este tipo, la primera vez que se enfrentaba a un grupo de universitarios, profesores y discípulos, gente interesada en cosas que a ella le importaban, y tal vez la primera vez que había estado en una casa como esa, sin dinero ni lujo de ningún tipo, a menos que las montañas de libros que se veían pudieran considerarse un peculiar lujo. Una casa modesta pero sin el menor signo de la degradación sórdida con que la pobreza aparecía representada en su mente: al contrario, llena de una penetrante calidez y un orden mental que contrastaba extrañamente con el desorden humano que allí imperaba.

Podía haber sido otra cosa, era bien consciente de ello, puesto que no hay nada más frío y mortífero que una velada con pedagogos congelados en su tímido pensamiento y sus múltiples miedos institucionales, o pomposos e irracionales en su semiconocimiento e ignorancia libresca. Pero no era este el caso aquí y esa noche. La gente que había venido no era de gran prestigio o reputación, solo eran personas ávidas de entrevistar a la joven escritora que había pergeñado algo diferente, vivo, y de saber cómo era en persona.

Observé cómo se comportaba. No sé por qué me hallaba atemorizado y pensaba que algo gordo podía suceder esta noche, pero tal vez era solo porque tenía miedo.

Pero el miedo se esfumó. En cierto instante, cuando Gavin Mullen dijo algo sobre Sylvia, el miedo desapareció. Dijo Mullen, me parece:

—Mi corazón estaría comido por la envidia, Macklin, de no ser porque los dioses, en su infinita sabiduría, le han otorgado a un insignificante hombrecillo como yo el don de una mujer no muy diferente a su Sylvia West.

—¿Piensa eso? —le dije.

—¿Qué si lo pienso? Dios mío, fíjese en la forma en que le mira. ¿No conoce usted a las mujeres?

—Muy poco, maldita sea.

—Entonces, lo siento por usted. En su lugar yo mataría al bastardo que se interpusiera en mi camino.

—No crea, yo también lo haría —dije.

2

Además de la señora Mullen habían otras dos mujeres que se miraban entre ellas y yo observé a Sylvia. La observé sostener a uno de los niños mientras Alice Mullen sostenía al otro. ¿Qué suele decir una mujer en estos casos? En mi interior supliqué a Sylvia que no dijese «Qué encanto» o «Qué mono». Y ella no dijo nada. Sylvia miraba a la niña, que tendría tres años, una pequeña con gruesos carrillos que a su vez la miraba. Devolvió la niña a la señora Mullen y me dije a mí mismo: «¡Al infierno contigo, Macklin, y con tus sucios pequeños miedos y dudas! ¡Al infierno contigo!».

3

En la cena, Heintz indicó que Sylvia no era lo que esperaba. No pudo reprimirse en decir:

—No es usted lo que esperaba. No es posible que lo que ha escrito sea pura invención.

—Pero la mayor parte ha de ser producto de la imaginación, ¿no? —Sylvia replicó con gentileza.

Martha Heintz hizo el plácido comentario:

—Quiere decir que es usted una mujer que le sorprende, señorita West.

—Es un condenado mojigato, señorita West —dijo Mullen, burlón—, y él mismo no sabe qué demonios quiere decir. Se relamió observando los símbolos de su libro y ahora, ante su inocencia, se ha decepcionado.

—Es muy amable pero no soy nada inocente.

—Por supuesto que no. Ninguna mujer lo es —declaró Heintz.

—¿Qué demonios sabrás tú de mujeres? —preguntó Mullen—. Calma, muchacho. Nadie sabe mucho más, pero Heintz tiene ojos en la cara y puede descubrir la inocencia incluso aunque no sepa ni lo que es. El significado real de la inocencia es la sencillez, no el hecho de cerrar los ojos ante la inscripción obscena en la pared del lavabo público. Usted aparece como es realmente, señorita West. ¿La imaginaba a usted diferente, Macklin?

—Sabía cómo iba a ser ella —dije—. Pero creo que sé lo que usted quiere decir —comenté a Heintz.

—La cuestión es que usted ha escrito desde un determinado punto de vista —dijo Heintz—. Y eso es lo que me fascina. No acabo de entenderlo. Creo que se ha saltado toda la tradición y no se puede hacer eso.

—¿Y por qué demonios no se puede? —intervino Mullen—. De algún modo eso no es verdad. ¿Y la tradición de Nueva Orleans? ¿Y los cantantes de Oregón y Washington?

—El punto de vista...

—¿Qué quiere decir eso? Insistes en lo mismo.

—Lo que intento hacer es explicar por qué el libro me cogió por sorpresa. Usted y Macklin acaban de venir de un certamen floral, lo han dicho. Usted no escribe sobre flores o concursos de flores, señorita West. Usted escribe sobre aspectos de nuestra sociedad ásperos, terribles, que dan pavor. Pone sus palabras en boca de una mujer que ha sido utilizada, apaleada, destrozada...

—Destrozada no —interrumpió Mullen—. Nadie destrozado canta.

—Sabes lo que quiero decir —replicó Heintz.

Ella escuchaba atentamente, pero sin pasión. Hablaban sobre alguien y ella pensaba en esa persona a la que se referían. Estaba tranquila y pensé que nada la podía intranquilizar esa noche. Pero sí que le pasó.

—He leído poemas sobre rosas —dijo Sylvia—. Pero no podría escribir ninguno.

—¿Y por qué no?

—No sabría qué decir —dijo Sylvia con calma—. Las rosas están ahí. Entiendo de rosas del mismo modo que no entiendo de bombas atómicas ni entiendo de guerras. Vi morir a un hombre una vez y no lo entendí. No entiendo lo que un hombre puede hacer a una mujer a la que dice que ama. No entiendo el odio, malestar y miedo en el que vivimos.

—Pero ¿la poesía significa entender? —le espetó Heintz.

—Algo sí, creo.

—¿Y hasta qué punto puede uno entender? —se preguntó Mullen.

—No lo sé. Pienso que si le muestro una rosa a su hija pequeña, la que he tenido antes en los brazos, entendería el gesto y la cogería. Nunca me preguntaría nada sobre una rosa, porque sé lo que significa. Pero sobre las cosas sobre las que he escrito, solo entiendo un poco y las quisiera entender más.

4

En uno de esas pausas que suelen ocurrir en las reuniones, me encontré a solas con ella y me dijo:

—Eres un bastardo, Mack. ¿Por qué me has traído aquí?

—Hay muchas formas de vivir. Pensé que debías conocer esta.

—Tú no la conoces, tampoco —dijo—. Eres un detective privado.

—Es un medio de vida. Nunca me han importado un pimiento mis medios de vida.

—¿Y ahora?

—Ahora sí —dije.

—Sigues siendo un bastardo. Me has traído aquí sabiendo cómo me iba a sentir.

—Lo imaginaba.

—Y un cuerno lo imaginabas: lo sabías de cierto.

Ella se sentó rodeada de los estudiantes. Tres eran chicas. Los dos muchachos tendrían dieciocho o diecinueve años y parecían reverenciarla. Aún más: parecían enamorados de ella. Tenían los ojos fijos en su cara. A su tiempo abandonarían la universidad y fuera lo que fuera que hiciesen luego nunca olvidarían esa noche junto a Sylvia West. Ni tampoco Sylvia la olvidaría. Yo me sentaba a un lado y escuchaba y observaba. El profesor Cohen junto a mí me iba diciendo:

—No es su belleza. No estoy seguro de que sea bella. Pero irradia vida, una vitalidad antigua, ¿me entiende señor Macklin?

Asentí con la cabeza.

—Casi es algo inmoral en este ambiente nuestro. ¿De dónde ha salido? ¿Quién es?

—Vive en Coldwater Canyon.

—No le pregunto dónde vive. ¿Dónde aprendió a sostener la cabeza como lo hace? ¿Dónde aprendió a mirar a la gente de esa manera? ¿Es hispana?

—No lo creo —dije.

—Mi esposa sí lo cree. Mi mujer vivió en Méjico tres años. Dice que solo alguien que es de allí habla español como lo hace su Sylvia West.

—Ella tiene mucho oído —dije.

Quería escuchar a Sylvia y no las especulaciones sobre ella del profesor Cohen. Pero él insistió en preguntarme si quería ser su asistente. Mi vida había empezado y acabado, ¿cómo se lo podía explicar? Él argüía que yo pertenecía a su departamento y yo hubiera querido preguntarle si llegaba a imaginar lo que valía un acre de terreno de Coldwater Canyon o si podía sospechar el coste del vestido que Sylvia llevaba. Uno de los estudiantes hablaba de Proust. Otro, entonces, habló de las piezas teatrales de John Ford. La conversación giró, luego, en torno a *La Duquesa de Malfi*. Mullen intervino para decir que era una gran, grandísima obra. Me levanté, crucé la estancia y fui donde estaba la mujer de Mullen.

—Le encuentro cambiado, señor Macklin —me dijo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Me extraña —le dije.

—Quiero decir que fuera lo que usted fuera, ha encontrado lo que andaba buscando. ¿Es Sylvia West?

A otra persona le habría dicho que no era de su incumbencia. Ahora lamentaba haber venido y hasta haber conocido alguna vez a los Mullen. Gavin Mullen se nos reunió y me pidió que me quedara cuando los demás se hubieran marchado. «Quiero hablar con usted un poco», me dijo. Me encogí de hombros y asentí con la cabeza.

—Continúa usted pensando si renunciar a ella, ¿verdad?

—No es de mi propiedad, para que pueda o no renunciar —dije con aspereza.

—Todo el mundo está metiendo las narices en su precioso asunto, ¿eh muchacho?

—No soy susceptible.

—¡Y un cuerno que no lo es! —dijo Mullen—. ¿Por qué no acepta el trabajo que Cohen le está ofreciendo?

—No soy profesor.

—¿Qué es usted, entonces? ¿Un husmeador? Tengo mis dudas. ¿O le preocupa tener mucho el dinero porque piensa que ese sencillo adorno que ella lleva en la espalda tal vez cueste cien dólares? ¿Y qué maldita importancia tiene eso? ¿Es usted como Heintz, que esperaba de ella que fuese una tirada delincuente porque tiene el valor de mirar a la cara, enfrentarse al montón de mierda erigido en nombre de la sacrosanta civilización? ¿No la andaba buscando y la ha encontrado?

—¿De verdad?

—A eso ha de responder usted, Macklin.

6

Uno tras otro se fueron marchando hasta que quedamos Sylvia, yo y los Mullen, quienes nos ofrecieron un *whisky*. Mullen le preguntó a Sylvia:

—¿Qué piensa de los niños, señorita West?

—Me gustan.

—Ya ve usted la pequeña compensación por el misterio al que América se enfrenta, por qué nosotros, pobres bastardos de los colegios, trabajamos por tan magros sueldos. Aquí y allá se produce un brillante destello que nos compensa. ¿Pueden ustedes, banqueros, brokers y husmeadores decir lo mismo?

—¿Pueden, Mack? —me preguntó Sylvia volviéndose hacia mí.

—Salud —dije y se unieron a mí con el *whisky* y Mullen le dijo a ella que no podía forzarme a opinar—. Has tenido una buena noche de opiniones —le dije yo.

—Es usted un escocés por ambos lados, ¿verdad, Macklin? —dijo Mullen—. Ya ve que ambos pertenecemos a grandes razas y hemos convertido el mundo en un condenado jardín, pero mi gente está maldita por el alcohol y la suya por la sobriedad, ¡y me maldigo si llego a saber qué es más mortífero!

—Cuando los niños sean algo mayores —dijo, su mujer asintiendo—, pondremos fin a todos estos juramentos que suelta en la ilusión de que está hablando gaélico.

—No me provoques que te daré con un palo.

—No me gustaría nada que lo hicieras —dijo ella con seriedad.

Sylvia los observaba sonriendo ligeramente y algo confusa. No había estado antes aquí. Era una añagaza por mi parte, pero, como todos los trucos, había fallado.

—Quiero que me diga algo sobre su poesía, señorita West —dijo Mullen.

—Por favor, dígame —dijo Sylvia con calma.

—¿Le puedo preguntar sin reticencias?

—No sería bueno que no fuera franco conmigo —dijo Sylvia.

—Esa es la maldita dolorosa verdad de pergeñar algo, ¿no? Cuando hace unos meses Macklin vino aquí quería saber si sus poemas eran buenos, una endiablada pregunta para ser contestada. ¿Quiere usted ser una gran poeta, señorita West?

—Sí.

—Quiere usted demasiado, entonces. ¿Sabe que Heintz puso el dedo en la llaga? Es más agudo de lo que parece, y si usted puede contemplar una rosa, puede, asimismo, observar ese montón de escoria que es Pittsburg, donde usted vivía y resultó herida de niña y escapar de ello con cierto sentido y comprensión. No he estado haciendo averiguaciones, querida. Lo ha puesto usted en sus poemas, pero oculto bajo tanto misterio y miedo que lo ha convertido en un fetiche y se halla perdida en todos esos dolientes símbolos de miseria y fango. Pero ¿piensa que es la única? Es terrible y asqueroso para un niño haber padecido lo que usted ha padecido, pero aún es peor llegar a adulto y no ser capaz de mirar lo ocurrido y enfrentarse a ello con los ojos bien abiertos. Cuando lo logre, llegará a ser una buena poetisa, si es

que, maldita sea, lo desea.

No hubo reacción alguna. Solo miedo y deseo de escapar. Yo lo vi, ellos no. Lo vi crecer y cómo invadía a Sylvia y estrujaba los músculos de su rostro y le atenazaba el corazón. Luego, Mullen y su mujer empezaron a darse cuenta un poco, pero ya no podían decir nada. Se hizo el silencio, el cual llenó el recinto espesamente, hasta que Sylvia se levantó y se dirigió a la salida de la casa.

En el coche empezó a sollozar.

—Mack, ¿por qué me has traído aquí?

—No te he traído. Tú me pediste que viniéramos.

—Tú lo sabías.

—Yo no sabía nada.

—¿Por qué dijo lo de Pittsburg?

—Creo que pensó que no iba a importar puesto que aparecía en los poemas.

—No aparece. Lo sé bien. ¡Ha querido mostrarme lo listo que es! ¡Hacerme ver lo agudo que es!

—No lo has de ver de ese modo —dije.

—Yo tengo razón, Mack. ¿Por qué ha querido jugar conmigo? Yo nunca he estado en Pittsburg.

Sacudí la cabeza.

—Ya te he dicho que nunca he estado en Pittsburg, Mack. ¿No me crees?

—¿Qué importa si te creo o no?

—Así que no me crees —se lamentó—. ¿Piensas que soy una mentirosa?

—Te he dicho que no importa.

—¿Por qué no importa? Supón que escribe algún artículo y habla de Pittsburg. Supón que se lo dice a los columnistas.

—No lo hará.

—¿Cómo lo sabes?

—Sé la clase de hombre que es —le dije—. Nunca haría eso sin hablar antes contigo y sin que le dieran permiso.

—¿Piensas, entonces, que miento?

—No he dicho eso. No me importa si has estado en Pittsburg o en Tombuctú. ¿No puedes entenderlo? No le importa a nadie.

—Vete al infierno —musitó ella.

—De acuerdo.

Pero Sylvia no podía verse libre de ello. Estaba muerta de miedo. Era como un animal aterrorizado, dominada por un miedo irracional; tras unos instantes dijo:

—¿Mack?

—Sylvia, no pasa nada. Deja de pensar en eso.

—Mack, ¿puedes verle mañana y hacerle jurar que nunca mencionará de nuevo lo de Pittsburg a nadie?

—¿Y para qué serviría eso, Sylvia? No tiene poderes mágicos. Si puede deducir eso de tus poemas otros lo pueden hacer también. Solo es una suposición, no significa nada.

—Significa algo para mí.

—No comentaré nada. Te lo digo yo.

—Yo no procedo de Pittsburg.

—Te lo he dicho, no me importa.

—No te importa —dijo poniéndose a llorar, y yo me alegré de la oscuridad dentro del coche para no tener que verle la cara—. ¿No importa, acaso, que te mientan y calumnien? ¡Pues para mí sí que significa mucho! Ese hombre del que hoy te han hablado...

Podía haber parado aquí pero yo no quería que, ahora, se detuviese.

—¿Quieres decir ese Fred?

—Su nombre es Frederick Summers. ¿Sabes quién es?

—Conozco el nombre —dije.

—Mack —me imploró como un niño suele hacer—. Voy a casarme con él. Es un millonario. Es uno de los hombres más importantes de California. Sé que esto no te impresiona. Pero piensa en lo que significa para mí, Mack.

—Lo intento —dije, aceptándolo— siempre que dejes de estar asustada, te serenes y digas cosas con sentido.

—Soy idiota por comentarte todo esto.

—No —dije con aspereza—. No eres idiota por hablarme de eso. Lo eres por permitir que te afecte tanto.

—No puedo evitarlo.

—Sí que puedes evitarlo —dije.

—¿Por qué me quieres ayudar?

—Solo te estoy pidiendo que te serenes, que te controles. ¿Qué estás tratando de decirme: que Summers no se casará contigo si descubre que procedes de Pittsburg?

—No procedo de allí.

—¿Y si él lo cree?

—Mack, Mack —me imploró—. Trata de ponerte en mi lugar. Deja que te hable de mí y entenderás lo que significa para Fred y para mí.

—No —dije.

Se serenó, entonces, y permaneció tranquila en el asiento hasta que llegamos a su casa.

—¿Deseas entrar? —me dijo—. No es muy tarde, son las doce y media.

—Si tú quieres...

—Si —abrió la puerta y me dejó entrar en la casa.

Me preguntó si quería una copa o un café y yo le dije que un café, si no era mucha molestia. Estábamos calmados, ahora, y hablábamos con voz baja. Fuimos a la cocina y ella puso a hervir la cafetera. Luego se volvió y me miró. Estaba decidido. Supongo que cuando uno se decide respecto a algo, eso se nota.

—¿Es porque no te hablé de Fred? —preguntó Sylvia.

—No.

—¿Qué has determinado, Mack? ¿Te vas a marchar y nunca más nos vamos a ver?

—Eso depende de ti, Sylvia.

—Me gustas, Mack. Ya te lo he dicho.

—Lo sé.

—Me gustas —dijo sin esperanza—. ¿Para qué sirve decir eso? ¿Sería buena para ti? ¿Me puedes imaginar como a Alice Mullen con seis críos en esa casa de locos?

—Hay muchos tipos de casas de locos, Sylvia.

—Las conozco. Maldita sea: he conocido muchas, Mack.

—Lo sé.

—¡Qué diablos vas a saber! —gritó—. ¿Qué sabes de mí? ¿Qué soy la poetisa Sylvia West? ¿Lo del jardín de rosas? Saldré a cortar unas rosas, Mack, para que me puedas comparar con los libros de Jane Austen y me digas que me conoces. ¡No me pidas que te explique nada! ¡No tengo que explicarte nada!

—No, no lo tienes que hacer.

—No seas tan asquerosamente bondadoso.

—No soy bondadoso —dije—. No tengo la menor decencia para serlo. No puedo ni poner encima el pie. Trabajo para Frederick Summers. Es quien me paga.

—¿Qué? —Se acercó a mí, sus negros ojos fijos en mí—. ¿Qué estás diciendo, Mack?

Entonces se lo conté todo. Ella no me interrumpió. El café hirvió y ella ni lo advirtió. Se acercó y apagó el gas. Yo sí me di cuenta. Me di cuenta del olor del café y del aspecto de Sylvia, rígida como un trozo de acero, y de los componentes de la limpia y moderna cocina y del vestido que llevaba y del mechón que le caía en la frente y del leve ensanchamiento de las ventanas de su nariz y del espacio entre sus gruesos labios entrecerrándose mientras escuchaba todo lo que le iba diciendo. Tuve el maldito don de darme cuenta de todo eso; lo llevaba conmigo.

Ella escuchó. No insistí en nada y no me olvidé de nada. Hice un inventario de la vida de Sylvia Karoki. Le comenté cómo había reunido toda esa información y lo que se me había pagado y lo que se me tenía que pagar. Se lo conté todo hasta que acabé

y entonces todo quedó aclarado y el aire que nos envolvía devino espeso y claro y nos vimos el uno al otro desnudos.

—¡Tú, piojo! —dijo. Era decir bastante. Fue bastante. No hacía falta hablar más. Me di la vuelta y salí de la cocina, anduve por el comedor y el salón y salí de la casa. Su voz me detuvo cuando me hallaba fuera de la puerta.

—¡Un momento!

Aguardé con la mano en el picaporte. No me volví porque no podía. No la podía mirar ahora.

—¿Dónde está el informe? —me preguntó, con voz gélida.

—¿Por qué? ¿Importa algo?

—No soy pobre —dijo la voz helada—. Si Frederick Summers puede pagar, yo doblo su precio.

—¡Vete al infierno!

—¿Dónde está el informe? —Su voz no cambió. Una voz fría, inhumana y completamente sin control.

—No hay ningún informe.

—Me has dicho que escribiste un informe en el hotel de Nueva York.

—Lo hice.

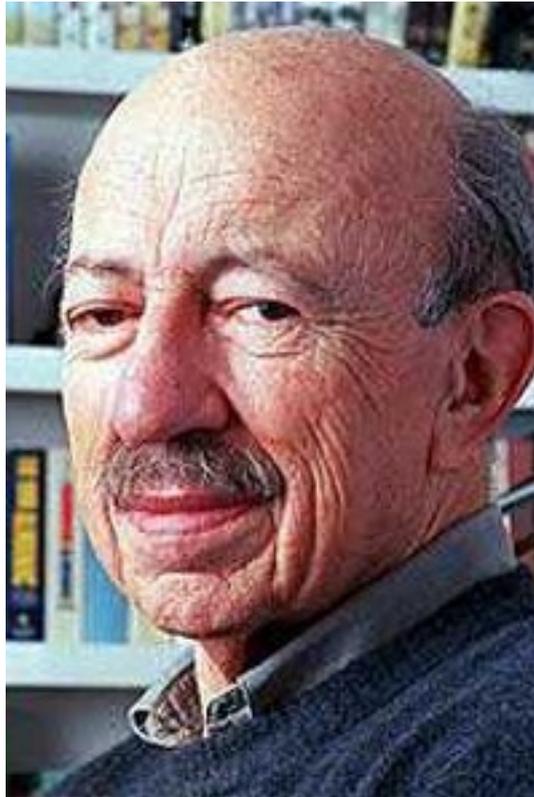
—¿Dónde está?

—Lo rompí a pedazos y lo eché al water de la habitación. No hay copias. No hay nada. No hay ningún informe.

—Mientes. Mientes desde el principio. Eres un fisgón barato y un sucio mentiroso.

—Vete al infierno —dije de nuevo, salí y cerré la puerta de un portazo tras de mí. Subí al coche y conduje hasta que mi mente ya no pudo pensar más, de espesa y pesada que se hallaba. Luego me detuve ante un bar y tomé algunas copas y conduje de nuevo. Pero no me dirigía a ninguna parte y, finalmente, volví al pequeño estudio que venía a ser mi hogar, abrí una botella de Scotch, me tomé un trago y lo escupí. Me encontraba mal, me incliné sobre el retrete y vacié mi estómago. Vomité como no lo había hecho desde mi viaje por mar de 1942. Luego me senté envuelto en el hedor y la oscuridad de mi lavabo y lloré un poco; estaba borracho y solo ¡y a quién le importaba que llorase como no debe hacer un hombre!

Luego me metí en la cama y me quedé dormido con la ropa puesta y soñé y soñé.



HOWARD FAST, nacido en Nueva York en 1914 y fallecido en Connecticut en 2003, fue un popular novelista americano de origen judío principalmente conocido por su obra *Espartaco*, llevada al cine por Stanley Kubrick. Típico escritor aventurero, recorrió de muy joven el país en tren y autostop, desempeñando los más diversos oficios a la vez que escribía sus primeras obras. En 1944 se adhirió al Partido Comunista de los EE. UU., por lo que más tarde debió responder ante el tristemente célebre Comité de Actividades Antiamericanas. Por negarse a delatar fue a la cárcel, en donde escribió su novela más famosa, la referida *Espartaco*, invocación a la rebelión de los oprimidos. Ningún editor quiso publicarla en su momento por hallarse el autor en la Lista Negra, por lo que Fast debió darla a conocer mediante una editorial propia fundaba con escasos medios. Para financiarse, siguió escribiendo libros para otros editores que firmaba con diferentes seudónimos. Aunque la Unión Soviética llegó a otorgarle premios, Fast rompió con sus camaradas a raíz de los célebres hechos de Hungría. En 1974 se puso a trabajar en la televisión como guionista de series y programas a la vez que intensificaba su labor en la literatura popular, llegando a abordar géneros como la Ciencia Ficción. Howard Fast es el típico escritor americano comprometido con su época que, sin claudicar del rigor de su escritura, nunca perdió de vista al gran público como principal destinatario de sus obras.

Howard Fast, se manifiesta, en *Sylvia*, un consumado maestro de la novela policial, género al que ha legado un buen número de títulos memorables. Imbuido de calidad humana, psicológica y denuncia social, este libro mereció ser llevado al cine, dando

lugar a una excelente película de Gordon Douglas, con Carroll Baker como protagonista; una pequeña pieza maestra del cine negro de los 60, que, pese a sus notables valores, no alcanzó, con todo, el alto nivel artístico de la novela que el lector tiene ahora en sus manos.

Notas

[1] Tiene, pues, en el relato, 37 años. (N. del. T.). <<

[2] Pasaje de una obra de Shakespeare: *The two gentlemen of Verona*. (N. del. T.). <<

[3] Importante inmobiliaria estadounidense. (N. del. T.). <<

[4] Célebre músico de blues. (*N. del. T.*) <<

[5] El presidente Eisenhower, en ese momento. *(N. del. T.)*. <<

[6] Meicanos, despectivamente. (*N. del. T.*) <<

[7] Arquilla para el dinero. (N. del. T.). <<

[8] La de Salazar en los años cincuenta y sesenta. (*N. del. T.*). <<

[9] La palabra browse, en inglés, significa tanto hojear libros como pacer. (*N. del. T.*).

<<

[10] Balada del Viejo marinero, de Coleridge. (N. del. T.). <<

[11] En español en el texto. (N. del T.) <<